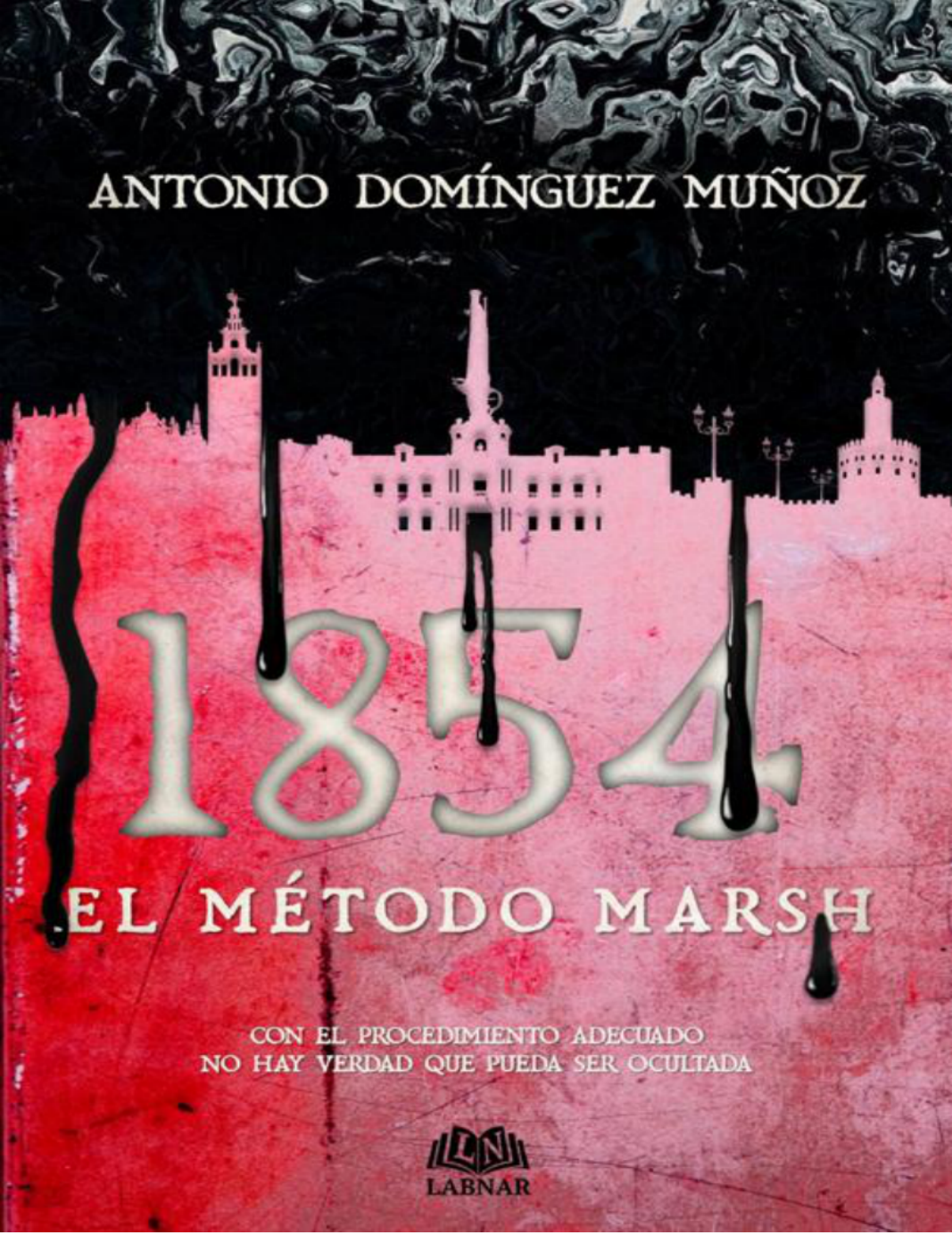
ANTONIO DOMÍNGUEZ MUÑOZ

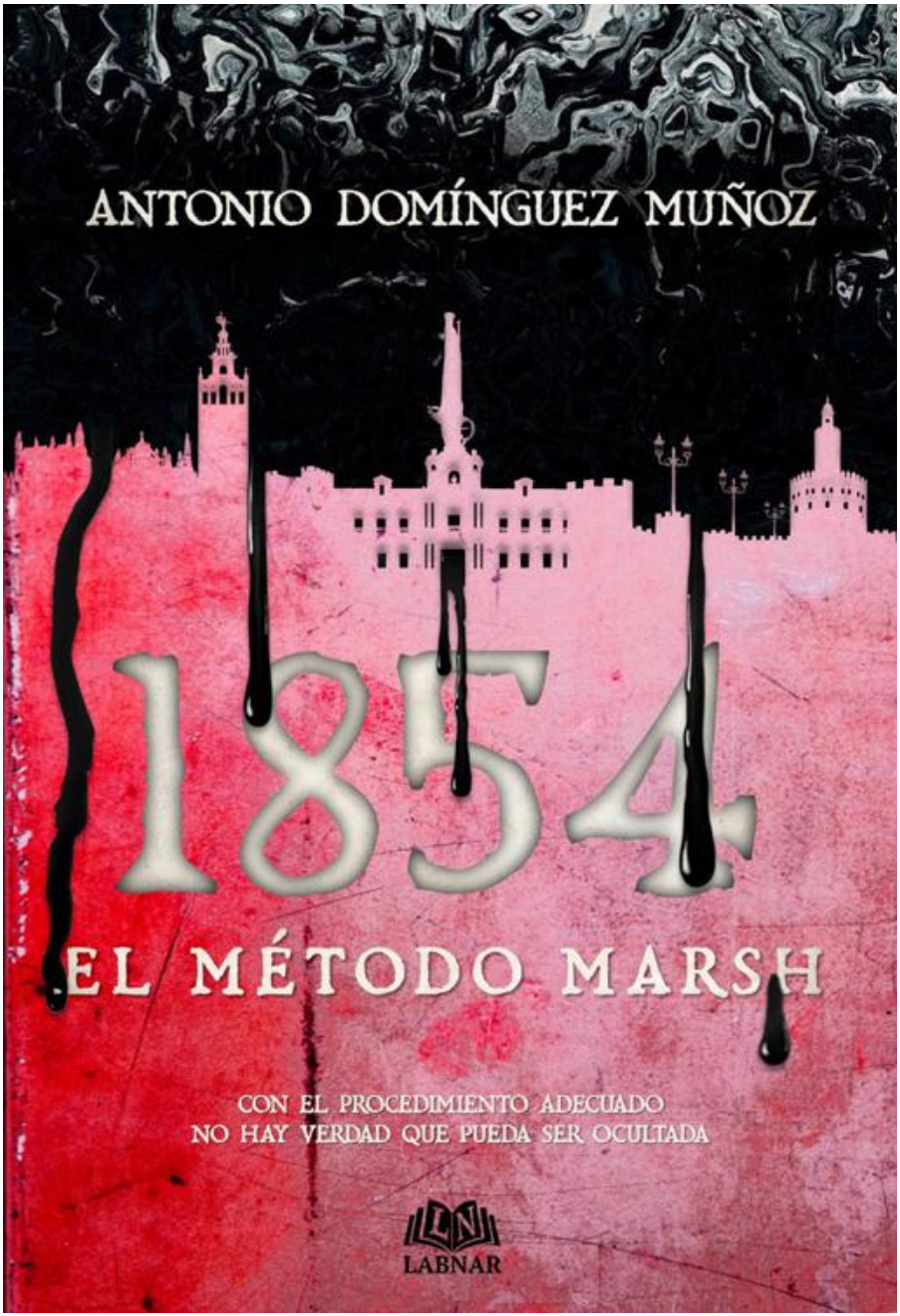


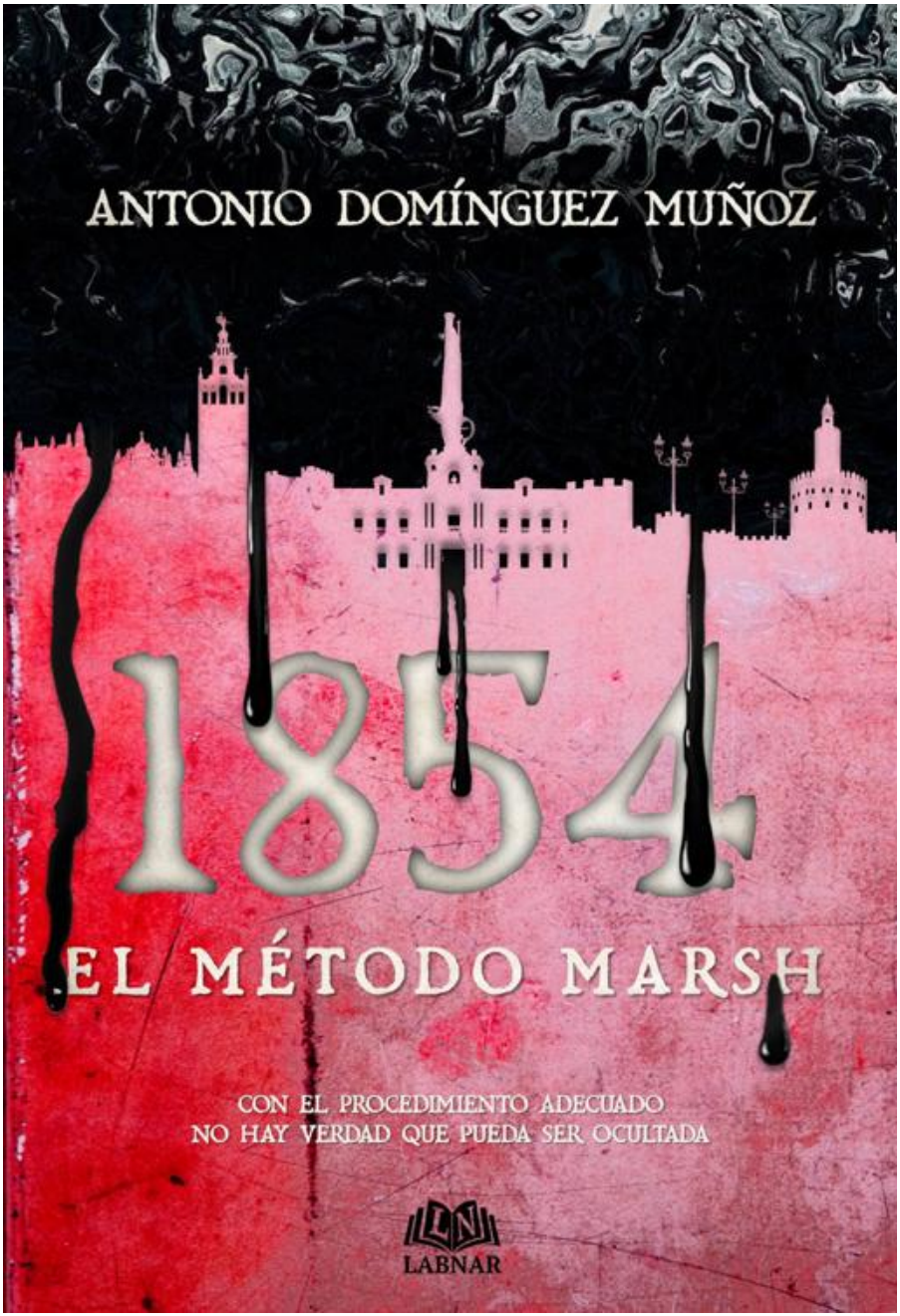
# 1854

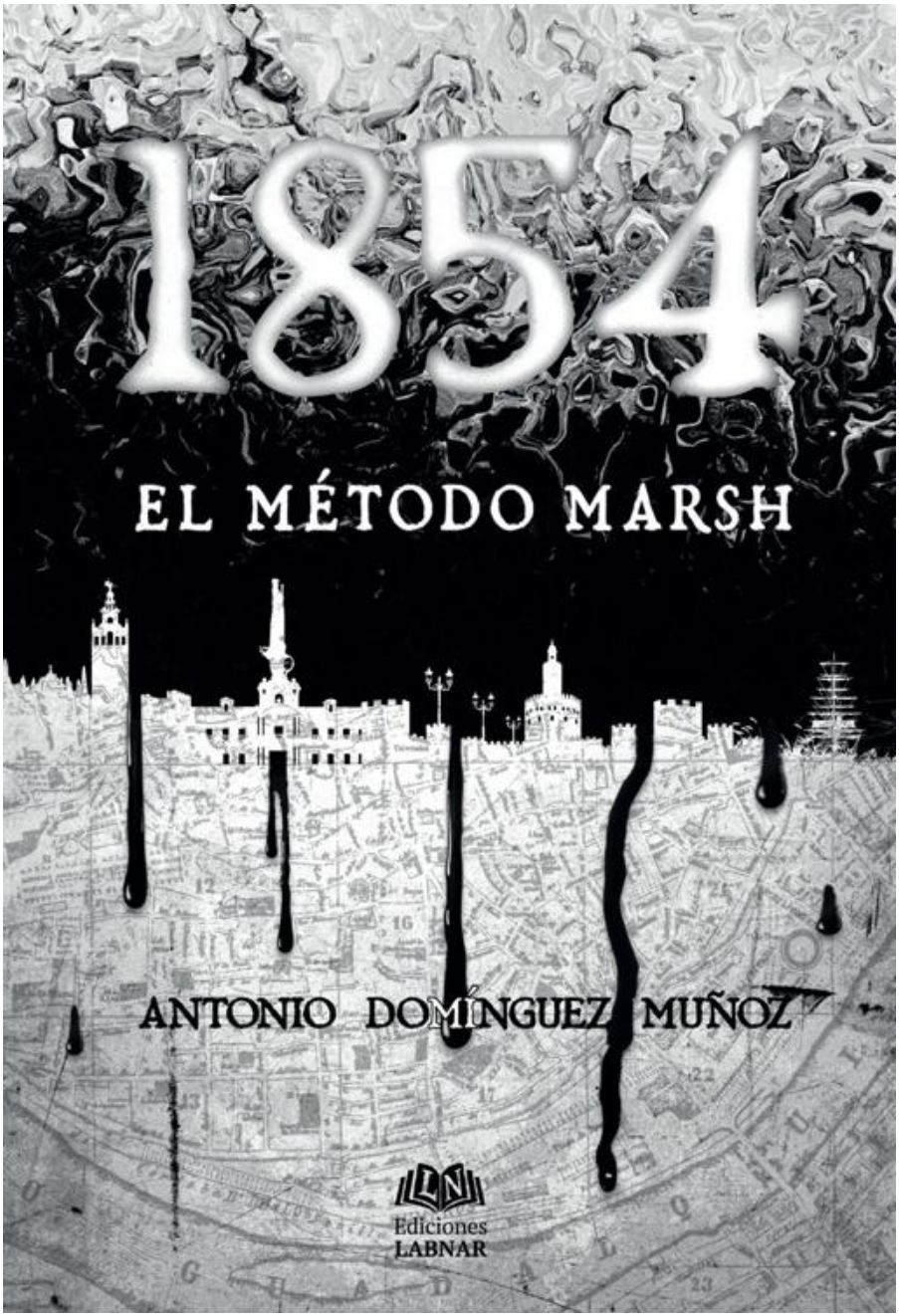
## EL MÉTODO MARSH

CON EL PROCEDIMIENTO ADECUADO
NO HAY VERDAD QUE PUEDA SER OCULTADA

LABNAR


ANTONIO DOMÍNGUEZ MUÑOZ
1854
EL MÉTODO MARSH
CON EL PROCEDIMIENTO ADECUADO
NO HAY VERDAD QUE PUEDA SER OCULTADA
LABNAR


ANTONIO DOMÍNGUEZ MUÑOZ
1854
EL MÉTODO MARSH
CON EL PROCEDIMIENTO ADECUADO
NO HAY VERDAD QUE PUEDA SER OCULTADA
LABNAR


1854
EL MÉTODO MARSH
ANTONIO DOMÍNGUEZ MUÑOZ
Ediciones
LABNAR

Título: 1854. El método Marsh Autor: Antonio Domínguez Muñoz © Antonio Domínguez Muñoz, 2021

© de esta edición, EDICIONES LABNAR, 2022

Corrector: Israel Sánchez Vicente Imagen y diseño de cubierta e interiores por Ediciones Labnar Fotografía de autor: José María Benítez Sánchez

LABNAR HOLDING S.L.

B-90158460

Calle Virgen del Rocío 23, 41989, La Algaba, Sevilla
www.edicioneslabnar.com

info@edicioneslabnar.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra; (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 9788416366620

eISBN: 9788416366637

Depósito Legal: SE 1664-2022

Código Thema: FFD 5AX

Primera Edición: Octubre 2022

Impreso en España

Impreso y encuadernado por iVerso

*A mi familia.*

# Inhalt

1 Un cadáver

2 Malvar

3 Monsieur Petit

4 La Fonda del Ciervo

5 El informe

6 La Vargas

7 San Telmo

8 ¡Alexandre!

9 Paco Peña

10 Un alboroto

11 El encargo

12 Casualidad

13 Montpensier

14 La Fonda de Madrid

15 El Brigadier Chaín

16 El Candiles

17 La confesión

18 Doña Fernanda

19 Hogar, dulce hogar

20 El Baúles

21 Miguel

22 Pi y Margall

23 Redada de negros

24 Fogata en el patio

25 Sucio chivato

26 Miércoles de humillación

27 El Besugo

28 La Torre del Oro

29 Diplomacia

30 Los querubines

31 La casa del Capellán

32 Un ejército

33 Los polacos

34 Colt 1851 Navy

35 Los lobos

36 En garde

37 Redención

38 La operación

39 Una misión

40 ¡Niña guapa!

41 El Carnicero de Pondra

42 Alea iacta est

43 Argucia

44 El Porvenir

45 Penitencia

46 Matarratas

47 Cal viva

48 Despertar

49 Un baño

50 Gatos y ratones

51 El galgo

52 Heterocromía

53 La sopa

54 ¡Será mañana!

55 Ramón Cala

56 La Perla

57 Nada

58 Dolor

59 Un favor

60 Capirotes

61 El balcón

62 Santo Entierro Grande

63 El duelo

64 La recompensa

65 El Molino del Cura

66 Luna llena

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

# 1

## Un cadáver

10 de abril (Lunes Santo)

En la cabeza del joven policía Benito Carrasco se agolpan, solapan y atropellan las ideas. Sus pensamientos deambulan de un lado a otro sin aparente lógica ni objetivo, al igual que la gente con la que se cruza en las bulliciosas calles que separan la sede de la Diputación Provincial de la calle Don Pedro Niño.

«¿Cómo es capaz alguien de colgar la túnica de nazareno para, acto seguido, atarse un pañuelo al cuello y lanzarse a una orgía de vino y viandas? —reflexiona—. ¿Cómo se puede pasar de la penitencia al baile con tanta ligereza? ¿A quién se le ocurrió poner la feria justo después de la Semana Santa?».

Esquiva como puede a los transeúntes y los carruajes que le salen al paso zigzagueando entre la multitud.

«Estas cosas solo pueden pasar en Sevilla —concluye—. Hay que ser sevillano para no perder la cabeza ante tanta contradicción».

Carrasco es un joven alto y desgarbado de apenas veinticuatro años. Camina a grandes zancadas callejeando por el camino más corto de forma automática.

Conoce bien esta ciudad. No nació en Sevilla, pero llegó con apenas dos años y, hasta que decidió alistarse en el ejército de su majestad, cumplidos los dieciocho, no había salido de la capital hispalense.

Durante cinco largos años ha servido en Cataluña como soldado de infantería. Muy a su pesar, participó en la represión de una sublevación carlista que gozó de cierto éxito en aquellas tierras. Aunque condenada al fracaso, la rebelión de los apostólicos no estuvo exenta de esporádicos y cruentos enfrentamientos, sobre todo en los

escarpados parajes de la sierra del Montsant. En Cataluña aprendió que la luz del sol se puede teñir del rojo de la sangre propia y ajena.

Cumplido el lustro de servicio, hace seis meses que Carrasco consiguió volver a Andalucía, a Sevilla, a su hogar. Días antes de licenciarse, don José Melchor Prat le firmó una recomendación dirigida al gobernador civil de Sevilla, don Francisco Iribarren. Las palabras de elogio del intelectual catalán le valieron un puesto en el Cuerpo de Vigilancia, un sueldo más que digno de casi tres mil reales al año y el respeto de sus vecinos.

Además, como agente del Cuerpo de Vigilancia, va de paisano. Si algo le ha quedado claro tras su paso por el ejército es que no quiere volver a llevar uniforme nunca más.

Al alzar la vista, ve el Hospital de San Felipe. Unas zancadas más y alcanzará su destino. El número uno de la calle Don Pedro Niño hace esquina con la de Amparo y la de los Viejos. La casa de dos plantas recién encalada ante la que se encuentra parece aún más imponente de lo que es. Puede que sea por la estrechez del pasaje o por la gran puerta de madera que la preside. El caso es que tiene cierto aspecto señorial. Solo después de asegurarse de que corresponde con las señas que tiene anotadas, golpea con el aldabón tres veces y espera con paciencia.

No puede evitar deleitarse con el olor a puchero que viene de dentro. Desde las siete de la mañana, nada le ha pasado por el gañote. Cinco largas horas sin comer. «Casi ná», se lamenta.

Ante su ovalada cara se abre la mirilla de bronce del portón. La propietaria de unos hermosos ojos verdes se dirige a él desde el otro lado.

—¿Sí? ¿Qué desea usted?

—Buenas tardes, señora. Soy Benito Carrasco, agente del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad, y pregunto por don Federico Rubio. ¿Vive aquí?

—Sí, señor. Espere un momento —le informan desde dentro.

La mirilla se cierra de nuevo. Pasados un par de minutos, oye el movimiento de un cerrojo. Acto seguido, se abre el portón.

—¿Sí? Soy Federico Rubio. ¿Qué desea?

El doctor Rubio y Galí es, a sus veintisiete años, uno de los cirujanos más conocidos de la ciudad, sobre todo entre las clases más desfavorecidas.

Aunque gaditano de nacimiento, Rubio ha conseguido en apenas cuatro años hacerse un hueco en los círculos médicos hispalenses.

De hondas convicciones liberales, lleva a gala ser hijo del abogado José Rubio Lubet. Su padre fue segundo de la partida de Pedro Valdés en su juventud. Con el ayudante y amigo de Riego, el jurista defendió el orden constitucional durante un largo año. Reo por la causa en varias ocasiones, don José llegó a ser sentenciado a garrote, aunque se salvó, in extremis, de ser ajusticiado. En la fatídica década ominosa, Rubio Lubet sufrió el exilio como tantos y tantos liberales. Este hecho marcaría de forma drástica la infancia de su hijo Federico.

El joven doctor tiene una complexión recia y atlética, algo que parece contrario a lo que se espera de un hombre de libros y ciencia. Sus hombros son anchos y sus manos fuertes. Su rostro transmite seguridad y templanza. La barba, cerrada bajo un poblado bigote, circunscribe una boca pequeña a la que da sombra una nariz bien proporcionada y recta. Unos inquisitivos y curiosos ojos la rematan a ambos lados.

Esos mismos ojos se han entreabierto sorprendidos al contemplar de cerca el rostro del hombre que está ante su puerta. Ese rostro ovalado, esa nariz pequeña y ese bigote castaño oscuro, que se corre hacia las patillas cortadas a medio carrillo en forma de chuleta, le es familiar. No es capaz de ubicar a Carrasco en su cabeza, en sus recuerdos, aunque para su sorpresa le inspira confianza.

—Buenas tardes, don Federico. Mi nombre es Benito Carrasco y soy agente del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad. Sepa usted que me trae un asunto nada amable y muy urgente.

—Usted dirá, caballero.

—El caso es que esta mañana ha sido hallado el cadáver de un hombre en la calle de Las Cerrajerías con una cuchillada en el costado…

—Y eso —interrumpe Rubio—… ¿qué tiene que ver conmigo, señor?

—Si usted me lo permite, se lo explicaré.

—Explíquese, si es tan amable.

—Tras revisar el cuerpo, solo hemos hallado entre sus pertenencias un papel garabateado con sus señas. Ni bolsa, ni documentación.

Carrasco ofrece a Rubio un trozo de papel arrugado y con algunas gotas de sangre. El doctor lo toma entre los dedos, lo abre y lee: «monsieur Federico Rubio. Rue de Don Pedro Nigno, 1».

—Disculpe —se apresura a decir Rubio—. No sé qué pretende con esto. Ni conozco la caligrafía ni sé de quién se puede tratar.

—Eso mismo es lo que queremos averiguar, señor Rubio. Si fuese usted tan amable de acompañarme al Hospital Central y echarle un vistazo al cadáver, nos sería de gran ayuda. En este tipo de casos debemos realizar, por orden del gobernador civil, un informe sobre la identidad del finado e investigar, si procediese, la causa y el causante del hecho —recita de carrerilla el agente.

—Si insiste —le responde el doctor a la vez que le devuelve el papel —, espere usted un momento, por favor. Me adecento un poco y lo acompaño.

El doctor Rubio aparece por el zaguán unos minutos más tarde. Su apariencia ha cambiado. Sobre la camisa blanca lleva ahora un chaleco de lanilla de color pajizo y sobre este un frac azul con botones dorados. Un pantalón de finas listas blancas y negras confeccionado con lana dulce remata y estiliza su figura.

—Vayamos pues, señor Carrasco —indica con la mano derecha, ofreciendo la vez al agente.

Unos veinte minutos a pie separan la casa de Rubio del Hospital Central. Ambos caminan en silencio. El trayecto es de sobra conocido por el doctor. No en vano, recién llegado a Sevilla optó por una plaza de cirujano en el Central. Aunque su oposición fue brillante, se la arrebató Cayetano Álvarez Osorio, otro aspirante gaditano. A pesar de ser mediocre en lo profesional, Álvarez Osorio estaba bien avalado en lo político. El caso llegó a la prensa y fue comentado en los círculos intelectuales de la ciudad, lo que procuró cierto nombre al joven cirujano. Animado por el revuelo, decidió abrir su propia consulta no muy lejos del hospital.

Para llegar a su destino deben discurrir por la atestada calle Feria, con sus artesanos y pintores; tomar Relator, girar por Pozo, torcer en San Luis y seguir por Perafán de Rivera hasta pasar bajo el Arco de la Macarena. Llegados a este punto, solo les resta atravesar Resolana del Barrezuelo para alcanzar el majestuoso edificio que en tiempos

acogiera el convento y hospital de las Cinco Llagas.

Poco o casi nada se han dicho durante el trayecto. Nada reseñable, más allá de breves comentarios sobre lo pronto que ha llegado el calor este año o lo revolucionadas que andan las cofradías con la preparación del Santo Entierro Grande. En honor a la verdad, Carrasco ha sido el único que ha hablado. Rubio se ha limitado a contestar con unos breves «es cierto» o «cuánta razón tiene usted». El doctor parece abstraído en sus pensamientos con la mirada al frente y el paso pronto.

Al entrar en el Hospital Central, Rubio precede a Carrasco y se dirige a la sala de autopsias atravesando de un extremo a otro el patio de las flores. El joven policía lo sigue desconcertado y sin decir nada. El cirujano entra decidido, mira y saluda.

—Buenas tardes, Granados.

—Buenas tardes, don Federico.

El sujeto al que saluda Rubio no es otro que Agustín Granados, practicante menor del hospital. Granados es un hombre de mediana edad y aspecto bonachón. Algo entrado en carnes, tiene los mofletes prominentes y el pelo ralo. Se mueve despacio, como si al peso de su cuerpo se le añadiese una pesada carga. Una de esas que soporta el alma a duras penas. Sus hombros caídos crean un extraño efecto óptico por el que sus brazos parecen más largos de lo habitual. Los miembros superiores terminan en unas toscas manos que apuntan de forma obligada a los talones, salvando así una extensa barriga.

—¿Podría indicarnos dónde está el cadáver de la cuchillada en el costado que ha entrado esta mañana?

—¿Se refiere usted al manco, don Federico?

—Sí, señor —interrumpe raudo el policía—. Ese debe de ser. Mi nombre es Benito Carrasco y soy agente del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad.

Rubio mira a uno y otro de reojo. El detalle de la mutilación le parece intrascendente e incluso vulgar a la hora de definir al sujeto en cuestión y, aun así, indica con la mano el camino a Granados mientras comenta con cierta sorna:

—¡Veamos pues al cervantino!

Aun sin entender el comentario del doctor y con su habitual tranquilidad, Granados levanta la sábana que cubre el cuerpo de uno de los cadáveres que se agolpan en el fondo de la sala. Tras un breve gesto de aprobación, empuja la camilla.

Mientras esto ocurre, Rubio se ha dirigido al otro extremo de la sala al objeto de colgar el frac en un armario y sustituirlo por una bata. En la Junta de Beneficencia respetan a Federico a pesar de que no trabaja en el Hospital Central. El cirujano se lava las manos en una pila contigua y se dirige al encuentro del innominado cadáver.

—A ver de quién se trata… —comenta mirando a los ojos a Carrasco, que espera junto a la camilla con impaciencia.

Al levantar la sábana que cubre el cadáver, la cara de Rubio cambia de manera súbita. Un gesto, mezcla de sorpresa y desconcierto, marca ahora el rostro del joven cirujano.

—¡Por Dios! —exclama—. ¡Claro que conozco a este hombre!

# 2

## Malvar

8 de abril (Sábado de Pasión)

El corto y repetitivo sonido de los nudillos de la viuda de Ruiz ha hecho que Malvar gire la cabeza y deje, por un instante, lo que está haciendo.

—¡Don Carlos! —escucha desde detrás de la puerta—. ¡Don Carlos, tiene usted correspondencia!

El hombre guarda silencio desde el fondo de la habitación. En sus manos, una pistola de avancarga con llave de pistón. Por el cuidado con el que la ha estado limpiando durante la última hora puede deducirse que esa arma de fuego representa un tesoro para él.

—¡Don Carlos! —insiste María—. ¿Está usted despierto?

—¡Voy, voy, un momento, por favor! —exclama mientras devuelve la pistola a un labrado estuche con interior de terciopelo que coloca bajo la cama.

Tras echar un vistazo rápido y comprobar que todo está en orden, abre la puerta.

—Dígame usted, señora.

De forma instintiva, María da un paso atrás, intimidada por la mirada del joven. No puede evitarlo. Esos extraños ojos, uno de cada color, le producen escalofríos. A pesar del paso de los días, no consigue acostumbrarse. Si no fuese por esa inquietante mirada y por el prematuro encanecimiento de un mechón de cabello, diría que Malvar es un joven atractivo.

—Mire usted, un mozo ha venido y me ha pedido que le entregue este sobre personalmente. No lleva remitente ni señas de quién la envía.

La indiscreción de la viuda de Ruiz provoca un gesto de desaprobación en la cara del hombre. El disgusto no pasa inadvertido para la propietaria. Malvar alarga la mano y, con un movimiento rápido y firme, le arrebata la misiva. María agacha la cabeza, avergonzada. Le sorprende la rudeza del gesto. Hasta este momento, pensaba que el joven era un caballero que por circunstancias de la vida había tenido que alojarse en su establecimiento.

—¡Muchas gracias, señora! —espeta seco justo antes de retroceder un paso y cerrar la puerta en las mismas narices de la viuda.

—¡La cena estará lista en veinte minutos! —se le oye decir a ella desde detrás de la puerta.

Malvar no contesta.

La mujer no anda muy desencaminada. La reacción de Carlos Malvar no casa con la impresión que este le causó cuando entró por la puerta de la Fonda del Ciervo hace casi un mes. Aquel día, el joven fue cortés tanto en las formas como en el habla. Incluso pagó por adelantado los treinta duros que le daban derecho a hospedaje y comida durante un mes completo. Pasar un mes en la Fonda del Ciervo es algo inusual. En un establecimiento de estas características, lo más habitual son las pernoctaciones ocasionales de viajantes, tratantes, artistas de medio pelo y cuadrillas de toreros.

A pesar de estar en la calle del Naranjo, la del Ciervo nada tiene que ver con la Fonda de Madrid, renombrado establecimiento fundado por don Antonio Sánchez Torres.

Abierta por el suegro de María hace unos veinte años, la Fonda del Ciervo decayó desde el mismo momento en el que su esposo, Manuel Ruiz, se hizo con las riendas del negocio. Su afición al vino y a las cartas contribuyó a dejar más deudas que beneficios. Tuvo incluso que malvender los mejores muebles, espejos y cortinas que su señor suegro había dispuesto en las catorce habitaciones y el gran comedor con los que cuenta la fonda.

Por fortuna para María, hace cuatro años que su esposo falleció como consecuencia de unas diarreas. Desde entonces, ella regenta el establecimiento con tan buen tino que los números han vuelto a ser favorables.

De vuelta al interior de la habitación, Malvar se ha apresurado a abrir la carta que le ha entregado su anfitriona. Hace días que espera esa misiva con la expectativa de poder cumplir con el propósito que le ha

traído a esta «maldita ciudad de conspiradores» de una vez por todas. Al leerla, los ojos se le abren y se le dibuja una amplia sonrisa en la comisura de los labios.

El mensaje que tanta expectación ha levantado en la mente del joven reza:

Padre, y yo espero

vencedora de allí volver contigo.

Tengo tu mismo ser, tu misma vida,

y como tú sin fe, sin esperanza,

del firmamento, como tú, caída,

solo respiro como tú venganza.

Vamos, pues, a asaltar esos jardines

copia de los del otro paraíso

que perdimos los dos.

—¡Por fin! —se regocija—. Ya era hora de que se decidiesen a actuar. Ahora podré volver con la cabeza alta y reivindicar como se merece el nombre de la familia.

Aunque en la carta se omite el remitente, Malvar conoce a la perfección la fina y elegante caligrafía de su autor. Felipe Mozo es una de las pocas personas en las que aún confía. Como se dice a sí mismo, ambos son hijos de buenos hombres: «Leales y fervientes monárquicos a los que el infortunio y los vaivenes políticos hicieron caer en desgracia».

Carlos Malvar y Felipe Mozo se conocen desde que eran niños. La estima que se profesaban sus progenitores los hizo coincidir y congeniar entre juegos y risas. Además, Felipe nunca lo trató como un bicho raro por la particularidad de sus ojos. Los demás niños y, sobre todo, las niñas, huían de él y lo llamaban «El Endemoniado».

En su juventud, el padre de Carlos se hizo un nombre como incansable

azote de liberales y sabueso leal de Fernando VII. Sus servicios a la corona fueron recompensados por el mismísimo rey con el cargo de intendente de policía en Cádiz. Fue entonces cuando coincidió con Mozo.

A pesar de su encomiable labor en la purga de negros, que es como se llamaba por aquel entonces a los conspiradores liberales, fue destituido de forma fulminante antes de poder acabar su sagrado propósito.

Desde aquel momento, los Malvar pasaron de ser temidos a ignorados. Caídos en desgracia, se vieron obligados a encomendarse a los parientes para poder sobrevivir en un Madrid cada día más decadente.

Hace dos años, el destino quiso que los vástagos de los insignes absolutistas se encontrasen de nuevo. Coincidieron en un famoso café de la calle de La Montera de Madrid, donde asistían a una tertulia protagonizada por un grupo de viejos amigos del Antiguo Régimen: Los Persas.

En ese ambiente, los jóvenes retomaron su amistad. Aunque Mozo siempre se ha quejado de que la suerte le ha sido adversa, ya por entonces ostentaba el cargo de agregado en la Embajada de España en París. A diferencia de Felipe, Malvar lleva años sobreviviendo como escolta de ricos comerciantes, banqueros temerosos o damas de alto copete y dudosa reputación de las que no se fían ni sus propios maridos.

Tras un par de encuentros en el mismo café, fueron conscientes de que aquellas viejas glorias que con tanto ahínco defendían las bondades de la monarquía absolutista habían perdido la garra necesaria para combatir la nueva oleada liberal que se vislumbraba en el horizonte político del Madrid de su majestad Isabel II.

Decididos a afrontar lo que consideraban su deber ante la Patria y ante Dios, Mozo y Malvar se juramentaron para combatir cualquier peligro que amenazara, a su entender, la sagrada monarquía española.

Dos largos años han pasado desde su reencuentro. En este tiempo han multiplicado los esfuerzos por conseguir apoyos para su causa, y ahora, por fin, los han conseguido. Esos dos largos años culminarán esta misma semana en Sevilla, por la gracia de Dios, Semana Santa, con una acción que cambiará la Historia con mayúsculas de España.

En estos pensamientos anda Malvar cuando vuelve a sonar la puerta.

—¡Don Carlos, don Carlos! ¡La cena está lista! —le advierte María con desgana.

—Gracias, señora. Ahora mismo bajo.

# 3

## Monsieur Petit

10 de abril (Lunes Santo)

A pesar del gesto de sorpresa de Federico Rubio, Carrasco no puede evitar que se le escape un suspiro de alivio. «Menos mal que lo conoce. Por fin podré acabar con este asunto», piensa.

—¿De quién se trata, señor Rubio? —pregunta mientras extrae del bolsillo un pequeño cuaderno y un lápiz, dispuesto a anotar la identidad del finado.

—Monsieur Petit —murmura Rubio.

—¿Cómo dice usted?

—¿Eh? Es monsieur Petit, señor Carrasco.

—¿Me podría usted indicar algo más? ¿De qué se conocen? ¿Cuál es su nombre completo? ¿Monsieur? ¿Es acaso gabacho?

Mientras Carrasco realiza un rápido interrogatorio, Federico Rubio procede a destapar el cadáver y comienza a examinarlo entre el estupor y la curiosidad.

—¿Eh? Sí, sí, es francés… La verdad es que no recuerdo su nombre de pila… Solo nos hemos visto una vez… Hace unos años… En el Colegio San Felipe Neri de Cádiz… ¡Granados, Granados!

—¿Sí, don Federico?

—¿Quién ha certificado la causa de la muerte de monsieur Petit? —El tono del joven doctor es de evidente enfado.

—Don Cayetano Álvarez Osorio —responde Granados.

—¿Álvarez Osorio? Ahora lo entiendo.

Rubio concentra su atención en auscultar la herida que luce en el costado el cadáver de Petit.

—¿Se ha lavado el cuerpo? —inquiere.

—No, don Federico. Aún no me ha dado tiempo, pero usted no debería…

—¿No debería qué?

—Ya sabe, si vuelve don Cayetano…

—No te preocupes, Agustín. Teniendo en cuenta la hora que es, seguro que no vuelve.

—Pero… ¿y si vuelve? Sabe que me la juego, don Federico.

—Si vuelve, yo me haré responsable de todo.

Mientras tanto, Carrasco ha dejado de anotar y contempla boquiabierto la escena.

—¿Qué está haciendo, señor Rubio? Deje usted de tocar el cadáver, por favor.

—¿Cómo…? Dígame, ¿a qué hora se encontró el cuerpo?

Carrasco, paralizado por la natural autoridad que emana de la voz de Rubio, no acierta a responder. Tras una inquisitiva y sostenida mirada del doctor, echa mano a su cuaderno y repasa las páginas previas. Unos segundos más tarde, encuentra el dato.

—Sobre las cinco de la madrugada. Lo encontró un compañero del Cuerpo de Serenos en la esquina de la calle Sierpes con Cerrajerías.

—¿Un sereno, dice usted?

—Sí, señor. ¿Por qué?

—¿Eh? ¿Sabe usted cuánto tiempo tarda en hacer la ronda ese sereno?

La pregunta sorprende al policía.

—¿Y qué tiene eso que ver? Por favor, señor Rubio, le ruego que deje quieto el cadáver de una vez y me explique qué está ocurriendo.

—Ahora se lo explico, pero, por favor, conteste. ¿Cuánto tiempo tarda en hacer la ronda ese sereno?

—No sé, unas tres horas… Tres horas largas.

Rubio mira por un instante a Carrasco. Baja la cabeza y respira profundo como si estuviese poniendo en orden sus ideas.

—Señor Carrasco, este hombre no ha muerto por la cuchillada que tiene en el costado.

—¿Cómo?

—Que no ha podido morir por esto —repite mientras señala la herida —. La incisión es de apenas dos pulgadas y media. No le ha perforado ningún órgano vital. Es casi imposible que esa sea la causa de la muerte. Solo a Álvarez Osorio se le ocurriría certificar esa causa. Lamentablemente, su falta de profesionalidad es conocida por todos.

—¿Está usted seguro de lo que está diciendo?

La duda de Carrasco provoca en Rubio un gesto a medio camino entre el disgusto y el desprecio.

—¿Que si estoy…? ¡Claro que estoy seguro!

Carrasco, que se ha percatado de que la pregunta no le ha gustado a Rubio, intenta templar la conversación.

—Disculpe usted, señor Rubio… Es que nosotros veníamos a identificar un cadáver, nada más. Lo que me está diciendo usted… No sé qué hacer… Tendré que pedir instrucciones.

—Pida usted lo que quiera. Yo voy a hacer mi trabajo.

—¿Su trabajo? ¿A qué trabajo se refiere? ¡Pero si ni siquiera trabaja usted en este hospital!

La falta de respuesta de Rubio deja a Carrasco aún más descolocado. Ahora duda entre marcharse corriendo a pedir instrucciones o dejar hacer al doctor. Su natural curiosidad le pide lo segundo, pero su miedo a ser despedido le indica que debe hacer parar al cirujano y comunicar este cambio de circunstancias a su jefe de forma inmediata.

Por otro lado, lo más emocionante que le ha ocurrido en el tiempo que lleva como agente ha sido una discreta y torpe intervención en una pelea de mendigos. Este podría ser el primer caso serio de su flamante

carrera como defensor de la Justicia. Además, la instrucción del inspector jefe Rodríguez de Tejada ha sido clara: —Benito, ni se te ocurra volver hasta que sepas, con pelos y señales, quién es el acuchillado de Sierpes.

Mientras Carrasco permanece absorto en estos pensamientos, Rubio ha preparado todo lo necesario para hacerle la autopsia a Petit. Con la ayuda a regañadientes de Granados ha trasladado el cuerpo hasta una mesa de disecciones situada en una sala contigua. Con asombrosa destreza y rapidez ha abierto en canal al francés y dedica su atención a observar y palpar sus órganos internos.

—¿Qué es lo que hace, señor Rubio? ¡Por Dios!

Al acercase, Benito no ha podido evitar sentir unas ganas imperiosas de vomitar. A pesar de haber visto caer a su lado a compañeros con las tripas colgando o gritando de dolor por la amputación de una pierna, ahora no puede soportar ese olor: el olor que deja la muerte.

—¡Por favor, salga! ¿No ve usted que va a poner todo esto perdido? —le reprende Rubio, enfadado.

Granados observa la situación y pone la mano izquierda en la espalda de Carrasco mientras con la derecha invita al policía a acompañarlo hasta el patio colindante. Al llegar a este espacio abierto, Benito no puede reprimirse y da una bocanada de aire fresco como quien ha sido rescatado de una muerte segura en el mar.

En la sala de autopsias, las manos de Rubio se mueven con precisión. Tras abrir en canal a Petit, una mano va apartando y separando los órganos y la otra cortando con las tijeras. Cualquiera se maravillaría de la destreza demostrada por Rubio si no se tratase de un doctor destripando a un cadáver.

Apenas han pasado unos minutos cuando el hígado, los riñones, el estómago, los pulmones y el corazón se hallan fuera de su espacio natural. Alineados y separados dentro una especie de palanganas metálicas que Rubio ha dispuesto junto a la mesa de disecciones, los órganos de monsieur Petit son observados de cerca por el doctor.

Carrasco entra con toda la dignidad impostada que puede a la sala de autopsias sin apenas tiempo para recomponerse.

—Disculpe, señor Rubio. Perdone usted el espectáculo de antes.

—No se preocupe. Es normal. ¡Venga! —lo anima—. ¡Venga a ver

esto!

No sin cierto reparo, Carrasco se sitúa a la derecha de Rubio, saca de nuevo cuaderno y lápiz y, con un gesto afirmativo en su aún pálida cara, se dispone a escuchar la explicación de Federico.

—¿Ve usted estos puntos en las palmas de las manos y los pies? Acérquese, acérquese… ¿No huele algo familiar?

Carrasco se acerca y, tirando de arrestos, olfatea junto al cadáver. El olor que emana de la boca abierta de monsieur Petit es reconocible: —¿Ajo? Es ajo a lo que huele, señor Rubio. ¿Qué tiene eso de particular?

—Por sí mismo, nada en absoluto, señor Carrasco. Ahora bien, si ese potente olor a ajo lo unimos a la evidente queratosis en pies y manos, a las erupciones en el rostro y a la inflamación generalizada de esófago, estómago y corazón… ¡Eureka!

—¿Eureka? ¿Eureka qué, doctor?

—Envenenamiento —anuncia solemne—. Es probable que con arsénico. Aún no lo puedo certificar, pero si usted me da un par de días…

—Señor Rubio, ¡por Dios! Lo que está diciendo es muy grave. ¿Envenenado y acuchillado? ¿Un par de días, dice? Mire usted, lo siento, pero yo no tengo autoridad para darle ni días ni horas. Como comprenderá, debo consultarlo con mi superior.

—Muy bien, lo entiendo. Consulte usted con quien quiera que deba hacerlo. Pero ahora, si es tan amable, me gustaría que me dejara seguir trabajando a solas. Si lo desea, mañana por la mañana le podré dar una conclusión definitiva. ¿Se pasa usted por mi casa a eso de las nueve? Así podré ponerlo al día antes de ir a la consulta.

Carrasco no sabe qué decir y, como suele hacer en estas ocasiones, se limita a asentir, agachar la cabeza y marcharse sin más.

—Sea pues. Hasta mañana.

—Hasta mañana entonces —afirma Rubio zanjando así la conversación.

A continuación, da la espalda a Carrasco, aún presente, y vuelve a centrarse en el cadáver.

# 4

## La Fonda del Ciervo

8 de abril (Sábado de Pasión)

El comedor de la Fonda del Ciervo ha vivido sin duda tiempos mejores, aunque, gracias a los esfuerzos de la viuda de Ruiz, aún mantiene parte del encanto que su suegro dispuso para esta estancia hace dos décadas. Decorado con mobiliario de inspiración francesa y manufactura sevillana, cuenta con ocho mesas redondas con tapa de mármol que se distribuyen en su parte central. Cada una de ellas está escoltada por cuatro sillas de roble con asiento de enea. En ellas, tanto inquilinos como esporádicos comensales comparten un menú sencillo pero abundante que ha dado cierta fama al local entre estudiantes, marchantes y soldados.

Pocas son las familias que lo frecuentan, dada la mala fama que su marido, con su permisividad y constante embriaguez, causó a la respetabilidad de la fonda. En aquellos días, las rameras y los tahúres campaban a sus anchas por el establecimiento.

Hay que reconocerle a María que, desde que su esposo falleciera, ha conseguido echar de su casa a toda esa turba de indeseables y que, poco a poco, va recuperando parte del prestigio perdido.

La cena de hoy, Sábado de Pasión, se compone de un plato de potaje de vigilia y torrijas. En cuanto al potaje, los garbanzos y las espinacas rehogadas son los auténticos protagonistas. El bacalao, o no está o es testimonial en la mayoría de los platos. Eso sí, los comensales pueden repetir si así lo desean. Las torrijas son caso aparte.

María tiene mano para la repostería y eso se nota. Remojadas en vino y cubiertas de un delicioso jarabe de miel, las torrijas de la viuda de Ruiz nada tienen que envidiar a las del famoso obrador de Los Querubines, situado en el Baratillo.

La Fonda del Ciervo es un hervidero estos días. La Semana Santa y la feria, que se celebrará la próxima semana, ha atraído hasta la capital hispalense a un gran contingente de comerciantes y tratantes de ganado. Esta es, sin lugar a duda, la mejor quincena del año para el negocio.

Esta esperada afluencia se nota, y de qué manera, en el comedor. Las ocho mesas están casi llenas. Tanto María como Sebastiana, la moza que la viuda tiene de sirvienta, se afanan por servir de mesa en mesa el potaje, el vino y el agua con rápidos movimientos.

La vivaz charla de los comensales, bulliciosa como es natural por estos lares, va dejando paso al tintineo de los cucharones sobre los platos cuando asoma, bajando por la escalera, Carlos Malvar.

El joven absolutista mira a un lado y a otro intentando buscar un hueco en una de las mesas. Al final vislumbra poder conseguir su objetivo en la más próxima a la puerta de la cocina. Tras sortear cuatro o cinco mesas, llega a su destino.

—Buenas noches, señores —saluda al llegar.

—Buenas noches —recitan a coro los que serán hoy sus compañeros de mesa.

Entre los presentes, varias caras conocidas. Justo enfrente, Eugenio Prieto está dando buena cuenta del potaje. Prieto es un tratante de ganado de cincuenta y muchos años, hijo, nieto y biznieto de ganaderos. Lleva una semana en la ciudad arreglando los permisos para poder vender los más de cien cerdos negros que ha traído, en procesión, desde Calañas. Dieciocho Leguas Reales, «ni má ni meno», como le gusta decir a él esbozando un gesto de orgullo y aprobación hacia sí mismo. Su forma de hablar parece sacada de otro tiempo y su indumentaria, presidida por el sombrero al que su pueblo ha dado nombre, también. Refranero como ninguno y porfiador de profesión, ameniza las comidas con todo tipo de anécdotas camperas, algo que distrae y entretiene a Malvar.

A su derecha, Fulgencio Vargas. La única que llama por su nombre a Fulgencio es la viuda de Ruiz. El resto de los mortales se dirige a él como el Negro. Fulgencio ya estaba en la fonda cuando Carlos llegó hace un mes. Por su aspecto podría afirmarse que ya estaba antes incluso de que se construyese. Es la buena obra que expía los pecados de la viuda. Amigo de su marido desde la infancia, hace poco más de un año que fue desahuciado de su humilde casa en el arrabal de

Triana. Las deudas de juego han sido la razón, mundana y común en estos días, que han provocado esta contrariedad.

Sin más oficio ni beneficio que el de cantaor flamenco, su suerte cambió durante una trasnochada y acalorada tertulia en el Café Cabeza de Turco. Una navaja le cruzó el cuello. ¿El motivo? Nada más y nada menos que atreverse con una picantona letrilla dedicada a la mujer de otro tertuliano.

A pesar de que pudo salvar el pellejo, perdió parte de la voz y con ello su único medio de subsistencia. Desde entonces, de desgracia en desgracia, come y calla, calla y come como un espectro en la Fonda del Ciervo, donde duerme arremolinado en la caballeriza junto a las bestias. En su día rivalizó a la par con maestros del cante como el Fillo o el Planeta. Recién cumplidos los cincuenta, malvive en la fonda.

—Mire, don Carlos —argumenta el ganadero—. El Tirillas este dice no sé qué de que si los reyes son personas iguales que nosotros y no sé qué tonterías más. ¿Usted qué piensa?

A quien Eugenio Prieto llama «Tirillas» no es otro que Ramón de Cala Barea. A sus veintisiete años, el jerezano sigue estudiando Derecho. Esta dilación estudiantil nada tiene que ver con su capacidad intelectual, sino más bien con una endeble constitución física que le ha obligado, en varias ocasiones y por largos periodos de tiempo, a abandonar los estudios.

Inclinado a la causa liberal más radical, sus comentarios satíricos sobre la monarquía desquician a Malvar. En cualquier caso, el joven absolutista es consciente de que durante su estancia en Sevilla es su misión, su sagrada misión, la que debe anteponer a sus deseos de rebatir «las memeces» que el Tirillas suelta en cada comida. «No puede haber gracia donde no hay discreción», se repite una y otra vez. Esta máxima del autor de el Quijote la tiene Carlos marcada a fuego desde la infancia. Su padre, del que ha aprendido a ser el hombre que es, se la repitió infinidad de veces y en múltiples circunstancias. Esa es la misma discreción que le ha hecho tan respetable en su oficio.

—Pues no sé, don Eugenio… No es de mi gusto hablar de política. Disculpe usted.

—¡Bueno está! Otro que «mejó baila» —clama el ganadero, que acto seguido agacha la cabeza y sigue comiendo.

Mientras esta escena ocurre, unos pasos más allá, en otra mesa, alguien observa a Malvar desde que bajó por las escaleras. El

observador en cuestión acaba de llegar hace apenas media hora a la Fonda del Ciervo. Al llegar consultó si había habitación libre para dos noches. La natural curiosidad de la viuda de Ruiz le obligó a interrogarlo:

—¿Viene usted a Sevilla por ocio o por negocio, caballero?

Ante la falta de respuesta del hombre, que interpretó como algo muy descortés, la dueña entornó los ojos, y recitó de carrerilla:

—Bien, serán doce reales la cama y un duro si prefiere la pensión completa por día. El desayuno a las nueve. La comida a las dos de la tarde y la cena a las ocho, ambas con vino según su gusto. A las doce se cierra la puerta principal hasta las siete de la mañana. Si necesita ampliar su estancia, debe avisarlo la mañana anterior.

—Gracias, señora. Serán dos noches con pensión completa —repuso a la vez que abonaba los dos duros.

El nuevo huésped, propietario de los inquisitivos ojos que observan a Malvar, es Lambert Petit. A pesar de ser francés, Petit habla a la perfección el castellano sin ese deje nasal tan característico de los paisanos de Le Parvenu de Décembre. Lambert es una de esas personas a las que su mero nombre o apellido definen. Su corta estatura ha sido motivo de burlas constantes durante toda su vida y, aunque pequeño de cuerpo, es fuerte y proporcionado. Vestido de forma impecable, su distinguido aspecto militar confirma que procede de una de las estirpes castrenses más antiguas de Marsella.

—¿Quiere usted más vino? —le ofrece Sebastiana al comprobar que la jarra está vacía.

—¡Sí, por favor! —indica el francés sin mirar tan siquiera a la chica, alzando la jarra con la mano izquierda.

Además de su corta estatura, Lambert tiene otra característica que salta a la vista. Es manco de la mano derecha. En una de las innumerables campañas en las que participó en su juventud recibió una cuchillada. El mal vendaje que le aplicó el matasanos del regimiento le provocó una infección tan grave que hizo dudar a los mejores cirujanos del Val-de-Grâce entre cortar la mano o el brazo. Por suerte para Petit fue solo la mano. A pesar de esta adversidad, su carácter firme y perseverante le ha llevado a reaprender a escribir con la izquierda y a desarrollar una prótesis que le permite, cuando la ocasión lo requiere, asir objetos, entre ellos el florete. Sí, el florete. Puede parecer sorprendente, pero Lambert ha llegado a ejercer

durante dos años como maestro de esgrima en Lisboa. Abandonada la enseñanza deportiva, hace tres entró a formar parte de la nómina de empleados de un insigne vecino de la ciudad.

Petit es lo más parecido a un Basset Griffon. Al igual que el perro, posee un olfato inigualable. Ese mismo olfato es el que lo traído hasta la Fonda del Ciervo tras un mes de pesquisas en Madrid. Sus sospechas han confluido en este lugar y en ese joven que está sentado a unos pasos.

# 5

## El informe

10 de abril (Lunes Santo)

Confundido aún por lo que ha ocurrido en la sala de autopsias, Benito se dirige lo más rápido que sus cansados pies le permiten a la Diputación de Sevilla, donde tiene la sede, desde hace dos años, el Cuartel General de los Cuerpos de Vigilancia y Seguridad.

Mientras recorre las calles y callejuelas que separan el barrio de La Macarena de la calle Zaragoza, el joven policía no deja de darle vueltas al asunto.

«¿Qué pensará el jefe? ¿Habré hecho bien en permitir que el doctor destripe al gabacho? ¿Cómo le explicaré que en vez de tener a un apuñalado tenemos a un envenenado?».

«¡Pero si parecía ser una víctima más de una de tantas reyertas!, o yo qué sé… de un robo que terminó en… ¡ni loco te doy la bolsa, coño! ¡Pues ahí te quedas sin la vida! Lo típico… Pero no, ahora se acaba de convertir en un envenenado. ¡Un envenenado, nada más y nada menos! Papeleo y más papeleo. ¡Mecagoentó! Los dos días de permiso que me había prometido el jefe se van al carajo. Y en Semana Santa… Casi ná».

Benito acelera el paso casi de forma simultánea a la aceleración que experimentan su corazón y su respiración.

A ver cómo le explica a su santa madre que no podrán ir a ver a la familia a El Puerto de Santa María.

Todo el año esperando para nada. «Maldito gabacho. Maldito matasanos de los cojones…».

Sin saber muy bien cómo, Carrasco ha llegado al interior del patio de

la diputación.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —se interesa su compañero González.

Benito levanta la cabeza, se detiene y se reubica.

—¿Eh? Hola, González —saluda despistado—. ¿Qué tal?

Para su asombro, los pies le han traído de forma mecánica. Se siente como uno de esos autómatas que tanto le sorprendieron en Barcelona. Ha llegado a su destino. Toma aire y se recompone lo mejor que puede.

—¿Da usted su permiso, señor?

—Pasa, Benito, pasa.

La voz áspera y machacada de Rodríguez de Tejada resuena desde dentro de la amplia habitación ante la que Carrasco aguarda.

—Gracias, señor inspector.

Don José Rodríguez de Tejada es el inspector en jefe del Cuerpo de Vigilancia de Sevilla. Lleva más de veinte años involucrado, de una manera u otra, en los sucesivos cuerpos policiales tanto municipales como del Estado que esta convulsa España ha visto nacer, morir, unirse o disgregarse a golpe de decreto, siempre al pairo de quien en ese momento ostentase el cargo.

Una España que, aun adoleciendo de todo, nunca ha tenido carencias en lo tocante a legisladores, ministros oportunistas o generales metidos a políticos. De tanto tirar de la soga unos y otros, liberales, absolutistas, isabelinos, carlistas, moderados y conservadores han ahogado bajo una montaña de leyes a la maltrecha administración.

Rodríguez de Tejada es un superviviente. Hace dos años fue adscrito al Cuerpo de Vigilancia, dependiente del Estado, tras la desaparición de la Policía Fiscal del Ayuntamiento.

En la Policía Fiscal, más conocida como Ronda de Arbitrios, sirvió a Sevilla a las órdenes de don Francisco Fernández Olivar investigando fraudes a la Hacienda local. Sus principales objetivos eran contrabandistas, banqueros, comerciantes o nobles que escamoteaban los resultados de las cosechas. Tantos y tantos que se levantan cada mañana en esta ciudad con la única intención de engañar al prójimo, sea este su vecino o el propio Ayuntamiento.

Fruto de su anterior trabajo, Rodríguez de Tejada mantiene aún buenos contactos con los prohombres de la ciudad. A alguno de ellos lo salvó en su momento de sufrir el escarnio público por no pagar lo que le correspondía. Quizás ese fuese el principal motivo, más que su habilidad para resolver crímenes, que lo llevó hasta su posición actual.

—¿Has dado ya con la identidad del cadáver de Sierpes? —pregunta.

Rodríguez de Tejada no es un hombre que se ande con rodeos. «Al pan, pan y al vino, vino» es, de hecho, su frase favorita.

—De eso quería hablarle, señor.

—Pues ya estás tardando.

—El cuerpo es de un tal monsieur Petit, inspector.

—¿Petit?

—Sí, señor. Según me ha informado el doctor Rubio se trata de un francés al que conoció hace años en Cádiz.

—¿Un francés?

Las respuestas en forma de pregunta del inspector ponen cada vez más nervioso al joven policía.

—Sí, señor, eso parece. Pero ahí no acaba la historia.

—¿La historia? ¿Qué historia?

—Es que… parece ser… según ha dicho el doctor… que el tal Petit no ha muerto a causa de la puñalada.

—¡Ah! ¿No?

—No, señor. Al parecer, aunque aún no lo ha podido confirmar, ha sido envenenado.

Los ojos de Rodríguez de Tejada se clavan en Benito. Hasta este momento, el inspector ha permanecido sentado, leyendo el rutinario parte de incidencias del día sin levantar la cabeza.

—¿Cómo dices? ¿Envenenado?

—Pues sí, señor. Eso es lo que piensa don Federico.

—¿Don Federico? ¿Quién es don Federico?

Carrasco ha logrado captar muy a su pesar toda la atención del inspector. Apoyándose en su cuaderno como si de una tabla de salvación se tratase, narra de la forma más exhaustiva que puede lo ocurrido desde que llegara hace un par de horas a la casa del doctor Rubio.

—Bueno… no nos precipitemos. Escúchame bien, Benito. Lo primero que vas a hacer es escribir un informe con todos los datos que me has comentado. Quiero ese informe hoy mismo. Además, mañana te vas a ver al doctor ese para saber si te confirma o no su teoría. En cualquier caso, tendrás que investigar lo de la puñalada ya que, aunque no haya muerto por ella, está claro que la intención del que se la dio era matarlo. ¡Venga! ¡Date prisa con el informe! Lo quiero aquí cuanto antes. No se lo enseñes a nadie. Tráemelo a mí. ¿Entendido?

—Entendido, señor. Si da usted su permiso me pongo a ello.

—¡Venga, hombreeee! ¡Claro que te doy mi permiso! Date prisa. Quiero incluir el informe en la carpeta de hoy.

Carrasco sale del despacho de Rodríguez de Tejada y, como alma que lleva el diablo, se dirige a una sala que se encuentra en el ala opuesta del patio.

Se trata de una estancia mal iluminada y con escaso mobiliario. Poco más que unas largas mesas con bancos que se utilizan, según convenga, para redactar informes, comer o interrogar a testigos y sospechosos.

El griterío cotidiano se ve hoy mitigado, puesto que la mayoría de los agentes del Cuerpo de Vigilancia o están de descanso o están ayudando a la Guardia Municipal con los preparativos de seguridad del Santo Entierro Grande.

—¡Qué mala cara traes, Chaín! —comenta Ascarza al verlo entrar—. Ni que hubieses visto a un fantasma.

—No me fastidies, Ascarza, que no estoy para cachondeo —se lamenta Carrasco.

«Maldita sea la hora en la que le conté a este majadero lo de mi padre», piensa.

—No te pongas así, hombre —replica Ascarza—. ¡Vaya carácter!

Benito ni tan siquiera se toma la molestia de contestar al comentario de Ascarza y busca con la mirada un lugar donde sentarse a escribir el dichoso informe. Consigue acomodarse en una de las mesas que están junto a los ventanales y, tras tomarse un minuto para ordenar sus ideas, dispone a un lado el cuaderno y al otro unos folios timbrados en los que comienza a escribir con uno de los plumines de acero que para tal efecto están dispuestos.

Poco más de media hora después y con la tinta aún fresca, vuelve a cruzar el patio hasta llegar al despacho del inspector.

—Buenas de nuevo, señor inspector.

—¿Eh? ¡Ah, Benito! ¿Ya tienes el informe?

—Sí, señor. Tome usted.

Rodríguez de Tejada coge el informe de la mano de Carrasco y sin ni tan siquiera leerlo lo mete en un portafolios de cuero.

—Muy bien, Benito. Y mañana, ya sabes. Ve a ver a ese doctor y ponte también con lo de la puñalada. Si hay alguna novedad vienes y me la cuentas de inmediato.

—Por supuesto, señor.

El inspector sale de manera apresurada del despacho. Cruza el patio, sube las escaleras que llevan a la planta noble del edificio y atraviesa el largo pasillo que conduce al despacho del gobernador civil. Ante la puerta, llama y espera con paciencia que le concedan el paso.

—¿Sí? ¡Adelante!

—Buenas tardes, don Antonio. Le traigo el informe del día para su excelencia.

—Muy bien, José, déjalo ahí. Muchas gracias.

Don Antonio Rincón, secretario personal del gobernador civil, debe su cargo, como casi todos en esta casa, a su primo José María, a la sazón alcalde de Sevilla. En estos tiempos convulsos en los que nadie se fía de nadie, el nepotismo se antoja como la mejor solución para poder tener ojos en todos lados.

Aunque no debería, el secretario revisa el informe destinado a don Francisco Iribarren Armero. Sus ojos se han abierto de asombro al

leer, en uno de los folios, un nombre: monsieur Petit.

Memoriza lo más rápido que puede los detalles del informe que el agente de segunda Benito Carrasco Carrasco ha firmado hace poco más de diez minutos. Con cuidado, vuelve a colocar en orden los papeles dentro del portafolio de cuero. Lo cierra. Se levanta. Toma aire y, tras unos instantes, toca la gran puerta de madera tras la cual se encuentra su excelencia el gobernador civil de Sevilla.

—¿Don Francisco? ¿Da usted su permiso?

—Entra, Antonio.

Don Francisco Iribarren Armero se encuentra de pie junto a su mesa. Estaba a punto de salir cuando su secretario ha llamado a la puerta.

—¿El informe del día?

—Sí, señor. Lo acaba de traer Rodríguez de Tejada.

—Muy bien. Déjalo encima de mi mesa. Tengo prisa. Mañana a primera hora lo leeré. Muchas gracias, puedes retirarte.

—Gracias, señor.

Rincón vuelve a su escritorio y espera inquieto a que su jefe se marche. Sabe lo que debe hacer. La cuestión no es baladí. «Envenenado… Apuñalado… Esta noticia va a crear mucho revuelo en San Telmo», se relame, emocionado.

# 6

## La Vargas

8 de abril (Sábado de Pasión)

—Pues sí que están buenas estas torrijas.

—La verdad es que sí, don Eugenio —confirma Ramón Cala.

—¡Hombre! ¡Por fin coincidimos en algo! —se recrea el ganadero—. ¿Ve usted, don Carlos? Los españoles podemos discutir sobre cualquier cosa, pero cuando se trata de comía, ahí… ahí casi siempre estamos de acuerdo.

—¿Eh? Sí, sí. Tiene usted razón —asiente Carlos. El joven absolutista se había mantenido en silencio, concentrado en sus pensamientos durante toda la cena hasta que Eugenio lo ha interpelado—. Bueno, si me disculpan… Me retiro. Hasta mañana, señores.

—Pero si no ha probado siquiera las torrijas —se apresura a decir el estudiante de Derecho—. Si no se las va a comer… ¿Le importaría que yo…?

—¿Eh…? Claro, por supuesto. Cómaselas usted.

—¡Arza la Garza! —replica el ganadero—. ¡Anda que no es vivo, el Tirillas! Podía compartir, ¿no?

Mientras Eugenio y Ramón debaten sobre la legitimidad y la partición de la herencia de las torrijas de Malvar, este se levanta y se dirige, escalera arriba, hacia su habitación. Petit sigue esta circunstancia con atención unas mesas más allá. A su vez, el interés del francés no ha escapado para otros ojos, los del Negro.

Fulgencio, en silencio y con disimulo, hace rato que se ha percatado del señor bajito de la mesa del fondo. Su intuición le dice que ocurre algo. No es normal la atención que ese tipo con aspecto de soldado

está prestando a todo lo que hace o dice Malvar. Sus instrucciones son precisas. La Vargas se lo ha dejado bien claro: «¡Ojo, tate! Es muy importante que estés atento a todo lo que haga o deje de hacer Malvar. Si ves algo sospechoso, algo que no te cuadre, por tontería que te parezca, vienes y me lo cuentas».

Petit apura el vaso de vino y se recompone en la silla a la vez que solicita a Sebastiana que venga.

—Perdona, muchacha. ¿Podrías traerme una jarra de vino? Así no tendré que molestarte más.

Ella asiente y se marcha a la cocina.

En su mesa, mientras Ramón y Eugenio han vuelto a enzarzarse en una nueva discusión política, el Negro se hace un cigarro con parsimonia.

Poco a poco, los comensales van subiendo a sus habitaciones o marchándose de la Fonda del Ciervo. Dan las once cuando María aparece en el comedor.

—Señores, les ruego que vayan terminando —advierte a los presentes —. Tenemos que recoger. La puerta de la calle se cerrará, como bien saben, a las doce. Les recuerdo que no se volverá a abrir, Dios mediante, hasta las siete.

Ante la insistencia de la viuda de Ruiz, Petit se da por vencido a las once y media. Dos jarras más tarde desde que Sebastiana le trajese la primera y sin atisbos de que su presa vuelva a bajar, se dirige hacia las escaleras no sin ciertos problemas de equilibrio.

Una vez en el piso superior, urde un simple plan para localizar la habitación del joven al que investiga. Haciéndose el borracho, intenta abrir, una a una, las puertas de las habitaciones a sabiendas de que no son la suya. Tras un par de intentos fallidos y llevarse una sonora bronca de Eugenio Prieto, Petit ha alcanzado su objetivo. Cuando forcejea la tercera puerta, oye desde el otro lado la voz de Malvar:

—¿Sí? ¿Quién es? —Al percatarse de que nadie responde, Carlos insiste—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Antes de que Malvar logre abrir la puerta, Petit ha conseguido refugiarse en un recodo de la galería superior. Observa, cobijado en las sombras, cómo el joven asoma la cabeza y mira a ambos lados con la puerta entreabierta. Por un instante, le ha parecido atisbar el cañón

de una pistola sobresaliendo a media altura. Un par de minutos después de que la puerta se cierre de nuevo, el francés recorre el pasillo con sigilo, abre la puerta de su habitación y la cierra tras de sí.

Lo que no sabe Petit es que alguien más, también en las sombras, ha presenciado toda la escena. A Fulgencio no le cabe duda de que lo que ha ocurrido es motivo suficiente para salir e ir, de inmediato, a informar a su sobrina.

Fulgencio se sabe todos los recovecos de la fonda. Evita pasar por delante de las puertas de las habitaciones bajando por una escalera destinada al servicio que da al patio trasero. Al llegar a la calle no puede evitar, tal vez fruto de la costumbre de sus tiempos de cantaor flamenco, calarse el sombrero y resguardarse la garganta y la boca con el pañuelo que lleva al cuello.

Aunque la noche es cerrada en Sevilla, él no necesita luces para saberse alumbrar por estas calles y mucho menos cuando su destino, apenas a trescientos pasos, se encuentra en la Calle Sierpes. Tiene que atravesar la Calle Rioja. A la inmensa mayoría de los sevillanos le daría cangelo transitar estas calles a estas horas. Sin embargo, para el Negro es un camino seguro. Algún despistado se le acerca con dudosas intenciones hasta que consigue distinguir quién es. Entonces, el arrojo del ratero de turno se convierte en desilusión y lo único que se oye es, a lo sumo, un «¿Ónde vá a la hora que é Negro?».

Un día como hoy, Sábado de Pasión, y a estas horas, a pocos sitios se puede ir en Sevilla. Pocos, sí, pero algunos hay. El Café Cabeza de Turco, hacia donde se encamina el Negro, es uno de esos pocos.

Los nudillos de Fulgencio acompasan por martinete el santo y seña acostumbrado en la puerta principal del café. Tres golpes secos preceden a un silencio que se remata con un golpe final. La puerta se entreabre y la cabeza de Joselito asoma:

—¡Hola, viejo! ¿Qué haces a estas horas por aquí?

Con un leve movimiento de cabeza seguido de un encogimiento de hombros, el Negro da por cumplida la respuesta al cancerbero.

Una vez dentro, el lamento de una guitarra rasga el ambiente por seguidillas. Las manos que la acarician son las de su primo Sebastianillo. El humo y el vapor flotan en el ambiente. Una figura baila al fondo. Parece un espejismo. Un maravilloso espejismo que, como a todos, cautiva de inmediato a Fulgencio.

No es otra que la Vargas.

Josefa Vargas, la musa gaditana, está bailando en el café al amparo de la mágica noche sevillana.

Su baile nada tiene que ver con la impostura del baile de salón, del baile académico o de formas correctas que ejecuta en los mejores teatros de Madrid y París. En la intimidad del Cabeza de Turco, la Vargas baila por derecho. Baila como si la vida le fuera en ello. Como una bacante gitana, sus brazos ascienden poco a poco. Como si les costara superar la ley de la gravedad, sus manos se revuelven intentando asir el rancio aire que las circunda. El acompasado taconeo de sus pies aumenta de ritmo en progresión hasta volverse frenético. Este frenesí es contenido, frenado, apagado en un instante. Su baile parece ser una metáfora en movimiento de la vida de una mujer que desde mucho antes de poder ser denominada como tal se ha visto sometida a la necesidad de agradar y cumplir los deseos de los demás.

Primero fueron los deseos de unos padres que siempre la vieron como una fuente inagotable de reales. Después, los deseos de muchos hombres que la han intentado encarcelar en grandes mansiones y cortarle las alas como a un lujoso canario. La metáfora, en fin, de una infancia truncada por el éxito.

Con los brazos erguidos, la mirada al frente y el cuerpo en completa tensión, parece reivindicarse a sí misma como persona independiente, fuerte y autosuficiente.

A sus veintiséis años y con más de media vida en los escenarios, la Vargas ha sabido dotarse de un atractivo lúbrico. Su sensualidad, salero y desparpajo son capaces de provocar en los hombres, sobre todo en los de cierta edad, el despertar de los instintos más primarios. Esta cualidad bien la podría haber colmado de riquezas e incluso de una posición y un nombre jamás soñado por sus parientes y vecinos, de no ser por su conocida falta de interés en el sexo opuesto.

Fulgencio la mira y la admira a la vez que la teme. Teme su ira cuando no se acatan sus órdenes con precisión. Teme las represalias que le ha visto tomar contra aquellos que han osado chulearla o que han despreciado su poder.

En un mundo en el que los hombres siempre han llevado la voz cantante, la Vargas, a pesar de su frágil apariencia, reina con mano de hierro.

El Negro toma acomodo en una de las mesas más alejadas del

improvisado escenario a pie de albero en el que su sobrina baila. Aunque no ha hecho ningún gesto para delatar su presencia sabe, porque ha notado que se le clavaban sus ojos hasta el alma, que ella es consciente de que ha llegado. Espera, con paciencia, no solo a que termine el baile sino a que departa con varios de los artistas y espectadores presentes. Tras una media hora, Pepa se acerca hasta donde está su tío. Sin mediar palabra se sienta junto a él y le muestra el oído en un signo inequívoco de que espera noticias frescas.

El viejo cantaor acerca la boca al rostro de la joven y le cuenta lo ocurrido hace un rato en la Fonda del Ciervo. La Vargas lo escucha sin que su cara refleje ninguna expresión ni sentimiento. Terminado el informe de su tío, aleja el rostro, aún sudado, de los labios del viejo y apoya la espalda en el respaldo de la silla.

El Negro la observa, en silencio. Los ojos de la Vargas van de un lado a otro, de izquierda a derecha, como intentando buscar en su cabeza una respuesta a lo que acaba de conocer. Apenas un minuto después suspira y, sin mirar tan siquiera al Negro, le ordena:

—Llama a la niña. Dile que venga. Deberías irte para la fonda. No quiero que te quedes. Ya sabes el mal beber que tienes. Mañana tendrás que estar en condiciones por si te necesito.

La niña no es otra que Sebastiana, la Chana, hija de su primo Sebastianillo y moza en la Fonda del Ciervo. Tras una breve inspección, Fulgencio se levanta sin mediar palabra y localiza a la chica junto a la puerta charlando acaramelada con el joven gitano que hace las veces de portero. Se acerca a ella y le comenta en voz baja:

—Chana, corre. Te llama tu prima.

Sebastiana lo mira resignada. Hace un mohín a su pretendiente, entorna los ojos y resopla.

—Voy… vooooy.

Fulgencio señala la puerta. El joven gitano baja la cabeza y la entreabre.

—Ten cuidadito, gachó —le advierte Fulgencio al oído a la vez que agarra con fuerza el brazo del muchacho—. Te estás metiendo en camisita de once varas.

La Chana se acerca a la mesa donde aguarda la Vargas y se sienta en la misma silla que instantes antes ocupaba su tío.

—El Negro dice que quieres verme —comenta.

—Sí, escúchame con atención.

—Tú dirás, prima —replica resuelta mientras acerca el oído hacia el sitio que ocupa la bailaora.

—¿Sigue guardando María el matarratas en la alacena?

—Sí, claro. ¿Dónde lo iba a guardar si no?

—Perfecto. Entonces, vas a hacer lo siguiente. En la fonda hay un señor bajito con pinta de militar. Según tu tío, es manco. Quiero que mañana cojas el matarratas y le pongas durante el almuerzo, solo a él, un par de cucharadas en su jarra de vino. Ten cuidado y que no te vea nadie. Asegúrate de tirar tanto la jarra como el vaso en el que beba. Además, quiero que le digas a Malvar que venga mañana a verme a las diez.

Resulta sorprendente que la orden de la Vargas no provoque ninguna reacción en la joven. Solo asiente con la cabeza. Al cabo de un instante, no puede reprimir su curiosidad:

—Pepa, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dime.

—¿Cómo es que sabes que la viuda guarda el matarratas en la alacena?

—Porque tuve que utilizarlo hace unos años.

—¿Utilizarlo? ¿Para qué?

—Para qué va a ser. Para matar a una rata vieja, sebosa y borracha que no paraba de molestarme por las noches cuando me alojaba allí.

—¿Te alojaste en la Fonda del Ciervo?

—Pues sí, querida. No siempre se ha valorado mi arte como ahora. —Entorna los ojos—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —afirma la moza en tono socarrón—. ¿Me puedo ir ya?

La Vargas la mira con el ceño fruncido.

—Nada más…. Bueno, sí. Ten cuidado con Joselito. Cuando menos te

lo esperes estarás embarazada y criando a cuatro o cinco churumbeles en una mísera choza del arrabal. Ese no es el futuro que hemos previsto para ti. No me decepciones.

—¡Que síííííí, Pepa…! No seas tan pesada.

La mirada de desdén de la Chana es contestada, ipso facto, por una de la Vargas que obliga a la moza a agachar la cabeza.

—Bueno —apostilla con desgana la Chana—, si no me necesitas para nada más, me voy a dormir.

Ante la falta de respuesta de su prima, la muchacha se levanta, cruza dos palabras con el joven de la puerta y se marcha.

La Vargas observa la escena mientras se sirve un vaso de vino de la jarra y se lo bebe de un trago.

# 7

## San Telmo

10 de abril (Lunes Santo)

Rincón se seca el abundante sudor de la extensa frente con un pañuelo de seda blanco cada ocho o diez pasos. A pesar de que la temperatura es agradable, el secretario del gobernador civil está acalorado. Un jadeo impropio de un caballero como él es la más evidente consecuencia del paso ligero que se ha autoimpuesto desde que salió de su despacho. No en vano, en apenas veinte minutos ha logrado recorrer el largo tramo que separa la diputación del Palacio de San Telmo. Toda una hazaña para alguien acostumbrado a ir en carruaje a cualquier sitio. Detrás ha dejado la catedral, el Archivo de Indias y la Capilla de Santa María de Jesús, antesala de la Puerta de Jerez, tras la cual se alza la residencia de los duques de Montpensier.

En sus casi doscientos años de historia, el actual palacio ha estado en obras una infinidad de ocasiones, tantas como usos ha tenido. Ubicado en unos antiguos terrenos de la Santa Inquisición, el Consejo de Indias lo mandó construir para albergar la Universidad de Mareantes. Se trataba de un colegio y seminario en el que los huérfanos de mitad del siglo XVII aprendían a ser pilotos. Muchos de ellos fueron los encargados de dirigir a buen puerto las ingentes cantidades de oro y plata que llegaron en los galeones procedentes de las Indias. Ya a finales del XVIII la Secretaría de Estado y el Despacho Universal de la Marina se hicieron cargo del edificio. Desde ese momento, siempre en obras, ha sido Colegio Naval Militar, oficina de la Sociedad del Ferrocarril y sede de la Universidad Literaria hasta que, hace cinco años, sus altezas reales el infante don Antonio María Felipe Luis de Orleáns y su esposa doña Luisa Fernanda de Borbón y Borbón lo adquiriesen para establecer en él su residencia. Su objetivo se antoja evidente. Hacer de ese edificio el más bello palacio que haya visto España, instaurando en él una corte paralela a la de la reina Isabel II, cuñada y hermana de los duques.

A medida que Rincón se aproxima al edificio resulta más evidente la dimensión del proyecto que el duque ha trazado para su palacio. Maestros albañiles, canteros, oficiales y peones marchan de un lado a otro y como un peculiar ejército se esfuerzan en los diferentes frentes abiertos en la batalla por la restauración del edificio. Aunque no aminora el paso, el secretario no puede resistirse a observar, una vez más, los estragos que hace casi veinte años causaron los rayos en la portada de piedra que proyectara Leonardo de Figueroa para la fachada principal. Su destino, sin embargo, está en otra ubicación. Rincón se dirige presto a la fachada norte, en la que se encuentra la entrada de carruajes, y gira a la derecha hasta ponerse a cubierto bajo el pórtico. Este acceso a palacio no le agrada, ya que se trata de un corredor interior poco iluminado y estrecho que discurre en paralelo a la fachada. Flanqueado este, alcanza una estancia diáfana en la que, ahora sí, consigue ver en su parte central a la persona por la que ha puesto al límite a su débil corazón.

Isidro de las Cagigas y Argos es el secretario particular y mano derecha del duque en la ciudad. El joven funcionario, de origen montañés, ha conseguido cautivar al infante con su escrupulosidad y diligencia a la hora de gestionar su agenda y sus dineros. De todos es conocida la férrea mano con la que maneja su inmensa fortuna el vástago de Luis Felipe I. El Rey Naranjero, le llaman las malas lenguas en Sevilla. Incluso alguna coplilla anónima ha circulado haciendo referencia a que el duque saca partido hasta de las naranjas de sus huertos vendiéndolas como un vulgar tendero más.

Rincón avanza hasta los dos hombres que ocupan el centro de la sala. Se detiene a unos cinco pasos e indica al secretario del duque su presencia con un insistente movimiento de su pañuelo.

—De acuerdo, don Balbino, le haré llegar su petición a su alteza real —oye Rincón cómo le comenta el secretario del duque a su contertulio —. Y si es tan amable y me disculpa…

—Ah, sí. Todos los asuntos parecen ser más importantes que los míos.

La queja en forma de afirmación irónica proviene de don Balbino Marrón, arquitecto municipal de Sevilla y particular del duque. De orígenes vascos, es uno de los hombres más respetados de la ciudad. No es para menos. La huella de su trabajo se dibuja por toda Sevilla. De hecho, es el autor del nuevo cementerio de San Fernando, la nueva fachada del Ayuntamiento, la planificación del recinto ferial o la plaza del Museo, entre otras grandes obras.

Su prodigiosa mente está contribuyendo a que la capital andaluza resurja de sus cenizas. Junto a la resurrección de la ciudad, Marrón pretende pasar a los anales de la historia de la arquitectura moderna como el artífice de la transformación del edificio en el que se encuentran. Su anhelo es convertir este ruinoso montón de escombros en un palacio digno de un rey.

—Por favor, dígale al duque que con tantos cambios como propone sobre mis planos es imposible ir cumpliendo los plazos previstos.

—Se lo diré, se lo diré, no lo dude usted. Muchas gracias, don Balbino.

Tanto el arquitecto como el secretario saben que esto último no ocurrirá jamás. El secretario no trasmitirá ninguna queja del arquitecto al duque. No en vano, una de sus principales virtudes es esa: servir de parapeto entre los inconvenientes y las nimiedades del día a día y los trascendentales planes y las justas aspiraciones del duque.

Balbino, cabizbajo, mira el plano que sostiene entre las manos mientras niega con la cabeza de forma reiterada. Isidro se acerca a Rincón. El secretario del gobernador se ha mantenido hierático, esperando firme a pesar de que las piernas le tiemblan y de que su sufrido pañuelo es incapaz de retener más sudor.

—¡Hombre, don Antonio! ¿Qué le trae por San Telmo?

—Buenas tardes, don Isidro. Si es usted tan amable, me gustaría informarle de un asunto del que acabo de tener conocimiento.

—Hable usted, pues.

Rincón mira por encima del hombro de su interlocutor y observa que el arquitecto sigue ahí, de pie. Si él ha sido capaz de oír de forma nítida lo que han hablado De las Cagigas y Marrón, resulta evidente que no es prudente hablar bajo estas bóvedas.

—Si a usted no le importa —susurra—, me agradaría que esta conversación la mantuviésemos en un lugar más discreto.

El secretario del duque, extrañado en un primer instante, mira hacia atrás y comprende.

—Por supuesto. Sígame, por favor.

Isidro cruza toda la sala con Rincón pegado atrás. Pasan por un par de

dependencias que también están en obras y tras sortear todo y a todos los que le salen al paso llegan al despacho del secretario del duque. Abre la puerta, ofrece a Rincón la vez y, ya dentro, cierra. Sin esperar a tomar acomodo, se dirige a su colega de la diputación.

—¿Le parece este un sitio conveniente, don Antonio?

—No se lo tome a mal, don Isidro, pero creo que la información que le voy a dar le va a interesar sobremanera.

Entonces, el secretario del gobernador civil comienza a narrar, palabra por palabra, el informe al que ha tenido acceso. Este don, quizás el único que tenga Rincón, le ha sido útil toda su vida.

Desde que comenzó a leer se dio cuenta de que tenía la capacidad de memorizar, al instante y sin esfuerzo, cualquier tipo de texto. Aunque no conociese el significado de muchas de las palabras podía recitar de carrerilla capítulos completos de obras literarias o de manuales de cualquier materia. En este momento de su vida y con su puesto y responsabilidad, esta habilidad lo ha convertido, a ojos de todos, en alguien muy valioso.

A medida que Rincón recita el informe del agente de segunda Benito Carrasco, el semblante de Isidro muta de relajado a sorprendido, de sorprendido a preocupado. Para cuando su colega termina de hablar, el secretario del duque está sentado en un amplio sillón de roble tallado con adornos florales y tapizado de terciopelo verde detrás de una mesa de la misma madera con fiadores y flores de lis en cajones y faldón.

Un incómodo silencio se prolonga por unos minutos. A Rincón, aún de pie, le parecen horas. Hay que resaltar que, a pesar de que el secretario del duque es mucho más joven que Rincón, este le tiene en alta estima y lo respeta. Callado espera, como un colegial que ha dado la lección lo mejor que sabe, a que el maestro le dé el visto bueno.

—Don Antonio, tome usted asiento, por favor —lo invita De las Cagigas.

Rincón se sienta aliviado en una de las dos sillas que están dispuestas al otro lado de la mesa y suspira.

—En verdad ha hecho usted bien en venir lo más deprisa que ha podido. El duque y yo mismo le agradecemos la información que nos ha traído.

Estas palabras provocan que en la cara de Rincón se intuya una leve sonrisa de satisfacción.

—Muchas gracias, don Isidro. Bien sabe que el duque y usted me tienen a su servicio.

—Lo sabemos, don Antonio, lo sabemos. Por eso mismo he de pedirle un favor más.

—Si está en mi mano, no duden ni usted ni el duque que lo haré con sumo gusto.

De nuevo, el silencio. Isidro parece ordenar sus ideas ante la atenta mirada de Rincón. Este espera como un perrillo faldero a que su amo le lance un suculento hueso.

—Bien… Va a hacer usted lo siguiente: si es verdad que el informe aún no ha sido leído por Iribarren, debe evitar, en primer lugar, que lo lea. Además, quiero que usted mismo concierte una entrevista con ese agente y el doctor… ¿cómo se llamaba?

—Federico Rubio, señor.

—Eso, Rubio. Bien. Como le decía, quiero que concierte una entrevista con ambos lo antes posible. De hecho, mañana por la mañana sería conveniente. Eso sí, quiero que le quede claro que todo esto deberá hacerlo usted mismo. Es de vital importancia que esta información sea guardada de ojos y oídos curiosos.

Rincón asiente, con insistencia, a todas las indicaciones del secretario del duque.

—Así se hará. ¿Le parece a usted bien que vengan a las diez?

—Si usted lo hiciese posible, le estaría muy agradecido. Discúlpeme si le recuerdo lo delicado del asunto y lo importante que es para todos que Iribarren no sepa nada.

—Por supuesto. Me ha quedado claro, clarísimo.

# 8

## ¡Alexandre!

9 de abril (Domingo de Ramos)

Petit repasa su cuaderno de notas. A pesar de estar seguro de que ha seguido la pista correcta y de saber que el joven que se hospeda en la Fonda del Ciervo es el sicario a quien se referían los conspiradores en el Café Esmeralda, hay algo que no le cuadra. No sabe qué es, pero percibe que algo hay. En su oficio, lo más importante no es saber cosas sino intuirlas, y su intuición pocas veces le ha fallado.

Al girar una de las páginas del cuaderno algo llama su atención. Una anotación que no recordaba haber hecho: «monsieur Rubio. Rue de Don Pedro Nigno, 1». Una leve sonrisa aparece entre sus labios resecos. Hace algo más de un mes, mientras archivaba el último informe realizado para el duque sobre el arzobispo Romo, consiguió distinguir entre los informes apilados en la mesa de Gregorio Buiza un apellido familiar: Rubio. El informe en cuestión se titulaba «Notas sobre José Rubio Lubet y familia». Su natural curiosidad le hizo abrirlo y fisgar en la información que contenía. Para su sorpresa, entre las notas se hablaba mucho de Federico, el hijo mayor del tal José Rubio Lubet. Fue entonces, justo entonces, cuando recordó un grato episodio de esgrima con un joven maestro en Cádiz hacía unos años. Animado por la agradable expectativa de poder volver a ver a aquel amable joven y repetir unos lances con él, anotó su dirección.

Sin duda, cuando este tedioso asunto termine, irá a hacerle una visita a monsieur Rubio y le propondrá una justa revancha.

De forma casi inconsciente extrae la página, la dobla con sumo cuidado y la introduce en el bolsillo interior de su levita. Cierra el cuaderno y suspira.

Tras pasar casi toda la noche en vela con el oído puesto en si se abría el cerrojo de la habitación de Malvar, el francés bajó al alba. En esta

ocasión pudo elegir un mejor sitio para cumplir su cometido. Se sentó en la mesa que ayer ocupaba Malvar. Desde esta privilegiada posición es capaz de controlar todas las entradas y salidas de la fonda. Ha visto a Malvar bajar a desayunar, subir a su habitación, bajar a comer para, tras una breve sobremesa con sus comensales, volver a su habitación y bajar, de nuevo, hace veinte minutos, a cenar. Todo eso, sentado en una maldita silla de enea durante todo el día, a excepción de las cinco o seis veces que ha tenido que ir al retrete.

Ese es el otro gran inconveniente de la jornada. Algo ha debido sentarle mal en la comida porque sobre las tres de la tarde empezó a encontrarse indispuesto.

Mal momento para que su delicado estómago, devastado por años y años de mal rancho, vuelva a hacer de las suyas. Teme que Malvar salga de la fonda y le pille con los calzones bajados. Por precaución ha dejado de comer sólido a ver si así es capaz de terminar de aliviar el contenido de sus agitadas tripas.

Lleva toda la tarde a base de jarras de vino rebajado con agua en el que ha infusionado canela y anís. Ha tenido que convencer a la moza de la fonda para que se lo prepare. De hecho, en su larga experiencia militar, este brebaje le ha salvado en más de una ocasión de terminar deshidratado, aunque hoy parece que estuviese provocando lo contrario. Espera, en cualquier caso, que en poco tiempo surta el efecto que busca.

La única aguja de su Pierre Le Roy marca las nueve. Sin duda, su posesión más valiosa es este reloj de bolsillo que ha pasado de generación en generación en su familia. Esta joya de precisión llegó a las manos de su bisabuelo gracias a una buena partida de dados.

Su padre le contó, siendo un niño, que el anterior titular fue un joven del que se había encaprichado madame Adelaida, la hija del mismísimo Luis XV. El reloj, según había dado por hecho Petit, debió ser un regalo de la duquesa de Louvois en agradecimiento por los servicios prestados.

Desde entonces, el primogénito de los Petit recibe a los quince años esta valiosa posesión para su custodia. Lambert lo mira triste. Él no tendrá a quién dejar en herencia el reloj. Su querida Estelle y su pequeño Alexandre murieron en la gran epidemia de cólera del treinta y dos en París.

De manera súbita, algo capta la atención de Petit. Malvar se ha

levantado de la mesa y en vez de dirigirse, como de costumbre, hacia las escaleras, se encamina a la puerta principal de la Fonda del Ciervo.

—¿Dónde irá a estas horas? —murmura Lambert—. Por fin algo que hacer.

Hasta que no lo ve salir a la calle y girar a la derecha no se mueve. Al intentar levantarse, un ligero mareo lo devuelve a la silla.

No sabe qué le pasa. No ha podido ser el vino. Estaba aguado y tres jarras no son nada para un gran bebedor como él. Vuelve a intentar levantarse. Consigue mantenerse de pie. Se acomoda como puede la levita, guarda en el bolsillo interior el cuaderno, coge el bombín con la mano izquierda y tras asentarlo en la cabeza echa mano al bastón estoque.

Lo ha hecho él mismo. Rústico y de empuñadura cilíndrica, guarda en su interior una afilada hoja de acero que ha asegurado al exterior con un remache. Dos piezas semicilíndricas unidas entre sí mediante chapas de hierro claveteadas componen el cuerpo principal. Entre la empuñadura y el cuerpo ha dejado un hueco que sirve para envainar la hoja. Sin duda, no es el más elegante de los bastones, pero Petit ha prescindido de las florituras dando prioridad a su funcionalidad. Por fortuna, no ha tenido que utilizarlo jamás. Ahora, dadas las circunstancias y esa extraña sensación de vértigo que ha empezado a sentir, le vendrá muy bien.

Ya en la calle ve que Malvar camina a unos treinta pasos. Se pone en marcha no sin cierta dificultad. Está confundido. Aunque apenas hay luces que alumbren la calle, ante sus ojos aparecen destellos. «Qué raro», piensa. Lleva más de treinta horas sin dormir, pero no es, ni mucho menos, la primera vez que debe mantenerse despierto tanto tiempo.

Intenta sobreponerse. Sus piernas flaquean. Va dando tumbos en zigzag. Se detiene. Apoyado en la reja de la antigua iglesia del Santo Ángel, convertida tras su desamortización en la sede de la Sociedad de Amigos del País, empieza a vomitar. Desconcierto. Unos pasos más. «Ahora no», suplica. Tanto tiempo invertido, para que una mala digestión lo eche todo a perder. «Merde! Merde!», no deja de repetirse a sí mismo.

Levanta la mirada intentando recobrar la pista de Malvar. No ve a nadie. Se ha escabullido en la noche. Aun así, persistente, tozudo, sigue avanzando, apoyándose en el bastón. A trancas y barrancas

consigue alcanzar la intersección con la calle Sierpes. Toca decidir: «¿Izquierda? ¿Derecha?» Toma la izquierda. ¿Por qué? Pues porque ha vomitado de nuevo y los restos de vómito han quedado a su derecha. Su estado empeora. Siente cómo le va subiendo la fiebre. Unos pasos más. Esquina de Cerrajerías. Tiene que descansar unos segundos. No puede más.

Mientras jadea encorvado, Petit siente que algo le roza por detrás. Una vez, otra más.

«¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que me está zarandeando de un lado a otro?».

Oye risas y voces. Está delirando. No existe otra explicación. Son como voces de niños a su alrededor. De repente, por instinto, consigue erguirse y desenvainar el estoque con la mano izquierda. Justo en ese momento retorna el silencio. Manotea a un lado y a otro con la mirada perdida. El esfuerzo le hace vomitar de nuevo.

En ese preciso instante, mientras está inclinado vomitando, siente una picadura de serpiente en el costado. Suelta el bastón y se lleva la mano al interior de la levita. El chaleco está húmedo. Se mira la palma de la mano y la ve ensangrentada. Le han dado una puñalada. Intenta recuperar el bastón, pero ya no está. Sombras de un lado a otro serpentean alrededor. Vuelven las voces infantiles a su cabeza. Agotado, se deja caer con la espalda apoyada en la encalada pared. Frío, calor, sueño:

—¿Estelle? ¡Estelle!… ¡Alexandre!

# 9

## Paco Peña

10 de abril (Lunes Santo)

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo sabía!

La eufórica afirmación del joven doctor resuena por el laboratorio anexo a la botica del hospital.

—¡Federico! ¡Federico, por favor!, guarda la compostura. Sabes que me la estoy jugando. Si se entera el viejo de que te he dejado utilizar todo ese instrumental, me despide.

Quien pronuncia las palabras con cara de asustado es Francisco Peña, practicante mayor del Servicio de Farmacia y amigo personal de Rubio. Ambos estudiaron en Cádiz. En aquellos días, los jóvenes universitarios frecuentaban, muy a su pesar, los mismos ambientes. Las penurias económicas que padecieron en su época estudiantil las pasaron juntos.

—¡Paco, Paco! ¡Ven! ¡Ven y mira esto!

—¡Dios mío, Federico! Negro como el carbón.

—¡Eso es! Negro como la noche. ¿Habías visto alguna vez algo parecido? ¡Santo Dios! ¿Qué cantidad de arsénico se necesita para que una muestra tan pequeña dé este resultado?

—No sé decirte con exactitud, pero apostaría a que hay arsénico suficiente como para matar a un caballo. De eso puedes estar seguro.

El fino tubo de cristal ennegrecido que Rubio sostiene entre las manos es el resultado de uno de los métodos más novedosos y fiables de detección de arsénico.

Descubierto por el químico inglés James Marsh, tuvo su consagración

de la mano del afamado Mateo Orfila. El mahonés, considerado una eminencia de la toxicología en Francia, consiguió demostrar hace unos años la culpabilidad de una joven esposa, Marie Lafarge, acusada de envenenar a su marido. El juicio fue seguido en toda Europa y elevó a la medicina forense a la categoría de ciencia fiable ante un tribunal.

El método ideado por Marsh y perfeccionado por Orfila es, como todos los grandes hallazgos de la ciencia, sencillo a la vez que elegante. Se toma una muestra sospechosa de contener arsénico y se mezcla en un recipiente de cristal con zinc y ácido sulfúrico. Si la muestra contiene arsénico, se produce una reacción química en la que se libera arsina. Este gas se conduce por un capilar de vidrio que, al ser calentado a una temperatura entre los doscientos cincuenta y los trescientos grados Celsius, provoca que el arsénico se libere y quede adherido a las paredes del tubo tomando un color entre plateado y negro. A continuación, se sellan los extremos del tubo y se separa este del circuito. La prueba derivada del experimento causa en el jurado y en el juez una reacción inmediata que termina, de forma inexorable, en la condena del acusado o acusada.

—Voy a la sala de autopsias. Etiquetaré las muestras y redactaré un informe al respecto.

—Venga, Federico, deja todo eso para mañana. ¿No está bien por hoy? ¿Cuántas horas llevas con este asunto? —Peña mira a su amigo con una mezcla de ternura y preocupación.

—No me vengas con esas, Paco. Tú no. Ya sabes que cuando empiezo algo no paro hasta que lo acabo y este asunto me fascina tanto que podría estar semanas con él sin descansar.

—Me has dicho que conocías al envenenado, ¿no?

—Conocerlo es mucho decir. La verdad es que tuve un encuentro algo extraño con él en la época en la que era maestro de esgrima en San Felipe Neri. ¿Recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Tu generosidad y esas clases para niños bien me permitieron comer caliente en más de una ocasión.

—El caso es que un día en el que estaba recogiendo para marcharme apareció por el gimnasio un caballero que se presentó como monsieur Petit. Me dijo que estaba de paso en Cádiz y que iba camino a Marsella. Por lo que recuerdo, me comentó que era militar y que el azar lo había llevado a ejercer, como yo, de maestro de esgrima. Me aseguró que impartía clases en Lisboa. Hasta ahí todo muy normal. Lo

extraordinario ocurrió cuando me consultó sobre la posibilidad de disputar unos asaltos. Le propuse, entonces, tirar con el florete. Él aceptó de buen grado. Tras quitarse la levita sacó del bolsillo un bramante que anudó con un lazo a la empuñadura apoyándose en la mano izquierda y en los dientes. Hasta ese momento no me había percatado de que era manco de la mano derecha. No te mentiré si te digo que aquello me desconcertó un poco. Un maestro de esgrima manco, qué cosas… El caso es, querido Paco, que cuando íbamos a comenzar lo observé caer en guardia de una forma sólida. Aunque al principio se resistía a comenzar el ataque, cedió al final ante mi insistencia. Ya sabes que la cortesía es una de las banderas del noble arte de la esgrima y él era, en ese lance, el invitado. Para mi sorpresa, demostró tal destreza tanto en ataque como, sobre todo, en defensa que me vi superado una y otra vez. Terminado el lance se despidió de forma muy cortés. Yo, me quedé pensando en lo ocurrido. Aquel militar francés, bajito y manco, me había dado una lección de vida. La vanidad que entonces tenía había sido superada por la inteligencia y la constancia.

—Bonita historia, Federico. Nunca me la habías contado.

—La verdad es que, hasta hoy, y a pesar de la enseñanza que obtuve, no había vuelto a pensar en este hombre. Y ahora fíjate, amigo mío, en la triste circunstancia en la que me he vuelto a reencontrar con él. Pobre. Al menos le debo el esfuerzo de intentar esclarecer qué le ha ocurrido.

—Bueno, yo me tengo que marchar y tú deberías hacer lo mismo. Hace rato que han dado las ocho y Jimena habrá hecho ya la cena. Por cierto, me pregunta mucho por vosotros. Desde el bautizo de Sol no hemos vuelto a quedar. A ver si venís los tres a comer a casa un día de estos.

—Dale recuerdos. Dile que pronto iremos a veros y a disfrutar de uno sus guisos. Sabes lo mucho que aprecia mi Maripaz a tu mujer, seguro que se alegrará de volver a verla.

—Se lo diré de tu parte. Por favor, amigo, no te quedes hasta muy tarde. ¿De acuerdo?

El joven doctor asiente a Peña para que este se quede tranquilo, aunque ambos saben que hasta que no termine de etiquetar, guardar las muestras y redactar el informe no volverá junto a su mujer y su pequeña.

Con el ennegrecido tubo sellado y en el bolsillo, Rubio sale de la sección de Farmacia y vuelve atravesando el patio hasta la sala de autopsias. Tan ensimismado va en sus pensamientos que al entrar no se ha percatado de la presencia de Benito Carrasco. El joven policía lo espera junto a la puerta.

—¡Don Federico! ¡Doctor!

—¿Eh? ¿No habíamos quedado mañana? —comenta sorprendido mientras entra en la sala de autopsias.

—Sí, ya lo sé, pero es que los acontecimientos me han llevado a adelantar nuestro encuentro.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado aquí? —el desconcierto de Rubio es evidente.

—Permítame…

—¿Dónde está el cuerpo de monsieur Petit?

Rubio se mueve de un lado a otro. Busca en la sala contigua. Levanta las sábanas que cubren a varios de los cuerpos que se hacinan al fondo sin encontrar al francés.

—Don Federico, yo puedo explicárselo…

—¿Y los órganos? ¿Dónde está todo? ¡Granados, Granados!

—¡Doctor, por favor! ¿Puede usted escucharme un momento?

Rubio se gira y se queda mirando al joven policía mientras sus ojos encolerizados parecen querer salírsele de las órbitas.

—Se lo han llevado —afirma escueto el policía.

—Eso ya lo veo. Para ese viaje no hacían falta esas alforjas.

—Se lo han llevado cuatro guardias.

—¿Guardias? ¿Qué está diciendo usted?

—Sí, cuatro guardias municipales. Llegaron hace un cuarto de hora y se lo llevaron. Al interesarme por el origen de la orden de traslado me enseñaron una petición formal firmada por el mismísimo alcalde, don José María Rincón.

—¿El alcalde? No entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Sabe a dónde se lo han llevado?

—Esa es otra. Uno de ellos, Gutiérrez, me ha dicho que lo llevan a San Telmo. ¡A San Telmo! ¿No le resulta extraño?

—Pues la verdad es que sí.

—Con lo tranquilo que estaba yo esta mañana y mire ahora. ¿Quién me iba a decir a mí que me encontraría la firma de un Rincón dos veces en el mismo día en un asunto que nos concierne?

—¿Nos concierne? ¿De qué está hablando?

—El caso es que si he regresado es porque hace una hora me trajeron a mi casa una nota firmada por el mismísimo secretario del gobernador civil, don Antonio Rincón. En ella se indica que mañana a las diez debemos presentarnos en San Telmo para entrevistarnos con don Isidro de las Cagigas.

—¿El secretario de Iribarren? ¿El secretario del duque de Montpensier? Ahora sí que no entiendo nada.

—Yo tampoco, pero comprenderá que mi obligación es acudir y hacerle llegar a usted la petición.

—¡Santo Dios! ¡Qué disparate!

—Disparate o no, creo que sería conveniente que mañana acudiese conmigo a la entrevista.

Rubio suspira. Piensa en las posibles consecuencias de la decisión que está a punto de tomar y, tras poner en una balanza los pros y los contras, acepta la invitación.

—¿A las diez, dice?

—Sí, a las diez. Si le parece bien, pasaré a buscarle a las nueve y media.

—Muy ajustado —repone—. Mejor será a las nueve.

—De acuerdo, allí estaré.

—Sea pues.

Ante la respuesta de Rubio y observando su semblante, mezcla de

indignación, rabia y desconcierto, el joven agente decide darse la media vuelta y, sin mediar más palabra, marcharse.

«Mañana —se anima a sí mismo— será otro día».

# 10

## Un alboroto

9 de abril (Domingo de Ramos)

—¿Señor Malvar? ¿Don Carlos? Soy Sebastiana —murmura la moza ante la puerta—. ¡Señor Malvar! ¿Puede usted abrirme? Le traigo un mensaje muy importante.

Tras unos instantes de espera, la puerta se abre y aparece Carlos Malvar. Observa a la joven y, tras cerciorarse de que no hay nadie más en el pasillo, le pregunta:

—¿Qué quieres?

—¿Podría pasar? Le traigo un mensaje de mi prima.

—¿No puedes dármelo desde ahí?

La joven, sorprendida ante la respuesta de Malvar, no tiene más remedio que asentir.

—Bueno, como usted prefiera. El caso es que mi prima me dijo anoche que quería verlo hoy. Estará en el Café Cabeza de Turco a partir de las nueve de la noche.

—Muy bien. Muchas gracias.

Sin más, Malvar da por terminada la conversación y cierra la puerta en las narices de la Chana.

En el interior se puede observar cómo, a pesar de ser bien entrada la tarde, la cama permanece sin hacer. Hay ropa por todos lados y el desorden campa a sus anchas. Sobre la cama se acumulan un mapa de la ciudad, un ejemplar abierto de la primera edición de La creación y el diluvio de José de Zorrilla, un cuaderno con anotaciones y la pistola que limpió con sumo cuidado el día anterior.

De pie junto a la cama, Malvar observa con atención el mapa. Cada cierto tiempo traza un imaginario recorrido con el dedo índice por sus calles y plazas. Se aparta y toma el cuaderno. Repasa hacia delante y hacia atrás sus páginas. Cada cierto tiempo se detiene en una de ellas y lee en silencio.

En cuanto al libro, puede sorprender que un joven de acción como Malvar tenga entre sus pertenencias una obra del dramaturgo vallisoletano. La creación y el diluvio. Espectáculo teatral en cuatro actos, divididos en seis partes nada más y nada menos. A decir verdad, a Carlos ni le importa ni le interesa lo más mínimo la literatura, pero Mozo siempre ha insistido en utilizarlo como parte de un… ¿Cómo lo llama? ¡Ah, sí! «Código en clave» para poder intercambiar correspondencia entre ellos, al objeto de salvaguardar sus comunicaciones de miradas indiscretas.

El ejemplar es propiedad de su amigo. El propio autor autografió una dedicatoria en la primera página:

«Con todo mi afecto a don Felipe Mozo, caballero cabal y de férreos principios. Los caminos de la diplomacia, al igual que los de Dios, son inescrutables».

La dedicatoria se remata con la rúbrica del escritor. La elección de Zorrilla no le sorprendió en su momento. El autor es, como ellos, un buen patriota, un conservador y absolutista convencido. De hecho, era uno de los más beligerantes contra los liberales en las tertulias de Los Persas. En cuanto a la obra, por mucho que el diplomático ha intentado hacerle entender su significado, nunca ha llegado a comprender qué tienen ellos que ver con Luzbel, La Tentación, los arcángeles y demás personajes que en ella aparecen.

«En fin —se dice a sí mismo cada vez que Mozo intenta explicárselo—, doctores tiene la iglesia. Él sabrá».

Además, lo del código le parece innecesario si tenemos en cuenta que antes de partir para Sevilla ya sabía cuál era el objetivo, e incluso que la misión no se podría demorar más allá del mes de abril.

«¿Qué sentido tiene?», se pregunta.

Sabido esto, lo único que ha tenido que descifrar, en realidad, es el día elegido para llevar a cabo el asunto que se traen entre manos. Para eso, según le había confirmado Mozo, debe fijarse en el número de la página en la que se encuentran los versos que le ha enviado. Al final, «mucho redoble para tan poca carga». La página número catorce.

Catorce de abril de 1854, Viernes Santo.

«¿No hubiera bastado con que escribiese un catorce como único mensaje? ¿Quién iba a saber de qué se trataba?».

La fecha elegida le parece un error. Viernes Santo en Sevilla. Miles y miles de personas junto a su objetivo presenciando el Santo Entierro Grande. A Mozo le parecerá un momento idóneo, heroico e incluso histórico, pero es él quien tiene que ejecutar la misión. Ejecutarla e intentar, dicho sea de paso, salir con vida de Sevilla: «¡Una locura!».

A pesar de sus dilemas morales y sus dudas, en lo más profundo de su alma de soldado, de buen soldado, sabe que debe llevar a cabo la trascendental misión que se le ha encomendado.

Es hora de bajar a cenar. Malvar recoge y guarda con esmero todo lo que hay encima de la cama. Entreabre la ventana de la habitación que da al patio interior. Observa maravillado el anaranjado cielo sobre el flamante puente de Isabel II. Con Triana como telón de fondo, el joven se lava la cara y las manos en la palangana que está justo debajo de la ventana. Respira hondo un par de veces y sale de la habitación.

Al llegar al comedor observa que está medio vacío. Es Domingo de Ramos y, excepto los huéspedes, nadie cena hoy en la Fonda del Ciervo. Aunque se ha percatado de que el ganadero, el Negro y el Tirillas charlan y comen en la misma mesa, no tiene ni ganas de aguantarlos ni tiempo que perder. Eugenio lo ha visto bajar por la escalera y le alza la mano en señal de invitación para que los acompañe. Malvar simula que no lo ha visto, cosa poco probable dada la corpulencia y la singular vestimenta del ganadero, y pasa de largo, para sentarse de espaldas a ellos, en la solitaria mesa de la esquina.

La propuesta para cenar de la viuda de Ruiz es más bien pobre. Un ropavieja sin carne que ha vendido apelando a la vigilia, aunque todos sepan que es más bien por tacañería y, un día más, torrijas de postre.

—Por la textura que tienen —murmura Carlos—, apostaría todo mi dinero a que son las que sobraron ayer.

De todos modos, tampoco tiene mucha hambre. Está más preocupado por repasar el plan que ha estado ideando durante todo el día. En apenas veinte minutos ha despachado ambos platos y media jarra de vino. Sin más dilación, se levanta y se dirige hacia la salida de la fonda.

Gira a la derecha buscando el camino que le lleva al Café Cabeza de

Turco. Malvar no puede evitar plantearse ciertas cuestiones: «¿Qué querrá la bailarina? ¿Quién le ha dado vela en este entierro?».

Desde que llegó a Sevilla se siente atrapado, observado. Fue la Vargas la que le buscó acomodo en la Fonda del Ciervo. También es ella quien le ha procurado, a través de la moza, todo cuanto ha solicitado en el último mes. Por otro lado, está convencido de que es quien mueve los hilos del viejo Fulgencio. Quizás piense que no se ha dado cuenta, pero al joven no le ha pasado inadvertida la presencia del Negro, como una sombra distante, en cada una de sus salidas por la ciudad. En cualquier caso, es consciente de que debe resignarse. Por mucho que no termine de confiar en ella, es la persona que los socios de Mozo tienen en Sevilla. Su falta de escrúpulos, su atrevimiento y la altanería impropias de una mujer decente de la que hace gala lo ponen de los nervios.

«Una mujer, una artista, dando órdenes a hombres. A esto están llevando a España las ideas liberales, al desastre. Están minando incluso las formas de la gente cabal y tradicional. ¡Un disparate! ¡Un auténtico y vergonzoso disparate!», se lamenta.

Sin darse cuenta, ha llegado a la puerta del Café Cabeza de Turco. Aprovechando que alguien sale, entra ante la desconcertada mirada de Joselito, el portero.

—¡Eh, oiga! ¿Dónde va usted? Está cerrado.

—¿Qué?

—Que está cerrado le he dicho, señor.

—A mí no me lo parece, la verdad.

—Pues a mí sí. Ya está dándose la vuelta si no quiere que lo muela a palos.

La amenaza del joven gitanillo hace a Malvar ponerse en guardia. Por fortuna para ambos, desde el fondo se oye la voz de la Vargas:

—¡José, Joselito! Déjalo pasar. El señor es invitado mío.

La puerta se cierra tras él. José vuelve a sentarse en la banqueta de madera y, sin más aspavientos, da un trago al vaso de vino que está en el tonel contiguo. Malvar, que aún lo mira con cara de pocos amigos, termina por darse media vuelta y caminar sorteando mesas y sillas hasta la ubicación de la bailaora.

—Buenas noches, don Carlos. No se enfade usted con el chiquillo. Está haciendo su trabajo. Por favor, no se quede ahí, de pie. Siéntese aquí, junto a mí.

Malvar se vuelve hacia el gitanillo y le lanza una media sonrisa con aires de superioridad. Aparta una de las sillas y toma asiento junto a Josefa.

—¿Un poco de vino? —le ofrece la gitana.

—No, gracias —declina brusco—. ¿Qué es lo que querías?

—Tranquilícese, por favor. Sabe que estoy a su servicio.

—Ya, ya… A mi servicio…

El tono de Malvar no ha gustado nada a la Vargas, pero es mejor dejar correr estas nimiedades. Esas son las cosas por las que los hombres se matan y con las que las mujeres casi siempre salen mal paradas.

—Vayamos al grano —zanja la joven—. El caso es que debería usted ser más precavido con sus movimientos.

—¿Por qué dice eso?

—Por nada, un simple consejo si me lo acepta… En fin, vayamos al grano. Como bien sabe, me han indicado que ponga todo mi esfuerzo en ayudarle en lo que necesite. Dadas las circunstancias y en vista de que se aproxima el día, quisiera reiterarle que estoy a su entera disposición.

Malvar, que no termina de confiar en la Vargas, intuye que detrás de esa escueta información que le ha dado debe de haber algo más pero no tiene más remedio que seguir adelante.

—Pues la verdad es que sí puede ayudarme, y mucho, si quisiera.

—Usted dirá de qué se trata.

—Necesito montar un alboroto.

—¿Un alboroto? ¿A qué se refiere?

—Cuando el Santo Entierro Grande esté pasando por la catedral me vendría muy bien que se arme un buen alboroto cerca. No en la misma catedral, sino a unos cincuenta pasos.

—¿Y qué clase de alboroto necesita?

—Uno que provoque que los guardias que estén en ese momento protegiendo tanto la procesión como el palco de autoridades no tengan más remedio que acudir.

—¿A alguna hora en concreto? ¿Prefiere que sea al paso del Gran Poder? ¿De la Sagrada Cena, tal vez? O mejor justo cuando pase por el palco La Sentencia. Sería premonitorio, ¿verdad?

—¿Qué? No entiendo nada de lo que dices…

Una carcajada resuena en los labios de la Vargas. Malvar, dolido por el sarcasmo de la gitana, monta en cólera.

—¡Basta ya! ¡Este es un asunto muy serio!

Al oír el tono con el que Malvar se ha dirigido a la Vargas se levantan, al unísono, cuatro hombres dispuestos de forma estratégica en las mesas de alrededor. Un par de ellos, quizá los más inexpertos, han sacado de su faja una navaja y la portan amenazantes hacia el joven. La Vargas, haciendo un claro gesto con las palmas de las manos hacia abajo y sin tener que articular palabra, consigue de inmediato que los cuatro trianeros se sienten y vuelvan a guardar los aceros.

—Tranquilo, don Carlos. Veo que no tiene usted sentido del humor. Si me permite el consejo, le recomendaría que fuese la última vez que me grita. A lo mejor, la próxima, el protagonista del alboroto es usted.

A Malvar no le ha pasado inadvertida la rapidez con la que los cuatro hombres han saltado a defender a la gitana. Acaba de darse cuenta de que ha cometido un error. Ha infravalorado el poder que tiene la bailaora. Por más que le pese, debe tragarse el orgullo y recordar que la misión a la que se debe está por encima de los deseos de «cruzarle la cara a esta insolente».

—Perdone, doña Josefa. Disculpe mis modos, pero hay mucho en juego para España en esta cuestión y lo sabe.

—Ni lo sé, ni me importa —dice muy tranquila—, pero son muy buenos los amigos que me han pedido que le ayude y yo, como puede que tenga ocasión de saber algún día, soy muy amiga de mis amigos. Y ahora, si no tiene otra petición que hacer, le rogaría que se marchase. Estoy cansada.

Malvar permanece en guardia mientras se levanta. Retira la silla y

hace una pequeña reverencia a su interlocutora mientras, intentando dar en todo momento la cara a los hombres de las mesas colindantes, dirige sus pasos hasta la puerta.

—Es la segunda vez que te la juegas esta noche y, aun así, sales con las tripas en su sitio. Debes ser un gachó con suerte —le susurra el portero mientras le muestra la salida.

En los extraños ojos de Malvar se puede ver reflejado el desprecio que siente por el joven portero. No obstante, decide no caer en la evidente provocación del gitano.

Con el orgullo herido por lo acontecido en su entrevista, Carlos avanza rápido deshaciendo el camino que media hora antes había recorrido. Cada veinte pasos, más o menos, se gira con el fin de asegurarse de que nadie lo sigue, de que no hay peligro. En el trayecto de vuelta se cruza con un grupo de golfillos que corre entre voces y risas. Al llegar a la puerta de la fonda, oye tocar las campanas de una iglesia cercana.

«Deben de estar dando las diez», concluye.

# 11

## El encargo

11 de abril (Martes Santo)

Carrasco no puede evitar mirar su reloj de bolsillo al observar que Federico Rubio aguarda en la puerta de su casa, vestido con un terno a cuadros marrones y negros de corte inglés. Su indumentaria es toda una declaración política: ¡Abajo lo viejo! ¡Viva Pi y Margall!

El rústico reloj del policía no marca ni las nueve. Se lo acerca al oído y comprueba que el mecanismo funciona. Aun así, acelera el paso. Cuando apenas le quedan unos metros para llegar a la altura del doctor, este lo mira y lo saluda levantando el bastón que porta en la mano derecha. Al mismo tiempo, la chistera de copa alta que porta en la izquierda inicia el camino hasta reposar sobre su corto cabello.

—Buenos días, señor Carrasco —saluda con vigor el doctor—. ¿Vamos?

—Buenos días, señor Rubio. Por supuesto.

El paso firme de Federico obliga a Benito a forzar la marcha hasta alcanzar el ritmo y conseguir ponerse a su altura.

—¿Qué tal ha pasado la noche?

El joven policía no puede evitar sorprenderse con el tono coloquial del doctor.

—Fatal, para qué lo voy a engañar. No he podido pegar ojo.

—A mí me ha pasado algo parecido. No he podido dormir en toda la noche pensando en este extraño asunto.

—¿Tan extraño es que envenenen a un hombre en estos días, doctor?

—No es eso, Benito, si me permite que le tutee.

—Por supuesto, doctor, faltaría más.

—Aunque por fortuna no es muy común, la facilidad con la que se puede acceder al arsénico en estos días no lo hace tan improbable.

—¿Tan fácil es?

—La verdad es que sí, y más en esta ciudad. El motivo es la falta de salubridad, de alcantarillado y de higiene en general que padece Sevilla. Esta carencia tiene como una de sus consecuencias la proliferación de ratas. Es ahí donde el arsénico entra en juego. Esta sustancia venenosa se utiliza como principal componente en los matarratas. Además, es fácil de disolver en cualquier líquido. Si se maneja con destreza se puede cocinar dentro de un pastel. Su aspecto y textura se asemejan a la harina. Administrado de forma regular en pequeñas dosis, ese polvo blanquecino puede llevar a la muerte de una persona en apenas un mes. El caso de monsieur Petit es distinto. Ayer, justo antes de nuestro encuentro vespertino, pude comprobar que en su organismo había una presencia tan importante y reciente de arsénico que bien podría haberle causado la muerte en apenas unas horas.

—¡Santo Dios! ¡Pues sí que es extraño!

—No es eso lo que más me ha extrañado. Eso que le acabo de describir es pura química. Lo que más me extraña es el súbito interés que ha despertado monsieur Petit en instancias tan altas y en la celeridad con la que los resortes del poder se han movilizado.

—Dígamelo a mí. De buscarlo a usted para averiguar la identidad de un acuchillado a esto… hay un trecho.

La forma en que enfoca Carrasco las cosas hace sonreír al doctor. «Es lógico», piensa. Por lo que ha podido deducir, se trata de un joven e inexperto policía. Resulta comprensible que verse involucrado en un asunto turbio en el que se implican, y no sabemos si están implicados, prohombres de la ciudad como el alcalde, el secretario del duque y el gobernador civil debe ser algo extraordinario. No es de extrañar que el hombre esté un poco abrumado.

—¿Dijo usted que el cadáver se lo llevaron del hospital para traerlo hasta San Telmo? —se interesa Rubio.

—Eso me dijo ayer Juan… Perdón, el guardia Gutiérrez.

—¡Ummm! Interesante.

Casi sin darse cuenta, ambos jóvenes se encuentran ante el Palacio de San Telmo. Hoy, la actividad es menor que de costumbre. Es Martes Santo y muchos de los encargados han dado unos días libres a los trabajadores que están ejecutando las obras. El poco trasiego de obreros permite a Federico y Benito contemplar cómo está resurgiendo el edificio, cómo se está convirtiendo en uno de los símbolos de la ciudad merced a la fortuna de sus altezas reales.

—Es impresionante —comenta Benito.

—Pues sí. No es que lleve tanto tiempo en Sevilla para alcanzar a ver la magnitud del cambio, pero son muchos los que me comentan que la transformación está siendo extraordinaria. Por cierto, ¿dónde debemos vernos con el secretario del duque?

—¡Aaaah, sí! Disculpe. —Benito saca un papel del bolsillo y lee—: «Deberán entrevistarse en el despacho del señor Isidro de las Cagigas de Argos, secretario particular de SAR, el duque de Montpensier, infante de España, a las diez horas».

—¿Y dónde está el despacho?

—Pues… no tengo ni idea. Preguntemos a aquellos guardias del duque.

El doctor y el policía se acercan a un grupo de tres guardias personales de Montpensier. Se les reconoce con facilidad por la flor de lis bordada sobre sus bicornios.

—Buenos días, caballeros —saluda Benito.

—Buenos días. ¿Qué desean? —pregunta el más corpulento de los tres.

—Mire usted, tenemos una entrevista con el secretario de su alteza real, el duque de Montpensier, don Isidro de las Cagigas de Argos. Aquí tengo la citación.

El guardia extiende la mano y toma el mensaje manuscrito que le ofrece el joven policía. Tras leerlo, entra al edificio y desaparece.

—Un momento, por favor —les solicita un segundo guardia—. Es el procedimiento rutinario. Esperen aquí, si son tan amables.

Benito y Federico asienten de forma cortés y esperan en silencio hasta

que cinco minutos más tarde aparece por la puerta el primer guardia.

—Don Federico, don Benito, por favor, síganme.

Un par de pasos por detrás siguen al guardia por el interior del palacio. Pasan por un amplio claustro en cuyo centro observan varios árboles recién plantados. Giran a la izquierda y atraviesan una gran sala en la que el eco hace que sus pasos resuenen por las paredes y las bóvedas del techo.

—Por favor, tengan cuidado —les advierte el guardia—. En esta parte del palacio están instalando el nuevo alcantarillado y si se descuidan pueden sufrir un percance.

La pareja asiente y, tras un par de giros más, a la derecha primero y a la izquierda después, el guardia se detiene ante una ornamentada puerta de madera. Con voz militar avisa de su presencia a los ocupantes de la estancia.

—¡Los señores Rubio y Carrasco!

Desde dentro se oye una voz recia:

—¡Hágalos pasar, Fermín!

El guardia abre la puerta y los invita a entrar.

Una vez en el interior, la puerta se cierra y un taconazo resuena tras ella. El doctor y el policía escuchan los pasos del guardia alejándose por el pasillo.

—¡Buenos días, señores! —indica con amabilidad De las Cagigas—. ¡Pasen, pasen, por favor!

—Buenos días —saludan ambos al unísono.

—Me agrada ver que llegan ustedes pronto. La falta de puntualidad es uno de los grandes males de nuestros días. Pero no se queden ahí. ¡Siéntense aquí, por favor!

De las Cagigas, de pie junto a una gran mesa de caoba, los anima a tomar asiento en alguna de las sillas que la circunscriben.

Sentada a la derecha del secretario del duque se encuentra una cara conocida de sobras por Federico.

—Don Federico —indica el secretario del duque—, imagino que

conocerá al profesor Serrano Palao.

—Por supuesto, señor. Encantado de conocerlo, don Antonio.

Rubio se quita el sombrero de copa y saluda haciendo con él una leve reverencia al médico de cámara de los Montpensier. Don Antonio Serrano Palao es toda una institución dentro de la profesión médica en Sevilla. Reputado profesor, tiene fama de ser un incansable trabajador en su campo, la obstetricia. Es esta una especialidad, dicho sea de paso, que siempre ha interesado a Rubio.

—El gusto es mío, don Federico —responde Serrano.

Benito, por su parte, parece desubicado. Espera con el bombín en la mano a que le digan qué debe hacer. Ante tanta personalidad, el joven policía se siente cohibido, incómodo.

—Por favor —insiste De las Cagigas—, tomen asiento.

La pareja se acomoda justo enfrente de Serrano Palao. El doctor a la izquierda del secretario y Benito a la derecha del profesor.

—Disculpen mi imprudencia, pero ¿podrían decirme que hago aquí? —consulta Rubio dirigiéndose a De las Cagigas.

—Por supuesto. Ahora les explicaré. Pero, en primer lugar, al profesor Serrano Palao le gustaría hacerle unas observaciones sobre la autopsia que le practicó ayer a Petit.

Rubio mira a Serrano Palao esperando a que comience a hablar.

—Estimado colega —comienza el profesor—, en primer lugar, quería felicitarle por la precisión que ha demostrado usted en la extracción de los órganos de monsieur Petit. No recuerdo haber visto tal maestría en una disección. Si me lo permite, he de decirle que me sorprende mucho más al comprobar lo joven que es. Dicho esto, quisiera confirmarle su teoría. En efecto, monsieur Petit fue envenenado con arsénico. La prueba que en la noche de ayer realicé siguiendo el método de Marsh no deja lugar a la duda.

Al oír esto, Federico se saca del bolsillo interior de la chaqueta un fino tubo ennegrecido con extremo cuidado. Lo coloca encima de la mesa a la vista de todos.

Serrano Palao sonríe.

—Me alegro, don Federico, de que hayamos llegado a la misma conclusión y por los mismos medios, según observo.

—Yo también, don Antonio, aunque he de decirle que lamento que el transcurso de los acontecimientos se haya producido, deontológicamente hablando, de esta forma.

—Lo entiendo, don Federico, lo entiendo. Pero si me permite la cuestión: ¿Qué le llevó a sospechar que había sido envenenado?

—Me agrada que me haga esa pregunta, don Antonio. Fue por descarte. Era evidente, tras conocer las pocas horas que habían transcurrido desde la puñalada, que no podía haber muerto, al menos en ese tiempo, debido a esa herida. No había dañado ningún órgano vital y, como usted bien sabe, para conseguir que un individuo de su complexión se desangre hasta la muerte se hubiese necesitado un número mayor de horas. Por otro lado, y nada más observar el cadáver, aprecié una inusual queratosis en pies y manos, así como erupciones en el rostro. Una vez diseccionado, pude comprobar que existía una inflamación generalizada tanto en el esófago como en el estómago y el corazón, lo que indicaba, al margen del conocido olor aliáceo, que podía haber sido envenenado con arsénico.

—Si me permite —le interrumpe el profesor—, he de decirle que, aunque clínicamente su actuación ha sido impecable, lo que más me ha sorprendido es que se haya tomado la molestia no solo de deducir todo eso sino de practicar la autopsia y llevar a cabo, según infiero por el tubo que veo junto a usted en esta mesa, una prueba tan novedosa como la del método Marsh. Y todo en apenas unas horas, sabiendo además que en el central no se permite que personal ajeno a la plantilla use las instalaciones y mucho menos el instrumental. Tal celo en su trabajo y los recursos empleados me han sorprendido.

Al margen de cierto tono irónico en el último comentario, Federico sabe que el halago de Serrano Palao es sincero. Un atisbo de vanidad aflora, a modo de sonrisa, en el rostro de Rubio. Por fin se encuentra con alguien que es capaz de apreciar su forma de actuar, su modus operandi, su celo y su pericia.

«¡Qué pena que esa misma opinión no la hiciese valer hace cuatro años, durante la oposición!», se lamenta.

—Muchas gracias, don Antonio. En cualquier caso, permítame que insista. ¿Qué tengo yo que ver con este asunto?

Serrano Palao mira al secretario del duque.

—¡Eeeeh, sí, por supuesto! Intentaré explicárselo —asegura el secretario, que parece haberse despistado en medio de la exposición de ambos doctores—. En primer lugar, me gustaría pedirles disculpas a los dos por este atropello. Dicho esto, les solicito que todo lo que se hable a partir de ahora quede en el campo de la más estricta confidencialidad. Ahora entenderán el porqué.

De las Cagigas se calla y mira a Benito y a Federico esperando al menos un gesto de aprobación a sus palabras. Benito se precipita a asentir con la cabeza varias veces, mientras que Federico, tras un largo instante inmóvil, termina por asentir también.

—Perfecto. El caso es que Petit trabajaba para San Telmo desde hace un par de años. Era el encargado, digámoslo así, de verificar la información que a menudo llega a palacio. Entenderán que son muchas y muchos los que ven en el duque un rival a la corona de su majestad Isabel II. Entiendan también que, aunque esto no tiene ningún fundamento real, es utilizado por sectores liberales y conservadores para malmeter entre su alteza real el duque de Montpensier y su excelsa cuñada.

El secretario hace una pequeña pausa e intenta escudriñar alguna reacción de los visitantes ante esta revelación. Al no observarla, prosigue:

—El hecho es que hace un mes partió hacia Madrid al objeto de llevar a cabo un encargo. Debería haber regresado hace unas semanas, por lo que les confieso que estaba preocupado. En cualquier caso, lo que no podía imaginar ni mucho menos conocer es que Petit había regresado a la ciudad. Imagínense nuestra sorpresa cuando nos informan, en la tarde de ayer, de su desafortunado final… Entenderán la desazón que nos provoca leer en el informe firmado por el señor Carrasco no solo que ha sido apuñalado, sino que un doctor al que al parecer conocía Petit insiste en que podría haber sido envenenado.

Una nueva pausa, esta vez más corta, sirve a De las Cagigas para tomar entre las manos un documento en el que parece estar transcrito el informe de Benito.

—Por favor —continúa tras unos segundos—, les ruego que se pongan en mi lugar. Por un lado, debía corroborar la teoría de don Federico y por otro, salvaguardar el cadáver del bueno de Petit de miradas, llamémosles, curiosas. Además, está la cuestión de sus pertenencias. Al margen de la nota en la que indicaba el nombre y las señas del doctor Rubio, nada de nada. Eso, permítanme que les diga, es del todo

irregular. Petit no se separaba jamás de sus cuadernos de notas y de su singular y valiosísimo reloj de bolsillo de una sola manecilla. Por otro lado, está el hecho de que su bastón estoque tampoco ha aparecido. Muchas incógnitas. Demasiadas, diría yo.

—En verdad son demasiadas —comenta Rubio—, pero si me permite la indiscreción, sigo sin saber cuál es mi papel en esta historia.

—En tal caso, intentaré aclarárselo —replica el secretario—. El hecho es que, al margen de que nos gustaría que nos contase cómo y de qué se conocían Petit y usted, cosa que a buen seguro nos desvelará enseguida, a su alteza real y a mí, aconsejados dicho sea de paso por el profesor Serrano Palao, nos complacería que pudiese ayudarnos a resolver el quién, el dónde y el cuándo de la muerte de nuestro común amigo. Ha demostrado usted, sin duda, tener una mente crítica y racional, una cualidad que, si bien no es muy apreciada por estos lares, tanto al duque, reconocido volteriano, como a mí, nos parece de lo más valiosa.

—¿Mi ayuda? Perdone usted. ¿Qué puedo saber yo de investigaciones policiales? ¿No es ese el trabajo del señor Carrasco y sus colegas?

Carrasco, que ha permanecido en silencio escuchando con atención a todos los demás participantes en la reunión, mira al doctor con cara de pocos amigos y piensa: «¿Yo? ¿Y a mí que me importa todo esto? Yo no estoy preparado para arsénicos y métodos químicos de esos».

—Estoy convencido de que el señor Carrasco le será muy útil como cicerone en todo lo relativo a interrogatorios y pesquisas, pero no hay ningún policía en Sevilla que pueda resolver este caso mejor que usted, don Federico —se apresura a responder De las Cagigas—. De eso estoy seguro.

—Pero yo, aunque aceptase, tengo que cumplir con mis obligaciones como médico. Tengo que pasar consulta, atender a mis pacientes y le informo que tengo una familia a la que le gusta comer todos los días.

—No se preocupe por eso, don Federico. El duque le pagará diez duros diarios mientras se extienda en el tiempo su colaboración con su alteza en este asunto.

Al oír esto, Serrano Palao sonríe y asiente mirando al joven doctor. La cantidad es, en los tiempos que corren, un importante acicate. En un buen día, Rubio puede sacar cuatro duros, que no es poco, en su consulta privada.

—Por otro lado, en el caso del agente Carrasco, ya se ha tramitado un permiso de una semana que lo dispensará de sus quehaceres diarios como servidor público.

Benito sonríe pensando que ha conseguido su recompensa, aunque su alegría se desvanece pronto.

—Ese permiso —prosigue el secretario— será tiempo suficiente para que resuelvan las causas y den con el autor o los autores de la muerte de Petit.

«Mi gozo en un pozo», piensa Benito. Aun así, calla.

—Permítame al menos que lo sopese —solicita Rubio.

Al oír estas palabras, el secretario acerca un portafolios al doctor en cuya portada se puede leer: «Notas sobre José Rubio Lubet y familia». Se trata de un expediente sobre su padre y sus actividades como «conspirador liberal», según reza el subtítulo del informe. Rubio lee la portada. No necesita abrirlo para saber lo que contiene. Son ya demasiadas las veces que la autoridad ha asaltado su casa buscando a su padre, su documentación o por el simple divertimento de molestar a un «negro».

—Sin problema —afirma con altanería el secretario—. En cualquier caso, nos agradaría que lo considerase. Sepa usted que en San Telmo sabemos agradecer los favores. Le doy mi palabra de que si nos ayuda todo será más fácil para su familia de aquí en adelante.

Rubio lanza una mirada de desprecio ante ese último comentario. El gesto del secretario le produce náuseas. Recoge el ennegrecido tubo y el informe.

—Está bien —responde seco.

El secretario del duque se levanta.

—Genial, me alegro de su decisión. Y ahora, si me disculpan, he de continuar con mi trabajo.

Nadie le contesta. Federico por orgullo, Benito por no saber qué decir y Serrano Palao porque sabe muy bien qué significan las palabras de don Isidro. Los tres se levantan y se disponen a salir del despacho cuando el secretario vuelve a dirigirse a ellos.

—¡Ah! Por cierto, dadas las circunstancias no hace falta que les

recuerde lo importante que sería para los intereses de su alteza real recuperar los cuadernos de Petit.

Una vez fuera, don Antonio, en un gesto de inesperada confianza, coge del brazo a Rubio y lo aparta.

—Don Federico —le dice en voz baja—, créame si le digo que no le conviene lo más mínimo contrariar al secretario de Montpensier. Lamento que se vea en esta tesitura, pero sepa que puede contar con mi total apoyo.

Federico coloca una mano sobre la de don Antonio y, con una leve sonrisa en los labios, asiente y agradece su ofrecimiento.

El profesor se marcha buscando el interior del palacio. Rubio y el joven policía, hacia el lado contrario, consiguen, no sin cierta dificultad, salir de él. Por fin la luz, la diáfana luz de Sevilla. Un hondo suspiro sale de las bocas de la extraña pareja.

# 12

## Casualidad

11 de abril (Martes Santo)

—¡Touché!—murmura Rubio entre dientes.

La jugada del secretario del duque ofreciéndole por un lado el suculento sueldo y por otro el informe sobre su padre y su familia le parece indigna. Aun así, no puede dejar de reconocer que el peaje de lo que intuye que contiene en el informe lleva persiguiéndolo toda la vida.

Desde que era un niño, las ideas políticas de su padre, abogado y juez de profesión, han condicionado su existencia. Criado por familiares y amigos, pocos son los recuerdos reales que tiene de él. Los que tiene son, más bien, construidos por su imaginación. Una especie de argamasa que le sirve para rellenar grietas en el corazón. Una imagen idealizada de su progenitor que contrasta con la mundana que tiene de su madre y de sus hermanas.

Siendo muy niño tuvo que pasar una larga temporada en casa de los Torres. Íntimo amigo de su padre, Ramón Torres lo acogió mientras don José cumplía prisión. Él y su padre, uno de Jerez de la Frontera y el otro de El Puerto de Santa María, se hicieron inseparables cuando estudiaban Derecho en Sevilla. Aunque, a decir verdad, no ha sido Ramón sino sus padres los que han dejado huella en su corazón y su carácter. A Mamá Abuelita, que es como llamaba a la señora con cariño, le debe su tenacidad a la hora de actuar y el hecho de levantarse cada vez que la mala fortuna le pone una zancadilla. A Papá Abuelito, el señor, le debe su natural predisposición hacia la compasión y la misericordia con quienes nada tienen. A Concha, la hija, le debe su predilección hacia la belleza natural, la que se desprende de una sonrisa, esa que se siente cuando unas manos suaves acarician tu pelo.

Cuando Federico y Benito cruzan la Puerta de Jerez y se despliega el colorido de los balcones y el bullicio, el joven policía rompe el silencio:

—Bueno, don Federico. ¿Y qué hacemos ahora?

—Federico. Llámame Federico, por favor.

—Lo intentaré, pero no le garantizo nada. Ya sabe usted, la costumbre.

—Que… ¿qué hacemos? Pues la verdad, no tengo ni idea. Veamos —medita—. Ayer me pareció ver que anotabas y consultabas un cuaderno, ¿puede ser?

—Así es. Ahí anoto todo lo que creo interesante para que no se me olvide luego y ponerlo en el informe diario.

—¿Lo tienes aquí, por casualidad?

—Claro que sí. Nunca salgo sin él. ¿Qué necesita? —inquiere mientras abre el cuaderno y, lápiz en mano, se dispone a anotar.

—No, no, Benito. No necesito que anotes nada. Lo que quiero es que me leas las anotaciones que tienes sobre monsieur Petit.

—¡Aaaah! Espere un momento.

Carrasco pasa las hojas hasta que da con la que está buscando y empieza a leer.

—Lunes Santo, once de la mañana. Encargo de Rodríguez de Tejada. Cadáver sin identificar… Papel ensangrentado… Localizar a un tal señor Rubio. Calle Don Pedro Niño, 1.

—No me refería a eso. Eso es irrelevante. Sáltate las notas en las que esté yo. Esas no hace falta que las leas.

—¡Uuuum! De acuerdo. Espere entonces.

Carrasco repasa sus notas. Hacia delante y hacia atrás. De vez en cuando se detiene. Lee algo, profiere un «¡Aaaah!» y a continuación un «¡No, no, no!».

—Lo siento doctor, pero no encuentro nada. Tengo notas sobre nuestra llegada al Hospital Central. Del momento en el que reconoció al tal Petit. Aquí hay otra de cuando hizo referencia al envenenamiento… Pero en todas es usted el que habla o hace algo. ¡Fíjese! Incluso tengo

anotado que me preguntó por cuánto dura una ronda de sereno.

—¿Cómo has dicho?

—Que me preguntó cuánto tarda en hacer la ronda el sereno.

—¿Y cuánto es?

—Ya se lo dije… En esa zona, unas tres horas más o menos.

—Interesante.

—¿Interesante? ¿Por qué?

—Pues verás, Benito. En un primer momento, cuando vi la herida me resultó muy extraño. No era profunda, al menos no lo suficiente para que muriese desangrado. Además, no había tocado ningún órgano vital. Al oír que lo había encontrado un sereno, y a las cinco de la mañana, supe que no podía ser la causa de la muerte. En los últimos cuatro años he atendido a demasiados acuchillados en Sevilla. La mayoría han llegado a pie hasta la consulta con poco más que un pañuelo tapándole la herida y, de esos, más de la mitad con una o varias cuchilladas peores que la que tenía en el costado el bueno de Petit. Por otro lado, en su ropa no había sangre suficiente.

—¿Que no había sangre suficiente? ¿A qué se refiere?

—A que el arsénico debió causarle un paro cardíaco poco después de la cuchillada. En caso contrario, el chaleco y la camisa de Petit estarían empapados de sangre.

—¿Y qué tiene que ver eso con el sereno?

—No lo sé, aún no lo sé. Pero algo no cuadra. ¿Podríamos saber quién era el sereno?

—Sí, claro. Eso no lo tengo ni que averiguar. Es Martín, el Candiles.

—¿El Candiles?

—Sí, lleva de sereno en esa zona desde que yo era un chiquillo. Todos conocen al Candiles.

—Bien, Benito. ¿Podríamos ir a ver a ese tal Candiles?

—Podríamos, pero imagino que estará durmiendo. Vive en Triana. Dentro de un par de horas seguro que podemos encontrarlo en la

Taberna del tío Miñarro.

—Un par de horas dices… Bueno, pensemos en qué hacer hasta entonces.

—¿Podríamos comer algo? Lo digo porque con los nervios de esta mañana no he probado bocado todavía.

—Podríamos, sí. ¿Alguna sugerencia?

—En estos días en Sevilla… ¡Lo que usted quiera! Los puestos están por todos lados, ya lo sabe. ¿Le apetecen unos calentitos y un chocolate?

El entusiasmo con que han salido de la boca de Carrasco las palabras «calentitos» y «chocolate» hacen que Rubio esboce una sonrisa.

—Sea pues. ¿Algún sitio en particular?

—Le voy a llevar donde mi primo Luis. Tiene el puesto en el barrio de la Cestería, junto a la Cárcel del Pópulo. Si no los ha probado, va a disfrutar de los mejores calentitos de toda Sevilla. El chocolate… un poco aguado, la verdad, pero los calentitos merecen la pena.

—Vayamos pues a probar esos calentitos.

Dicho esto, Carrasco toma la iniciativa y rompe a caminar. De repente, pareciera que hubiesen dado cuerda al joven policía. La promesa de la comida le ha soltado la lengua y el corsé social. Rubio, que camina junto a él, se maravilla de la velocidad con la que habla sin parar, apoyando sus argumentos con un constante manoteo.

Junto al río, Benito se siente cómodo. En estas orillas ha pasado su infancia y su juventud. Muchos son los que lo saludan. Él no para de hablar de los calentitos. Según Carrasco, la receta con la que su primo Luis los elabora ha pasado de padres a hijos durante generaciones.

«¡Ya ves! —piensa Rubio—. La receta de los calentitos. ¿Habrá algo más simple que hacer calentitos? Un poco de agua, harina y sal para la masa, aceite bien caliente y listos».

Lo del chocolate es otro cantar. Ahí, el paladar del sevillano hila fino. De hecho, es capaz de distinguir si en la mezcla original se ha utilizado pimienta, canela, clavo o vainilla; si lleva la proporción justa de azúcar o si ha sido adulterado en origen. Harina de otro costal es la proporción correcta del agua cuando se hace a la española. Según los

entendidos cada onza de chocolate debe diluirse en seis de agua hirviendo. En el caso del primo Luis la proporción, anunciada de antemano por Benito, debe rondar la de diez a uno.

—Los negocios son así —argumenta serio el joven policía—. De todas formas, los calentitos por sí mismos ya valen los dos reales —asegura.

Dejan a sus espaldas la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería que, dicho sea de paso, también está en obras, como casi todo en esta ciudad y en este país. Ante sus ojos, la cárcel del Pópulo. El antiguo convento, de planta rectangular, está aislado por sus cuatro frentes de los demás edificios. Sí, antes que presidio, fue convento. Resulta paradójico que, dentro de esos mismos muros, un grupo de hombres se hubiesen encerrado de forma voluntaria de por vida. De igual modo, resulta irónico que esos mismos hombres, durante siglos, rogasen por las almas de los pecadores. Pecadores como los que, a juicio de la justicia terrenal, moran allí hoy en día contra su voluntad. Más de quinientos presos cumplen condena tras sus muros.

Junto a la puerta principal del presidio, el puesto del primo Luis destaca nada más verlo como el más próspero de cuantos tiene alrededor. Compuesto por cuatro tablones de un palmo de ancho que se apoyan en tres barricas, tiene una longitud total de no menos de diez pies. Culmina el tenderete un toldo atado al muro de la cárcel que descansa en ángulo sobre dos recias cañas.

La voz del primo Luis pregonando el género resuena por la ribera:

—¡Agua de la Fuente del Arzobispo! ¡Los mejores calentitos de Sevilla! ¡Chocolaaaaate de primera! ¡Alfajores, buñuelos y garrapiñadas! ¡Naranjas dulces como el arrope!

Al ver llegar a Benito, el primo Luis alza los brazos y manotea mientras muestra una amplia sonrisa.

Su piel, de natural oscura, se ha tornado con los años del color del pan de centeno. A pesar de que no debe haber cumplido los treinta, las arrugas le cruzan la frente y las mejillas. Su pelo, negro y rizado, dejado sobre el cogote de forma profusa, culmina en unas patillas cortadas en recto a la altura del labio superior. Delgado como un junco, Luis se mueve tras el puesto como si fuese un saltamontes.

—¡Hombre, primo! —saluda el tendero—. ¿Qué tal estás?

—¿Qué pasa, primo? ¿Cómo va la cosa?

—¡Va! En estos días el que no venda es porque no sabe. Está Sevilla llena de forasteros. Entre la Semana Santa y la Feria, lo que yo te diga, el que no venda… que se tire al río. De todas formas, podría ir mejor, pero como al dichoso mompocié se le ha antojado otra vez que salga el Santo Entierro Grande y como el que manda es él, pues imagínate… Al salir todas las hermandades el mismo día nos ha fastidiado un poco, pero, bueno… ya ves… no me puedo quejar.

—Me alegro mucho, primo.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Vienes a ver a alguno de los inquilinos? ¿Algún desgraciado al que tienes que interrogar? Cuenta, cuenta…

—Nada de eso… Venimos a desayunar. El doctor y yo queremos calentitos y chocolate.

—Por supuesto, eso está hecho. ¿Una rueda y dos cuartillos?

—Con un cuartillo de chocolate será suficiente, primo.

—Lo que tú digas, pero este chocolate es de primera —dice mientras guiña el ojo a Benito.

—Ya, ya, de primera comunión.

—¿Y el compañero? ¿Doctor, dice?

—Un respeto, Luis. Mi acompañante es el doctor don Federico Rubio.

—¿Rubio?

—Sí, señor. Federico Rubio.

—¡Hombre! ¡Qué alegría de conocerlo!

Benito mira al primo Luis y con el gesto torcido le reprende.

—Por favor, Luis, compórtate.

—Pero ¿qué he dicho yo? —pregunta este entre la sorpresa y la indignación—. Pero si es que el doctor es una eminencia. Yo me alegro mucho de conocerlo. Como tú ya eres un potentado y no apareces por el arrabal… Pero para nosotros, en la cava, el doctor es un santo. Permítame, doctor, ¿podría estrecharle la mano?

—Por supuesto —responde Rubio cortés—. El placer es mío.

—Luis Aguilera Fernández, para servirle. Quería darle las gracias por lo que hizo usted por mi Fernanda.

—Perdone, pero no sé a qué se refiere —replica Rubio.

—¡Mi Fernanda! ¡La niña de mis ojos! Usted me la curó de unas fiebres el verano pasado. Estaba la pobre que se me moría y entonces, al ver lo desesperados que estábamos su madre y yo, nos dijo el Perico: «Llevad a la niña al médico de los pobres, al doctor Rubio, que ya veréis», y así fue. Mi Ana cogió a la niña y la llevó a que usted la viera. Mano de santo, oiga. Le dimos los polvos aquellos que le mandó y en tres días estaba correteando con las demás zagalillas, la joiaporculo.

—Me alegro mucho, la verdad.

—¿Una rueda entonces? ¿Y chocolate? Este desayuno corre de mi cuenta, Benito. Qué menos, por Dios y por la Virgen. Ya verá, don Federico, se va a comer usted los mejores calentitos de Sevilla.

—Muchas gracias, don Luis.

—¡Don Luis! Y encima me llama usted don Luis. Lo que es la educación, primo. Un gran hombre, un santo.

Rubio quizás no sea consciente de la fama que ha adquirido en los últimos años entre las clases más menesterosas de la ciudad. Desde que llegó a Sevilla, ha compaginado su labor como médico independiente en consulta con la atención a las clases más desfavorecidas. El tifus, la tuberculosis, la viruela, el sarampión, la escarlatina… La lista de enfermedades que asolan los barrios más pobres es interminable, aunque si hay alguna que ocupa a Rubio sobremanera desde que llegó es el mal francés. Son tantas las mujeres pobres y los hombres de cualquier condición a los que afecta, que podría considerarse una plaga en estos días. Lo peor de todo es que no tiene cura y eso reconcome el alma del joven doctor.

Sobre un ejemplar atrasado de El Porvenir coloca Luis los calentitos y se los ofrece a Benito. Dos jarrillos de lata contienen el chocolate que pasa de las manos del gitano a las del doctor.

—Ahí tienen, señores. ¡Buen provecho!

El policía y el doctor buscan asiento en una de las largas mesas de madera que comparten los puestos para que los clientes degusten el género comprado.

—¡Ummm! En verdad están exquisitos estos calentitos, Benito.

—Ya se lo dije.

—Parece mentira. Algo tan sencillo de hacer y lo delicioso que puede estar. El chocolate, he de decirle que…

—No diga usted nada. Peor de lo que se lo había imaginado, ya lo sé. Las cosas del primo Luis.

La Cestería es ya un hervidero de gente. Los que vienen a ver o traer algo de comer a sus familiares presos se cruzan con los que trabajan en la ribera. El sol, que se encuentra bastante alto a estas horas, se refleja en las limpias aguas del Guadalquivir, creando una suerte de destellos e imágenes onduladas de las casas bajas del arrabal.

—Bueno, Benito, y ahora, ¿qué? —pregunta Rubio mirando su reloj—. Ya hemos comido y aún no son las once. ¿Crees que podríamos ir a ver a ese tal Candiles?

—Podríamos, pero creo que no lo encontraríamos.

—Entonces, ¿y si fuésemos al lugar dónde fue hallado el cuerpo?

—No entiendo muy bien para qué, pero si quiere, vayamos pues.

Apenas diez minutos a pie separan la cárcel del Pópulo de la calle Sierpes. En su recorrido, el doctor y el policía pasan por delante de la puerta de la Asunción. Una veintena de operarios se afanan en el montaje del palco de autoridades para el Santo Entierro Grande. Tras recorrer la calle Génova y llegar al ayuntamiento se abre, a su izquierda, la Plaza Nueva. En este terreno en el que hasta hace poco se situaba el convento de San Francisco proyecta Balbino Marrón ejecutar un espacio público abierto al estilo de plaza mayor. Giran, no obstante, hacia la derecha para atravesar la Plaza de la Constitución. A esta hora es un placer pasear. El sonido de los cascos de los caballos que tiran de los carruajes pone la música de fondo. El colorido de los vestidos de las damas acompañadas por elegantes caballeros pinta un jardín sobre el empedrado. En la fuente, los jóvenes charlan y ríen. En los puestos, atestados de clientes, los tenderos se afanan por colocar el mejor género llegado de todos los rincones de España. En esta plaza, pobres y ricos, señores y pueblo llano, entrecruzan sus pasos como en ningún otro punto de la ciudad. En la calle Sierpes no se cabe siquiera. La pareja llega, al fin, al cruce con Cerrajerías.

—Este es el lugar exacto donde encontraron a Petit —advierte Benito

señalando la esquina.

Rubio mira a un lado y a otro. Intenta hacerse una composición de lugar. ¿Cuáles son las posibles rutas que podría haber tomado el pequeño maestro de esgrima para llegar a esta encrucijada? Se acerca a la pared que señala Carrasco. Una mancha de sangre seca llama su atención. A un paso logra distinguir otra, desdibujada sobre la cal. Podría ser vómito del propio Petit. Cuadraría con los efectos que provoca el arsénico.

Avanza hacia el interior de Cerrajerías. Se para, observa y regresa. Gira por Sierpes, a la derecha, y recorre unos veinte pasos. Se detiene. Regresa. Deshace parte del camino por el que han llegado y cruza hacia la intersección con la calle Rioja. Tras unos segundos mirando la esquina, llama a Carrasco con un gesto de su bastón. Este, que ha presenciado en silencio los vaivenes de Rubio, responde a la llamada y se acerca.

—¿Qué ocurre, doctor? ¿Qué ha visto?

—De momento, poco. Intento deshacer el camino que hizo monsieur Petit. Si perseguimos hacia atrás sus pasos, quizás podamos saber algo más de sus últimas circunstancias. Con ello podremos, como diría Aristóteles, descifrar el origen de las causas a partir de los efectos.

—Si usted lo dice, será así.

—Bien. Lo que parece evidente es que cuando llegó estaba prácticamente muerto. Junto al lugar en el que se halló el cadáver he observado una mancha en la pared. Era vómito, y o mucho me equivoco o no era un vómito cualquiera. Parece que se trata de una mezcla entre sangre y bilis. Sabiendo que fue la última pero no la única vez que debió vomitar, he intentado localizar algún otro resto y eso, Benito —concluye Rubio señalando con la punta de su bastón—, es lo que usted ve ahí.

—Entonces, venía de la calle Rioja, ¿no?

—Eso parece. Deberíamos seguir por aquí, a ver si hallamos algún resto más. Con suerte, podremos localizar el punto de partida.

Avanzan por la calle Rioja. Al llegar a la intersección con Colcheros, se plantea una nueva disyuntiva: ¿Derecha? ¿Izquierda? ¿De frente? ¿Qué hacer? ¿Qué dirección tomar?

La mente científica de Rubio intenta racionalizar una decisión, pero es

imposible actuar con lógica. A la postre, decide seguir adelante. La suerte, aunque no lo parezca, le ha sonreído. Mientras él camina por el lado derecho de la calle, Benito lo hace por el izquierdo. El joven policía llama a Rubio:

—¡Doctor! ¡Federico! Venga. Mire esto.

Carrasco se ha detenido junto a la reja de la Asociación de Amigos del País.

—Muy bien, Benito. Buen trabajo. Esta parece otra de las estaciones del Vía Crucis que pasó monsieur Petit.

Unos pasos más y alcanzan la Plaza de la Magdalena. Un mundo de posibilidades se vuelve a abrir.

—¿Y ahora qué, doctor?

—No sé. Podemos rastrear palmo a palmo la plaza o podemos seguir hacia adelante… no sé.

—¿Qué le parece si seguimos adelante? Corríjame si me equivoco, pero pueden pasarnos dos cosas: Una, que encontremos un nuevo rastro y la otra, que no lo encontremos.

—Una lógica aplastante, Benito.

—No se ría de mí, por favor. Lo que le digo es que si encontramos algo seguiremos adelante y si no encontramos nada… pues volveremos y tomaremos otra dirección. Además, son ya las doce y quizás sea mejor ir a ver al Candiles. Si seguimos por este camino llegaremos a la Puerta de Triana. Luego solo tendremos que cruzar el puente y estaremos al lado de la Taberna del tío Miñarro.

—Disculpa, no era mi intención ofenderte… Creo que tienes razón. Será lo mejor.

# 13

## Montpensier

11 de abril (Martes Santo)

De detrás del biombo de cuero que adorna el despacho de Isidro de las Cagigas sale don Antonio de Orleans, duque de Montpensier.

—¡Interesante! ¡Muy interesante! —exclama el infante.

Su inconfundible voz es aguda y aterciopelada. Aunque en los últimos años ha mejorado su castellano, tanto en el léxico como en la sintaxis, sigue manteniendo formas afrancesadas. Su entonación ascendente y la segmentación de las frases en unidades melódicas cortas delatan su origen. El mismísimo Alejandro Dumas lo ha descrito: «Una aguda nariz de corte borbónico, sus ojos son claros, cerraba la barba rubia. El rostro tostado por el sol, los ojos dulces y solamente los cabellos son los que, descuidados, caen sobre la frente». Gran conversador, exquisito en lo social y mundano en lo administrativo, ha estado escuchando con atención la entrevista al doctor Rubio y al agente Carrasco.

—Muy interesante, la verdad —refuerza el secretario.

—Creo que hemos acertado en la elección de esta extraña pareja.

—Disculpe, señor, pero ¿no le preocupa lo que pueda hacer Rubio con toda la información que obtenga?

—En absoluto, Isidro. Más bien al contrario. Según he podido leer en el informe personal que tenemos sobre él, el amor que profesa a su padre y su familia será suficiente acicate. De hecho, estoy seguro de que su implicación en la conjura que andan preparando los liberales, que dicho sea de paso nos está costando demasiado, no interferirá en la resolución del asesinato de Petit.

—Pero, si llega a oídos del marqués de La Motilla, ¿no debilitará su posición ante el banquero Mata?

—A Mata lo único que le importa son los beneficios, los reales y los contratos que obtendrá si triunfa su conjura contra Sartorius. ¿Sabe lo que pienso? Que es muy posible que haya asegurado de antemano el millón de reales que le hemos prometido si triunfa su plan. Con el anticipo que le hemos hecho llegar, queda demostrada nuestra buena fe. En cuanto a don Fernando, está acabado. Le queda poco. Además, no tiene descendencia y con toda seguridad será su hermano quien dirija la casa en un año. Si eso ocurre, que ocurrirá, nos irá bien. Don Miguel y yo nos entendemos bastante bien. Él persigue la fortuna de su… compère y yo la de mi cuñada. No te preocupes por eso, Isidro.

—Más me preocupa el cuñado, el conde del Águila, señor.

—¡Qué va! ¿Cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí! Más es el ruido que las nueces, ¿no?

—De todas formas, y si usted me da su permiso, me gustaría que Fermín vigilase los pasos del doctor.

—No creo que sea necesario. Además, si lo descubren dejarán de confiar en nosotros. No merece la pena arriesgar en este caso.

—Entendido, señor. Así se hará.

—Por cierto, Isidro, no he visto llegar hoy a Leopolda contigo. Doña Luisa ha estado buscándola esta mañana antes de ir a la capilla, pero no la ha encontrado.

—No, señor. Hoy no ha podido venir. Ya sabe, cosas de mujeres.

—¿Ah? Bien, bien. Una lástima. Sepa que considero que su esposa le hace mucho bien a la mía. Cuando no está su Leopolda, la única compañía que tiene mi esposa es la de mi señora madre o la de doña Cecilia y, discúlpeme, pero ¡qué mujer la Böhl de Faber!, siempre con el rosario en la mano…

El secretario del duque esboza una sonrisa cómplice. No en vano, la esposa de Isidro, Leopolda Larraz, se ha convertido, a la par que el joven funcionario con don Antonio de Orleans, en ayuda indispensable y amiga íntima de su alteza real Luisa Fernanda de Borbón y Borbón, hermana de la reina y esposa del duque.

Desde que Leopolda entró a su servicio, la princesa de Asturias,

siempre apegada a las faldas de los curas y las beatas, parece más animada a disfrutar de las muchas bondades que ofrece el buen clima de la capital andaluza. Sus largos paseos juntas y el proyecto de hacer de las veintidós hectáreas que componen las fincas de La Isabela y San Diego, colindantes al palacio, un hermoso jardín al estilo romántico inglés, mantienen a la infanta con el alma viva.

El duque, piadoso en lo público, aunque hombre nada inclinado a la religión en lo privado, ve con buenos ojos que su real esposa sustituya, cada día por más tiempo, los rezos por el diálogo y las plegarias por la ciencia, aunque ésta sea la de las plantas.

—Me honra mucho su aprecio por mi esposa, señor —le agradece su secretario—. Si me permite, quisiera ponerle al día de los preparativos para el Santo Entierro Grande.

—¡Ah, sí! ¿Otra hermandad que me quiere hacer…? ¿cómo se dice…?

—¿Hermano mayor, señor?

—Eso, eso, hermano mayor. Resulta increíble los caminos que hay que recorrer en esta ciudad para hacerse con el favor de sus gentes.

—Las hermandades, señor, tienen cada día más poder en Sevilla. Además, está la cuestión del Dogma de la Inmaculada Concepción. El arzobispo Romo lo ha tomado como su gran legado para la cristiandad.

—Sí, ya veo. ¿Y bien? ¿Alguna novedad para el viernes?

—He de informarle de que la construcción del palco en la Puerta de la Asunción de la Catedral sigue a buen ritmo. Todo indica que estará listo con tiempo suficiente, con casi toda seguridad, el Jueves Santo por la mañana. Por otro lado, está la cuestión de la composición de dicho palco. El Palacio Arzobispal ha enviado una lista, el Ayuntamiento ha enviado otra y el gobernador Iribarren también ha realizado su petición. Una vez confrontadas, resulta imposible complacer a los tres.

—¿Para cuántas personas está previsto el palco?

—Para cincuenta personas, señor.

—¿Cuántas plazas necesitamos nosotros?

—Diecinueve.

—¡Ummm! Reserve veinte para nosotros y envíeles una respuesta hoy mismo al arzobispo, a Iribarren y a Rincón. Indíqueles que deben elegir hasta un total de diez cada uno.

—Así lo haré, señor. Por otro lado, la procesión estará compuesta por quince pasos que irán ordenados según la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. El desfile procesional saldrá de la iglesia de San Francisco de Paula. Una hora u hora y media más tarde, llegará al palco el primer paso, el del Sagrado Decreto de la Santísima Trinidad. Si tenemos en cuenta el protocolo, el paso de los nazarenos, las firmas y los saludas, el cortejo necesitará unas cuatro o cinco horas para completar el recorrido con el paso de El Duelo en último lugar.

—Bien. Confío en usted. Revisaremos el horario y todo lo demás el día anterior, como de costumbre.

—De acuerdo, señor.

—Bueno, Isidro, si no hay nada más…

—Nada más, señor.

—Bien, pues entonces creo que iré a mi despacho a repasar los últimos planos de Marrón. Hay algunas cuestiones que no termino de ver claras.

—Perfecto, señor. Muchas gracias por su tiempo.

# 14

## La Fonda de Madrid

11 de abril (Martes Santo)

Desde bien temprano, Carlos Malvar pasea en apariencia despreocupado por el entorno de la catedral. Como muchos, se detiene de vez en cuando a observar el montaje del palco de autoridades en la Puerta de la Asunción. Lo que pocos saben es que Malvar está planificando otro entierro grande para el Viernes Santo.

Definido el objetivo hace meses, queda ejecutar el plan y «escapar de esta maldita ciudad de una vez por todas».

Las órdenes que tiene, aunque escuetas, han dejado claro que la ejecución debe ser lo más impactante posible. Él hubiese preferido otro día y otro escenario para llevarlo a cabo, pero, como le gusta recordarse a sí mismo, «donde manda patrón, no manda marinero». Debe afrontar todas las variables posibles. Para ello, lleva informándose a diario por la prensa local de los preparativos del Santo Entierro Grande. Conoce el número de imágenes que desfilarán, su orden, el horario aproximado de su paso por el palco. Ha memorizado los nombres de todas y cada una de las personalidades que estarán en ese palco. Ha estudiado incluso la posición que deberían ocupar según su cargo político y condición social. De hecho, si esta mañana se ha acercado hasta la catedral es para comprobar la ruta de escape.

Sabe que los primeros minutos después de que lleve a cabo su misión son cruciales. La maniobra de distracción que ha planificado solo le servirá para poder acercarse al palco y así tener a tiro a su objetivo. Lo que aún no tiene claro es cómo saldrá de esta sin ser apresado. Las alternativas que ha estudiado en la habitación de la Fonda del Ciervo se antojan, sobre el terreno, peligrosas, pero sabe que no hay más. Tras comprobar los itinerarios, midiendo incluso el tiempo necesario para recorrerlos, se da cuenta de que el plan más factible, el que puede evitar que lo cuelguen, pasa por depender de la ayuda de otros.

A Malvar no le hace gracia tener que ir a ver de nuevo a la Vargas y mucho menos para pedirle ayuda, pero no tiene más remedio.

Mira su reloj. La Vargas debe de estar aún en la Fonda de Madrid. Siempre se hospeda en este lujoso establecimiento cuando viene a Sevilla.

«Esa bailarina del demonio con todas las comodidades a su alrededor y yo en la del Ciervo conviviendo con gentuza. Es injusto —se lamenta —. Cuando todo esto acabe… cambiarán las tornas».

Mozo le ha prometido un puesto importante en la guardia personal de la mismísima reina, su majestad Isabel II. Cuando luzca el uniforme del Cuerpo de Reales Guardias Alabarderos irá al cementerio de la Puerta de Fuencarral y sacará a su querido padre de ese maldito nicho. Lo trasladará al de San Isidro, donde podrá descansar en tierra bendecida junto a otros ilustres compañeros de ideas. Después procurará ir a una de las actuaciones de la Vargas y, una vez concluida, se presentará de gala con un gran ramo de flores. No es que le apetezca verla, pero desea con todas sus fuerzas que ella contemple su nuevo estatus. Esa será su dulce venganza con la gitana.

En estos pensamientos anda enredado Malvar al llegar a la puerta de la Fonda de Madrid. Apenas tres números la separan de la del Ciervo, es verdad, pero en cuanto a categoría, media un abismo. Desde su amplia entrada alicatada con bellos azulejos se ve el patio central. Este da luz a todas las estancias de la planta alta y sirve para albergar, desde primavera, las tertulias de las personalidades sevillanas. El suelo de mármol, las yeserías, las maderas nobles del artesonado del techo y de los muebles, de estilo y manufactura francesa, maravillan a Malvar. «Estar en la Fonda de Madrid es lo más parecido a estar en la capital del reino», piensa.

—Buenas tardes, ¿qué desea, señor? —se interesa el recepcionista.

—Buenas tardes, quisiera ver a la señorita Josefa Vargas. Tengo entendido que se aloja aquí.

El empleado no ha quitado ojo a Malvar desde que cruzó la puerta de entrada. Con tono displicente, casi arrogante, insiste:

—¿A quién debo anunciar?

—Dígale que desea verla Carlos Malvar.

—¿Le anuncio algún asunto en concreto?

—No es necesario, gracias.

El recepcionista mira a Malvar a los ojos durante unos instantes. Este le sostiene la mirada. Tras el incómodo silencio el hombre sale de detrás del mostrador e indica al joven:

—Muy bien, señor. Si es tan amable, pase al patio y acomódese mientras avisamos a la señorita Vargas.

—Muchas gracias.

Malvar entra en el patio, concurrido a estas horas, y busca acomodo en una de las sillas de forja con asiento de terciopelo que rodean una mesa con tapa de mármol situada junto a la fuente central. No ha pasado ni un minuto cuando un joven se le acerca:

—Buenas tardes, ¿tomará algo? ¿Un agua de canela tal vez?

—No, gracias. Muy amable —responde un poco incómodo Malvar.

Los minutos pasan. Malvar mira su reloj una y otra vez. Tose. Se recompone la camisa. Cruza las piernas. Las descruza. Se hace un cigarrillo. Fuma.

«¡Qué descortesía la de la gitana! —piensa—. Seguro que se está regodeando al saber que estoy esperándola. Maldita confabuladora».

Malvar distingue, al fin, a Josefa Vargas bajando por la escalera acompañada de una bella joven. La Vargas se despide de su acompañante y se dirige hasta donde está él. Se planta a su lado, de pie, y espera.

—¡Ah! Perdón, perdón —se disculpa el joven.

Malvar se levanta y le ofrece una silla contigua a la suya ayudándola a que tome asiento.

«¡Maldita! ¡Maldita sea cien veces! ¡Qué bochorno!», piensa.

—¿Se puede saber a qué has venido? —murmura la Vargas.

—Necesitaba verte y el tiempo es oro.

—¿Oro? ¿El tiempo? Déjate de tonterías. Te dejé bien claro desde un principio que cualquier cosa que tuvieras que comentarme lo hicieses a través de mi sobrina.

Malvar traga saliva y reprime sus ganas de abofetearla. Tras la experiencia del domingo en el Cabeza de Turco sabe que debe contenerse.

—Ruego me disculpes, pero necesito que me ayudes.

Nadie comprenderá jamás cuánto le ha costado a Carlos que esas palabras salgan de su boca. Sobre todo, si consideramos su intento de que transmitan amabilidad y tranquilidad.

—¿Que te ayude? Creía que había quedado claro lo del alboroto junto a la Catedral. Estoy en ello. No debes preocuparte.

—No es eso.

—¿Entonces?

—El hecho es que, tras revisar el plan, necesito que tengas dispuesto un carruaje para poder salir de allí.

—¿Un carruaje? ¿Acaso piensas salir en una calesa saludando a los presentes?

Carlos tiene que volver a contenerse mordiéndose el labio inferior hasta casi sangrar. El gesto, que no ha pasado desapercibido para la Vargas, provoca en ella una irónica sonrisa.

—No es eso. Algo discreto, un landó o una berlina, tal vez.

—¿Un landó? Muy bien, señor. Supongo que también querrá dos cocheros de gala, ¿no?

—Por favor, te lo pido por favor.

A Josefa le encanta ver al joven fanfarrón y altanero suplicándole. Está disfrutando del momento.

—Veré lo que puedo hacer. Y…, ¿dónde y cuándo tendrá que estar dispuesto el transporte?

—El cuándo lo tengo claro. Al mismo tiempo que la bulla con motivo de la distracción. El dónde… ¿Podría ser en la Plaza del Aceite? Contando con el lógico desconcierto que a buen seguro se creará, estoy seguro de que me permitirá llegar hasta ahí sin problemas. Una vez dentro, tendría que llevarme a Posadas.

—¿A Posadas? ¿Está seguro de eso? Si lo que desea es tomar la

diligencia, permítame que le sugiera que vaya mejor a Carmona, se lo digo por experiencia.

—¿Cómo?

—Que en Posadas hay demasiada gente y la ruta es más peligrosa que la de Carmona. Mejor que lo dejen en Carmona.

Este último comentario de la Vargas deja perplejo a Carlos. No esperaba que ella se tomase la molestia de pensar en su bienestar y en que la huida fuese más segura.

—Perfecto. Muchas gracias.

Sin más explicación, la Vargas se levanta y se marcha por donde ha venido.

—¡Pobre mamarracho! —murmura jocosa la joven mientras sube los peldaños que la llevan de vuelta a su habitación.

# 15

## El Brigadier Chaín

11 de abril (Martes Santo)

La Taberna del tío Miñarro es un lugar pequeño. Encalado por fuera y por dentro, está distribuido en tres estancias con suelo de albero. El mostrador de madera se encuentra en la principal, junto a la entrada. Tras él se superponen cuatro botas en cuyo frente se puede leer, escrito en tiza, Mansaniya de San Lúcar. Sobre estas descansan dos barriles: uno de aguardiente y otro de licor de cerezas. Un mozalbete de apenas diez años se afana en llevar las comandas de vino en las cañeras a las mesas bajas de la estancia principal o a las que, en los dos reservados restantes, están ocupadas desde temprano por amantes de las cartas o los dados.

El tío Miñarro sirve el vino con maestría tras el mostrador. Con la camisa arremangada hasta los codos, la tiza pasa de la oreja a la madera en la que anota, de forma concienzuda, la cuenta de cada uno de los parroquianos. Sobre las paredes, carteles taurinos recuerdan grandes tardes en el coso de la Real Maestranza de Caballería o anuncian las próximas corridas que tendrán lugar dentro de unos días con motivo de la celebración de la Feria de Abril. En cada cañera que sale del mostrador hacia las mesas va, cortesía de la casa, un platillo de aceitunas aliñadas. A pesar de no haberlo pisado antes, el lugar resulta familiar a Federico. El olor a vino, la humedad y el excesivo volumen de las conversaciones le recuerdan las peñas gaditanas de su época de estudiante. Esas peñas en las que él y Paco pasaron tan buenos ratos. El agente Benito saluda al entrar a los presentes y recibe varios «¡Ey!» o simples movimientos de cabeza como respuesta.

—¡Buenas, don José! —saluda al tabernero.

—¿Qué tal, Chaín? ¿Cuánto tiempo, no?

—Pues sí, la verdad. Ya sabe… el trabajo.

—¡Ah! El trabajo… Muy bien, hijo, me alegro. No hace tanto que parecías una silla más de las que tengo aquí, ¿eh?

La sorna del último comentario del tío Miñarro cala en Carrasco. No es para menos. Aún recuerda que tenían que llevarlo a rastras hasta su casa, borracho, cada vez que venía de permiso de Barcelona. En aquella época, Benito necesitaba olvidar los horrores de la guerra y, como todo el mundo sabe, la manzanilla tiene un poder amnésico natural, sobre todo, en grandes dosis. El agente carraspea y aclara la voz, más como recurso que por necesidad.

—Bueno, don José… Venimos a ver al Candiles. ¿Está por aquí?

—Aún no ha llegado, pero no tardará. Si queréis esperarlo mientras con unas cañas…

—Claro, claro, ponga un par de ellas. Nos sentaremos ahí mismo mientras llega Martín.

La llegada de la pareja no ha pasado desapercibida para nadie. La indumentaria de ambos está fuera de lugar. Destacan frente a los humildes pantalones, las desgastadas sandalias de esparto y las sucias camisas sueltas o remetidas tras una tosca faja.

—Perdona, Benito —interviene el doctor—, pero no he podido evitar oír cómo te llamaba el tabernero.

—Me ha llamado Chaín.

—Eso me ha parecido oír, pero tú te apellidas Carrasco.

—Es una larga historia.

—Es extraño. Hace mucho tiempo que no oía ese apellido. De hecho, no lo he vuelto a escuchar desde que era niño.

—¿De dónde eres, Federico? Tengo muy claro que tu acento no es sevillano. De hecho, apostaría a que es de Cádiz.

—Pues sí, Benito, es gaditano. Soy natural de El Puerto de Santa María, aunque he vivido mucho tiempo en Jerez y en Cádiz.

—¡No es posible! ¡Qué casualidad! Mi madre es de El Puerto de Santa María… Allí está mi familia.

—Pues sí que es una casualidad. ¿Y qué os trajo hasta Sevilla?

—Pues eso mismo, lo de Chaín.

—No entiendo, Benito.

—Pues verá. —El joven agente compone sus pensamientos durante unos instantes—. El caso es que… sepa usted que mi madre… de joven, quedó embarazada de mí cuando estaba sirviendo en la casa del brigadier Benito Chaín. Él, mucho mayor que ella y casado, había llegado de Chile unos años antes huyendo de los separatistas de aquellas tierras por su fidelidad a la madre patria. En América dejó mujer y dos hijos. No tardó en encontrar ocupación como brigadier al mando de la tercera columna móvil de Andalucía. Se le había encargado organizarla y comandarla a fin de combatir a los muchos bandoleros que, por entonces, campaban a sus anchas por la serranía gaditana. A medida que la barriga de mi madre se fue haciendo imposible de ocultar y ante las seguras represalias de mi abuelo, ella decidió buscar fortuna en otro lugar. Don Benito Chaín intentó convencerla para que se quedara. Al parecer, según cuenta mi madre, él estaba enamorado de ella. Cosas de mujeres, ya sabes. Pero lo cierto es que decidió marcharse. Así las cosas, acabó en casa de unos primos, en Lebrija. Allí nací y viví hasta los dos años, momento en el que mi madre decidió probar fortuna en la capital. Con un niño pequeño a cuestas llegó al arrabal y tiró de nuevo de familia para poder alquilar un cuarto en una casa de vecinos de la cava. Poco a poco tuvo los arrestos para crear su pequeño negocio. —Benito se detiene por un momento, apura la caña y prosigue—. No fue fácil, pero don Benito le había dado justo antes de partir para Jerez la nada despreciable cifra de veinte duros de la época y unas cuantas alhajas que fue vendiendo con el tiempo. Años más tarde, establecidos ya en el barrio de La Carretería, llegó un señor a la tienda. Aunque yo era aún muy niño, recuerdo cómo trajo a casa una espada antigua, un uniforme de gala y cincuenta duros.

Benito pide un par de cañas más al mozo antes de seguir con su historia.

—Esa noche mi madre lloró y lloró. Yo, asustado y rendido de sueño, ya que era la primera vez que veía a mi madre llorar, intenté, como pude, consolarla, pero me fue imposible. Esa noche supe, porque ella me lo dijo, que había muerto mi padre. Y eso es todo —apostilla justo antes de apurar de un trago el vino.

Federico, que ha escuchado atónito la historia de Benito, no puede creerlo. Comienza a tener sentido la primera impresión que tuvo del agente cuando lo vio ante la puerta de su casa.

—¡Por Dios, Benito! ¡Esto parece mentira!

—¿Mentira? ¿Por qué dices eso?

—No, no, Benito, no te lo tomes a mal. Te explico… La primera vez que te vi, ante la puerta de mi casa, me sorprendió un pensamiento. Tu cara me era familiar. No sabía cuándo ni en qué circunstancias la había visto antes, pero estaba seguro de haberla visto. Además, la primera impresión que tuve fue de confianza. Ahora tiene sentido.

—¿Sentido?

—Sí. Todo el sentido del mundo. A tu padre, el brigadier don Benito Chaín… Lo conocí de niño.

En ese instante, en el semblante del joven policía, que estaba a punto de beber, aparece la sombra de la duda.

—¿Qué? —interpela a la vez que deja el vaso vacío en la mesa.

—Él fue de los pocos que nos ayudó. Recuerdo que necesitaba un asesor y tras informarse de la valía de mi padre no dudó en presentarse en casa una mañana y solicitarle que aceptara el puesto. En aquel momento, mi padre estaba impurificado y no podía ejercer por haber sido contrario a las ideas e intereses de Fernando VII. En casa, ese día se vivió con júbilo. Durante los meses siguientes trabajó mi padre junto al tuyo persiguiendo el contrabando. Gracias a su mutua colaboración fueron descubiertos y castigados muchos de aquellos contrabandistas. Pero la alegría duró poco. Por desgracia, al poco tiempo el rey recrudeció la persecución contra los liberales y con tal menester nombró a un intendente de policía inmisericorde y fanático. Este, al saber el puesto que ocupaba mi padre, dio instrucciones para que de forma inmediata ingresase en la prisión de Jerez de la Frontera. A pesar de la oposición de tu padre, al final, la suerte del mío lo llevó, quizá por una última intersección del tuyo, a permanecer un corto periodo entre rejas, para salir, poco después, camino del destierro a Morón. Permíteme que te diga, amigo mío, que tu padre era un gran hombre. Deberías estar orgulloso.

Con los ojos vidriosos, Carrasco mira a Rubio con un nudo en la garganta. El mozo sirve dos cañas más. Rubio alza la suya y brinda: —¡Por nuestros padres, Benito!

—¡Y por nuestras madres, Federico! ¡Por nuestras madres!

# 16

## El Candiles

11 de abril (Martes Santo)

Cuando Martín Bermudo, el Candiles, entra en la Taberna del tío Miñarro, hace más de una hora que Rubio y Carrasco comparten cañas de manzanilla. La inesperada conexión entre sus progenitores ha provocado en ambos un sentimiento de aprecio mutuo que va in crescendo a medida que el caldo de Sanlúcar de Barrameda se derrama por sus gargantas. Las chaquetas reposan sobre el respaldo de las sillas, las mangas de las camisas remangadas a medio brazo y los sombreros en la tapa de la mesa. El vino ha conseguido integrarlos en el ambiente que los rodea.

—¡Buenas, Pepe! Una caña —reclama Martín al tabernero.

—Tienes visita —le informa el tío Miñarro mientras le señala con el dedo la mesa de Rubio y Carrasco.

—¿Ese es Chaín?

—El mismo.

—¿Y el otro?

—Ni idea. Llegaron hace una hora preguntando por ti y ahí los tienes —responde el tabernero mientras le pone el vaso de vino al sereno y apunta con la tiza en la madera «Candiles - I».

Martín toma el vaso y se dirige a la mesa en la que se encuentran el doctor y el agente.

—Muy buenas. ¿Me andaban buscando?

—¡Hombre, Candiles! Por fin apareces —contesta Benito—. Siéntate con nosotros que quiero hablar contigo.

El sereno mira a los dos un instante y no sin ciertas dudas termina sentándose con ellos.

—Pues tú dirás, Chaín.

—Nada, no te preocupes… El doctor Rubio y yo queríamos preguntarte por monsieur Petit.

—¿Me quién?

—Sí, hombre, el acuchillado que encontraste el otro día en Sierpes.

—¡Ah! ¿Y eso para qué, si puede saberse?

—Pues para qué va a ser… Además, ¿qué más te da? Tú contesta a lo que te pregunte y ya está, ¿estamos?

Martín hace un amago de levantarse. Benito lo agarra del brazo y de un tirón lo obliga a sentarse de nuevo.

—¿Dónde vas? Quieto ahí, coño, que no es ná.

—Vamos a ver, Benito. Yo hice mi trabajo. Lo encontré, di parte a los municipales y listo. ¿Qué tengo yo que ver con el muerto?

—No lo sé —le replica el agente—, pero muy nervioso estás tú para no saber nada.

—¿Qué? A mí no me metas en líos, Benito, que ya soy muy viejo para tantas tonterías. Ya te he dicho que hice lo que tenía que hacer. Lo encontré, di parte a los municipales y santas pascuas.

Rubio, sorprendido por la reacción de Benito y observando el cariz que ha tomado la conversación entre el agente y el sereno, decide mediar: —Perdone usted, Martín. Nadie está poniendo en duda su trabajo. Solo queríamos que nos contase cuándo y cómo encontró el cadáver. Es por saber qué poner en el informe de la autopsia. Cosas de médicos, nada más.

—Pues… Yo qué sé… Serían las tres de la mañana o así, no lo recuerdo bien. Estaba haciendo mi ronda y lo encontré, muerto.

—¿Las tres dice usted?

—Más o menos.

—¿Cómo que a las tres? —interviene a gritos Benito—. ¿Qué estás

diciendo? Pero si los municipales dicen que lo encontraste a las cinco.

—Bueno, a las cinco, a las tres, qué más da. Cuando yo lo vi ya estaba muerto.

De repente, el velo de niebla que la manzanilla había puesto en la mente de Rubio parece disiparse. Observa con atención cómo los gestos y el tono de voz del sereno van cambiando a medida que avanza la conversación. Sus dedos tamborilean en la mesa y una especie de tic nervioso se ha apoderado de su pierna. Esta claro que algo ocurre. El tal Candiles oculta algo.

—Además —dice el sereno intentando zanjar de una vez la conversación—, pregúntale a Franco. A mí me dejas tranquilo.

—¿A Franco? ¿Qué tengo yo que preguntarle al segundo jefe de los municipales? —se interesa Benito.

—Nada… Benito… Nada. No he dicho nada. Bueno, ¿qué más queréis saber?

—Quiero saber dónde están las pertenencias del cadáver.

—¿Las pertenencias? Y yo qué sé. Yo lo encontré, nada más. No pensarás…

—Ni pienso ni dejo de pensar, Martín. ¡Que me digas dónde están el reloj y los cuadernos de Petit!

Benito sabe, como la práctica totalidad de los sevillanos, las historias que se cuentan sobre los serenos.

Según las malas lenguas, más de un borracho se ha despertado sin la cartera en plena noche. También se sabe que no son pocos los forasteros a los que, tras ser atracados, les resulta imposible encontrar al sereno de turno para denunciar lo ocurrido.

—Benito, por favor, no me hagas esto.

—¿Que no te haga qué?

—Yo… yo hago como todos. Cumplo órdenes.

—¿Órdenes? ¿Qué órdenes? ¿Quién da esas órdenes?

El tono alto de voz y los golpes sobre la mesa que está dando Benito han despertado el interés del tabernero, del mozo y de los

parroquianos de las mesas de al lado.

—Por favor… no hables tan fuerte —susurra Martín—, que me estás comprometiendo. Aquí no pienso hablar. Si queréis —suspira—, si queréis os veo en mi casa en media hora, pero si se os ocurre salir justo detrás de mí, no abriré la boca. ¡Lo juro por mi vida!

—¿Qué? —Carrasco no puede creer lo que acaba de oír.

El Candiles se levanta y como alma que lleva el diablo se dirige al mostrador. Paga al tabernero y sin esperar siquiera el cambio sale del local a toda prisa. Cuando Benito hace el intento de levantarse, Rubio lo agarra: —¡Déjalo, Benito! Deja que se vaya.

—Pero ¿no ves que este oculta algo?

—Claro que lo veo, pero ahora no creo que nos diga nada más. Esperemos a que se marche y vamos a hacer lo que dice. En media hora iremos a su casa y veremos qué nos cuenta.

—¡Maldita sea! —grita el policía.

—Calla, Benito, por favor. Vamos a terminarnos esta manzanilla y luego iremos a casa del sereno. Por cierto, he supuesto que sabes dónde vive.

—Sí, claro. ¿Qué clase de policía sería si no supiese dónde viven todos? —repone socarrón.

# 17

## La confesión

11 de abril (Martes Santo)

La luz del sol obliga a Rubio y a Carrasco a entrecerrar los ojos cuando salen de la taberna.

—¡Uffff! ¡Endiablada manzanilla! —comenta entre aspavientos el policía.

—Me sorprendes, Benito.

—Conque te sorprendo. ¿Y eso?

—No sé, me imaginaba que aguantarías mejor la bebida.

—Y la aguanto, pero no sé… Bueno, dejemos el tema…

—Sí, sí, de acuerdo… —responde Rubio a la vez que se pone el sombrero—. Tú dirás. ¿Hacia dónde vamos?

—¡Eeeh! A la derecha. El Candiles vive en la calle Larga de Santa Ana.

En el corazón de la Cava de los Gitanos de Triana, la calle Larga de Santa Ana se conformó alrededor de la parroquia del mismo nombre. A pesar de llamarse la Cava de los Gitanos en esta parte del arrabal conviven, desde hace siglos, payos y gitanos. La miseria no distingue de razas ni de origen. Una mezcla de casitas bajas y patios de vecinos configuran la arquitectura popular del barrio. No obstante, resulta curioso que, mientras muchas calles del otro lado del río aún son de albero, la calle Larga de Santa Ana está empedrada. En esta arteria se encuentra también la capilla de los marineros, sede canónica de la Hermandad de la Esperanza de Triana de la que muchos de los lugareños son fieles devotos.

A pocos pasos de la capilla, en una casita estrecha en planta baja

situada en la acera de enfrente, vive Martín.

—Aquí es —asegura Benito señalando la vivienda.

El policía golpea tres veces la aldaba y retrocede un paso situándose junto a Rubio. Tras unos instantes se abre la puerta. Martín asoma la cabeza y girándola a un lado y a otro intenta asegurarse de que nadie ha seguido al doctor y al policía.

—¡Pasad, pasad!

—¿Quién es? —se oye desde dentro.

—Nadie, Candela. Unos amigos.

—¿Amigos? ¿A estas horas? ¿Es que no tienen casa? No te entretengas que el potaje está listo.

—¡Ya, ya voy! —contesta el sereno a su mujer mientras que con la mano indica a la pareja que pase a un cuarto que está justo al lado.

Los tres entran en el pequeño espacio que hace las veces de trastero. Sobre las paredes varias jaulas de madera con canarios y en el suelo un par de ellas con conejos. La falta de ventilación hace más evidente el olor a amoniaco y paja húmeda.

—Bien, Martín, ahora mismo me vas a explicar qué está pasando —le apremia Benito.

—Es complicado, Chaín. Muy complicado.

—¿Qué tiene de complicado saber la hora a la que encontraste el cadáver? —insiste el policía.

En ese momento Rubio intercede.

—Espera, Benito, deja a este hombre que se explique.

Tras una prolongada pausa en la que sostiene la mirada a su compañero, se dirige al sereno.

—Tranquilícese y cuéntenos qué pasó.

Aunque es Rubio el que le ha hablado, el sereno sigue dirigiéndose al joven policía.

—Vamos a ver, Benito, tú sabes bien que llevo toda la vida de sereno.

Sabes que siempre he sido una persona honrada, que todos me respetan —dice el Candiles—. El caso es que ya tengo una edad y con el frío, el agua y todas las calamidades que pasamos en la profesión estoy molido. ¿Ves esta casa? Pues me ha costado treinta años poder venirme aquí. Treinta años viviendo en un patio de vecinos, trabajando como un mulo para conseguir esto, y van los cabrones del ayuntamiento y deciden, el año pasado, separarnos a los serenos del cuerpo de la guardia municipal. Y eso no es lo peor, lo peor es que nos volvieron a bajar el sueldo. Toda la vida peleando y me veo que, con el cambio, ya no me llega para pagar el resto de la casa. Jugaron con nosotros. Nos pusieron la miel en los labios y después nos la quitaron. ¡Cabrones! Eso no se hace, Benito, eso no se hace. Y mi Candela y yo solos, sin un perrito que nos ladre. ¿Quién nos va a cuidar?

—¿Y eso que tiene que ver con lo del cadáver? —le reprocha Benito.

—Deja que se explique, hombre —insiste Rubio.

—Pues eso, que no llegaba a fin de mes y un día lo comenté con Varela, un compañero, y él me dijo que eso tenía solución. «¿Cómo lo voy a solucionar?» le dije yo, y entonces me lo explicó todo.

—¿Qué le explicó, Martín? —Rubio intenta que el Candiles se relaje y siga con su relato.

—Cómo conseguir un dinero extra a final de mes. Me dijo que hablara con López, el municipal, que le dijera que quería jugar a los dados. Yo le dije que a mí ni me gustan los dados ni las cartas. Entonces él comenzó a reírse y me explicó que esa era la contraseña que debía decirle a López para que me ayudara a solucionar mis problemas. Pensé que estaba riéndose de mí, así que lo dejé correr y ya está. El caso es que un par de días más tarde, cuando estaba haciendo mi ronda, se me acercó López, que todavía iba de uniforme, aunque ya había terminado su turno. Ahí empezó todo. Me dijo que si nos tomábamos unas cañas en el Cabeza de Turco. Por supuesto le dije que no, que estaba trabajando y que además él tampoco debería, y mucho menos de uniforme. Entonces me dijo que había hablado con Varela y que este le había contado mi problema. Me aseguró que tenía la solución para todos mis problemas pero que si quería que me la diese teníamos que tomar esa caña. En fin, yo estaba desesperado, así que me dije «de perdíos, al río» y entré con él en el Cabeza de Turco. Allí estaban Gómez y otro más al que todavía no conocía. Luego resultó ser Franco. Nos sentamos en una mesa apartada del resto y pidieron unas cañas. Gómez me saludó y me dio unas palmaditas en la espalda. «Siéntate, Candiles —me dijo—. Qué alegría de verte otra vez».

Maldita sea la hora…

—¿Y qué le contaron? —insiste Rubio al observar que el sereno duda.

—Bueno… Pues me dijeron que ellos podían conseguirme un extra a final de cada mes. Entre tres y cinco duros. Yo, al oír eso, no pude más que preguntar qué había que hacer y ellos contestaron muy tranquilos: «Nada. Eso es lo mejor, no tendrás que hacer nada». Aquello me extrañó, así que les volví a preguntar: «¿Cómo que nada? No os entiendo». Ellos se miraron entre sí, sonrieron y entonces me lo explicaron.

Martin hace una pausa y respira hondo antes de continuar su relato:
—Lo único que querían era que a ciertas horas me quedase quieto, que no apareciese por ciertas calles, ciertos días —revela—. Me dijeron que me avisarían cuando se necesitase que me hiciera el remolón. Nada más. Me prometieron que nada más y fíjate.

Carrasco y Federico se miran perplejos ante la confesión del Candiles.

—Hasta ahora no había habido problemas —afirma el sereno encogiéndose de hombros—. ¿Que me avisaban de que esa noche no pasara por alguna calle? Pues no pasaba y santas pascuas. A final de mes llegaba Gómez o López y me soltaba los jurdeles en el Cabeza de Turco. Yo no soy tonto. Claro que sabía que esos días siempre había algún forastero al que desvalijaban o algún incauto señorito borracho que terminaba sin sombrero y sin parné, pero… ¿un muerto? Esto no lo esperaba. Y es que esos mocosos están locos. Se les han ido de las manos.

—¿De qué mocosos hablas? —interviene Benito.

—De los que hacen los trabajitos.

—¿Trabajitos?

—Sí. Son una panda de desgraciados. Lo peor de lo peor. Huérfanos, hijoputas, mendigos… Van por ahí dándoselas de bandoleros. No creo que ninguno tenga más de diez años. Ellos son los que asaltan y luego, a final de mes, pasan una parte a los municipales. De ahí me pagan a mí y a los otros serenos. Nunca habían creado muchos problemas. Bueno, alguna que otra paliza a alguno que se había hecho el valiente. Nada grave. Pero ¿un muerto? Se les ha ido de las manos.

—¡Por Dios, Martín!

Ante el reproche de Benito, el sereno agacha la cabeza y vuelve a encoger los hombros.

—Lo siento… Estaba desesperado.

Rubio intenta entonces quitar hierro al asunto.

—Bien, Martín, no se preocupe. Usted no ha tenido la culpa de lo que le ha pasado a monsieur Petit. Relájese y dígame: ¿Sabe cómo encontrar a esos bandolerillos?

—Sí, claro. En el Santo Ángel. Ahí están desde temprano, acechando.

—Perfecto, muchas gracias. ¡Aaah! Por último, ¿sabe usted qué hacen con el género que consiguen?

—Imagino que lo cambiarán en un estraperlista.

—Y no conocerá usted a esos estraperlistas, ¿verdad?

Martín mira a Benito y se vuelve a encoger de hombros. En ese momento, el policía interviene: —No hace falta, doctor, ya me encargo yo de eso. En cuanto a ti, Candiles, ya hablaremos tú y yo la semana que viene.

—Benito, entiéndeme… Qué podía hacer yo…

—De momento, nada. Lo mejor que puedes hacer es seguir tal cual. Si es cierto todo cuanto nos has contado, no quiero ni pensar qué te pasaría si llegan a enterarse de que has hablado con nosotros, así que chitón, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas.

—¡Martín! —se oye gritar a Candela—. ¡Deja ya a los canarios y ven a comer, que se enfría el potaje!

Ni siquiera esa brisa de aire fresco que se respira cuando cruzan el puente de Isabel II sirve para que la mente del doctor se serene. Tras la confesión de Martín su cerebro es un hervidero. Ha recorrido el trayecto junto a Carrasco en silencio.

—Pobre hombre —comenta al cabo de un rato.

—¿Pobre? ¿Por qué? ¿También lo vas a excusar?

—Pues claro que sí, Benito. Es un pobre hombre. Toda la vida

trabajando, deslomándose, para qué…

—¿Para qué? ¿Cómo que para qué?

—Para qué… Es evidente que ese pobre hombre se ha visto forzado a hacer lo que ha hecho. Si hubiese justicia nunca tendría que haber llegado a la situación de tener que aceptar ese dinero extra.

—¿Y Petit? ¿Y todos los que han sufrido las consecuencias? ¿Nadie piensa en ellos?

—Claro que pienso en ellos, pero ese hombre no es ni tan siquiera un peón avanzado en este tablero de ajedrez.

—¿De ajedrez? ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, Benito, nada. En fin, todo esto cambia las cosas. ¿Qué propones que hagamos?

—¿Yo? Si por mí fuera, iba esta tarde a lo del Santo Ángel y a hostias les sacaba a esos desgraciados toda la verdad.

—Ya, me lo imagino. No te digo que no sería efectivo, pero corremos el riesgo de no saber jamás dónde están las pertenencias de monsieur Petit. Es muy probable que ni siquiera las tengan ya en su poder. ¿Qué tal si probamos con los estraperlistas?

—De eso ya he dicho que me puedo encargar yo. No hace falta que te impliques ni que te anden viendo entrar en ciertos sitios.

—Pues te lo agradecería. Además, esta tarde tengo una cita ineludible. Con todo este lío casi se me olvida.

—No hay problema, Federico. Acude a la cita, descansa y mañana te pongo al día.

—De acuerdo, hasta mañana entonces.

La pareja ha cruzado el puente y se despide. Mientras Rubio sigue adelante, Benito gira a la derecha. Unos segundos más tarde, el joven policía echa un último vistazo atrás y observa cómo el doctor se aleja. Mira su reloj y, al comprobar la hora que es, acelera el paso. En casa de doña Fernanda, su madre, se come a las dos. Si no se está, no se come.

# 18

## Doña Fernanda

11 de abril (Martes Santo)

A medida que Benito se acerca a su casa no puede dejar de pensar cuánto ha cambiado el entorno en los últimos años. Cuando su madre y él se mudaron al barrio de la Carretería, la calle Velarde era entonces, y para él siempre será, la Acera del Malecón. Recuerda con nostalgia que lo primero que veía por la mañana al levantarse y abrir la ventana de su cuarto era el río. Esa imagen siempre le ha calmado. Cada día, a pesar de la insistencia de doña Fernanda para que se pusiera en marcha, le gustaba contemplar el vaivén de los trabajadores y el sonido de los toneles subiendo al barco. Jugaba a adivinar hacia dónde irían:

—Ése seguro que va para El Puerto… ¡Dale recuerdos al tío Ramón! —gritaba ante la atónita mirada de Manolito Sucillo, el hijo del tonelero —. Ese otro para Sanlúcar… ¡Seguro que harás una buena manzanilla! —animaba a otro tonel mientras rodaba camino del barco.

En la pequeña frutería de su madre no había tiempo para aburrirse. Bien temprano llegaban los paisanos de las huertas con el género. En la entrada se pesaban naranjas, limones, higos y brevas.

«Aunque muchos ignorantes crean que los higos y las brevas son lo mismo, ni mucho menos lo son», piensa.

Uvas, granadas, exquisitas moras o ciruelas como puños completaban la carga. Pronto aprendió a pesar con la romana y a saber, con solo olerlo, si en el fondo de las espuertas venían los ejemplares más maduros. Tras el pesaje, su madre clasificaba el género en la trastienda colocando con esmero según textura, volumen y dureza. Para ello contaban con unos cajones de madera y unas cestas de mimbre.

—Así no, Benetín —le decía su madre—. Las más lustrosas arriba, que la gente come con el ojo antes que con la barriga.

La venta siempre se le dio bien, sobre todo si se trataba de vender el género más antiguo. Con desparpajo se plantaba delante de las criadas que venían de las buenas casas diciéndoles:

—¡Naranjas dulces como el arrope! ¡Uvas y pasas por el mismo precio!

Tan menudito, su amplia sonrisa y su pelo rapado al cero ejercían un poder de atracción para las clientas que ya lo quisiera la luna sobre las mareas. Todas terminaban frotándole la cabeza con la mano y diciendo:

—¡Ay, que mono! ¡Qué salao es! Anda, ¡ven aquí y ponme cuatro, miarma!

El pesaje era harina de otro costal. Era capaz de identificar las pesas con los ojos cerrados. Jugaba con su madre a que le pusiera una o varias en la palma de la mano para que él adivinara su peso exacto. Tal maña llegó a tener en el pesaje que muchas clientas se fiaban más de su ojo que de la balanza, y la verdad es que hacían bien. Las máquinas mienten más que los niños. A pesar del duro trabajo, tuvo una buena infancia, al menos él la recuerda así.

Resulta justo comentar que, aunque no les iba mal con la venta de la fruta, su madre, de natural inteligente y viva como las candelas, fue añadiendo otro género que, aunque no se podía exponer al público, era muy demandado. En la trastienda, el olor a tabaco se mezclaba con el del café. Los cigarros de Gibraltar llegaban en los mismos barcos que transportaban los toneles. Así, la ubicación privilegiada de la frutería hizo fácil el aprovisionamiento del material. Poco a poco fue doña Fernanda agrandando la trastienda a costa de la frutería, ya que por cada real que daba esta la otra daba un duro.

Así fue metiéndose en el negocio del estraperlo. Al principio, casi sin quererlo, pues para poder cobrar el tabaco muchos clientes, en vez de traer reales en los bolsillos, traían algún anillo que se habían encontrado en la calle o un reloj, heredado de un tío lejano del que nadie había oído hablar antes. Ya se sabe, esas cosas que suelen encontrar o heredar los que nada tienen, ni tan siquiera parientes.

En cualquier caso, doña Fernanda siempre ha estado muy bien mirada por la autoridad. Si ella ha podido evitarlo, a ningún policía, sereno o guardia civil le ha faltado nunca ni un cigarro en el bolsillo, ni un tarro de miel para quitarse la carraspera.

Por desgracia, de un tiempo a esta parte, la urbanización de la acera de enfrente ha hecho decaer el negocio. Demasiados ojos auscultando todos los días las entradas y salidas a la frutería. Una pena. Aunque más pena le da a Benito abrir la ventana de su cuarto y no ver el río, su río, el Guadalquivir. Una hilera de casas tapa la maravillosa estampa de Triana que serenaba el alma de un chiquillo.

Al llegar a la puerta de la frutería, siempre abierta de sol a sol, Benito vuelve a mirar su reloj de bolsillo. Las dos casi y cuarto. Tormenta a la vista.

—¡Vaaaaa! —se oye desde el fondo.

—¡Soy yo, madre!

Cuando tienes un negocio en casa, tu capacidad auditiva se va agudizando con el tiempo. A la necesidad de mantener abiertas las puertas se le une la de mantener la casa adecentada. Esta circunstancia ha hecho que doña Fernanda haya desarrollado, con el paso de los años, un oído fuera de lo común.

—¡Hombre, por fin llegas! ¿Te parece bonito venir a comer a estas horas? —escucha el joven policía aún en la trastienda.

—¡El trabajo, madre! El dichoso trabajo.

Al cruzar la tela colgada que hace las veces de puerta de la cocina, Benito se pone firme al ver a su madre, sentada a la mesa.

—Pues si llego a saber esto no aceptas tú el trabajo —le reprocha ella —. Con lo que tenemos en casa más te valdría haberte hecho cargo del negocio.

«Otra vez con la misma cantinela», piensa Benito.

De un tiempo a esta parte su madre no deja de recriminarle que la trastienda va menguando, que un paso atrás en el negocio del tabaco y el estraperlo no se recupera tan fácil.

Él ha intentado explicarle que el día de mañana, cuando se case y tenga hijos, quiere para ellos un futuro distinto, pero ella, erre que erre:

—¿Qué tiene de malo lo que nosotros hacemos? —le ha preguntado en varias ocasiones—. Tú lo que eres es un desagradecido. Si no fuese por el negocio, estarías Dios sabe dónde.

Benito, hastiado de luchar contra los elementos, contra los perjuicios de su madre hacia la policía, termina siempre agachando la cabeza a la espera de que se canse y, por fin, se calle.

Nada más entrar, ha olido el guiso del día. Caldillo de perro. Al contrario de lo que podría imaginarse, el caldillo de perro es un cocido de pescado típico de El Puerto de Santa María. Su madre lleva preparándolo, una vez en semana, desde que él tiene uso de razón. A falta de merluza o pescadilla, o quizás motivado por su alto precio, doña Fernanda modificó en su día la receta y sustituyó aquellos buenos pescados por el albur.

«No puede haber pez con más espinas —piensa—. ¿Caldillo de perro? Eso debería llamarse rata de río con cebolla».

El joven se acerca a su madre con la intención de darle un beso en la frente. Ella responde alejando la cabeza. Quiere que sepa que aún no se le ha pasado el enfado. No está dispuesta a que pase inadvertida la decepción que arrastra desde que Benito le anunció que no podrán ir a ver a la familia.

—Hoy llegas tarde. Ayer ni siquiera comiste.

—Es que estoy en algo importante, madre. Ya te lo dije ayer. Estamos investigando un asesinato.

—¿Y por eso tienes que llegar tarde a comer? Ni que fuera a resucitar el muerto…

El joven no puede hacer otra cosa que sonreír ante el argumento de doña Fernanda. Se sienta a la mesa y se sirve un cazo de cocido de pescado.

Mira a su madre con cariño. A sus treinta y nueve años, y teniendo en cuenta lo que ha trabajado, sigue siendo la mujer más guapa del universo. Su minúsculo cuerpo y su extrema delgadez le han hecho siempre aparentar menor edad de la que tiene. Sus ojos azules destacan en medio de una cara redonda y bien proporcionada que culmina en una amplia boca de carnosos labios. Gitana por los cuatro costaos, su cabellera rubia contrasta con el tono aceitunado de su piel.

Incontables han sido los pretendientes que ha tenido. Pero ella, distante, nunca ha dejado lugar a la esperanza. Solo tres hombres han logrado robarle el corazón: su padre, siendo niña; el brigadier Chaín como mujer y su Benetín, su hijo de su alma, como madre.

—¡Benetín! ¡Espabila, hijo! Que se te enfría la comida —le reprende al verlo embelesado.

Benito corta un trozo de cabero, toma la cuchara y empieza a comer. Al cabo de un rato, comenta:

—Madre, hoy he recordado a mi padre.

Al oírlo, la cuchara de doña Fernanda, que a punto estaba de alcanzar su monótono objetivo, retrocede, de nuevo, hasta el cazo.

—¿Y eso, hijo? —pregunta con voz melancólica.

—Don Federico Rubio, el doctor con el que estoy trabajando en el caso. Su familia es de El Puerto, como la nuestra.

—¿Rubio? No será hijo de don José, el abogado.

—Creo que sí. Me ha comentado que trabajaron juntos.

—Sí, claro que sí. Lo recuerdo como si lo tuviese delante. Era un señor muy elegante y el brigadier lo apreciaba mucho. Una lástima. La maldita política, hijo. Arruinó su vida por sus ideas. Ya ves, por las ideas. Las ideas no dan de comer, Benetín, siempre te lo he dicho. ¿Cómo le va? ¿Sigue vivo?

—No sé, madre. No se lo he preguntado.

—Esas cosas se preguntan, Benetín. La educación lo primero. ¿Y su madre? La pobre se quedó destrozada cuando desterraron a don José. Cómo lloraba la pobre, parece que la estoy viendo… Tenía dos… tres hijos… no lo recuerdo bien.

—No sé, madre.

—¡Tú nunca sabes nada! No sé para qué me cuentas, si después no sabes nada.

Benito se resigna. Para qué va a contestar. Coge una cucharada más y come.

«Cuando se come —se recuerda a sí mismo—, no se habla».

—Por cierto, madre —comenta al rato—. ¿No te habrá llegado ningún reloj de bolsillo con una sola manecilla estos días?

—¿Con una manecilla? Ninguno, que yo recuerde. Y si me llegara ten

por seguro que no lo querría. ¿Quién quiere un reloj con una manecilla habiendo de dos a patadas?

—Es que es el reloj que tenía monsieur Petit.

—¿Quién?

—Petit, madre, el muerto.

—Pues no sé, hijo. Ni idea. Estos días el negocio está flojo. Se ve que andan acumulando para venir después de la feria y sacar más por los lotes completos. Se creerán que una es tonta y que porque traigan más cosas van a sacar más. Desgraciados.

—¿Sabes algo de unos críos que andan por el Santo Ángel? Dicen que están haciendo el agosto.

—Hijos de puta es lo que son. Esos rapaos están locos, hijo. Ten cuidado con ellos. Son unos mocosos, pero van siempre juntos, como una jauría. Hace unas semanas vinieron con la excusa de venderme unas cosas. Lo que querían era entrar en la trastienda. Si vuelven a aparecer te juro por la Virgen del Carmen que ensarto a más de uno con la espada del brigadier. ¡Atajo de cagarrutas!

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Tú no te calientes que yo sé defenderme sola, ya lo sabes.

El inequívoco significado del dedo índice acusador de doña Fernanda señalando a su hijo zanja la cuestión de forma tajante.

—¿A quién le llevarán las cosas?

—¡Uffff, vida mía! Hoy en día… no sé, hay tanto arrastrao en el negocio que cualquiera sabe. Aunque si, como dices, tienen mucho género… La cosa mengua bastante. El Besugo, la Perla… Incluso… a lo mejor… Tu tío Pedro, el Baúles. Ya sabes cómo es. Ese rastracueros no conoce ni a su santa madre, que en gloria esté, cuando se trata de jurdeles.

Benito intenta procesar toda la información que le acaba de dar su madre. Dibuja en su cabeza un mapa mental de dónde tiene el negocio cada uno de los estraperlistas. Por algo hay que empezar. Esta tarde, después de una buena y merecida siesta, irá a hacerles una visita.

# 19

## Hogar, dulce hogar

11 de abril (Martes Santo)

Mientras camina de regreso a casa, Federico intenta aprovechar el trayecto para ordenar en su cabeza los datos y las impresiones que ha obtenido durante la mañana. Como hombre de ciencia, sabe que para llegar a una conclusión válida es imprescindible separar lo principal de lo accesorio y lo contingente de lo necesario.

En su época de estudiante destacó por su capacidad de análisis. Al igual que un afilado bisturí, su cerebro es capaz de diseccionar los hechos extirpando la costra purulenta con la que el lenguaje cotidiano y los sentimientos enmascaran la realidad.

Sabe que ante sí se abren dos caminos. El primero, el que los llevó esta mañana hasta la Plaza de la Magdalena siguiendo el rastro de la agonía de Petit. El segundo, el abierto, como el costado del francés, por Martín el Candiles y la trama de corrupción en la guardia municipal.

A él lo que le apetece es culminar el esclarecimiento de la muerte de Petit por arsénico. Además, el otro itinerario significa, a la postre, satisfacer los intereses del duque y de su secretario, al que no perdona que le haya chantajeado con el informe de su padre. En cualquier caso, sabe que la elección no debe partir de su capricho. Es consciente de que tiene que plantarse ante los hechos con una mirada limpia, sin prejuicios, si quiere contar con posibilidades de alcanzar el éxito en este caso. Tal vez lo mejor sea esperar y tomar una decisión dependiendo de lo que Benito Carrasco sea capaz de averiguar.

Justo cuando cambia de dirección para afrontar los últimos metros que le separan de su casa, decide pasar página. Se propone centrarse en la cita a la que acudirá a las siete en punto. Tendrá que actuar con determinación si quiere que el futuro de su familia y el suyo se

despeje.

Frente al portón de su casa, siempre cerrado por precaución o por si hay que deshacerse de algún documento o libro prohibido en caso de inspección policial, Rubio suspira antes de hacer girar la llave.

Nada más entrar comienza su particular itinerario. Realiza su consulta privada a la enfermería familiar que le lleva de habitación en habitación. La primera parada está en la habitación de la derecha, donde reposan su madre y sus hermanas Victoriana y Paz en tres camitas. La pequeña de las tres hermanas de Federico sufre desde su más tierna infancia una grave secuela de la escarlatina: la hidropesía cerebral. Victoriana, su hermana mayor, es una niña de cuatro años atrapada en el cuerpo de una mujer de veintinueve y su madre hace una década que lucha contra un reuma paralítico que la tiene postrada. Ella, que siempre fue vigorosa de espíritu, ha terminado derrotada a fuerza de sufrir las miserias a las que las ideas de su padre han sometido a la familia los últimos treinta y cinco años.

—¿Eres tú, Federico? —susurra doña Trinidad Galí.

—Sí, madre, acabo de llegar.

Sus hermanas duermen.

—Dile a Amalia o a tu tía Dolores que te pongan de comer, hijo.

—No se preocupe, madre. Descanse.

Rubio pasa la mano con suavidad por la cabeza de su madre y sale, cerrando la puerta con sumo cuidado.

A la izquierda, la segunda parada: el dormitorio de su padre. Desde fuera se le oye cantar:

Todo conde o marqués nace hombre,

Los dictados vinieron después,

Por sus prendas al hombre apreciemos, No tan solo por conde o marqués.

La desgastada voz de don José Rubio entona por enésima vez en el día

de hoy el himno de Riego. De tanto entrar y salir de presidio, el abogado liberal ha quedado menguado en su físico y es posible que también en su privilegiado intelecto. Mártir de la causa liberal, mantiene aún intacta la esperanza de ver a España libre del yugo borbónico. Aficionado irredento a la lotería, desde hace un par de años lo fía todo a que sus hijos Federico y Pepe logren culminar sus sueños libertarios.

—Hola, padre. ¿Cómo está usted?

—Genial, hijo mío. Siento hasta en los huesos que el tiempo político de este maldito país está a punto de cambiar. Ya queda menos para que esos degenerados de los borbones sean desterrados de España de una vez por todas.

—Ya queda menos, padre —responde condescendiente Federico—. Si no le importa entraré a comer algo.

—Come, Federico, come. ¡Mens sana in corpore sano! España os necesita fuertes y sanos.

Federico retrocede y tras cerrar la puerta no puede evitar negar con la cabeza mientras entorna los ojos hacia arriba. Al final del pasillo, en la cocina, se escucha la risa de su hermana Amalia. Antes de llegar se detiene y entra en la biblioteca que también hace las veces de dormitorio de su hermano Pepe. Cuelga en el perchero el sombrero, el bastón y la chaqueta y se desabrocha el primer botón de la camisa. Ahora sí, está en casa. Escucha con atención la conversación que Amalia, Maripaz y su tía Dolores mantienen en la cocina: —No será para tanto, niña —dice su tía.

—Que sí, tita, que sí. Guapísimo.

—No sé, cuñada. Un policía del Cuerpo de Vigilancia. A tu pobre padre le da un patatús…

Rubio carraspea antes de entrar en la cocina.

—Hola. ¿De qué habláis?

—De nada que te interese —se apresura a contestar su esposa.

—Hola, Federico. ¿Ya has comido? —Amalia desvía con agilidad la conversación.

—No, pero no te levantes. Ya me pongo yo algo de comer.

Sentadas junto a la puerta que da al patio trasero, su mujer, su tía y su hermana descansan después de haber recogido la cocina a fondo. La tía Dolores fuma un cigarro mientras Amalia termina de doblar las servilletas en su regazo y Maripaz amamanta a Sol. Federico se dirige a la encimera y se sirve un plato de potaje de vigilia de la olla y un trozo de tortilla de patatas. Saca de la talega un cabero de pan y se sienta a comer. Frente a él, a contraluz, las siluetas de Maripaz, Amalia y Dolores se dotan de un brillo especial.

La tía Dolores, hermana menor de su madre, vive con ellos desde que Federico era un niño. La primera vez que la vio, en casa de la tía Francisca, vivía con la abuela. Lolita tenía doce años y Federico cuatro. Ese día quedó prendado por su belleza. A medida que los años pasaban, ese amor platónico fue tornándose en deseo. Jamás se le ha ocurrido ni tan siquiera comentárselo, por evidentes motivos. En cualquier caso, superada la efervescencia de la pubertad, lo que ahora siente por ella es una mezcla de ternura y admiración. Abnegada y trabajadora, ha sido los pies y las manos de su madre en los últimos años.

Por otro lado, siempre le extrañó que a pesar de ser una mujer muy atractiva nunca se hubiera interesado por tener novio o casarse. Con el tiempo ha comprendido el por qué y eso le ha hecho respetarla aún más.

Amalia es caso aparte. Es la niña de sus ojos. Tres años menor que él, su hermana ha sido su amiga, su confidente y su alma gemela. Aunque por las circunstancias familiares han tenido que permanecer meses, incluso años, separados, su conexión nunca se ha roto. De hecho, se ha reforzado con el paso del tiempo. Sus ojos verdes lo invaden todo y su risa es música para los oídos de Federico. Entre las dos sostienen la casa, sobre todo desde el nacimiento de Sol. Atienden a los enfermos, lavan, cocinan y hacen la compra. Sin ellas, su familia se hubiese desmoronado hace mucho.

No puede evitar suspirar de satisfacción y orgullo cuando mira a su mujer dando de mamar a su pequeña Sol. Maripaz es la persona más inteligente y buena que conoce. No en vano, no fue su delicada belleza sino su intelecto lo que primero le llamó la atención hace cuatro años. La primera vez que la vio, en el establecimiento que fuese del impresor y librero don Tomás Albán en Sevilla, Federico se sorprendió de que una joven como aquella, a diferencia de la mayoría de sus congéneres, anduviera rebuscando manuales de medicina entre las estanterías.

Cuando su naturaleza curiosa le empujó a acercarse, no tuvo más remedio que sonreír al ver el libro que estaba ojeando. El manual en cuestión le era de sobras conocido. Una obra en la que había invertido muchas horas de sueño y de la que sabía a ciencia cierta que los ejemplares escaseaban.

—Disculpe, señorita, ese manual no está completo. Debería esperar a que el autor concluyese los volúmenes que restan —se atrevió a decirle.

Ella, indignada por el atrevimiento del joven, se apresuró a reprenderlo: —Disculpe, caballero, pero no es usted quién para juzgar una obra tan a la ligera.

Federico entró al trapo atraído por la firmeza de la respuesta: —Permítame que le corrija, señorita, pero ese manual me lo conozco como la palma de mi mano. ¿No es acaso el Manual de clínica quirúrjica de Federico Rubio y Galí?

En ese momento, Maripaz no pudo evitar sentir también curiosidad por aquel joven que, teniendo la traducción de Ruperto Navarro del Manual de Derecho Natural de Ahrens entre sus brazos, estuviese interesado en la cirugía. La obra de Ahrens la había leído hasta en tres ocasiones en la biblioteca de su padre.

—Sí, lo es —afirmó escueta.

—Entonces, creo que estoy autorizado para hablar del autor y de la obra… Disculpe mi descortesía por no haberme presentado. Mi nombre es Federico Rubio y Galí. ¿Cómo puedo dirigirme a usted, señorita?

El rubor que ipso facto ascendió por las mejillas de la joven encandiló a Federico.

—María de la Paz. María de la Paz Chacón —acertó a responder.

—Encantado de conocerla, señorita Chacón —replicó con galantería Federico.

Tras ese primer encuentro, Rubio regresó cada día a la librería con la esperanza de volverla a ver. Fruto de su perseverancia, unos meses después comenzaron una relación que, previo permiso de su suegro, don Antonio Chacón, los llevó hace tres años al altar.

Ya casados, el creciente prestigio y el aumento de clientes y de

ingresos de Federico, unido a las estrecheces de la casa familiar de los Rubio y Galí en la calle de Los Viejos a escasos veinte pasos, los animó a adquirir esta casa en la que desde hace algo más de un año viven todos y en la que ha nacido su hija, Sol.

—¿Y Pepe? —indaga Federico.

—¿Tu hermano? Dios sabrá —contesta la tía Dolores—. Está hecho un badulaque. Por ahí andará con los amigos, tirando en manzanilla lo que tanto te cuesta ganar a ti.

—No te pongas así, tía —interviene Amalia—. Deja que el niño disfrute un poco. Está de vacaciones.

—¿Vacaciones? Pues Federico a su edad estudiaba y trabajaba para traer el pan a casa. ¿Ya no te acuerdas de las fatigas que pasamos? Tu padre en la cárcel en Málaga. Tus hermanos y nosotras dos, enfermos de tifus. Tu madre, mi pobre hermana, como un fantasma de cama a cama. Desde entonces no ha levantado cabeza, pobrecita mía.

—Déjelo, Dolores. Los tiempos han cambiado. Deje que disfrute el chiquillo. El año que viene, cuando empiece Derecho, ya no tendrá tiempo ni de rascarse la oreja —media Maripaz.

—Eso, eso… tú también defendiendo al marquesito.

Amalia y Maripaz ríen al unísono al oír a la tía Dolores.

—¡Anda y que os den a las dos! —les reprocha mientras apaga el resto del cigarro—. Yo me voy a dormir la siesta.

La tía Dolores se levanta airada. Cuando pasa junto a Federico, este le coge la mano y le susurra: —¡No te enfades tú, reina mora!

—¡Anda quita, quita, zalamero!

Cuando Dolores sale de la cocina, la risa de los tres resuena por toda la casa.

# 20

## El Baúles

11 de abril (Martes Santo)

Benito decide ponerse en marcha tras una reparadora siesta. En su cabeza, vuelve a calcular el recorrido idóneo para que el trabajo esté listo antes de las ocho. Tres horas serán suficientes si todo sale bien. Lo más lógico es ir a ver al tío Pedro en primer lugar, luego al Besugo y terminar en lo de la Perla, concluye. El recorrido es el más coherente, no por la distancia a recorrer o los horarios que tengan los estraperlistas, no, nada de eso. Lo es porque el burdel que regenta la Perla está a cinco minutos andando de la taberna El Rinconcillo y seguro que allí andarán sus amigos, el Troyano y el Pollo, tomando unos vasos. Todo no va a ser trabajar.

Trazado el plan, el joven policía deshace el camino que le llevó a mediodía a su casa y vuelve a cruzar el puente que le lleva a Triana. Se dirige hacia el sur hasta la calle Argamasón. A pocos pasos de donde situó Cervantes la famosa Academia de Monipolio en su Rinconete y Cortadillo está la casa de vecinos propiedad del tío Pedro.

Según el ilustre hijo de Alcalá de Henares, los más instruidos delincuentes de toda Sevilla salieron de esta calle. En la Cava de los Gitanos todos saben que hay que honrar las tradiciones. Tras cruzar la puerta, siempre abierta a los visitantes, recorre el pasillo que se abre a la izquierda hasta desembocar en el patio de la corrala.

Conoce cada rincón del edificio. Pasó su infancia en esta corrala, jugando con sus primos. Mira hacia arriba y contempla la cortina de la que fuera su habitación, su primer hogar en Sevilla. Esta se abre y de ella sale un niño rapado. Va descalzo y con un camisón como única vestimenta. La realidad parece mezclarse con sus recuerdos.

—¡Hombre, primo! ¿Qué haces por aquí? O no nos vemos en meses o nos vemos dos veces en el mismo día.

Quien saluda a Benito a voces no es otro que Luis, el churrero.

—Ya ves, primo. Las cosas que pasan. ¿Y el tate? ¿Sabes dónde está?

—Claro. Vengo de hablar con él. Está ahí, donde siempre, en la sala grande, pelando un pollo.

—Gracias, Luis.

—¡Escucha! Ten cuidado, que hoy está con los colmillos retorsios.

La advertencia del primo Luis es de agradecer, aunque él mejor que nadie sabe que hoy debe estar alerta.

El tío Pedro es de ese tipo de personas a las que hay que tratar con mucha precaución. Nunca se sabe por dónde te puede salir y en este caso más vale ir prevenido que salir escarmentado.

Además, es la primera vez que Benito entra en la Sala Grande en los últimos seis años. Apenas cruza la puerta se da cuenta de que a pesar del tiempo transcurrido todo sigue igual. La Sala Grande es, junto al dormitorio del Baúles, la única estancia en toda la corrala que tiene puerta y llave. En este lugar guarda su tío todas sus pertenencias. De las vigas del fondo cuelgan toda clase de embutidos: chorizos, morcones, morcillas y una larga hilera de jamones. Bajo estos se acumulan muebles, espejos, tapices enrollados, jaulas con canarios y una pila de baúles de varios tamaños. En esos cofres guarda el «rey de este castillo», como a él le gusta autoproclamarse, los objetos más valiosos. La última vez que estuvo fue a instancias del tío Pedro.

Días antes de marcharse hacia Barcelona, el Baúles lo mandó llamar. Se había enterado de que tenía la intención de alistarse y aquello no le sentó nada bien.

—Si quieres ser soldado tienes un sitio en mi ejército —le ofreció—. Esa zorra borbónica no ha hecho nunca nada por nosotros. ¿Por qué estás dispuesto a morir por ella?

El joven tenía muy claro el motivo por el que se marchaba. No estaba dispuesto a acabar como la mayoría de sus primos: sometido a la voluntad y al capricho de ese desalmado. Lo hacía, sobre todo, para escapar.

En el ejército del Baúles el único futuro que te aguarda es el de una larga temporada como huésped en el Pópulo o un palmo de tierra sobre tu cuerpo. Ahora que lo piensa, ni siquiera recuerda qué es lo

que le dijo a su tío para que lo dejase marchar. Lo que tiene claro es que tuvo que ser una buena mentira porque de lo contrario no se lo hubiera permitido.

De haber sabido que cogería el vapor hasta Cádiz para embarcarse a Barcelona con el resto de su reemplazo, el Baúles habría mandado a un par de hombres, a buen seguro mendigos, para que le rompiesen las piernas. Días más tarde vendría a verlo a casa maldiciendo y jurando:

—¡Como me entere de quién ha sido, lo rajo! —aseguraría amenazante —. ¡Te lo juro por mi santa madre, que en paz descanse, sobrino!

Así funciona el tío Pedro.

Nada más entrar ve a su pariente. Está sentado en un gran baúl de madera desplumando un pollo en el centro de la sala. Ese es su trono. Desde ese pedestal a ras de suelo dirige a su famélico ejército. De inmediato, los ojos del tío Pedro se clavan en Benito. Deja el ave en el suelo sobre lo que en vida fue su traje de gala y empieza a aplaudir. En su rostro, un mapa de cicatrices revela que la posición que ocupa no le ha venido ni por herencia ni le ha tocado en la lotería. La gorra, de lado sobre la derecha, oculta la falta de un trozo de oreja que perdió de joven en una de las numerosas peleas en las que participó. Con poco más de cinco pies de estatura, aún conserva, a sus más de cuarenta años, una complexión recia y unas manos fuertes.

—¡Hombre, por fin! ¡Benditos los ojos que te ven!

El tono sarcástico del Baúles, unido a que al oír sus palmadas han acudido tres de sus hombres, hace que Benito se ponga en guardia.

—¿Qué tal, tate? Me alegro de verte.

—¡Anda con él! Escuchad al soldadito… Que se alegra de verme, dice —responde dirigiéndose a los tres esbirros—. Pues yo también me alegro, la verdad. Llevo tiempo esperando a que me contestes. La última vez que nos vimos en esta sala me dijiste que lo ibas a pensar con la almohada o no sé qué mierdas… Debes de haber dormido muy bien, ¿no?

—Escucha, tate. Si te ofendí, te pido disculpas. Necesitaba salir de Sevilla. Si te digo la verdad, muchas veces me acordé de tus palabras. Ahora sé que tenía razón. Nunca han hecho nada los poderosos por nosotros y nunca lo harán, pero…

—¡Deja de lamerme el culo! —le interrumpe—. ¡No lo soporto! ¡Ven, acércate que te vea bien!

No sin ciertos reparos, Benito se acerca hasta el tío Pedro. Juega con la baza de que él sabe que es policía. Eso lo puede salvar. No es tan tonto como para matar a un policía y mucho menos por una historia que ocurrió hace seis años. El lugar podría llenarse de compañeros suyos y eso no es bueno para el negocio.

—Me han dicho que trabajas como agente de… ¿Cómo lo llaman? Perdona… con tantos cambios de nombre ni me aclaro… ¿De vigilancia, puede ser? Sí, eso, de vigilancia.

—Te han informado bien, tate.

—Y entonces, ¿qué has venido a vigilar si puede saberse?

—Nada.

—¿Nada? Pues entonces, tú dirás.

El tío Pedro vuelve a coger el pollo del suelo y continúa con lo que estaba haciendo antes de que llegara Benito.

—La verdad es que estoy buscando unas cosas y me gustaría saber si me puedes ayudar…

Ante la falta de atención de su interlocutor, el joven agente decide insistir.

—Se trata de un reloj muy particular. Tiene una sola manecilla. También busco un bastón estoque y unos cuadernos.

Al oír esto, el Baúles se echa a reír.

—¿Para qué querría yo un reloj de una manecilla? Ya tengo reloj y el mío tiene dos. ¿Un bastón estoque dices? ¿Es que me ves a mí con una mierda de esas? Y mucho menos con unos cuadernos. ¿Qué crees que voy a apuntar? Desde luego, parece que a nuestro soldadito se le ha ido la cabeza.

Por la reacción de su tío, Benito sabe que no tiene ni idea de lo que le está hablando. Si tuviera cualquiera de los tres objetos o algo parecido que pudiese hacer pasar por ellos, ya estaría negociando. Aun así, sabe que debe preguntarle por los bandolerillos.

—Bien. Otra cosa, tate. ¿Conoces a unos mocosos que actúan por lo

del Santo Ángel?

—¿Tú qué crees?

El Baúles se precia de tener a su servicio, haber enseñado o conocer a todo ratero y mendigo de la ciudad. Por supuesto eso no es verdad, pero forma parte de su manera de hacerles creer a todos los de la corrala que él es alguien importante.

—No es que lo crea, sé que sí.

Una sonrisa de vanidad se dibuja en la boca del Baúles.

—Crees bien… Y ahora, si no tienes nada más que decir, ¡lárgate de mi vista! Ya he perdido mucho tiempo contigo.

El exabrupto del Baúles sorprende a Benito. Por un momento ha creído ver miedo en los ojos de su tío.

—¡Que te largues de mi vista, coño! —repite el tío Pedro mientras levanta el pollo por el cuello y lo zarandea.

Benito retrocede unos pasos de cara a los cuatro hombres que tiene enfrente. Con cautela, aunque intentando no demostrar el pánico que acaba de invadirle, da media vuelta y se dirige con el paso más sereno que puede hacia la puerta de la sala.

—¡Por cierto, sobrino! —escucha a su espalda.

Benito se detiene y mira hacia atrás.

—Dale recuerdos a la puta de tu madre.

En ese momento los cuatro esbirros echan a reír. Benito se muerde el labio con fuerza. Sus ojos encolerizados parecen anticipar la tragedia. Recapacita. Se da cuenta de que si responde a la provocación de ese malnacido podría terminar, como poco, con las piernas rotas. Y esta vez su tío ni siquiera vendrá a verlo a casa.

Comienza de nuevo a caminar. Cruza el patio, el pasillo y la puerta. Solo cuando se ha alejado lo suficiente es capaz de murmurar:

—¡Hijodelassietemilparesdeputas!

# 21

## Miguel

11 de abril (Martes Santo)

Por la puerta de la Taberna del tío Miñarro entran Gómez y López uniformados. Los dos guardias municipales echan una mirada rápida a la clientela. Nadie extraño. La morralla habitual, piensan.

—Buenas tardes, Pepe. ¿A qué viene tanta prisa? —dice Gómez dirigiéndose al tabernero—. El niño nos ha dicho que era urgente.

—¿Os he decepcionado alguna vez? —replica lanzando un órdago el tabernero.

—Tú sabes… —comentan los guardias con aparente desgana.

—Bueno, pues nada. Siento las molestias, caballeros…

—¡Venga, Pepe! Déjate de pamplinas que tenemos mucha faena hoy —zanja con autoridad López—. ¿Qué era lo que querías?

—Pues… El caso es que hoy he recibido la visita de Benito, el hijo de Fernanda la frutera… Venía con otro con pinta de señorito.

—¿Y a nosotros qué más nos da eso? —interviene Gómez.

—Calla y escucha, ¡joé! El caso es que llegaron preguntando por el Candiles. Al ver que no estaba se han quedado esperándolo. Cuando ha llegado se han sentado los tres y se han puesto a charlar. El Chaín no hacía más que preguntarle cosas de no sé qué de uno en Sierpes y el Candiles no sabía ya ni dónde meterse. Total, que al final el Candiles se ha levantado y ha salido escopeteao y los otros dos han esperado un momento y han salido detrás. ¿Qué? ¿Os interesa o no? —El tabernero los mira esperando una respuesta.

—No está mal. Nos interesa —confiesa López—, y por casualidad ¿no

te enterarías de algo más?

—Poco más, pero como sé que trabajáis con el Candiles y que Chaín es de los de la competencia… He pensado… a lo mejor esta información vale un duro…

—¿Un duro dices? Tú estás chalao —le recrimina López—. Anda y confórmate con que no te cerremos este agujero. ¿Piensas que no sabemos qué hay dentro de esos toneles? Manzanilla no es… y sabes que engañar así a la clientela es delito… ¿O me vas a decir que no lo sabías?

—¡Anda y que os den! —les contesta Pepe—. Si es que lo queréis todo para vosotros…

—¡Pepe… Pepe! No me toques los cojones —le advierte Gómez mientras lo señala con el dedo.

Los guardias municipales dan por zanjada la conversación y dándose media vuelta salen de la taberna. Una vez en la calle se miran y sin decirse nada deciden volver a Sevilla por donde han venido. Ya en el puente, López rompe el incómodo silencio.

—No me fío de ese hijoputa del Candiles. Siempre ha sido un cagao.

¿Qué cojones les habrá dicho a esos?

—No sé, pero pienso igual que tú. Por otro lado, la ruta del Candiles está siendo muy beneficiosa. No podemos desaprovecharla. Deja que piense un poco.

En ese instante, Gómez se detiene y se apoya con las dos manos en el frío hierro del puente, mirando al río. López lo observa en silencio. Sabe que cuando Mateo piensa hay que dejarlo tranquilo. Un minuto más tarde, Gómez mira su reloj, se gira y comienza de nuevo a caminar.

—Ya lo tengo. No me agrada en absoluto, pero si todo va bien la jugada nos puede salir redonda —asegura Gómez.

—Yo… lo que tú digas. Si tenemos lo que tenemos es por esa cabecita tuya, así que, cuéntame —replica López.

—Tenemos poco tiempo. Te lo contaré mientras caminamos. Vamos al Santo Ángel. Quiero hablar con Miguel.

—¿Miguel? ¿Ese endiablado crío? A veces pienso que nos da más problemas que beneficios.

—Eso es porque las matemáticas nunca han sido lo tuyo, amigo mío. Deja que te explique. Está claro que no podemos renunciar a la ruta del Candiles, es demasiado rentable, pero tampoco, por lo que se ve, podemos confiar en él. Entonces, ¿qué hacer? —Gómez hace una pausa y López espera a que su compañero termine su argumento—. ¿Qué hacer? Creo que no tenemos otra solución que eliminar a Martín.

—¿Matar a un sereno? ¿Te has vuelto loco?

—No nos queda otra, créeme. A mí tampoco me agrada la idea, pero no nos queda otra. Muerto el perro, se acabó la rabia, ya lo sabes. Además, servirá de advertencia para el resto y de paso, si tenemos suerte, pondrán a otro más listo en su lugar. Alguien que sepa el valor de la discreción y aprecie las ventajas de colaborar con nosotros.

—¿De verdad que no queda otra?

—De verdad, amigo.

—Bueno… Una lástima… pero… él se lo ha buscado, ¿no es así?

—Así es. Él se lo ha buscado, ni más ni menos.

—Y con respecto a Chaín… ¿Qué vamos a hacer?

—De momento, nada. Vamos a esperar a ver lo que ocurre. Ya sabes de dónde viene y si es cierto que de casta le viene al galgo, cosa que no dudo, encontraremos un modo de arreglarnos con él.

—Si estás tan seguro… Adelante.

—Lo estoy, lo estoy.

En poco más de diez minutos los guardias municipales se han plantado en la puerta de la antigua iglesia del Santo Ángel, actual sede de la Asociación de Amigos del País. En la escalinata de acceso, varios grupos de mendigos, putas y maleantes se distraen jugando a dados, bebiendo aguardiente o aspirando tabaco de cucaracha. Al ver llegar a los guardias, un par de ellos hacen el ademán de salir huyendo. Es evidente que no son sevillanos. Habrán acudido a la llamada de las presas fáciles que deambulan en Semana Santa por la capital andaluza. La mayoría conoce bien a Gómez y a López, ya que muchos incluso le rinden cuentas a la pareja a fin de mes. Saben, por tanto,

que no corren ningún peligro.

Un grupo de ocho o nueve chiquillos, sucios y andrajosos, juegan y ríen en lo más alto de la escalinata. Gómez hace un gesto a uno de los mocosos para que se acerque. Debe de tener unos doce años. Es el más alto de todos. Sentado y con la espalda apoyada en el frío muro, mantiene una actitud desafiante a la vez que despreocupada. Al contrario que los demás, ni ríe ni juega. Hasta un ciego vería que es quien los comanda. Aunque no lo necesita, luce un bastón rústico de madera que hace girar entre los dedos. Está delgado, pero no famélico. Sus ojos, negros y grandes, hacen juego con el color de su enmarañado pelo a medio hombro. La tez blanca de su rostro se ve desdibujada por la tizne. Con tranquilidad y sin prisas se levanta y baja los escalones hasta ponerse a la altura de los guardias.

—Hola, Miguel. ¿Cómo está la cosa hoy? —lo saluda el guardia.

El crío contesta encogiéndose de hombros.

—Ven —le indica—. Necesito hablar contigo.

Gómez le echa la mano al hombro y lo separa unos pasos hasta un rincón apartado. El pequeño maleante no levanta la mirada del suelo. Su actitud ha cambiado de repente.

—Hoy no vais a trabajar por el centro —le informa.

—¿No? ¿Y eso? —se interesa el crío.

—Pues, primero porque lo digo yo y segundo porque necesito que hagáis un trabajito.

—¿De qué se trata?

—Simple. Quiero que le deis matarile a un chivato.

El chico levanta la mirada un instante para, de inmediato, volver a poner los ojos en el suelo. Escueto, demanda más información: —Tú dirás.

—¿Conoces al Candiles?

—¿El sereno?

—Ese mismo.

—Claro. Todo el mundo conoce a ese viejo.

—Pues bien, esta noche volverá temprano a casa. Sobre la una o así pasará por el puente de hierro. Ahí tendréis que hacerlo. Luego lo arrojáis al río. ¿Te ha quedado claro?

—Sí.

—¡Ah! Que no se te olvide que es un chivato.

—Vale —contesta el mocoso.

—¡Ea! Pues listo. Ya puedes volver a jugar.

El chico se gira, sube la escalinata y vuelve, sin decir nada, a sentarse con la espalda apoyada en el muro. Con tranquilidad, comienza a girar el bastón entre los dedos. Al verlo subir, López, que se había quedado en la escalinata, se reúne con Gómez.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Vamos a ir a ver al Candiles.

Después de un buen rato buscando al sereno consiguen dar con él en la calle Cuna. Al verlos venir, el Candiles, nervioso, intenta escabullirse por la calle Lagar. Mala idea. Demasiado estrecha y solitaria. Los municipales lo han visto girar y aceleran el paso. Cuando entran en la misma vía, López lo llama.

—¡Candiles! ¡Martín! ¡Espera, hombre!

El sereno se siente atrapado. No tiene más remedio que girarse y afrontar lo que le pueda pasar. Se teme lo peor: «Jodido Chaín», se lamenta.

—¡Mi pareja de guardias favorita! —exclama con una falsa sonrisa entre los labios mientras se acerca—. ¿Qué hacéis por aquí?

—¿Qué tal, Martín? —saluda Gómez con media sonrisa—. ¿Todo bien?

—Todo. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No que yo sepa. ¿Sabes tú algo?

—No, nada, nada —balbucea el sereno.

—Bien, Martín. Hoy necesitamos que te vayas antes a casa.

—¿Hoy? ¿Y ahora me lo dices? Siempre me avisáis a mediodía en la taberna.

—Ya lo sé, Martín —continúa Gómez—, pero es que nos han soplado hace un rato que esta noche van a pasar por aquí unos ganaderos extremeños. Llevarán las botas llenas y queremos aliviarles la carga. Lo comprendes, ¿verdad?

—¿Ganaderos?

—Sí, ganaderos. Ya sabes, por lo de la feria de la semana que viene. ¿Algún problema?

—No, ninguno, pero… ¿A qué hora tendría que…? Ya sabéis…

—Por lo que sabemos, irán a ver un espectáculo flamenco en el Cabeza de Turco. No creo que salgan antes de la una… una y media. ¡Anda, Martín! Míralo por el lado bueno. Hoy dormirás con la Candela. ¿No te da pena? Siempre durmiendo sola, la pobre.

Más calmado después de oír a Gómez, Martín se relaja y sonríe.

—Pues tienes razón. Ya ni me acuerdo de lo que es dormir con ella. Este maldito trabajo…

—Genial. Disfruta, hombre. ¡Ah! Y no te olvides de darle recuerdos de nuestra parte.

—Se los daré. Gracias, amigos, muchas gracias.

Gómez le da unas palmaditas en el hombro y se gira. López sonríe al Candiles y sigue a su compañero. El sereno permanece inmóvil hasta que los guardias desaparecen al torcer la esquina.

—¡Qué sorpresa se va a llevar mi Candela! —murmura aliviado.

# 22

## Pi y Margall

11 de abril (Martes Santo)

Hace casi una hora que Federico dejó a Maripaz y Amalia en la cocina y subió a su habitación. Aunque su intención era la de dormir una corta siesta antes de ir a la reunión, el torbellino de ideas, pensamientos y palabras que se atropellan en su cabeza han terminado por sabotearla. La responsabilidad le oprime el pecho. Su natural impaciencia, causa de la mayor parte de los infortunios que ha sufrido en su vida, le impide relajarse. En estos momentos, envidia a aquellos que son capaces de ver venir la tormenta y, aun así, tienen la serenidad de echarse a dormir a pierna suelta. Lo que daría él por una millonésima parte de la paciencia que tienen su esposa o su hermana. Muy al contrario, en la última hora ha releído hasta en tres ocasiones la carta que guarda, con sumo cuidado, en el bolsillo interior de la chaqueta. Las circunstancias han querido que sea él quien transmita a los demás este mensaje. Para sí, repite las palabras que contiene la misiva:

Querido Federico:

Siento informarte de que, dadas las circunstancias, me veo en la necesidad de cancelar mi visita a Sevilla. Ten presente que lamento este cambio de planes, pero, como a continuación te explicaré, no me ha quedado otra alternativa.

Enterado por nuestro queridísimo Rivadeneyra de que el Cuerpo de Vigilancia, a instancias del desalmado de Sartorius, estaba preparando

una redada con el objetivo de encarcelarme, he tenido que partir de Madrid, a toda prisa, refugiándome en la localidad de Vergara, al amparo de sus fueros. Aquí me hallo.

En esta tesitura, te quedaría eternamente agradecido si con tu voz pudieses hacer llegar mis pensamientos a los compañeros andaluces. En la confianza de que pronto podremos celebrar juntos el cambio que esperamos, recibe un afectuoso saludo de tu amigo.

Francisco Pi y Margall

Aunque nunca se han visto en persona, la fluida correspondencia que mantienen el joven doctor y el intelectual catalán ha servido para que sienten las bases de una sincera amistad. Una que hunde sus raíces en la comunión de las ideas. Para Rubio, Pi y Margall es una avanzadilla del pensamiento liberal. Federalista, republicano y anticlerical, el pensador barcelonés ha conseguido en sus escritos para la prensa captar no solo la atención, sino incluso la admiración de Federico.

Hace muy poco que ha hecho oficial su salida del Partido Democrático. La jugada de Rivero proponiendo al partido que se defina como monárquico ha sido la gota que ha colmado el vaso de Pi y Margall y de los que, como él, creen que España necesita una revolución en lo social, en lo político y en lo económico. En este sentido se expresa en la proclama que Rubio leerá hoy en casa de Osorio.

Federico mira su reloj. Las seis y cuarto. Es hora de ponerse en marcha, aunque antes siente la necesidad de leer por penúltima vez el texto que acompaña a la carta:

PRELUDIO DE UNA REVOLUCIÉN

Queridos compañeros y amigos:

Nos encontramos, nosotros, hombres del treinta y siete, avanzadilla de las ideas progresistas en España, ante un momento crucial, el preludio de una revolución. La sinrazón y tiranía con la que Sartorius, en connivencia con la reina, está sometiendo a nuestro país, privando a sus representantes, a la prensa y a los ciudadanos mismos de los más elementales derechos consagrados por la Constitución vigente. Este estado de las cosas está propiciando que las más distinguidas voces entre los demócratas y los progresistas, sean civiles o militares, se pronuncien, cada día más abiertamente, sobre la necesidad de acabar con el actual régimen. Se aproxima la hora en la que esa turba de nobles, de propietarios, de parásitos que insultan de continuo al español común, al honrado trabajador, con sus espléndidos trenes, sus ruidosos festines y sus opíparos banquetes, sea desterrada de una vez por todas de la nación.

Ante este momento histórico es nuestro deber para con el futuro exigir una libertad amplia y completa para todos los ciudadanos. Debemos, por tanto, exigir que se instaure el principio del Sufragio Universal. Es nuestra obligación convencer al pueblo de que lo contrario sería como conspirar contra su propia dignidad, cavando con sus propias manos la fosa en que han de venir a sepultarse sus libertades.

De igual forma, alcemos nuestra voz para que no haya, en adelante, traba alguna para el pensamiento, compresión alguna para la conciencia, límite alguno para la libertad de enseñar, de reunirse, de asociarse. Toda traba a esas libertades es un principio de tiranía, una causa de retroceso, un arma terrible para los constantes e infatigables enemigos del progreso.

Todo hombre que tiene uso de razón es, queridos compañeros, y solo por ser tal, elector y elegible; todo hombre que tiene uso de razón es, solo por ser tal, soberano en toda la extensión de la palabra. Puede pensar con libertad, escribir con libertad, enseñar con libertad, hablar con libertad de lo humano y lo divino, reunirse con libertad; y el que de cualquier modo coarte esta libertad es un tirano. La libertad no tiene por límite sino la dignidad misma del hombre y los preceptos escritos en su frente y en su corazón por el dedo de la naturaleza. Todo otro límite es arbitrario, y como tal, despótico y absurdo.

Debemos también exigir la convocación de Cortes Constituyentes elegidas por el voto de todos los ciudadanos sin distinción ninguna, es decir, por el Sufragio Universal. La Constitución del año treinta y siete y la del año doce son insuficientes para los adelantos de la época; a los hombres del año treinta y cuatro no les puede convenir sino una Constitución formulada y escrita según las ideas y las opiniones del año en que vivimos, libre de la pesada y onerosa carga de una monarquía corrupta por naturaleza.

La libertad de imprenta, como la de conciencia, la de enseñanza, la de reunión, la de asociación y todas las demás libertades, para ser una verdad, deben ser amplias, completas y sin trabas de ninguna clase.

Proclamad, compañeros, estos principios. Allá donde se os convoque. Allá donde acudáis, tened presentes estos principios.

¡Vivan, pues, las libertades individuales! ¡Vivan las Cortes Constituyentes! ¡Viva el Sufragio Universal!

Federico vuelve a meter la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, coge bastón y sombrero y se dispone a salir. Mira su reloj. Las seis y media. Se hace tarde. Sabe que hoy, además de los habituales, estarán en casa del abogado compañeros llegados de Cádiz y de Huelva, e incluso es posible que algunos conocidos de Alcalá y Utrera acudan. Justo cuando está a punto de despedirse de su padre se oye la puerta de la calle. Alguien parece estar intentando forzarla. Federico conoce el método y la circunstancia. Es Pepe, su hermano pequeño. Un par de aspavientos más tarde decide abrir él.

—¡Pepe, por Dios!

—¡Ojú, qué susto! —responde tambaleándose el benjamín de los Rubio.

—¿Susto? ¿No te da vergüenza?

—No te pongas así, nano…

—¿Tú te crees que estas son horas de llegar?

—¡Ojú! Te has parecido a tu tía. «¿Tú te crees que estas son horas?» —responde imitando a Dolores.

—¡Venga, hombre! No hagas ruido, que todos duermen. Acuéstate un rato. Ya hablaremos tú y yo.

Pepe intenta recomponerse, pero está claro que el abuso de manzanilla y la idea de hacer el tradicional saludo militar no son compatibles. Aun así, consigue llevar la mano a la altura de la mejilla derecha.

—¡A sus órdenes, mi doctor!

Federico no puede evitar sonreír, aunque sabe que no debería.

Su hermano entra y él sale a la calle. Dentro se oye a Amalia:

—¡Santo Dios! ¡Vaya cómo viene el niño! Anda, acuéstate un poco y no hagas ruido.

El cielo despejado y el olor a azahar incitan a Rubio a detenerse un instante. Mira hacia arriba y da una bocanada de aire fresco. Es la hora.

—¡Vivan las libertades individuales! ¡Viva la vida! —murmura.

# 23

## Redada de negros

11 de abril (Martes Santo)

Aún anda farfullando Benito cuando enfila la calle Zaragoza con intención de llegar a Tintores, donde se encuentra la pescadería del Besugo, cuando se aproxima a la sede de la diputación y observa un inusual trasiego en la puerta. Su curiosidad natural le obliga a acercarse a ver qué ocurre.

—¡Ascarza! ¡Ascarza! ¿Qué pasa?

—¡Ey! ¡Hola, Carrasco! Ya ves. Redada.

—¿Redada? ¿Y eso?

—Pues eso. Por lo visto hay una reunión de «negros» y el gobernador en persona le ha ordenado a Rodríguez de Tejada que vayamos a por ellos. Parece que andan preparando algo.

—¿Dónde?

—Ahí en la calle de la Luna, en casa de un picapleitos. Osorio creo que se llama.

—¿Gente importante?

—Tú sabes… Guichot…

—¿El periodista?

—Sí, ese… Un matasanos… Rubio creo… Un par de picapleitos más… ¿Qué más da? ¡Pura morralla! A mí me da igual. Lo que sé es que estaba a punto de irme para casa y mira… Esto es cosa de Iribarren. Seguro que querrá colgarse una medallita con el Conde de San Luis… Politiquillos…

Un sudor frío recorre de repente el cogote de Carrasco. «¿Rubio? ¿Médico?». Benito no puede creerlo.

—¡Ascarza! ¡Venga, cojones! ¿Qué coño haces ahí? —la inconfundible voz de Rodríguez de Tejada resuena desde el patio—. ¿Carrasco? ¿Eres tú?

El jefe ha identificado a Benito. «Maldita sea», piensa el joven policía a la vez que contesta: —¡Sí, señor!

—¡Venga, Ascarza! —insiste Rodríguez de Tejada.

—Bueno, Benito, me voy. El jefe está cabreado, ya lo ves. La reunión esa es a las siete y fíjate qué hora es. Además, quiere asegurarse de que todo salga bien y ahora nos dará la brasa con que si todos atentos, que miremos bien, que no se vaya a escapar ninguno. Ya sabes, lo de siempre… ¡Voy, señor! ¡Ya estoy ahí! —grita Ascarza mientras le guiña un ojo a Carrasco.

—¡Benito! ¡Benito! —grita el Inspector desde el patio—. ¡Tú y yo tenemos que hablar! ¡Mañana te quiero en mi despacho a primera hora!

El tono de Rodríguez de Tejada y su dedo acusador no auguran nada bueno. De todas formas, ese problema puede esperar. Ahora lo que importa es intentar evitar que detengan a Rubio.

Por extraño que parezca, Benito siente que es su deber como… ¿compañero?, ¿amigo?, ¿paisano? No sabe cómo justificarlo ni para sí mismo, pero siente que debe hacerlo. Ascarza ha dicho que la reunión empieza a las siete. Mira su reloj. Son casi las seis y media.

Con rapidez, traza mentalmente el itinerario más corto para llegar hasta la casa del doctor.

«Por la calle Catalanes», piensa.

Un instante más tarde recapacita. No, no puede tomar ese camino. Implicaría retroceder sobre sus pasos. No quiere arriesgarse a que Ascarza, Rodríguez de Tejada o cualquiera de los que están en la puerta lo vean retroceder. Podría ser sospechoso. Descartada esa opción, lo mejor será seguir hacia adelante, girar a la izquierda para buscar el ayuntamiento y de ahí, por la calle Sierpes, llegar a Santa María de Gracia. Una vez allí, retomará el recorrido que hizo ayer por la mañana hasta la casa del doctor.

Anda a paso ligero hasta que está seguro de que no pueden verlo desde la diputación. Cuando lo está, echa a correr. Es consciente de que el futuro próximo de Rubio está en juego. El trayecto, que en condiciones normales supondría un cuarto de hora caminando, lo recorre el joven agente en apenas ocho minutos. Ante la puerta del domicilio de los Rubio Chacón, medio asfixiado, toma aire y llama al portón con fuerza.

—¡Ya va… ya va! —anuncia desde dentro la voz de los ojos bonitos.

Tras la mirilla aparece el verde intenso de la mirada de Amalia que, en esta ocasión, abre la puerta sin más preguntas.

—¿Sí? ¿Qué desea?

Benito se queda paralizado. No puede evitar mirar de arriba a abajo a la joven.

Ella entorna los ojos y sonríe al darse cuenta de la indiscreción de Carrasco.

—Hola —saluda la hermana del doctor—. ¿Busca usted a mi hermano Federico?

—Busco al doctor… sí, sí. A don Federico Rubio. ¿Está?

—No está. Ha salido hace un momento.

—¿Sabe usted…?

—Amalia, me llamo Amalia —interrumpe la joven.

—¿Eh? Perdón, ¿sabe usted… Amalia, si iba, por casualidad, a una reunión?

—Ni idea, ¿Benito? Era usted Benito, ¿no?

—Sí, sí, Benito Carrasco Carrasco.

—Muy bien, Benito Carrasco Carrasco… Solo sé que ha salido hace unos cinco minutos o así.

—¡Aaaamm! De acuerdo. ¡Muchas gracias! Discúlpeme, pero me tengo que marchar.

Benito hace un saludo cortés a Amalia y sale corriendo.

—¡Por cierto! —exclama el joven parándose a unos pasos—. ¡Encantado de conocerla!

Amalia sonríe y murmura:

—El gusto es mío.

Bombín en mano y a toda prisa, Carrasco retrocede hasta la esquina. Gira a la izquierda tomando la calle Amparo. La atraviesa y gira a la derecha tomando la calle Gerona.

Entre los muros de los conventos de San Felipe Neri y de las Dueñas, las zancadas del joven policía resuenan con fuerza. No ve a Rubio. Quizás sea demasiado tarde. Acelera el paso aún más. Alcanza a ver, al final del tramo, la iglesia de Santa Catalina y El Rinconcillo. Sin poder evitarlo mira hacia la derecha cuando pasa por la puerta de la taberna.

«¿Estarán el Troyano y el Pollo?», se pregunta.

No se detiene. Queda poco para la calle de la Luna. Por un instante le sobreviene la desesperanza. Encara la plaza del Duque de Arcos. Última oportunidad. Se para, mira, busca…

«¡Ahí está! ¡Ahí está!».

Benito consigue ver a Rubio. El terno estilo inglés y el sombrero de copa son inconfundibles. Un último esfuerzo. Cuando está a unos veinte pasos comienza a gritar: —¡Federico, Federico! ¡Doctor!

Rubio se detiene. Le ha parecido oír que lo llaman. Mira hacia todos lados. Se gira y ve cómo Carrasco avanza hacia él corriendo. Su primera reacción es de sorpresa. De repente, le asalta el miedo. Vuelve a mirar alrededor, confundido.

«Vienen a por mí. No puede ser —piensa—. ¿Qué está ocurriendo?».

—¡Federico, detente! —grita Benito.

Paralizado. Rubio se echa mano al bolsillo de la chaqueta. Ya es tarde. No tiene tiempo de deshacerse de la carta. Benito llega exhausto hasta el lugar donde está el doctor. Se detiene. Intenta coger aire. Su cara está roja. El sudor le cae por la frente hasta quedar atrapado en la barba. Consigue recomponerse lo suficiente para articular una palabra: —¡Redada!

Rubio lo mira con una mezcla de desconcierto, rabia y desánimo.

«¿Tenía que ser él? ¿Benito Carrasco? ¿El hijo de Chaín? ¡Maldito traidor!», maldice.

—¡No sigas, Federico! ¡No vayas a la reunión! —le advierte el policía.

—¿Qué? —Rubio no comprende nada.

«¿Qué está ocurriendo?».

—Federico, ven conmigo. Si sigues adelante te detendrán.

Benito indica a Rubio con la mano que lo siga. Vuelven sobre sus pasos y Carrasco conduce al doctor de nuevo hasta la calle Gerona, donde intenta explicarle lo ocurrido. Rubio escucha estupefacto el relato de Carrasco. Una redada. Tenían todos los datos. Sabían la hora, el lugar y quiénes iban a participar. El doctor no puede evitar pensar en sus compañeros.

«Serán detenidos dentro de unos minutos». No puede evitar sentirse un traidor por estar a salvo entre estos muros.

—Benito, yo… La verdad es que no sé qué decir… Cuando te vi pensé… No sé… Gracias, muchas gracias.

Benito sonríe. Mira a su compañero con benevolencia y le da una palmada en el hombro.

—No es nada. Lo que pasa es que… —Se detiene de nuevo a coger aire—. Es que no estoy yo para carreritas… Por cierto, he conocido a tu hermana.

—¿A mi hermana?

Alguien se acerca. Rubio lo ve venir. Marcha con el paso acelerado.

—Sí, a tu hermana Amalia. Muy agradable…

—Un momento, Benito.

El policía se calla. Gira la cabeza. Ve venir a alguien. La calle está oscura. Cuando el extraño pasa junto a ellos, el doctor lo reconoce.

—¿Joaquín? ¡Joaquín!

El caminante se detiene y mira a los dos hombres con sorpresa.

—¿Federico? ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar…?

—Hay redada, Joaquín.

—¿Redada? ¿Qué estás diciendo?

Joaquín Guichot no sale de su asombro. Cargado como siempre de libros y papeles, su falta de puntualidad resulta proverbial.

—¿A quién han detenido?

—Aún no lo sé. Es posible que todavía a ninguno.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Federico?

—¡Qué no lo sé! Yo iba para allá… y entonces ha llegado Benito y me ha avisado.

—¿Benito?

—Hola, señor Guichot. Soy Benito Carrasco Carrasco.

—Hola… Encantado… pero… no entiendo nada.

De forma atropellada, Rubio le explica lo sucedido. Ha tenido sumo cuidado en no desvelar ni el origen de su relación con Carrasco ni la profesión de este. De momento no es necesario y podría asustar al periodista.

—Esto es terrible, Federico. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Ni siquiera vamos a intentar avisarlos? —sugiere Guichot afectado.

—Yo no lo haría —interviene Carrasco.

Rubio y Guichot miran a Benito esperando que continúe con su argumentación sin saber que ahí ha acabado el consejo.

—Pero —insiste Guichot—, ¿de verdad que no vamos a hacer nada?

—Creo, querido Joaquín, que no podemos hacer nada —sentencia Rubio—. Lo que deberíamos hacer es irnos a casa. Mañana sabremos algo más.

—¿Irnos? ¿Sin más? ¡Maldita sea!

—Creo que el doctor tiene razón —afirma Carrasco—. Lo mejor es que regresen a casa y que se preparen. Es posible que esta noche reciban

una visita. Sus nombres estaban en la lista y eso no se va a dejar pasar así porque sí.

Los tres se miran sin decir nada. Rubio toma la iniciativa rompiendo el incómodo silencio: —Bien. Vayámonos pues. ¡Venga, Joaquín! ¡Vamos! —ordena Rubio—. Por cierto, Benito… ¿y tú?

—¿Yo? Yo me voy a quedar. Lo mejor será que hoy no nos vean juntos. Mañana paso a recogerte. Por cierto, pasaré un poco más tarde. ¿Sobre las diez te viene bien?

—Sí, tienes razón… Muchas gracias… De verdad. A las diez. Perfecto, gracias.

Dicho esto, Rubio y Guichot se marchan. Benito los observa. Ve a ambos alejarse. Por un momento paran. Guichot parece, por sus gestos, muy enfadado. Rubio lo calma y siguen adelante. En un requiebro de la calle los pierde de vista. Se queda ahí unos instantes más, con la mirada perdida. A la hora que es, los altos muros de los conventos impiden que pase el más mínimo rayo de luz. Mira su reloj. Las siete y media. Echa un vistazo en dirección contraria. Al fondo, El Rinconcillo. Toma una decisión rápida.

—Todo no va a ser trabajar, ¿no?

# 24

## Fogata en el patio

11 de abril (Martes Santo)

—¿Cómo quieres que me tranquilice, Federico? —Guichot agita los brazos y resopla—. ¿No te das cuenta de lo que ha pasado? Lo sabían todo. ¿Qué crees que significa eso? Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, Joaquín. Claro que lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Ahora? Ahora lo que deberíamos hacer es lo que ha dicho Benito. Ve a casa y haz desaparecer cualquier documento que te pueda relacionar con la reunión o con cualquiera de los que sabemos que han acudido.

—¿Confías en él?

—¿En Benito? —Rubio medita la respuesta—. Creo que sí. Sabes que no soy muy bueno calando a la gente, pero, en este caso… Pienso que es de fiar.

—¿Seguro? ¿Y cómo es que sabía lo de la redada?

—Pues… porque es policía. Agente del Cuerpo de Vigilancia.

—¿Cómo? —A Guichot le ha cambiado la cara—. Pero… pero… ¿Te has vuelto loco?

—No te asustes, Joaquín. No es el momento. Es largo y complicado de explicar… Solo te pido que, por favor, confíes en mí.

—¿Que confíe en ti? Claro que confío en ti. Pero entiéndeme… hasta hace un momento confiaba también en todos y cada uno de los que iban a esa reunión y ahora es evidente que me equivocaba. Lo

entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. ¿Cómo crees que me siento yo? Vamos a intentar pensar con la cabeza fría.

Justo cuando Rubio acaba la frase llegan a una intersección. A la izquierda, la calle Amparo; a la derecha, Aposentadores.

—Con la cabeza fría dices… ¡Santo Dios! —Guichot agacha la cabeza y moviéndola de lado a lado se marcha por la derecha—. Un policía… ¡Un policía! ¡Del Cuerpo de Vigilancia, nada menos! ¡Dios mío, Federico!

Rubio observa cómo Guichot desaparece por la estrecha callejuela. Aún lo oye despotricar. Suspira. Se resigna. Gira a la izquierda. En algo más de un minuto llega a su casa. Frente al portón, antes de abrir, mira hacia ambos lados.

«¿Vendrán esta noche? ¿Qué les ocurrirá a Maripaz y a Sol? ¿Qué harán con mi padre? ¿Qué será de mi madre, mis hermanas y mi tía?».

Gira la llave.

—¿Federico? Federico, ¿eres tú?

Es su esposa quien habla.

—Sí, soy yo —responde el doctor mientras echa el cerrojo interior.

—¿Qué te ha pasado? —se interesa ella con temor al ver la cara de su marido.

—Nada, nada, no te preocupes…

En el pasillo se cruza con su hermana Victoriana. Sin mirarla, entra en la biblioteca. Un fuerte olor a alcohol flota en el ambiente. Pepe duerme la mona. No quiere perder ni un minuto. No sabe cuándo sonará la puerta. Abre la ventana para que entre la poca luz que queda del día. Pepe se revuelve en la cama. Al sentirlo a su lado, emite una breve queja y se da media vuelta para seguir durmiendo.

Rubio busca en el escritorio. Lee por encima cartas, documentos y papeles diversos… A la derecha lo que se puede quedar. A la izquierda, en un montón que no para de crecer, lo que no.

—Cariño. —Maripaz entra en la habitación—. ¡Por Dios y la Virgen del Carmen! Cómo huele a vino… ¿Qué haces, Federico? Pero ¿qué

pasa?

El doctor la mira sin decir nada. No hace falta. Al ver cómo su marido trastea y revuelve papeles, a Maripaz le invade el miedo.

«No, otra vez no», piensa.

Esta escena la ha visto demasiadas veces a lo largo de su vida. El único cambio que hay con respecto a lo que recuerda es el protagonista. En vez de su padre, en esta ocasión es su querido esposo. Este hecho, además, no hace más que incrementar su ansiedad.

«Tú no, Federico, tú no».

Sabe cómo termina esto. Papeles y más papeles ardiendo.

«¡Malditos papeles, malditos hombres, maldita política!».

Sabe que luego vendrán. Que lo revolverán todo y que se llevarán a su marido, a su Federico. Sin poder evitarlo, empieza a sollozar. Al oírla, el doctor para de inmediato.

—¡Eh, eh, eh! Tranquila, cariño, tranquila… No pasa nada.

—No me mientas, Federico. Tú no, por favor —le pide entre lágrimas.

—No te miento, mi amor. Es por precaución, nada más.

—¿Por precaución? ¿Qué te ha pasado?

—Serénate y te lo explicaré. Anda, ayúdame antes con estos papeles.

Maripaz se acerca y toma entre sus manos un montón de papeles que hay en el suelo.

—¿Estos?

—Sí, esos —afirma Federico—. Vamos a llevarlos al patio.

Ambos pasan por la cocina. En el exterior, Federico busca el barreño de zinc que se utiliza para lavar la ropa. Lo localiza y saca de él la tabla y un trozo de jabón. Coloca el barreño en el centro del patio. Arrojan dentro todos los papeles. Necesitan dar un viaje más al cuarto para traerlo todo. Una vez reunidos, el joven doctor los hace arder con el mechero de yesca que Maripaz ha traído de la cocina.

Ambos, inmóviles, como hipnotizados, ven arder, en un minuto, horas

y horas de pensamiento, de diálogos en la distancia, de utópicos mundos construidos con tinta y papel.

Convertidos en ceniza, los restos son arrojados y enterrados en una esquina del patio, dentro del alcorque del limonero. De vuelta al interior, a la cocina, Maripaz mira a Federico con los brazos en jarra. Está claro que espera que su marido le dé la explicación prometida. Federico se sienta y ofrece la silla de al lado a su joven esposa. Esta, a regañadientes, se sienta, disgustada.

—Vamos a ver, mi amor. De verdad que es por precaución —intenta tranquilizarla—. No vayas a alarmar a los demás. Por cierto, ¿dónde están Amalia y la tía Dolores?

—Han salido. No sé dónde. Ya son mayorcitas. No desvíes el tema, Federico —le recrimina enfadada—. Benito, ese policía con el que andas desde ayer… He visto cómo llegó al nada de haberte marchado tú. Venía corriendo, asfixiado. Le preguntó a Amalia por ti y dijo algo de una reunión. Cuando tu hermana le comentó que te habías marchado salió como alma que lleva el diablo. No me vengas ahora con que no es nada. Nunca has sido de esos hombres que toman a las mujeres por tontas, así que no me engañes y dime de una vez: ¿Qué te ha pasado?

El argumento de su mujer, además de irrefutable, lleva aparejado un tono bien conocido y temido por Federico. Cuando Maripaz se pone seria… Sabe que le debe una explicación y que tiene todo el derecho a conocer qué ha ocurrido y sus posibles consecuencias.

—Esta tarde —comienza— he salido para ir a una reunión. Al final no he podido acudir porque, por fortuna, Benito ha llegado a tiempo para avisarme de que iban a hacer una redada. Hoy, un grupo de hombres buenos, de buenos patriotas, dormirán en la casilla en vez de en sus casas. Hoy, amor mío, es posible que vengan a por mí. Tenían mi nombre, sabían que acudiría a la reunión. No hace falta que te explique qué es lo que puede ocurrir.

—Pero, Federico, ¿por qué? ¿Por qué tú? ¿No hemos tenido suficiente con tu padre y con el mío? ¿No nos ha quitado ya bastante la política? ¿Quieres terminar como ellos?

—No es eso, querida.

—¡Sí, Federico! ¡Sí es eso! Siempre es eso.

Llaman a la puerta. Federico y Maripaz se miran. En sus caras se

refleja el miedo. Callan. Vuelven a llamar. Esta vez con insistencia.

—¿Nadie va a abrir esa maldita puerta? —La voz de su padre se oye desde el fondo del pasillo—. ¡Amalia, Dolores!

Maripaz se levanta. Federico se queda sentado. Derrotado. Esperando lo inevitable. Las piernas de su joven esposa tiemblan mientras recorren el pasillo. Llega a la puerta. Abre la mirilla y suspira de alivio. Son la tía Dolores y Amalia. Descorre el cerrojo.

—¿Por qué has cerrado por dentro, niña? —comenta Dolores—. ¿Qué te pasa? ¡Tienes la cara blanca, hija mía!

Dolores y Amalia cruzan el portal. Maripaz cierra la puerta. Vuelve a poner el cerrojo y se abraza a su cuñada.

—¿Qué pasa, Maripaz? —insiste Dolores—. Me estás asustando, hija.

—Federico, Dolores —acierta a decir la joven.

—¿Federico? —dice asustada—. ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

—Ahí, en la cocina.

Dolores deja caer en el suelo la cesta que traía y cruza rauda el pasillo. Al entrar, ve a Federico sentado. Lo mira de arriba abajo. No parece que esté herido.

«¡Gracias a Dios!», piensa.

—¡Federico! ¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre?

Detrás de Dolores, Amalia y Maripaz aparecen sollozando.

—Naaaada. Tranquilízate, que no me pasa nada.

—¿Que me tranquilice? Pero si me ha dicho tu mujer… ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —Federico se recompone y se levanta.

—Entonces, no entiendo nada…

—Siéntate, anda, que ahora te lo explico.

Dolores se sienta. Amalia y Maripaz permanecen apoyadas en el hueco de la puerta de la cocina mientras Federico narra, una vez más, lo ocurrido. Tras unos instantes en silencio, Dolores, más calmada, se

dirige a Federico: —Bueno, mantengamos la calma. Dices que no has llegado ni a la reunión.

—No. Benito me alcanzó en la plaza, antes de llegar.

—Bien. Y… ¿Te ha visto alguien? ¿Has visto cómo llegaba la policía? ¿Algo?

—Tampoco. Benito me alejó de allí de inmediato.

—Listo ese Benito, la verdad… ¿Has quemado todo lo que pueda relacionarte con esa reunión?

—Sí, en el patio —interviene Maripaz—, y las cenizas están enterradas en el limonero.

—Muy bien. Entonces, mantén la calma, hijo. Dudo que esta noche venga nadie. Aunque tu nombre estuviese en esa lista de la que hablas, tú no has estado. Además, hoy tienen trabajo de sobra con los pobres que han cogido. Lo que tienes que hacer es quedarte. Si vienen les diremos que no has salido en toda la tarde. Por mucho que ese malnacido de Sartorius quiera, en España todavía hay leyes y los hombres tienen derechos. ¡Ah! Una cosa más. De esto, ni mú a ninguno de los demás. Es lo que le hacía falta a mi pobre hermana. ¿Estamos?

Federico, Maripaz y Amalia asienten. La tía Dolores, ¡qué mujer!

# 25

## Sucio chivato

11 de abril (Martes Santo)

Martín regresa a casa. Tal y como le han pedido Gómez y López, ha dejado de hacer la ronda sobre la una de la madrugada. En las últimas horas no ha parado de darle vueltas a su encuentro con los guardias. En cierta medida se arrepiente de haberle contado a Chaín y al doctor que lo acompañaba el negocio que comparte con los municipales.

«¿Qué culpa tengo yo de la muerte del manco? Podría haber ocurrido de todas formas. Podrían haberlo acuchillado mientras estuviese en otra calle», se autoconvence.

«El recorrido es demasiado amplio. Los recortes del Ayuntamiento tienen la culpa. Si los políticos no se dedicaran a despedir serenos y a sustituirlos por esas malditas lámparas de gas», se lamenta.

Los tiempos cambian y su profesión se encamina hacia la desaparición.

«¿Qué debo hacer? ¿Dejar pasar la oportunidad? Seguro que todos están también en el ajo. Y hacen bien. Cada uno debe mirar por su futuro, que luego llega un día en el que, con una palmadita en la espalda, te despiden y te dejan tirado. Nadie se acordará del honrado Candiles cuando lo echen de su casa por no poder pagar. ¡Ahí va!, dirán, el tonto del Candiles».

Distraído en sus pensamientos, cruza el Puente de Isabel II. Tan absorto va en sí mismo que ni siquiera se ha dado cuenta de que de las barandas de hierro que lo flanquean han comenzado a aparecer un grupo de sombras que ahora lo rodean. Alza la vista y se da de bruces con la realidad. Un sudor frío le recorre la espalda. Reconoce a la jauría y al perro que la comanda. Ahí, de pie, delante de él, con ojos inexpresivos, grandes y negros, girando entre los dedos un bastón. Cae

en la cuenta, pero ya es tarde:

—¡Malditos guardias! ¡Malditas lámparas de gas! ¡Malditos críos! —grita con rabia.

Al unísono, las pequeñas sombras se lanzan sobre el sereno y comienzan a acuchillar, golpear y morder. Martín consigue zafarse de un par de ellos, pero a medida que intenta avanzar vuelven a la carga. Las piernas le fallan. Cae de rodillas. Está perdido. Mira por última vez hacia Triana.

—Cuida de ella, virgencita mía —suplica.

No le da tiempo a decir nada más. El afilado estoque que guarda el bastón cruza su garganta y sale por el cogote. El acero retorna. Martín se desploma en un gran charco de sangre. Convulsiona durante unos instantes hasta que los estertores cesan. Se acabó el espectáculo:

—¡Sucio chivato! —le recrimina Miguel—. Ya sabéis lo que hay que hacer —ordena.

# 26

## Miércoles de humillación

12 de abril (Miércoles Santo)

El dolor de cabeza de Benito es el mejor recordatorio de que con el Troyano y el Pollo tomar unos vinos nunca significa menos de una docena de cañas cada uno. El que su madre lo haya despertado a las seis de la mañana, con la excusa de que tenía que ayudarle a recolocar el género en la trastienda, tampoco ha ayudado.

—Si eres tan hombre para llegar a casa borracho, tienes que serlo para trabajar —le ha dicho al irrumpir en su cuarto y tirar de las sábanas.

Su amarga queja no ha servido de nada.

Buen comienzo para un Miércoles Santo. Miércoles de Humillación, podría llamarse. Y ahora a ver qué es lo que quiere Rodríguez de Tejada. La expresión de su cara cuando le ordenó en la tarde de ayer que fuese a verlo no era muy amistosa.

Como ánima en pena camina hacia la calle Zaragoza. Son las nueve y en su fuero interno espera que la noche también haya sido larga para el jefe. Con los interrogatorios se sabe cuándo empiezan, pero nunca cuándo ni cómo terminan, sobre todo si los dirige Rodríguez de Tejada.

Con la esperanza de que su jefe haya terminado agotado y se haya tomado la mañana libre, entra al patio de la diputación. El edificio está desierto. Es lógico. Los permisos, la noche de ayer, los que estarán en la catedral…

Mira hacia la izquierda a la vez que piensa: «Que esté cerrada, que esté cerrada».

Su gozo en un pozo. La puerta del despacho de Rodríguez de Tejada

está abierta.

—Vamos allá. Valor y al toro —se anima a la vez que saca pecho, respira y decide entrar.

El fuerte contraste de luz entre el exterior y el interior del despacho obligan a Benito a fruncir el ceño.

—Buenos días, señor —saluda con energía.

—¡Hombre, Benito! —exclama irónico Rodríguez de Tejada—. A ti te quería ver yo. Entra, entra. Siéntate.

Benito toma asiento y se coloca el bombín sobre las rodillas.

—Usted dirá, señor.

—Mira, Carrasco. Lo cierto es que quería que me aclarases algunas dudas que tengo, pero primero, si te parece, te voy a poner en antecedentes.

Un nudo ahoga la garganta de Benito.

—El caso es que ayer fue un día interesante, muy interesante —afirma el inspector apoyando sus palabras en un leve movimiento de cabeza —. Nada más llegar por la mañana, entro y a quién te crees que me encuentro… Al secretario del gobernador. El mismísimo Antonio Rincón. En mi despacho. Imagina mi sorpresa.

Rodríguez de Tejada hace una nueva pausa y mira al joven policía esperando que diga algo. Benito, inmóvil, guarda silencio.

—Pues nada —continúa—, va y me dice que no cuente contigo en una semana. Me cuenta que estás trabajando para el gobernador, bajo sus órdenes, en un asunto del que no puede hablar. Y ahí queda la cosa. Le digo que lo que él mande y listo. No te voy a decir que me hiciese ilusión, con lo liados que estamos y el poco personal que tenemos, pero… en fin, donde manda patrón… Hasta ahí nada demasiado extraño. Lo raro ocurrió por la tarde. El caso es que estaba revisando los informes de la mañana y ¿quién crees que entra por la puerta? — Nueva pausa. Benito no se atreve ni a pestañear—. ¡Don Francisco Iribarren! ¿Te lo puedes creer? Su excelencia el gobernador en persona. Y nada, va y me dice que le han mandado un informe desde Madrid en el que le aseguran que va a haber una reunión de conspiradores en Sevilla y que es posible que Pi y Margall acuda. Tenía todos los datos de los conspiradores. Nombres, ocupaciones,

incluso sus domicilios particulares. Total, que empieza a enumerarlos y escucho que dice «Federico Rubio y Galí. Cirujano. Calle de Don Pedro Niño, 1». Yo, para demostrarle que estoy prestando atención, le digo: «Excelencia, ¿ese Rubio no es el del caso de Sierpes? Creo que podría ser el mismo con el que ha hablado el agente Carrasco». No salgo de mi asombro cuando me confiesa que no tiene ni idea de qué le estoy hablando. Me dice que le da igual y que la pieza importante de esta reunión es Pi y Margall, que los demás no son nadie. Como comprenderás, no se me ocurriría llevarle la contra, así que asiento y él se marcha. Entonces leo el informe que me ha dejado el gobernador y empiezo a preparar la redada. Llamo a todos y cuando voy a dar las instrucciones sobre la redada te veo hablando con Ascarza. «¡Qué casualidad!» pensé. «¡Mira quién está ahí!». Pero bueno, como íbamos justos de tiempo creí que lo mejor sería dejar el tema para hoy. De todas formas, si Rubio iba a estar en la reunión, dormiría aquí esta noche. Total, abreviando, que vamos a la calle de la Luna, entramos en casa del picapleitos y los detenemos a todos. Nueve en total. Empezamos con las identificaciones y veo que no está Pi y Margall. Tampoco el malnacido de Guichot, ni… ¿Sabes quién?

Ahora la pausa es demasiado larga como para que Benito la deje correr.

—Ni idea, señor —termina diciendo.

—Ni idea, claro. Me lo imaginaba. Pues yo te lo voy a decir. ¡Federico Rubio! —murmura malicioso—. ¿No te parece raro? El doctor del caso del manco. El del envenenamiento con arsénico. Ese al que fuiste a ver el lunes, no está. Estaba en la lista y ahora no está. Aun así, lo dejo correr. Lo más importante es terminar el trabajo que habíamos ido a hacer. Nos dieron las dos de la mañana. Fíjate, las dos de la mañana. Son duros de pelar estos hijos de puta. El caso es que esta mañana, ya más tranquilo, empiezo a repasar todo lo que ha ocurrido y, ¿sabes qué? —El inspector hace una pausa y mira con curiosidad a Benito—. Pues, que he llegado a una conclusión. De todas formas, estoy seguro de que tú me vas a confirmar si tengo o no razón. ¿No es cierto?

Benito no se atreve siquiera a mirar a los ojos a Rodríguez de Tejada.

—Yo no sé nada, señor.

—Benito… ¿Tengo cara de imbécil?

El tono de voz del inspector se ha agriado.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Tú crees que me chupo el dedo? Vamos a ver si logramos entendernos. No te tenía yo por lelo de tres al cuarto…

Benito teme lo peor. Maldito Miércoles de Humillación.

—Voy a dejarme de rodeos —concluye Rodríguez de Tejada—. Al pan, pan y al vino, vino. A mí, lo que os traigáis entre manos Rincón y tú me da igual. Imagino que, conociendo a Rincón y de dónde viene, habrá gente de más arriba en el tema. ¿Del Cabildo? Es probable. ¿De San Telmo? Quizás. A mí me da igual. Lo que quiero es que hables con quien sea que esté detrás de todo esto y le dejes bien claro que quiero mi parte. Si no quieren que vaya con todas estas sospechas al gobernador, que aflojen la guita. De la cantidad ya te encargas tú. Seguro que sabrás cuánto es lo justo y negociando no debes ser nada malo, teniendo en cuenta de dónde vienes y quién es tu madre.

El giro que ha tomado el asunto ha sorprendido a Benito, aunque no puede ocultar que le ha aliviado. De hecho, hasta se le ha escapado un suspiro. No es que se fíe del todo de Rodríguez de Tejada, pero ¿le queda otra?

—Veré qué puedo hacer, señor. Entienda que yo no soy nadie.

—Estoy seguro de que harás lo que puedas. Por tu bien y por el de todos. ¡Ea! Pues ya está todo dicho. Mañana espero una respuesta. Deja bastante claro que si no hay acuerdo iré a ver a Iribarren.

Benito asiente. Espera un poco por si el jefe de policía aún no ha terminado de hablar. Al ver que este baja la cabeza y se pone a leer de nuevo, se levanta.

—Si da usted su permiso…

—Ya estás tardando —contesta el jefe sin levantar la cabeza.

Benito abandona el despacho y sin mirar atrás aprieta el paso hasta que sale del edificio. Todo este asunto se está complicando demasiado. Jamás hubiese imaginado que añoraría la monotonía de las peleas entre mendigos. Mientras se dirige a casa de Rubio no puede dejar de pensar en que en esta ciudad todo se compra con dinero. En verdad, ha sido un alivio saber que Rodríguez de Tejada es como todos los demás. Otro más que solo piensa en él mismo. Lo que debería hacer él. Lo que lleva diciéndole su madre desde niño.

Por otro lado, lo que tiene que hacer es contarle al secretario del duque lo ocurrido y ya se encargará el montañés de tomar una

decisión. Ya le dará, imagina, instrucciones sobre cómo actuar. Recordando las palabras del doctor, él no es ni siquiera un peón de esos del ajedrez. A medida que se acerca a la casa de Federico no puede evitar pensar en Amalia:

«¡Qué ojos! ¡Qué guapa! Y además parece simpática. Ayer me trató de tú, me llamó por mi nombre. ¡Recordaba mi nombre! Algo es algo».

No puede olvidar que también está la cuestión del doctor. Le ha quedado claro que si Rodríguez de Tejada consigue «su parte» dejarán tranquilo a Federico, al menos por un tiempo. Al llegar a la puerta, justo cuando se dispone a tocar el aldabón, escucha cómo se descorre desde el interior el cerrojo. Retrocede un paso imaginando que Rubio aparecerá desde dentro. Cuando la hoja de madera se entreabre quien aparece es Maripaz.

—¡Uy, vaya susto!

—Buenos días, señora —dice el policía—. Discúlpeme.

—Buenos días. Tú debes ser Benito, ¿no?

—Sí, señora. He quedado con el doctor. ¿Está en casa?

—¿Mi marido? Sí, está terminando de arreglarse. ¿Quieres pasar y lo esperas dentro mientras baja?

—No se preocupe, señora. Puedo esperar aquí.

—Maripaz, puedes llamarme Maripaz. Por cierto, muchas gracias por lo de ayer.

—¿Perdone?

—Por haber ayudado a Federico. Anda, pasa. Te acompaño. Mi cuñada está en la cocina —dice con cierto retintín—. Le diré que te ponga un café mientras esperas.

El rubor sube por las mejillas de Benito sin que este lo pueda evitar.

—Muchas gracias. Muy amable. La verdad es que agradecería ese café.

—Me lo imaginaba.

Benito sigue por el pasillo a Maripaz. Al alcanzar el hueco de la escalera, ella avisa a su marido de la visita.

—¡Federico! ¡Ha llegado el agente Carrasco! ¡Date prisa! ¡Te espera en la cocina!

Esta claro que su intención ha sido no solo avisar a su esposo sino advertir a su cuñada de que el joven está a punto de entrar.

Cuando Benito traspasa el hueco de entrada a la cocina Amalia está aún intentando recomponerse el cabello. A Benito se le cae el labio hacia abajo y no puede evitar mirarla con cara de bobo. Su larga melena castaña, recogida ayer en un moño, le cae ahora sobre la espalda. En su delicado rostro brillan unos ojos felinos. La imagen de Amalia es lo más erótico que jamás ha visto Benito y eso que, pese a su juventud, ha tenido en no pocas ocasiones la oportunidad de disfrutar de la compañía de chicas guapas. Pero Amalia es distinta. No sabe muy bien por qué. De hecho, es la primera vez que su corazón se acelera por una mujer.

—Buenos días —saluda nervioso.

—Buenos días —contesta Pepe, el menor de los Rubio y Galí, con la boca llena de pestiño.

—¿Un café? —se apresura a ofrecerle Amalia con una sonrisa.

—Sí, por favor.

—¿Cómo lo quieres?

—Solo, gracias.

—¿Miel?

—¿Qué?

—Que si quieres miel para endulzarlo.

—No, no, no es necesario —asegura Benito sonrojado.

—Amalia —mete baza la tía Dolores que entra desde el patio—, ¿no le ofreces a Benito una silla? ¿Qué va a pensar de nosotras?

Benito, viendo la cara de apuro de Amalia, se apresura a decir:

—No, no, gracias. Estoy bien así. Muy amable, gracias, gracias.

Federico entra en la cocina y observa el cuadro. Aunque nunca ha sido un especialista en cuestiones amorosas, no le es ajena la tensión que se

respira en el ambiente entre su hermana y su joven compañero. Sin quererlo, esboza una sonrisa.

—Benito, ¿nos vamos ya?

—¿Eh?

—Que si nos vamos ya.

En la cara del cirujano se pueden ver las secuelas de la vigilia. Unas evidentes ojeras certifican que no ha conciliado el sueño en toda la noche. De hecho, cuando su mujer se levantó a las seis de la mañana para darle una toma a Sol, Federico ya se había levantado y estaba en la cocina bebiendo café. Apenas ha dicho nada en estas horas a pesar de que Maripaz ha intentado animarlo.

—Creo que se nos hace tarde —apostilla.

—Sí, sí, por supuesto —dice el policía antes de apurar de un gran trago el café que le queda en el vaso, aún humeante—. Es hora de irse —afirma dejando el vaso sobre la mesa—. Muchas gracias por todo. Muy rico el café.

Federico le indica la salida y el joven policía toma el pasillo hacia la puerta no sin antes mirar de reojo a la cocina desde donde Amalia lo observa embelesada. El doctor echa un último vistazo a su familia. Al mirar a Amalia, sonríe. Esta le devuelve el gesto con un mohín. De venir de otra persona evidenciaría un gran disgusto, pero resulta hasta gracioso viniendo de ella. Algo ha cambiado en el rostro de su hermana. El brillo de sus ojos es distinto. Ya en la calle, ambos escuchan una voz que proviene del cuarto de la izquierda.

—¿Hola? —demanda a gritos don José Rubio—. ¿Es que hoy no se desayuna en esta casa?

La tía Dolores, con ironía, responde desde la cocina:

—¡Ya va, ya va! ¡Disculpe, el señor marqués!

# 27

## El Besugo

12 de abril (Miércoles Santo)

—Federico, para… ¡Federico, que pares ya!

El enfático tono de Benito hace reaccionar al joven doctor. Desde que salieron de su casa no ha dejado de caminar de forma errática, con la cabeza baja y sin decir palabra. En un principio, Carrasco pensó que Rubio tenía un objetivo, pero acaba de darse cuenta de que su compañero no sabe adónde va. Ha girado en cada intersección a la derecha hasta acabar en el punto de partida.

—¿Sí? ¿Dime? —acierta a contestar el cirujano.

—¿Cómo que dime? ¡Estamos dando vueltas sin sentido! ¿Qué te pasa?

Federico levanta la cabeza y se da cuenta de que están de nuevo en la calle Amparo. Avergonzado, mira a Benito sin saber qué decir.

—¿Estás bien? Te estoy hablando y no contestas. Parece como si estuvieses en otro sitio. ¡Despierta! —exclama pegado al rostro del doctor.

—Perdona. Disculpa. Me he despistado. Lo siento.

—Yo he dormido poco, lo admito, pero tú… tú tienes pinta de haber pasado la noche en vela, la verdad.

—No ha sido una noche fácil, amigo, es cierto.

—Bueno… si es así, lo entiendo… Es normal. Después de lo que te pasó ayer, yo tampoco dormiría. Pero ahora quiero que te relajes y me escuches con atención. ¿De acuerdo?

Federico, sin articular palabra, asiente con la cabeza. En realidad, teme lo que Carrasco le pueda decir.

—No van a ir a tu casa. Nadie te va a detener. ¿Te queda claro?

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —inquiere Rubio—. Tú mismo me dijiste anoche que no iban a dejar que la redada quedase ahí, que irían por Guichot y por mí.

—Es cierto, lo dije, pero me equivoqué. Lo siento. No me preguntes por qué estoy tan seguro, pero confía en mí. De momento, si todo sale bien, se olvidarán de ti. No puedo decir lo mismo de Guichot. En su caso no tengo ni idea de qué le ocurrirá.

El policía espera alguna reacción por parte de Rubio que le dé la certeza de que ha entendido lo que acaba de decirle. Esta no llega. Aun así, decide continuar con su argumento: —Por otro lado, está la cuestión de cómo sabían lo que sabían. Imagino que eso también te habrá dificultado el sueño. Pues tampoco debes preocuparte por eso, ¿me oyes? Los datos venían de Madrid. Por lo visto un tal Pi y no sé qué también venía a la reunión. Él era el auténtico objetivo de la redada. Tú y los demás, perdona que te diga, no les importáis una mierda.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Lo sé porque esta mañana me lo ha contado mi jefe y no —se apresura a sentenciar Benito mientras que con la palma de la mano le pide a Federico que espere a que termine de hablar—, no tienes que preocuparte. Lo único que quiere es sacar tajada. Se lo diremos al secretario del duque y él se encargará de que mire para otro lado. Para estar jugándote la vida con la política, querido amigo, parece que sabes muy poco de estas cosas. Me sorprende, la verdad. Y ahora, pongámonos en marcha. Tenemos un trabajo que hacer. Si no le llevamos algo al de San Telmo, a ver cómo vas a cobrar los diez duros del día de ayer… ¡Dios mío, diez duros!

Federico comprende, al fin, que no está solo en todo esto y que el hombre que tiene enfrente, al que apenas conoce desde hace cuarenta y ocho horas, está arriesgando igual o más que él, por él.

—Vayamos pues. Pongámonos en marcha, Benito —afirma a la vez que con la punta del bastón señala hacia adelante.

—Así me gusta… Venga, ¿qué hacemos ahora?

—¿Qué hacemos ahora?

El doctor no puede evitar soltar una sonora carcajada.

—¿Por qué te ríes? ¿Dónde está la gracia?

—En nada, Benito —dice mientras sigue riendo—. En nada.

El agente gesticula enfurruñado y maldiciendo entre dientes mientras echa a andar calle abajo.

—¡Benito! —lo llama Federico—. ¡Benito, venga! No te enfades hombre…

El doctor acelera el paso y consigue ponerse a la altura de su compañero.

—Venga, hombre. No te pongas así. No lo he podido evitar. Bueno, veamos, cuéntame. ¿Fuiste a hablar con los estraperlistas?

—Sí y no —contesta el policía.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Pues sí, porque fui a ver a uno, y no, porque cuando iba a ir a ver al segundo tuve que entretenerme avisándote de lo de la redada.

—¿Te dijo algo ese estraperlista?

—Nada, absolutamente nada.

—Entiendo. De acuerdo. Bien. ¿Qué te parece si vamos a ver al segundo?

—Me parece bien. Seguro que el Besugo está ahora en el negocio. No creo que le haga mucha gracia que vayamos a estas horas, pero no nos queda otra.

—Vayamos pues a ver a ese besugo o como se llame. ¿Y adónde exactamente?

—Sigue andando y calla un rato.

—De acuerdo, agente. Lo que usted ordene. A la autoridad siempre hay que respetarla.

—¡Cállate ya!

Son casi las diez y media y las calles están atestadas de gente. Los comerciantes han sacado a las puertas su mejor género y lo pregonan con vehemencia. Las señoras, acompañadas por sus cargadas criadas, entran y salen de las tiendas. Los niños corren y los caballeros pasean mientras fuman y charlan animados.

Con todo lo ocurrido, Benito también se ha quitado un peso de encima. Ayer, cuando salió el tema de los estraperlistas, se sintió un poco avergonzado, de ahí que insistiera en ser él el que fuese a interrogarlos, pero a estas alturas, después de todo lo acontecido, la verdad es que el negocio del estraperlo le parece mucho más honrado que el de político o policía. A mitad de trayecto pasan por la esquina en la que murió Petit.

Federico se percata de que aún sigue ahí el rastro del último vómito del francés. Poco más adelante, atraviesan la plaza Constitución sorteando viandantes y carruajes. La cercanía de la calle Tintores es evidente por el fuerte olor procedente de las muchas pescaderías establecidas en tan poco espacio. El hedor que desprenden los desperdicios amontonados en las esquinas ha sido, en los últimos tiempos, uno de los principales motivos de las quejas de los vecinos.

Sobre el dintel de la puerta de uno de los establecimientos se puede leer: «Pescadería El Besugo. Pescado Fresco y Salazones de la Bahía».

Benito entra el primero. Un par de señoras comprueban el género. Miran con atención los ojos y abren las agallas para observar su color. Detrás del mostrador, una joven las observa con los brazos cruzados. No parece estar muy interesada en la venta. Carrasco se dirige a ella:
—Maricruz, ¿está tu padre?

—Ahí detrás. ¿Qué quieres, Benetín?

—Me gustaría hablar con él.

—¿Viene contigo? —indaga ella señalando con la mirada a Rubio.

—Sí. Yo respondo por él. No te preocupes.

—Anda, pasa. Oye… ¿Y tu madre?

—Bien, gracias.

—Dale recuerdos.

—De tu parte.

Maricruz entreabre una cortina tras la que hay un pasillo. Ambos pasan y lo cruzan. Al fondo se abre una sala en la que se almacenan las salazones.

—¡Hombre, Benetín! Te he oído hablando con la niña y no me lo creía. ¡Me alegro de verte! ¿Cómo está doña Fernanda? —saluda el Besugo.

Juan Chamorro, el Besugo, es un hombre grande y obeso. Su inmensa y calva cabeza está empapada en sudor. Siempre está empapada. Sus ojos son grandes y saltones. Sonríe al ver a Benito haciendo que resalten, a primera vista, los dientes de oro que pueblan sus maltrechas quijadas. En su caso, es difícil saber si el hombre hizo al apodo o el apodo al hombre. El Besugo se acerca a Carrasco y cogiéndolo de los hombros le susurra al oído: —Y el pimpollo, ¿quién es?

—Canela en rama, Juan, canela en rama —lo tranquiliza Benito.

—Bien, hijo, pues tú dirás. ¿A qué debo el honor?

—Lo primero que quiero que te quede claro es que no he venido a verte como policía sino como un viejo amigo que le pide a otro viejo amigo un favor.

—Bueno es saberlo… ¿Y qué necesita ese viejo amigo?

—Necesito saber si te ha llegado un reloj antiguo de una sola manecilla.

—¿Un reloj de una manecilla? Qué va, ¿por qué? ¿Es tuyo, quizás?

—No, Juan, no es mío. Es de un amigo que quisiera recuperarlo.

—Ni idea. ¿Cuándo dices que se le perdió a tu amigo?

—En la madrugada del domingo al lunes en la esquina de Cerrajerías con Sierpes.

—¡Ojú, hijo! Mal sitio para perder algo estos días.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo que se pierde ahí, perdío se quea.

—Las cosas no desaparecen. En algún lado deben de estar, y más siendo un reloj de una sola manecilla.

—Benetín, te voy a dar un consejo, hijo, por el cariño que te tengo y el respeto que le guardo a tu madre. Te estás metiendo en camisa de once varas. Esa esquina tiene peligro —le avisa preocupado—. Los sinvergüenzas que trabajan por ahí están bien respaldaos. Además… pareces nuevo en esto. ¿No sabes que hasta que no pase la feria no se va a mover nada del género de estos días? Venta por lotes, le llaman. Idioteces.

—Ya lo sé, Juan. De verdad que agradezco tu consejo, pero tenía que intentarlo.

—Eso está bien, hijo. El que la sigue… la consigue.

—Bueno, pues eso es todo. Me alegro mucho de verte. ¿Estás más delgado? —pregunta Benito con sorna.

—¡Anda y que te den, niñato!

—Nos vemos, Juan —se despide el policía con una irónica sonrisa, dándose media vuelta e indicando a Rubio la salida.

Cuando están dentro del pasillo, oyen que el Besugo los llama: —¡Benetín, Benetín!

Benito se gira y asoma la cabeza.

—No sé si debería decirte esto… Bueno… qué más da. Ya eres mayorcito. Tú sabrás lo que haces. El caso es que, si yo fuera tu amigo y tuviese más aprecio a ese reloj manco que a la propia vida, lo buscaría en la Casa del Capellán del Convento del Carmen. Ahí lo dejo. Y ahora vete y no te olvides de darle recuerdos míos a tu madre.

—Gracias, Juan. Lo haré.

Al salir, Benito se despide de Maricruz.

—Nos vemos, preciosa.

—Ese barco ya zarpó para ti, Benetín. Hace mucho que me cansé de esperar —contesta sarcástica la joven.

Ante el dardo de Maricruz, el policía la mira con ojos tiernos.

—Una lástima —comenta uniendo las manos en un claro gesto de súplica.

Un manojo de boquerones vuela por los aires buscando la cabeza de

Benito.

—¡Majadero! ¡Badulaque! —clama la joven.

Él rie y de un brinco abandona la pescadería plantándose en la calle. Federico contempla atónito la escena.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —consulta el doctor a su compañero.

—¿El qué, eso? Nada, cosas de mujeres.

—No me refiero a eso. Te pregunto por tu conversación con el Besugo. Parece que no es la primera vez que habláis.

—¿Ah, es eso entonces? Pues no, no es la primera vez y espero por nuestro bien que no sea la última.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, Juan y yo nos conocemos de toda la vida. Somos casi familia, podríamos decir. Los negocios, ya sabes. Sevilla es muy pequeña.

Aunque Federico sabe que Benito no le está contando toda la verdad decide aparcar el asunto y centrarse en lo que en realidad le interesa.

«Lo mejor será separar la paja del grano», reflexiona.

—De acuerdo. Eso no tiene ahora importancia, pero lo que te ha contado sí que me parece interesante. ¿No crees?

—Más que interesante, Federico. Este asunto parece estar volviéndose inquietante. Con esta es la cuarta vez que le pregunto a alguien por el dichoso reloj y salen a la palestra esos mocosos del Santo Ángel. Y créeme si te digo que por lo que oigo no son unos angelitos.

—¿Crees que fueron ellos los que apuñalaron a Petit?

—No tengo la más mínima duda. El problema es que no creo que podamos ir a verlos así sin más y pedirles con educación que nos devuelvan las pertenencias del francés.

—Pero el pescadero ha dicho que podrían estar en la Casa del Capellán del Convento del Carmen.

—Puedes apostar a que estarán.

—¿Y por qué no vamos a comprobarlo?

—No es tan fácil. Desde que echaron a los frailes, tanto el convento como la iglesia han ido a peor. Aquello se ha ido llenando, poco a poco, de maleantes y mendigos. Por lo que dice Juan, estos pequeños demonios se han hecho fuertes en la Casa del Capellán. Será de todo menos sencillo entrar y comprobar si están el reloj y los cuadernos.

—¿Entonces? ¿Qué propones que hagamos?

—Pues entrar y comprobar si están. Te he dicho que no será fácil, no que no lo vayamos a hacer. Pero antes debemos ir a San Telmo y hablar con el secretario. Si no conseguimos que pague a Rodríguez de Tejada de nada servirá lo demás. Tú terminarás en el Pópulo y yo sin trabajo.

# 28

## La Torre del Oro

12 de abril (Miércoles Santo)

Al verlos llegar, uno de los guardias que custodian la puerta principal del Palacio de San Telmo se les acerca.

—Llegan ustedes tarde. Hace rato que don Isidro los espera. Síganme, por favor.

Federico y Benito se miran. No recuerdan que ayer quedaran a ninguna hora concreta con el secretario del duque. En cualquier caso, siguen al guardia por los pasillos y salas que conducen a su despacho. Ante la puerta, el guardia solicita permiso y anuncia que el doctor y el policía han llegado. Desde dentro se oye la voz del secretario:

—Que esperen un momento, Pablo. Ahora les atiendo.

El guardia se gira y señala con el dedo un par de sillas que se encuentran en la pared de enfrente.

—Si lo desean pueden esperar ahí. Ahora les atenderá don Isidro —dice como si ellos no hubiesen escuchado también al secretario.

Ambos toman asiento y esperan. Tras un cuarto de hora, la puerta del despacho se abre y de dentro sale un guardia. Lo reconocen. Es el mismo que ayer los acompañó.

—Buenos días. Pueden ustedes pasar.

Sin más protocolo, el guardia se marcha buscando el camino de la calle. Benito y Federico se levantan y entran en el despacho.

—¿Da usted su permiso? —solicita el policía.

—Pasen, pasen, por favor.

Sentado tras su escritorio, el secretario del duque parece repasar y rehacer, plumín en mano, un documento.

—Disculpen, el protocolo del Santo Entierro. Todo el mundo quiere asistir y es imposible. En fin… tomen asiento, por favor.

La pareja se sienta y aguarda a que el secretario del duque inicie la conversación. Este los mira y espera unos instantes hasta que comprende que tendrá que ser él quien comience el interrogatorio:

—Bien, empecemos pues. ¿Alguna novedad con respecto a los cuadernos?

La propia formulación de la pregunta ofende a Rubio. Ni siquiera se ha interesado por monsieur Petit. Está claro lo que en realidad les importa. Ni por asomo se trata de un francés bajito, manco y profesor de esgrima. A pesar de su malestar, consigue contenerse.

—Estamos en ello, señor —se apresura a responder Benito—. De ayer a hoy hemos hecho algunos avances. En primer lugar, fuimos a la esquina en la que murió y desde ahí el doctor fue, con su lógica, deshaciendo el camino hasta la plaza de la Magdalena, pero ahí se perdió la pista. Después nos entrevistamos con el sereno que lo encontró, Martín el Candiles y…

—Y nos dio la hora exacta en que encontró a Petit —interrumpe Rubio —. Con ese dato, podremos seguir investigando. Determinaremos la hora de la muerte y, a partir de ahí, avanzaremos. Tenga en cuenta que el encargo que nos hizo no lo teníamos previsto y, en mi caso en particular, tuve que atender algunos asuntos profesionales que me eran ineludibles.

Carrasco, aunque sorprendido por la interrupción del doctor y mucho más por la tranquilidad con la que ha mentido al secretario del duque, consigue mantener la compostura. Tras la mesa, De las Cagigas los observa durante unos instantes en silencio y vuelve a coger el plumín.

—Poco avance pues, por lo que veo. Esperemos que hoy sea un día más fructífero —comenta socarrón el secretario—. Si no tienen nada más…

—Sí, sí, hay algo más —interrumpe en este caso Benito. Hecho que, quizás por la falta de costumbre, sorprende al secretario.

—Dígame usted, señor Carrasco.

—El caso es que esta mañana ha hablado conmigo Rodríguez de Tejada, perdón, don José Rodríguez de Tejada, inspector en jefe del Cuerpo de Vigilancia, mi jefe, y me ha comentado que sabe que estoy trabajando en el caso de monsieur Petit a espaldas del gobernador, su excelencia don Francisco Iribarren. Me ha indicado que quiere su parte por mirar hacia otro lado y no informar al gobernador sobre el asunto.

Impasible ante la revelación que acaba de hacerle Benito, el secretario del duque toma el plumín.

—¿Cómo has dicho que se llama el inspector? —inquiere sin levantar la vista de la mesa.

—Don José Rodríguez de Tejada, señor. Además, ha dicho que necesita una respuesta mañana por la mañana a más tardar.

—Mañana por la mañana —repite mientras anota el nombre del inspector—. De acuerdo. No se preocupe, señor Carrasco. Yo mismo me encargaré de hacerle llegar la respuesta al inspector. Deje eso en mis manos. ¿Algo más? ¿Alguien más ha pedido algo más? —añade en tono irónico.

Tras un incómodo silencio, el secretario concluye:

—Pues bien, entonces, eso es todo por hoy. ¡Ah, sí! Una cosa más. Les rogaría que mañana volviéramos a vernos, esta vez, a las nueve, si puede ser y son tan amables. Ahora, cuando salgan díganle a Fermín, el guardia con el que hablaba cuando llegaron, que pase a verme, por favor.

El secretario da por zanjada la reunión y, sin más, vuelve a repasar el documento que tiene delante. Rubio y Carrasco se levantan y se disponen a salir del despacho.

—¡Por cierto! Disculpe, señor Rubio, se me olvidaba —exclama el secretario, ante lo que Federico se detiene y se gira para escucharlo—. Puede pasar usted por administración. Saliendo a la izquierda. Segundo despacho. Pregunte por Haro. Él le dará los diez duros de ayer y los de hoy.

Rubio sostiene la mirada al secretario durante un momento con semblante serio. Sin decir nada, se vuelve a colocar el sombrero y, traspasada la puerta, gira a la derecha.

—¿Dónde vas, Federico? —pregunta Benito—. Don Isidro ha dicho a

la izquierda.

—Déjalo, Benito.

—¿Qué? ¿Dejarlo? ¿Veinte duros? ¿Te has vuelto loco?

—Déjalo, por favor. Los veinte duros mañana serán treinta y ahora mi dignidad no tiene precio.

—Pues no lo entiendo, pero, en fin, es tu dinero. Por cierto…

—Ya, ya. Luego te explico. Cuando nos hayamos alejado lo suficiente, te pondré al corriente de todo.

—De acuerdo —responde escueto y sigue caminando junto al doctor.

Una vez fuera del palacio, se dirigen hasta una zona en la que varios guardias del duque conversan distendidamente. Localizan al receptor del mensaje del secretario y, tras cumplir con la petición de este, se alejan. Poco después, a una distancia prudencial, Rubio vuelve la cara. Se asegura de que no hay nadie cerca que pueda escuchar lo que va a decirle a Carrasco.

—Vamos a ver, Benito. Sé que me vas a preguntar por qué le he mentido al secretario. —Benito asiente—. Te explico: está claro que a estos desalmados no les importa lo más mínimo esclarecer cómo y quién envenenó al pobre monsieur Petit. Lo único que quieren son sus dichosos cuadernos. Usan a las personas para su beneficio. Cuando ya no les sirven, se olvidan por completo de ellas —afirma Rubio.

—¿Y? —contesta Carrasco—. Eso ha sido siempre así. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. A nosotros nos han encargado que busquemos los cuadernos, nada más.

—No, Benito. No sé a ti, pero a mí no me han encargado eso. A mí me dijeron que querían saber lo que le había ocurrido a monsieur Petit. Cuando nos informaron de sus pertenencias pensé, inocente de mí, que era para ayudarnos a averiguar qué le podía haber pasado o dónde había estado en los momentos previos a su muerte, pero ahora me ha quedado claro que no era así. Lo único que quieren son esos cuadernos. Piensan que podrían contener datos sensibles e intentan salvaguardar una información que podría afectar al duque. Lo único que quieren es salvarse ellos, como siempre.

—Perdona, Federico, pero ¿qué más nos da a nosotros?

—A mí sí me importa, la verdad. Además, si le damos toda la información que tenemos, incluida la posible localización de los cuadernos: ¿Qué les impediría ir con un grupo de guardias y hacerse con ellos? En ese momento, te aseguro, querido amigo, que se olvidarán por completo de hablar con Rodríguez de Tejada y si tu jefe no ve satisfecha su parte, como tú la llamas, ¿a quién crees que culpará?

Benito se queda un momento pensando en lo que ha dicho Federico.

—O sea, lo que me queda claro es que estoy jodido… bien jodido.

—No es eso, Benito. —Rubio sonríe—. Más bien al contrario. Si todo sale bien, saldrás muy beneficiado de este asunto. Confía en mí. Y ahora, si no te importa, mi estómago agradecería un buen desayuno.

—¿Desayunar? —A Benito se le iluminan los ojos—. Creo que es lo primero que te oigo decir esta mañana con lo que estoy de acuerdo.

—Perfecto entonces. Iremos a Los Querubines en El Baratillo. Me apetecen unas buenas torrijas y un café. ¿Te complace?

—¿Los Querubines? ¿A casa de mi tía Encarna? Dos de dos, Federico. A ver si se endereza el día. Parece que al final se puede confiar en ti.

Los dos ríen durante un momento e inician el camino hacia la pastelería. Sin saberlo, Rubio ha dado pie a Carrasco para que comience a hablar, sin parar.

Benito le cuenta al doctor que Encarna, la dueña de Los Querubines, es íntima amiga de su madre. Las dos comparten una vida de esfuerzo para poder criar solas a sus hijos. Encarna, según cuenta, perdió a su marido durante la sublevación contra Espartero en el cuarenta y tres. Lo alcanzó un proyectil de los que las tropas de Van Halen lanzaron contra la ciudad.

Viuda y con tres hijos comenzó a hacer sus famosas torrijas y a venderlas en un puesto en El Baratillo. Con los años, gracias a la providencial gula de los sevillanos, Encarna consiguió, no solo sacar adelante a sus hijos sino prosperar y llevar a su establecimiento a lo que es hoy día. Benito habla con cariño de la pastelera. Le confiesa a Federico que, cuando su madre se mudó del arrabal y se estableció en el Malecón, Encarna fue de las primeras clientas que acudieron a comprar a la frutería. Desde entonces, la amistad entre ambas mujeres fue creciendo con el tiempo hasta convertirse en la tía Encarna.

Cuando llegan a la altura de la Torre del Oro algo llama la atención de los dos hombres. Una multitud se agolpa junto a la ribera del río. Tras mirar durante unos instantes desde la distancia, Benito decide interrogar a una pareja de jóvenes que viene del tumulto.

—¿Perdona? ¿Qué pasa ahí?

—El Candiles ha aparecido muerto —le informan.

—¿Cómo? ¿Martín el Candiles? ¿El sereno?

—Eso parece, aunque el cuerpo está destrozado y tiene la cara hecha un cristo.

Al oír esto, Carrasco corre hacia el lugar en el que todos se concentran. Federico lo sigue con un paso más tranquilo. El joven policía consigue, a empujones, llegar a primera línea y entonces lo comprueba con sus propios ojos. Martín, el Candiles, el sereno, el mismo que ayer vieron en la Taberna del tío Miñarro y más tarde en su casa, está tirado en el suelo. Unos pescadores lo han encontrado flotando en el río enganchado a unos juncos. Está bocarriba, hinchado y desfigurado. Federico llega al lugar donde se encuentra Benito.

—¿Es él? —se interesa el doctor.

—Eso parece… ¡Hijos de puta, se lo han cargado!

—Espera, Benito. No saques conclusiones precipitadas.

—¿Qué conclusiones ni qué ocho cuartos? Se lo han cargado por haber hablado con nosotros.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—¿Ves las orejas? ¿Ves la nariz?

El doctor se fija, como puede, desde la distancia.

—¿Las orejas? Pero si no tiene orejas… Ni nariz.

—Chivato —murmura Carrasco.

—¿Qué dices, Benito?

—Eso es lo que le hacen por aquí a los chivatos. No solo te quitan la vida, también te arrancan las orejas, la nariz y la lengua. Así servirás de advertencia para otros.

—¡Qué brutalidad!

—Bienvenido al mundo real, doctor. ¡Hijosdelassietemilparesdeputas! Y lo han cosido a puñaladas. Pobre hombre.

—¿Podríamos acercarnos a ver? ¿Conoces a alguno de esos dos guardias?

—¿A ver? —Benito mira por encima de las pocas personas que aún tiene delante—. Sí, conozco a los dos. Gutiérrez y Sánchez.

—¿Crees que si se lo pides podríamos ver de cerca el cadáver?

—No sé. Dame un minuto.

Benito se acerca y saluda a los dos guardias municipales que, uno a cada lado del cuerpo, escoltan el cadáver hasta que llegue el carro para llevárselo. Intercambia unas breves palabras con ellos y a continuación se gira e indica a Rubio con la mano que se acerque.

—Sánchez, Gutiérrez, este es el doctor Federico Rubio.

—Encantados, doctor —responden al unísono los guardias.

—El placer es mío, señores. ¿Me permiten? —les solicita señalando con la punta del bastón en dirección al cadáver.

—Por supuesto —dice Sánchez—, si lo pide Carrasco… Faltaría más.

—Gracias, Sánchez —le agradece Carrasco.

Rubio se acerca al cadáver y comienza a observar el cuerpo desde todos los ángulos. Teniendo cuidado de no tocarlo, por respeto a los dos guardias, inspecciona de cuclillas las múltiples heridas visibles. Tras unos minutos en los que Benito, los guardias y casi la totalidad de la gente que se agolpa en torno al cuerpo han seguido con atención cada uno de los movimientos que ha hecho el doctor alrededor del Candiles, Federico vuelve junto a Benito y plantea a los municipales si es posible que le den la vuelta al cuerpo.

La petición del doctor extraña a los guardias. En un primer momento dudan, aunque un simple «por favor» de Carrasco los convence para hacerlo.

Con el Candiles bocabajo, Federico repite el mismo proceso de observación que había realizado con anterioridad. Al cabo de unos minutos, vuelve con Benito y los guardias.

—Es evidente que no murió aquí —asegura Rubio.

—No, al parecer lo mataron anoche, en el puente —informa Gutiérrez señalando el puente de Isabel II, que se ve río arriba—. No se imagina la cantidad de sangre que había. Han tenido que echar cuatro cubos de albero para taparla.

—Me hago cargo, señor —asiente Rubio—. Créame que me hago una idea bastante precisa. ¿Saben dónde llevarán el cuerpo?

—Al Central —advierte Sánchez—. Hace algún tiempo que todos van al Central.

—Muchas gracias, señores —indica Rubio—. ¿Nos vamos, Benito?

—¿Qué? ¿Vamos? ¿Dónde?

—A desayunar.

—¡Federico! ¿Cómo puedes ir ahora a desayunar?

—No puedo pensar con el estómago vacío. Necesito poner en orden las ideas. No te ofendas, Benito, pero creo que no podemos hacer ya nada por el Candiles.

—Sí que podemos —responde Carrasco—. Podemos ir a por los hijos de puta que se lo han cargado y luego a por los que se lo han ordenado.

—Todo a su tiempo, amigo. Todo a su debido tiempo.

Federico es ahora el que se abre paso entre el gentío. Los curiosos se apartan abriendo un pasillo al doctor. Benito, dos pasos por detrás, lo sigue, cabizbajo.

# 29

## Diplomacia

12 de abril (Miércoles Santo)

El tiempo pasa despacio en la Fonda del Ciervo. Al menos eso piensa Malvar tumbado cabeza arriba en la cama de su habitación. Ha repasado más de mil veces el plan en su cabeza. Ya solo queda esperar. Intenta, no obstante, mantenerse activo ejercitando los músculos dentro de este reducido espacio. Hechos ya los ejercicios matutinos y revisada el arma, hace media hora que descansa.

En honor a la verdad, siempre ha sido una persona introvertida. A diferencia de los demás niños, o quizás obligado a ello, salía poco a jugar. Pasaba las tardes soñando con los ojos abiertos. En sus ensoñaciones se imaginaba como un valeroso soldado. Fantaseaba con la idea de ser un héroe aclamado por la multitud, subido a un caballo blanco con su uniforme de gala y sus condecoraciones. Algo parecido a esos sueños de infancia es lo que espera conseguir ahora. Es consciente de que no habrá ni multitud ni caballo blanco, pero no está dispuesto a renunciar ni al uniforme ni al reconocimiento, aunque este no pueda ser público. Está a punto de quedarse dormido cuando oye cómo golpean la puerta.

—Otra vez la viuda —murmura—. ¿Por qué no me dejará en paz?

Su falta de respuesta no sirve de nada. De nuevo, golpean la puerta con insistencia.

—¡Voy! ¡Ya voy! —vocifera mientras se levanta resignado a aguantar a la metomentodo de la propietaria y abre la puerta.

—¡Querido Carlos! ¿Te pillé durmiendo o qué?

Malvar no sale de su asombro. Ante sí no tiene el gordo rostro de María sino los finos bigotes de su queridísimo Felipe.

—¡Hombre, Felipe! ¡Qué alegría! ¡No te esperaba!

—¿No me invitas a pasar? —pregunta con sorna Mozo—. ¿Dónde han quedado tus modales? ¿Es que te has vuelto sevillano?

—Perdona, perdona… Pasa, por favor, pasa.

El diplomático entra en la habitación y de un vistazo inspecciona el interior. Pone cara de disgusto.

—Pero ¿qué es esto, querido Carlos? Es peor de lo que esperaba. Vaya agujero en el que te han metido. Esto es intolerable, amigo mío. Te aseguro que no sabía nada.

—No te preocupes, Felipe. No es para tanto —le resta importancia Malvar a la vez que cierra la puerta.

El joven absolutista quita unos periódicos que se amontonan en la única silla que hay en la habitación y los deja en un rincón y se la ofrece a su inesperada visita para que tome asiento. Mozo declina la invitación:

—Estoy bien, gracias. Bueno, dime, ¿todo listo para el gran momento? —se interesa Felipe.

—Sí. Todo listo. He repasado el plan hasta el último detalle. ¿Quieres que te lo explique?

El diplomático no se ha quitado ni el sombrero. Teme ensuciarse en este antro en el que pasa los días Malvar. Ante la propuesta de su amigo, asiente sin mucho entusiasmo. Malvar saca de debajo de la cama el mapa, el libro, el cuaderno y el estuche de la pistola. Despliega el mapa sobre el colchón de lana, lo mira durante unos instantes y ordena sus ideas.

—Disculpa, pero lo entenderás mejor sobre el mapa —avisa Carlos.

Mozo se acerca y hace como que escucha la exhaustiva explicación de Malvar. Cada vez que Carlos le indica con el índice un lugar concreto en el mapa, él asiente varias veces con la cabeza. En realidad, poco le importan los detalles del «sofisticado» plan de Malvar. Cuando detecta, tras un prolongado silencio, que su amigo ha terminado, aguarda unos instantes en actitud pensativa antes de aplaudir de forma sobria y contenida dando cuatro palmadas.

—¡Fantástico, querido! Veo que lo tienes todo previsto, lo cual, por

otra parte, no me sorprende —mientras dice esto aprovecha para sacar del chaleco su reloj de bolsillo—. ¡Ajá! —exclama cambiando de tema —. Veo que tienes el libro del amigo Zorrilla. ¿Te importaría que me lo llevase? Me vendría muy bien. Necesito leer algo antes de dormir y no lo vas a creer, pero al deshacer el equipaje me he percatado de que el bobo de Julián, mi asistente, ha olvidado incluir alguna lectura. Estos chicos, ya sabes…

—Por supuesto, faltaría más, tuyo es —asiente Malvar ofreciéndoselo con gentileza.

Un incómodo silencio se hace entre ambos. Carlos, que siempre ha tenido problemas para mantener una conversación fluida, espera que Felipe lleve la iniciativa.

—Por cierto —dice al fin Mozo—, casi se me olvida. Tu madre y tu hermana te envían recuerdos. Insisten en que están orgullosas de ti, aunque no sepan a qué has venido a Sevilla. Mejor así.

Malvar, poco acostumbrado a mostrar sus emociones, no puede evitar que se le nublen sus singulares ojos ante el último comentario de Mozo.

—Cuánto las echo de menos, Felipe. ¿Están bien?

—Perfectamente. Yo mismo me he encargado de que en este tiempo en el que has estado ausente no les faltase de nada. Doña Eulalia goza de una salud de roble y tu hermana Isabel, permíteme que te lo diga, cada día está más guapa. Pronto será toda una mujer.

—No sabes, amigo, lo que me alegra oír eso de tus labios. Sabes que, más que condenar mi alma, la principal preocupación que tenía cuando acepté esta misión era la de no saber qué sería de ellas en el caso de que algo saliese mal. Desde que falleciera mi señor padre, que Dios lo tenga en su gloria, soy el único sustento que tienen.

—¿Qué va a salir mal? ¡Por Dios, Carlos! Todo va a salir a la perfección, no seas agorero. Cuando regreses y recojas el justo premio por tu sacrificio no habrá mujeres más orgullosas en todo Madrid que ellas. Ya lo verás. —Mozo vuelve a mirar su reloj de bolsillo, ahora algo más inquieto—. Disculpa, querido Carlos, pero se está haciendo tarde y me gustaría descansar un poco antes de ir a comer con unos amigos. No hace falta decir que me encantaría que nos acompañases, pero, dadas las circunstancias, comprenderás que no sería prudente. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. No te preocupes por eso, Felipe. Además, me gustaría repasar una vez más todo el plan. Ya sabes, en la guerra y en el amor nunca se es precavido de más.

Mozo lo mira y asiente con la cabeza varias veces.

—En fin, me marcho —anuncia el diplomático esperando que Malvar le abra la puerta, tal y como manda el protocolo.

Al ver la pose que ha adoptado Mozo, Carlos cae en la cuenta y se apresura a abrir la puerta de la habitación mostrándole la salida a su amigo. Este le sonríe y se aleja. Al verlo marchar, a Malvar le sobreviene una duda. Sin poder resistirse a ello, se la traslada a Mozo.

—¡Felipe, disculpa!

El diplomático, que estaba a punto de bajar por la escalera, se vuelve.

—¿Sí? —pregunta.

—¿Cómo es que has venido hasta Sevilla?

—Querido Carlos, por nada del mundo me perdería este hecho histórico.

# 30

## Los querubines

12 de abril (Miércoles Santo)

Nada ha dicho Benito, al menos que fuese comprensible, desde que dejaron atrás la Torre del Oro y el cadáver mutilado del sereno junto a ella. Rubio, consciente de que tal vez lo mejor sea que su compañero rumie en silencio lo ocurrido, tampoco ha articulado palabra. De hecho, ha intentado aprovechar el trayecto para hilvanar en su cabeza un discurso que sea racional sin que parezca frío y deshumanizado. No quiere que Carrasco piense que él es como los de San Telmo. Él no es como el secretario del duque, se repite a sí mismo. Claro que lamenta la brutal muerte del Candiles. Aun estando acostumbrado desde la facultad a diseccionar cadáveres, en este caso, al igual que en el de monsieur Petit, hay varias circunstancias que lo hacen distinto.

Sabe que hay altas probabilidades de que la conversación mantenida ayer en la taberna sea la causa de que Martín yazca sin vida y desfigurado a la orilla del río.

Por otro lado, no puede quitarse de la cabeza la brutalidad misma del acto. Le asquea que tanta gente pueda considerar como un mensaje claro y diáfano la mutilación de orejas, nariz y lengua.

Por último, lo que más le turba es que los autores de esa aberración sean, con toda seguridad, un grupo de niños.

«¿En qué momento se torció todo para que unos críos lleven a cabo semejante acto? ¿Qué responsabilidad tiene la sociedad y cuánta cada individuo en esto? ¿Se trata de algo innato o es fruto de la pobreza y la desesperación?». Con estas cuestiones rondándole la cabeza llegan hasta la puerta de Los Querubines.

Siempre termina sonriendo antes de entrar. Sobre el dintel, uno a cada lado, dos esculturas de niños pequeños con alitas dan la bienvenida a

los clientes. Desde la primera vez que los vio, Rubio supo que esos no eran querubines, pero cuando, ahora hace un año más o menos, se decidió a explicarle a Encarna, la propietaria, que los querubines tienen cuatro caras y cuatro alas cada uno, ella se escandalizó.

—Pero ¿qué está diciendo usted, don Federico? ¿Qué barbaridad es esa? —le replicó la pastelera.

—«Estos eran los mismos seres vivientes que vi debajo del Dios de Israel junto al río Quebar; y conocí que eran querubines. Cada uno tenía cuatro caras y cada uno cuatro alas, y figuras de manos de hombre debajo de sus alas» —contestó él citando a Ezequiel.

Encarna, lejos de amilanarse, puso las manos en jarra y le replicó que, si quería esos «monstruos deformes» en la puerta de una pastelería, se hiciese pastelero, pero que, a su buen entender, esas figuras del demonio que acababa de describir lo que harían sería espantar clientes en vez de atraerlos.

La lógica de Encarna, a juicio de Rubio, fue aplastante. Ese día aprendió que la verdad no siempre beneficia al que la difunde y mucho menos si se trata de que coman dulces y se dejen los reales en el negocio.

Benito cruza la puerta y entra en el establecimiento. Rubio lo sigue. Encarna los ve llegar mientras termina de atender a una joven que acaba de darse el capricho de comprarle un par de rosquetes a su hija.

La niña, encantada, recibe de las manos de Encarna los dulces y, de inmediato, se los coloca en ambas manos a modo de brazalete.

—Uno para hoy y otro para el viernes. ¿Eh, mamá? —propone la cría a su madre.

Esta, con suma ternura, le toca la mejilla y aprueba la decisión de la pequeña:

—Muy bien, Dorotea, muy bien. No olvides nunca que quien guarda halla, cariño.

Ambas se despiden de la pastelera y salen riendo del establecimiento.

—¡Hombre, mi Benetín, que ha venido a ver a su tía! ¿Qué te pasa? ¿Es que te da vergüenza venir a darme un beso? —le reprocha Encarna con cariño.

—Hola, tía. No estoy de humor, la verdad.

—Déjate de humor y dame un beso ahora mismo.

Benito se resigna y termina dándole un beso. Como si el joven tuviese diez años, la pastelera le pellizca el moflete.

—Buenos días, don Federico —saluda Encarna—. ¿Me lo ha parecido a mí o viene usted con mi sobrino?

—Buenos días, doña Encarna —corresponde el doctor—. Le ha parecido a usted bien. Venimos a comer unas torrijitas y a bebernos un cafelito si fuese posible.

—¿No va a ser posible? Eso está hecho, don Federico. Les pondré un par de torrijas para cada uno. El café como siempre, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias.

—¿Y tú? —plantea Encarna a Benito—. No sabía que conocieras a don Federico.

—Sí, bueno, nos conocemos hace poco, la verdad. Estamos trabajando juntos.

—¿Juntos? Pero… ¿No te habías hecho policía?

—Sí, tía. Es una historia muy larga de contar. Otro día tal vez.

—Muy bien, hijo. Por cierto. ¿Os habéis enterado de lo del Candiles? ¡Qué pena! Pobre Candela. Qué solita se ha quedado…

—¿Pobre Candela? ¿Y él, tía? ¿Qué pasa con él? —replica Benito enfadado.

—Bueno, hijo. No te pongas así… También es una lástima, claro que sí… Pero… dice la gente que lo que le ha pasado ha sido porque era un chivato.

—¿Un chivato? ¿Quién dice eso? Y aunque fuera cierto, ¿es eso motivo suficiente para dejarlo como un colador y desfigurado? Salvajes, panda de salvajes…

—Bueno, tranquilízate. Venga, ten las torrijas. Sentaos por ahí… Ahora os llevo los cafés —la pastelera zanja con habilidad la conversación.

Rubio y Carrasco se sientan en una mesa para dos de las que hay al fondo de la pastelería. A su espalda, escuchan a Encarna farfullar:

—¡Ojú, mare mía! ¡Cómo se ha puesto el niño!

Una joven pareja entra en el local. Encarna olvida de inmediato lo ocurrido y con una amplia sonrisa en la boca les pregunta qué es lo que desean. Al poco, despachados los recién llegados, la propietaria de Los Querubines acerca los cafés a la mesa.

—¡Ea, ahí tenéis! ¡Qué lo disfrutéis! —les desea—. Por cierto, don Federico, ahora que recuerdo: ¿No me había preguntado varias veces por el café? Pues que sepa que es de la madre de Benito, mi Fernanda.

Benito mira avergonzado a Encarna. Esta no comprende por qué. Se da la vuelta y piensa: «¡Este tiene hoy el día cruzao!».

Federico, que había comenzado a devorar una de las torrijas incluso antes de que llegasen los cafés, agradece a la pastelera la información y da un trago al humeante y negro líquido.

—¿Ves lo que te digo? —inquiere indignado Benito—. Todo el mundo da por hecho que se lo merecía. Nadie se plantea que lo que le han hecho está mal. «Es que era un chivato» te dirán. «Se lo había ganado a pulso», comentarán otros. Incluso habrá más de uno que asegurará que sabe por qué le ha ocurrido y a quién ha delatado. Todo solo para fardar en la taberna y creerse alguien.

Rubio escucha con paciencia a Benito. Sabe que debe dejar que se desahogue. Necesita liberarse de la rabia que ahora mismo lo corroe por dentro.

—¿Tenemos nosotros la culpa, Federico? —continúa Benito—. Si yo no lo hubiese presionado en la taberna, quizás… ¡En la taberna! ¿En qué estaba pensando cuando se me ocurrió interrogarlo allí? Todos saben que soy policía y además estabas tú, con tu terno impecable. A los ojos de esos desgraciados eras, por lo menos, inspector jefe. Ni siquiera me queda el consuelo de saber quién le fue con el cuento a Gómez o a López y poder darle su merecido. Ha podido ser cualquiera… cualquiera.

Rubio levanta su vaso vacío y mira a Encarna. Esta entiende de inmediato lo que quiere decirle el doctor: otro café. Cafetera en mano, se acerca y llena el vaso de Federico a la vez que observa que el de Benito sigue lleno. En silencio, se retira.

—¿Qué debo hacer ahora? Sé quiénes son los que lo han masacrado. Sé quiénes lo han ordenado… Sé el motivo, sé lo que quieren ocultar. ¿Qué debo hacer? ¡Hijos de puta! ¡Cabrones! ¡Cobardes! —Benito suspira y se calla.

Rubio espera hasta asegurarse de que Carrasco ha terminado. Cuando no le queda duda de que lo ha hecho, acaba de comerse la segunda de las torrijas y entonces, solo entonces, comienza a hablar:

—Te comprendo, Benito. Yo me he hecho las mismas preguntas que tú —respira hondo antes de continuar—. Debemos hacer algo, estoy de acuerdo, pero hemos de hacerlo con inteligencia, sin precipitarnos. —Este último comentario ha logrado captar la atención de Carrasco que, hasta ahora, parecía ausente con la mirada fija en el café—. Después de examinar el cadáver, está claro que sufrió el ataque de un grupo bastante numeroso. Presentaba signos de haber sido golpeado y apuñalado con distintos tipos de armas y objetos. Tiene puñaladas tanto por delante como por detrás, lo que indica que sufrió una emboscada en el puente. He deducido también que los asaltantes tenían poca estatura. Eso lo sé porque cuando alguien apuñala a otro lo hace, en la mayoría de los casos, o hacia delante o de arriba a abajo, dependiendo de la forma en la que coja el arma punzante. En este caso, la mayoría de las incisiones se hicieron hacia adelante y en los muslos, las piernas y los genitales. Fruto de esto y una vez derrotado, con los tendones cortados, no tuvo más remedio que arrodillarse. Ahora viene lo más inquietante. Una vez de rodillas, le atravesaron el cuello de un lado a otro con algo parecido a un florete o a un estoque.

—¡El bastón estoque de Petit! —apunta Benito ensimismado en la explicación de Federico.

—Podría ser… También lo he pensado. En cualquier caso, me gustaría examinar el cuerpo en el hospital si fuese posible. Con la ropa no he podido verificar las trayectorias ni la profundidad de las heridas y eso nos podría dar más información sobre lo que ocurrió en realidad. En cualquier caso, esa no es la cuestión, Benito. El problema es que nos encontramos ante una situación complicada.

Federico da un amplio sorbo al café antes de proseguir con su argumento:

—Por un lado —continúa—, desde San Telmo no quieren otra cosa que recuperar los cuadernos a cualquier precio. Por otro, ya sabes que quiero esclarecer su muerte y, por último, es evidente que tú quieres

vengar la de Martín. Deberíamos intentar conseguir todos estos objetivos sin que la consecución de uno perjudique al resto. En realidad, es complicado, pero creo que no imposible. Para intentar resolverlo, lo primero que he hecho es buscar un nexo.

—¿Un qué? —interrumpe Benito.

—Un nexo. Algo o alguien que los conecte. Ese nexo, al menos para mí, parece estar claro: los críos. Ellos están en el centro de todo de una manera u otra. Por eso es primordial que vayamos a la Casa del Capellán y recuperemos, si es que están, los cuadernos y las pertenencias de monsieur Petit. Con ellos, te aseguro que conseguiremos los tres objetivos.

—No entiendo —confiesa Benito—. Todo lo que dices tiene sentido, pero hay algo que me inquieta.

—¿Que te inquieta?

—Sí, Federico. Me inquieta. Dices que, si vamos a la Casa del Capellán y recuperamos los cuadernos de monsieur Petit, conseguiremos los tres objetivos… Lo siento, pero sigo sin verlo. A mi entender, con los cuadernos solo conseguiremos dos de los tres objetivos. Por un lado, tú conseguirás saber quién mató a Petit y resulta evidente que, con la información que hay en él, De las Cagigas podrá recuperar toda la información sobre el duque, pero el tercero, que es el mío, ¿cómo lo resolverá? ¿Qué hay del Candiles?

Federico, sorprendido y orgulloso del razonamiento de su compañero, mira con ternura a Benito y lo tranquiliza:

—Lo resolverá. Te lo aseguro. Confía en mí. Y ahora… si has terminado, paguemos y vayamos a ver qué se cuece en esa Casa del Capellán.

# 31

## La casa del Capellán

12 de abril (Miércoles Santo)

—¿Por qué tenemos que andar todo el día daquí pallá a las órdenes de tu sobrina? Nosotros somos calós. No deberíamos recibir órdenes de una gachí. Eso no está bien… Y encima, nos hace venir a ver a esos chaveas. ¿No se puede encargar nadie más? Y a la hora que es… En vez de estar tomando unas cañas, aquí estamos… como dos buchinogués… ¡Mare mía de mi arma!

El Negro resopla.

«¿No se podrá callar el imbécil este? Al final le voy a tener que rajar el gañote», piensa.

Desde que salieron del Cabeza de Turco, Joselito Heredia, el joven portero del café, no ha parado de quejarse. Ambos traen un encargo de la Vargas. Al llegar a la Casa del Capellán del Carmen, Fulgencio pasa la mano por la despeinada cabellera de un crío. Debe de tener unos seis años. Sentado en un cajón de madera y apoyado en la destartalada pared, monta guardia en la puerta. El Negro entra. Joselito hace un gesto rápido intentando asustar al mocoso. Este lo mira con desdén y bosteza.

—Puto chavó —murmura el joven portero mientras sigue a su compañero hasta el interior.

El viejo se dirige, forzando todo lo que puede la voz, a un grupo de cuatro críos que están sentados en el suelo comiendo de un lebrillo lleno de morcillas, chorizos y tocino.

—¡Venga, chaveas! Que uno se levante y vaya a decirle al Miguel que el Negro quiere verlo.

Ninguno hace caso de la orden de Fulgencio. Siguen comiendo. El viejo espera unos instantes y al comprobar que lo ignoran suelta un puntapié en la espalda al que tiene más cerca. El crío, que no levanta tres cuartas del suelo, se revuelve como un gato y se le encara.

—¡Venga, coño! No te pongas así, que no ha sio pa tanto —recula el Negro—. ¡Anda ya, que no tengo todo el día! —urge Fulgencio a la vez que tose del esfuerzo.

El crío sale corriendo y desaparece por un hueco que debe llevar a otra estancia. Al poco regresa y sin decir nada se sienta y mete las dos manos en el lebrillo, lo que provoca las protestas de sus comensales.

—¡Míralos! —susurra Joselito a Fulgencio—. ¡Si parecen perros!

—¡Cállate ya, comemierdas! —contesta el viejo.

Joselito agacha la cabeza y se muerde la lengua. Por la respuesta de Fulgencio, sabe que ha colmado su paciencia y que no es inteligente tener al Negro como enemigo.

Con paso firme y escoltado por cuatro pequeños centuriones aparece Miguel desde la oscuridad del hueco. Se planta frente al Negro y, apoyado con las dos manos en el bastón, saluda: —¿Qué tal, Fulgencio?

—Bien, hijo, tirando…

—¿Tú dirás?

—Traigo un encargo de Josefa. ¿Podemos hablar a solas?

—No hace falta. Estamos en mi casa. Puedes hablar tranquilo —dice orgulloso mirando a los suyos.

—Como tú prefieras —vuelve a toser—. Bueno, mi sobrina quiere que montéis un buen jaleo en el Santo Entierro Grande.

—¿Muy grande?

—Todo lo grande que podáis.

Miguel mira curioso a Fulgencio.

—¿Y dónde queréis que se lie la marimorena? —pregunta.

—En Alemanes. Tendría que ser en Alemanes. Quiero que tengas

claro, hijo, que tiene que ser muy grande. Necesitamos que los guardias dejen la procesión y el palco, y se vayan para allá. ¿Entiendes?

—Entiendo, Fulgencio, pero, a todo esto… ¿Qué ganamos nosotros?

—Diez duros.

—¿Solo diez? Dile a la Vargas que nanai. Sabes que eso es peligroso. Cuando lleguen los guardias tendremos que salir corriendo y si pillan a alguno de los míos… ¿Qué? ¿Por diez duros? Ahora llega la feria y no me puedo arriesgar a perder a nadie, y mucho menos tener que gastar lo poco que estamos consiguiendo en la Semana Santa en sobornos para poder sacarlo del Pópulo. No puede ser, Fulgencio. Dile a la Vargas que lo siento. Que se busque a otro para que le saque las castañas del fuego.

—Que sean quince. ¿Trato? —propone el Negro escupiéndose en la mano y ofreciéndosela a su interlocutor.

Miguel lo mira, sonríe, se escupe en la mano y se la estrecha.

—Trato. ¡Qué lista es! —le susurra—. ¡Bien sabe que no sé decirte que no! Por curiosidad, Negro: ¿Cuánto te ha dicho que era lo máximo?

Fulgencio sonríe y le guiña el ojo.

Miguel respeta a Fulgencio. No en vano, el Negro es de los pocos que los trata como a personas. De vez en cuando, en las tardes de verano en el Santo Ángel, el viejo cantaor los entretiene con sus imitaciones haciendo el caricato. Fulgencio es lo más parecido a un abuelo que han tenido todos. En la manada, que es como les gusta llamarse a sí mismos, Miguel solo admite a huérfanos.

—Familia no hay más que una —le gusta decir al pequeño maleante.

En su ejército no hay sitio para compartir fidelidades.

—Sea pues, hijo. Prométeme que tendréis cuidado.

—Lo tendremos, chache, lo tendremos.

El Negro le lanza una mirada mezcla de desprecio y de reproche a Joselito. El portero anda despistado observando cómo juegan a las piedras dos críos.

Fulgencio sale de la Casa del Capellán. Tiene que entornar los ojos,

molesto por la luz de la calle. Pasa la mano de nuevo por la cabeza del vigía y se vuelve hacia Joselito, que aún permanece dentro.

—¡Vamos, comemierdas! —le grita con dificultad—. ¡Maldito inútil!

El portero, sorprendido, da dos zancadas y se planta en la calle. Los críos salen a la puerta y, mientras el Negro y Joselito se marchan calle arriba, se mofan del portero del Cabeza de Turco.

—¡Comemierdas! ¡Comemierdas! —le gritan.

Joselito se vuelve y les hace un corte de mangas.

Miguel sale a la puerta y con el bastón, sin necesidad de decir nada, les indica a todos que vuelvan dentro. Obedecen sin rechistar. Por primera vez en mucho tiempo, todos oyen reír a Fulgencio.

# 32

## Un ejército

12 de abril (Miércoles Santo)

Rubio y Carrasco llevan algo más de media hora sentados en el interior de la Taberna de Selim. Desde la mesa en la que están, controlan la entrada de la Casa del Capellán.

En este tiempo no ha ocurrido nada reseñable, al margen de comprobar lo aburrido que está el crío que parece hacer de vigía en la puerta. A cada rato, cuando se cansa de estar sentado en el cajón de madera, se monta encima y da lo que sería un gracioso zapateado si no fuese porque va descalzo. Benito reconoce que es gitano nada más verlo tocar las palmas.

«Hay compases —piensa— que solo un zincaló sabe hacer».

En ausencia de manzanilla beben, desde que llegaron, vino de la hoja en vasos de a ocho. Llamarle a eso vino, aunque sea de la hoja, ha sido cuanto menos atrevido por parte de Bilal, el tabernero.

—¿Qué se puede esperar de un moro? —insinúa Benito—. Si ni tan siquiera beben vino.

Ante la afirmación del policía, Rubio se apresura a explicarle que el Corán, la Biblia de los mahometanos, les prohíbe beber.

—¡Pues vaya una religión! La nuestra le da cien vueltas —argumenta Benito—.

Jesucristo, sin ir más lejos, ¿qué hizo? Pues convertir el agua en vino. Por algo será. Si el vino fuese malo hubiese convertido el agua en leche, ¿no?

Rubio ríe y desiste de dar más explicaciones. Al cabo, Benito concluye:

—Se va a salvar por la tapa de migas de bacalao confitado. Está para chuparse los dedos.

La taberna está situada en la esquina de la calle Redes con Baños, justo enfrente del Convento del Carmen. El antiguo edificio religioso, desamortizado en el treinta y cinco, se ha convertido ahora en cuartel.

—Está claro que esos desgraciados están locos —dice Carrasco—. Solo a unos majaretas se les ocurriría establecer su guarida junto a un cuartel.

—¿Locos? —replica Rubio—. A mí me parece todo lo contrario. Fíjate bien. Actúan como un ejército. Atacan siempre juntos. Saben elegir el terreno de batalla y sacarle el máximo partido. Son disciplinados. Planifican sus asaltos desde el Santo Ángel y cuando tienen que descansar regresan a su cuartel. Mantienen vigilancia en la única entrada. Te apostaría los veinte duros de San Telmo a que tienen su propia jerarquía de mando.

—Aun así, ¿al lado de un cuartel?

—Precisamente por eso. ¿Quién se atrevería a venir y asaltar su fortaleza? Con los militares al lado, a la más mínima señal de barullo, la Casa del Capellán se llenaría de soldados. Y no te olvides de lo más importante…

—¿Qué es lo más importante? —comenta con desgana Benito.

—Que son niños, al fin y al cabo. ¿Quién iba a sospechar que ese grupo de mocosos guarda ahí dentro su botín?

—Perdona, Federico. Pero… ¿qué hacen esos dos entrando ahí? —El policía señala con el dedo a dos individuos, que entran en la Casa del Capellán.

—Ni idea. ¿Los conoces? —indaga sorprendido el doctor.

—¿Si los conozco? Claro que los conozco. ¿Quién no conoce al Negro?

—¿El Negro?

—Fulgencio Vargas, el Negro. Es el viejo. En Triana todo el mundo lo conoce. Iba para figura del flamenco… Lo que pasa es que era un vivalavirgen. Cuentan los viejos que de mocito despuntaba en el cante, pero que todo lo que ganaba se lo gastaba en juergas y en putas. En aquellos tiempos, en Triana se decía que una puta no era puta hasta

que no tuviera un hijo del Negro. Cuando se juntaba con el Ciervo había que temerles. Si Fulgencio era un tarambana, lo de Manuel no tenía nombre. Manirroto, mujeriego, jugador, no había vicio en el que no destacara. Lo que pasa es que, al contrario que Fulgencio, el Ciervo tenía un padre cabal y formal y cuando dejó preñá a María, una sirvienta que tenían en casa, le obligó a casarse. Y luego, si te soy sincero, para nada. Ella abortó y perdió a la criatura.

—Vaya personaje, ¿no? —interviene Rubio.

—Pues sí. Lo que pasa es que todo tiene un final y a él le llegó en forma de navajazo en el cuello. Siempre fue un bocazas, pero ese día dio con la horma de su zapato y un malencarao casi lo deja con el cuello colgando. Aunque salvó el pellejo, ya no pudo volver a cantar. Después, para colmo de males, se le murió el amigo de unas diarreas malas y ahí acabó la fiesta. Me han dicho que sobrevive de la limosna de la viuda del amigo, en la fonda que tiene, y que hace recadillos para unos y para otros. Una lástima, la verdad.

—¿Y el otro? ¿El joven?

—Ese es Joselito. El portero del Cabeza de Turco, el café cantante. Un desgraciado metomentodo que se cree más gitano que nadie y nunca ha dado un palo al agua.

—¿Qué crees que vienen a hacer?

—No sé, pero ya te he dicho que el Negro sobrevive de hacer recadillos, por lo que es seguro que nada bueno.

En ese instante, el Negro y Joselito salen de la Casa del Capellán. Detrás de ellos un grupo de ocho o nueve críos vociferan y ríen. Señalan a Joselito. Este se vuelve y les hace un corte de mangas.

—¡Mira, Federico! ¡Mira a ese hijoputa! ¿Ves lo que lleva en la mano?

—Un bastón.

—Seguro que es el de Petit. ¡Malditos sean sus muertos! ¡Yo lo mato! ¡Te juro por mi madre que mato a ese montón de mierda!

Con el rostro desencajado, el cuello hinchado y bufando, Benito hace el ademán de levantarse. Rubio lo agarra del brazo y consigue retenerlo.

—¿Pasa algo por ahí? —pregunta Bilal—. No quiero líos, por favor.

—No pasa nada, Bilal —intenta tranquilizarlo el doctor—. No se preocupe, no es nada. Ya nos vamos, ya nos vamos.

Rubio consigue arrastrar del brazo a Carrasco hasta el exterior. Ambos salen por la puerta lateral de la taberna que da a la calle Redes. Bilal sale raudo tras ellos.

—Hay que pagar, señores. Pagar —insiste el tabernero.

—Sí, espere un momento. Ahora le pago —le informa Rubio.

El tabernero, que nunca se ha fiado ni de su sombra, se queda en la puerta junto a la pareja.

—¡Benito, escucha! ¡Tranquilízate, por Dios! Esto no es lo que habíamos hablado. Tienes que serenarte. Respira hondo.

El doctor coloca la mano en el pecho del policía y comienza a respirar hondo y acompasado con la intención de que su compañero le imite.

Poco a poco, las palpitaciones del corazón de Carrasco van bajando. Tras un minuto, el policía indica con las manos extendidas a Federico que está calmado. Que ya pasó todo.

—Bien, Benito. Gracias, amigo. Ahora voy a pagarle a este señor y nos vamos, ¿de acuerdo? —el policía asiente con la cabeza.

Rubio le da unas monedas al tabernero. Suficientes para pagar el vino, las migas y las molestias.

—Gracias, señor. Muchas gracias, señor. Usted siempre muy amable. Vuelva cuando quiera.

El último incidente ha sido seguido con interés desde los balcones. A la hora que es, las prostitutas que trabajan en las numerosas casas repartidas por la calle Redes salen a tomar el sol.

Desde que el Ramo de la Guerra adquiriese el edificio en el cuarenta y uno y lo transformase en cuartel, la profesión más antigua del mundo ha prosperado por los alrededores pescando a manos llenas reclutas de infantería.

—¿Algún problema, doctor? —se oye desde un balcón cercano.

Rubio levanta la mirada y reconoce a la joven.

—¡No, Micaela! ¡No te preocupes! El vino de hoja…

—¡Niñas, niñas! ¡Es don Federico! —advierte otra.

En ese momento los balcones se vuelven un clamor. Se oye de todo. Desde una que insiste en bajar y poner firme al mequetrefe ese que la está liando con el doctor, hasta otra que, venida arriba, grita «¡Guapo, guapo, guapo!». Benito no se lo puede creer. Intenta aguantar la risa, pero, al cabo, no puede evitar desternillarse. Rubio mira hacia los abarrotados balcones y con las manos en actitud suplicante insiste en que no ocurre nada y en que dejen de vitorearlo.

—¿Y esto, Federico? —acierta a decir Benito entre carcajada y carcajada—. Esto no me lo esperaba…

—¡Calla y tira, anda! ¡Calla y tira! —dice el doctor avergonzado—. Que no es lo que parece…

—¡No, claro! Es el vino de hoja…

Y vuelve a reír.

Federico, resignado, ni se molesta en contestar a las continuas bromas e insinuaciones que hace Benito. Agacha la cabeza y acelera el paso. Tras girar por calle Armas, Rubio se detiene y con semblante serio se dirige a Carrasco.

—No sigas por ahí, Benito. Ya te he dicho que no es lo que parece.

—Pero… pero si a mí me da igual. Yo no te voy a juzgar…

—Que no es eso. Deja que te explique.

Federico le cuenta entonces a Benito el porqué de su popularidad en las casas de la calle Redes.

El caso es que el doctor, preocupado por los estragos que causa la sífilis en Sevilla, comenzó hace ahora un par de años a visitar, una vez al mes, a las prostitutas.

A pesar de la reticencia de sus padres, es loable que su esposa siempre lo haya animado en este asunto.

Al principio pensaba, como la mayoría, que ellas eran las responsables máximas de esta pandemia, pero, con el tiempo, se dio cuenta de que eran también víctimas de la enfermedad.

A lo largo de estos dos años ha tenido que ver, en demasiadas ocasiones y muy a su pesar, cómo chicas jóvenes y sanas llegadas a la

capital desde los pueblos cercanos contraían el llamado Mal de Venus. Esto le llevó a la conclusión de que un solo cliente podía infectar a varias muchachas en un espacio corto de tiempo.

Por eso, cuando llegan a la capital, explica a las nuevas pupilas cuáles son los síntomas visibles de la enfermedad en los varones. En esta labor pedagógica cuenta el doctor con la inestimable ayuda de las matronas.

—Debéis intentar evitar a los clientes en los que observéis chancros y llagas en los genitales —les insiste.

También compone grandes cantidades de Licor de Labarraque en la farmacia del Central con la ayuda de Peña. Procura que nunca falte en las casas y les pide a todas que se laven sus partes pudendas antes y después de estar con un cliente.

Este último recurso, aunque no es útil para la sífilis, sí que ha demostrado, según su experiencia, ser eficaz para otras venéreas. Como última opción, aplica tratamientos con mercurio aun sabiendo que no son la solución. Sus efectos adversos —caída del pelo y de los dientes— aterran a las enfermas. Solo aquellas en las que la enfermedad ha alcanzado un avanzado estado consienten tratarse.

Por todo ello, las chicas de la calle Redes adoran a Rubio. El afecto, hay que decir, es mutuo. Federico ha aprendido mucho sobre psicología femenina y masculina con ellas. La mayoría, en contra de lo que piensan casi todos, son mujeres inteligentes, inconformistas y muy informadas sobre la actualidad política.

—¿Lo entiendes ahora? —concluye el doctor.

—Madre mía, Federico, ahora sí que me has sorprendido.

—Espero que para bien.

—Para bien, don Federico, guapo.

Benito comienza de nuevo a reír.

—¡Venga ya! ¡Ahí te quedas! —exclama Rubio a la vez que comienza a andar sin esperar a su compañero.

—¡Es broma, hombre! Venga, no te enfades —ruega el policía mientras en cuatro zancadas alcanza al doctor—. Te invito a comer a casa. De todas formas, esos desgraciados suelen estar temprano en el

Santo Ángel. Si volvemos después de comer es muy posible que tengamos una oportunidad de recuperar los cuadernos.

—¿A comer? No quisiera molestar a tu madre.

—Al contrario. Verás lo contenta que se va a poner. Si fueses una chica atractiva no te dejaría ni entrar, pero a ti, ¿a un cirujano?… ¡Menuda es! Lo que sí tendremos que hacer es darnos prisa. Es la una y media —advierte mirando su reloj—. En casa se come a las dos en punto. Hoy hay matelote de anguila. Lo sé porque la dejé esta mañana despellejándolas. Si no te gusta ni se te ocurra comentarlo. Deberías saber que doña Fernanda es más orgullosa que cocinera.

# 33

## Los polacos

12 de abril (Miércoles Santo)

Cuando el agregado a la Embajada de París, Felipe Mozo, llega al número diez de la calle San Francisco de Paula es consciente de que en ese caserío de tres plantas de estilo andaluz reside la oportunidad de escapar de la tediosa carrera diplomática e incorporarse, por fin, al mundo de los negocios.

En la finca, propiedad del Gobernador Civil de Sevilla, Francisco Iribarren Armero, comerá hoy un selecto y reducido grupo compuesto por los comerciantes, terratenientes y financieros más importantes de la capital andaluza. Lo mejor de todo es que gracias a la solución que él les ha brindado podrán resolver cierto inconveniente que les ha surgido en sus negocios y mañana serán más ricos y felices.

Mozo lleva años intentando sacar partido de su amistad con el conde de San Luis. El presidente del Gobierno, Luis José Sartorius, se convirtió en un espejo en el que mirarse desde el preciso instante en el que se conocieron durante una recepción del embajador francés en Madrid.

Según él, el conde de San Luis es un hombre hecho a sí mismo que, con esfuerzo e inteligencia, ha logrado amasar una gran fortuna personal gracias a su habilidad para combinar sus cargos políticos con el uso de las leyes en beneficio propio.

A Mozo le llegó la oportunidad de destacar, como suele suceder en España, cuando menos lo esperaba. Quiso la fortuna que en noviembre del cincuenta y tres, durante la sobremesa de una comida en honor a Narváez, coincidiera en la misma mesa con don José de Salamanca, los hermanos Romero Balmaseda y el banquero Emmanuel Le Roy.

Desinhibidos tal vez por el exceso de vino, los Romero Balmaseda, Pedro y Manuel, comenzaron a hablar con libertad sobre ciertos asuntos de negocios. De todos es conocido que las conexiones políticas de su familia llevan casi dos décadas reportándoles pingües beneficios. De hecho, los tres hermanos, Francisco, Pedro y Manuel han adquirido desde la desamortización del treinta y cinco importantes terrenos y fincas a lo largo y ancho de las provincias de Sevilla y Huelva. Con anterioridad, esos terrenos habían sido, en su mayoría, propiedad del cabildo.

El negocio es bien sencillo: comprar bajo y vender alto. El truco está en ser el primero en enterarse o el único en pujar por los bienes. Por todos es conocida la habilidad de los hermanos para amoldar las voluntades de políticos y funcionarios a sus intereses.

Durante la comida, Pedro Romero Balmaseda empezó a quejarse con amargura a José de Salamanca de haber tenido que vender varias propiedades, entre ellas un heraldo situado en Huelva, al duque de Montpensier.

Según él, le habían obligado a desprenderse de la propiedad por el mismo dinero por el que la había comprado dos años antes lo que, en términos contables, convirtió la inversión en un completo fracaso.

Para los Romero Balmaseda, desde la llegada del duque de Montpensier a Sevilla su influencia había disminuido hasta el punto de que cuando no es el propio Orleans el que compra primero, son ellos los que se ven obligados a venderle las mejores adquisiciones.

A Mozo, que hasta ahora había pasado desapercibido, se le ocurrió entonces insinuar que, si conseguían que Montpensier abandonase Sevilla, la situación volvería a ser de nuevo beneficiosa para los Romero Balmaseda. Al decir esto logró captar la atención de los cuatro comensales que compartían mesa con él.

Hasta ese momento había sido invisible para ellos. Una pieza más del mobiliario. Con todas las miradas centradas ahora en él, un estruendoso silencio invadió la mesa.

Un silencio que hizo pensar a Mozo que acababa de tirar por la borda todos sus esfuerzos para llegar a donde estaba.

¿Acababa de dilapidar con su indiscreción años de servidumbre, humillaciones y desprecios soportados? La duda empezó a corroer su maquiavélica mente.

—¿Cómo dice? —se interesó el marqués de Salamanca.

Sintiéndose perdido, Mozo puso su atención en la copa de brandi que tenía en la mano y dio una bocanada al puro que fumaba hacía rato. Al hacer esto tenía la esperanza de que el asunto se diese por zanjado.

Muy a su pesar, el marqués de Salamanca insistió:

—Perdona, ¿qué es lo que ha querido decir?

Al no obtener respuesta, don José de Salamanca quiso tranquilizarlo.

—Le ruego que hable con libertad. Le prometo que lo que diga a partir de ahora quedará en esta mesa —aseguró.

En ese momento, don José señaló con el índice al resto de los comensales a modo de advertencia y estos asintieron.

Mozo, sin más opción que la de tirar para adelante con el argumento, insistió en que la única manera de que Montpensier dejase de menoscabar los beneficios de los Romero Balmaseda era provocar su salida de la ciudad.

Resulta evidente que, para conseguirlo, debería acontecer un hecho de tal magnitud que el hijo de Luis Felipe I tomase la decisión de alejarse de la capital andaluza.

—¿Matarlo? —susurró entonces Pedro Romero Balmaseda.

—Eso sería un desastre —repuso Le Roy.

El banquero justificó, a continuación, la inconveniencia del asesinato argumentando que, aunque don Antonio de Orleans no era querido ni por su majestad, Isabel II, ni por Napoleón III, no dejaba de ser el cuñado de aquella y el contrapeso a las aspiraciones españolas en media Europa que el rey francés había infiltrado en la corte isabelina.

Tras un nuevo silencio, Le Roy apuntó a la princesa de Asturias, Luisa Fernanda, como posible objetivo:

—Al morir ella, al viudo no le quedará ningún parapeto ante la reina y tendrá que marchar al exilio.

Salamanca rebatió de inmediato el argumento del banquero asegurando la total inconveniencia de atentar contra la hermana de la reina:

—María Cristina no consentirá jamás, por mucho que odie a Montpensier, sacrificar a su favorita —aseguró don José.

Sin una aparente solución, la idea parecía abocada al fracaso. En ese momento, en ese preciso momento, Mozo hizo la apuesta de su vida:

—María Isabel —espetó de repente.

Todos se miraron, asombrados por lo que acababan de oír.

María Isabel. Infanta de España. Primogénita de los duques de Montpensier. Sobrina de la reina. Una niña de cuatro años.

Antes de que pudiesen reaccionar como lo haría cualquier persona cabal, Mozo se apresuró a explicar el porqué de su elección.

—La infanta —argumentó el ambicioso diplomático— no es más que una niña, lo sé. Puede parecer un crimen horrible, pero tengamos en consideración un par de cuestiones: los duques tienen dos hijas más. Tal y como están las cosas en Sevilla es probable que si no es el tifus sea el cólera el que se la lleve antes de cumplir la mayoría de edad. Además, de todos es conocido el carácter piadoso y melancólico de la hermana de la reina. Perder de esa forma tan trágica a su primogénita provocaría en ella el irrefrenable deseo de dejar Sevilla y alejarse de todo lo que tenga que ver con la muerte de su hija.

Tras dar un gran trago de brandi, el mismísimo don José de Salamanca y Mayol, primer marqués de Salamanca, duque de Los Llanos y grande de España fue el que, ante el sepulcral silencio que se hizo en la mesa, decidió intervenir:

—¿Cómo has dicho que te llamabas, hijo? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Felipe Mozo Bernal. Agregado en la Embajada de París. Soy hijo de Felipe Mozo de Sos, caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando por la gracia de su serenísima majestad el rey don Fernando.

Una sonrisa del marqués de Salamanca bastó para que la suerte de una niña de cuatro años estuviese echada.

# 34

## Colt 1851 Navy

12 de abril (Miércoles Santo)

Aún faltan quince minutos para las dos cuando Benito y Federico entran por la puerta de la frutería. Doña Fernanda está atendiendo a una mujer cuando ve llegar a su hijo.

—Hola, madre. Venimos a comer.

—¿Venimos?

—Sí. El doctor Federico Rubio y yo estamos trabajando juntos en un asunto y he pensado…

—¡Ah! —interrumpe, doña Fernanda, sorprendida—. ¡Es usted! ¡Qué joven! Ya ha estado aquí tu tía Encarna y me ha puesto al día. Encantada, señor Rubio.

—Ella es Fernanda, mi señora madre —interpela el policía.

—El placer es mío, doña Fernanda. Disculpe este atropello, pero su hijo ha insistido —se disculpa el doctor sorprendido por la juventud y lozanía de la madre de su compañero.

—¿Atropello? ¡Qué atropello! Al contrario, es todo un honor que un cirujano de su categoría coma en mi casa. Además, hoy comeremos matelote de anguila. Ya verá usted qué rico. Pero Benetín, hijo, pasad dentro, qué haces ahí… Entra y sírvele a don Federico un aperitivo y un vino. Termino con doña Paquita y estoy con vosotros.

Ambos pasan por la trastienda camino a la cocina. Al observar el género de algunas estanterías al doctor se le aclaran varias dudas. Ahora comprende la familiaridad con la que El Besugo ha tratado a Benito. Entiende también que su compañero insistiera en ir a ver a los estraperlistas y le parece lógica la tranquilidad con la que le habló al

secretario del duque sobre el soborno de Rodríguez de Tejada. Lo que no alcanza a entender ahora es cómo el hijo de una estraperlista se ha hecho policía, pero no es el momento de preguntarlo.

Llegan a la cocina, un espacio amplio en el que el olor del matelote lo inunda todo. Benito busca en la despensa y saca una damajuana de vino y dos vasos. Los coloca en la mesa situada en el centro de la estancia. De un lebrillo extrae un cazo de aceitunas aliñadas y las sirve en una cazuelita de barro. Coloca unas rodajas de pan que ha cortado en un plato y las riega con aceite y sal. Federico observa con atención cómo el policía se desenvuelve en la cocina. Le queda claro que es su estancia favorita de la casa.

—Pero, siéntate, hombre —comenta Benito tras darse cuenta de que el doctor permanece de pie—. No te quedes ahí.

Ambos toman asiento. Benito acerca a Federico uno de los vasos y le sirve vino.

—Ya verás lo rica que está la manzanilla. Nada que ver con el agua sucia que nos hemos tomado en San Vicente.

Federico la prueba y asiente ratificando la calidad anunciada.

—Con lo buena que está y mi señora madre la utiliza para la comida. ¡Qué desperdicio, Dios mío! ¡Manzanilla en rama para la olla!

—Sí que está buena —interviene Federico—, la verdad.

—¿Y las aceitunas? ¡Pruébalas, ya verás! Las aliña mi madre según la receta de mi tía Antoñita.

Federico toma una y se la come. De inmediato, coge una segunda y una tercera aceituna.

—¿A que sí? Riquísimas, ¿verdad?

—De las mejores que he probado en mi vida —afirma Federico.

—Luego te llevas unas pocas. Así las prueban también en tu casa.

Doña Fernanda, que ha terminado mientras tanto de atender a la clientela, entra en la cocina.

—¡Ea! Pues ya estoy aquí. ¿Qué tal todo? ¿Le gusta a usted el vino, don Federico?

—Riquísimo, doña Fernanda. Y las aceitunas están para chuparse los dedos, si me lo permite.

—Pues no tienen nada, don Federico. Lo más sencillo de hacer. Paciencia, cambiar el agua cuando toca, un buen vinagre, mucho ajito, sus pimientitos, orégano y sal. Sencillitas. ¿Y el aceite, qué me dice del aceite? —se interesa doña Fernanda.

—Aún no lo he probado —se disculpa Federico.

—Pues le va a encantar —asegura ella mientras se acerca a la olla y mueve con un cucharón de madera el matelote—. Me lo traen de un molino de Espera… A la comida le quedan cinco minutos. Voy a cerrar para que no nos molesten. De todas formas, a la hora que es, ¿quién va a venir? Y si no, que hubiera venido antes.

Doña Fernanda sale de la cocina. Benito, al ver que Federico apura el vaso de manzanilla, le sirve otro.

—Bueno, ¿qué? ¿No me vas a preguntar nada?

—¿Preguntar? ¿Qué quieres que te pregunte? —contesta el doctor.

—Por la trastienda, por qué va a ser.

—¿La trastienda? ¿Qué pasa con ella?

Benito sabe que Federico ha visto el tabaco, el café y el chocolate. Ambos se miran en silencio durante unos instantes. El policía se sirve un segundo vaso de vino.

—¡Salud, amigo! —invita a brindar el policía alzando el vaso.

—¡Salud! —responde Federico sonriendo.

—Pero… ¿No vas a probar el pan con aceite? ¡Umm! Está divino. —Se relame Carrasco tras darle un mordisco a una rodaja.

Doña Fernanda regresa. Coge tres platos hondos, cucharas soperas y un vaso de la alacena. Dobla y dispone tres servilletas de tela sobre la mesa y se dirige a la olla. La aparta del fuego y echa una abundante ración de matelote en cada plato. Ayudándose de un paño para no quemarse, sirve la humeante comida.

—¡Ay, la silla! Es que, como a diario lo que necesitamos son dos —se excusa dirigiéndose al doctor.

Federico hace ademán de levantarse, ante lo que doña Fernanda se apresura, dando una palmada en el hombro de Benito, que ya se disponía a comer, y le ordena que se levante.

—Anda, Benetín, tráele a tu madre una silla de la salita, ¿no? —le reprocha la anfitriona.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Voy, voy. —Benito se levanta, no sin antes meterse en la boca la primera cucharada de matelote—. ¡Ufff! ¡Cómo quema!

—¿No va a quemar, hijo? Pues no sabes que ha estado en el fuego… Este niño…

Durante el almuerzo, doña Fernanda no ha perdido oportunidad para preguntar a Federico sobre varios asuntos. En primer lugar, se ha interesado por su familia. Le ha preguntado por el estado de salud de sus padres y de su hermana. Le ha preguntado por Victoriana con un tono de conmiseración.

—Pobrecita, ¡qué pena! —ha dicho.

Luego se ha interesado por si tiene más familia. Le ha contado que el brigadier Chaín apreciaba mucho a su padre. Que fue una lástima que le obligaran a despedirlo.

—Cosas de la política, ¡qué pena! —ha lamentado.

Le ha dicho que lo recuerda, con apenas dos o tres añitos, en las rodillas del brigadier, sonriendo con un cartucho de dulces y la boca llena de azúcar.

Federico ha contestado, una a una, con paciencia, cada pregunta que la madre de Benito ha ido haciendo. Incluso ha mentido cuando le ha pedido su opinión sobre el matelote.

—Riquísimo, doña Fernanda —ha aseverado, sin dudar.

Benito no ha podido evitar sonreír al oírlo.

—¡Madre! —ha intervenido Benito—. Estás agobiando a Federico. Déjalo comer tranquilo.

—¡Bueno, hijo! Estoy siendo cortés. Es que yo conozco a sus padres. ¿Qué quieres que haga, que no le pregunte por su salud? Pues vaya modales tendría entonces. Eso no es lo que has aprendido tú en casa.

Benito se arrepiente de haber hablado. Agacha la cabeza y toma una

cucharada más de matelote.

Apurados los platos y tras rechazar los dos jóvenes una nueva ración con tanta cortesía como han podido, doña Fernanda los ha retirado y ha sacado una botella de aguardiente de Cazalla de la Sierra y dos vasos limpios.

—Esta cazalla la guardo para las ocasiones especiales —ha comentado orgullosa.

Ha preparado un plato de pestiños enmelándolos con destreza. Con permiso del doctor, la madre de Benito se ha recreado en las propiedades del aguardiente para las dolencias digestivas y en las de la miel para la garganta. Federico, prudente, ha asentido y se ha abstenido de corregirla.

—Bueno, pues os dejo con el postre. Yo voy a ir a descansar un rato si no os importa —advierte ahora doña Fernanda—. Dele usted recuerdos a sus padres de mi parte. Dígales que soy Fernanda, la hija del Coquina. Ellos sabrán.

—Así lo haré, señora. Muchas gracias por la comida.

Federico se levanta y espera, como manda el protocolo, a que la madre de Benito salga de la cocina. El policía, por su parte, sirve el aguardiente con una mano mientras que con la otra agarra y se lleva a la boca un pestiño. El doctor se vuelve a sentar. Benito lo mira y sonríe.

—Cómo habla, ¿verdad? Es que no para. Con ella nunca te aburres.

—Tienes mucha suerte, Benito. Se nota que es una mujer fuerte y que te cuida.

—La verdad es que no puedo quejarme. En fin, creo que deberíamos terminarnos los pestiños y salir para la Casa del Capellán, ¿no te parece? —argumenta Carrasco a la vez que se mete otro pestiño en la boca.

—¿Terminarnos los pestiños? Pero si hay al menos una docena.

—Bueno, ya que están enmelados…

Federico mira a Benito con cariño y coge uno.

Cuatro pestiños y dos vasos de Cazalla más tarde, Benito se levanta y

le pide a Federico que lo disculpe un momento.

—Voy a despedirme de mi madre y enseguida salimos. Todavía quedan tres pestiños.

Federico, quizás obligado por la insistencia del policía, coge otro más.

Carrasco sale de la cocina y, a pesar de lo que le ha dicho a Federico, pasa de largo la sala de estar, donde su madre se encuentra descansando en la mecedora, y se dirige a su habitación. Una vez dentro, entorna la puerta y ayudándose de un taburete consigue hacerse con un maletín de madera que se encuentra encima del armario. Lo pone con sumo cuidado sobre la cama y lo abre. El maletín, forrado de terciopelo rojo, contiene un revólver Colt 1851 Navy. Benito comprueba que está cargado y se lo guarda en el interior de la levita.

Ni siquiera su madre sabe que tiene un arma en casa. De enterarse, no lo consentiría jamás. Doña Fernanda siempre ha sido contraria a tener cualquier tipo de armas en casa, a excepción, claro está, de la espada del brigadier.

Siempre ha rechazado las propuestas de sus contactos para ampliar el negocio con la venta de pistolas y munición, a pesar de que le han insistido en que es un negocio más lucrativo que el tabaco o el café. La madre de Benito se ha negado de forma categórica a ese tipo de comercio:

—Lo mío es un negocio honrado —ha dicho siempre—. ¿Armas? No podría dormir tranquila pensando en el daño que se hará con ellas.

A Benito, en cambio, siempre le han atraído. Sobre todo, las pistolas. Ese fue uno de los acicates, junto a su deseo de salir de Sevilla, que le condujo a alistarse en el ejército. A pesar de que en Cataluña ha visto el daño que causan, siempre lo ha excusado:

—Las armas no son las culpables, son los que las utilizan —argumenta cada vez que tiene ocasión.

En el caso concreto del Colt Navy se puede decir que fue amor a primera vista. Hace tres meses se la vio colgada del cinto a Jaime el Toro Brown, habitual proveedor de su madre. No pudo resistirse a preguntarle. Jamás antes había visto una preciosidad así. Brown, orgulloso, se la mostró.

—Tambor de seis recámaras y un calibre de .036 con bala redonda de

plomo —comentó pavoneándose el contrabandista—. El alcance y la velocidad son extraordinarios.

»Una vez realizado el proceso de carga de los cartuchos de papel combustible y dispuestos en las chimeneas las cápsulas fulminantes, el revólver está preparado para disparar, accionando el percutor y el gatillo de forma alternativa, hasta en seis ocasiones en menos de treinta segundos.

Fascinado, Benito preguntó a Brown cómo conseguir uno. El gibraltareño le indicó entonces que no era sencillo y mucho menos barato.

La escasez de unidades de este revólver se debía, según le explicó, a que la práctica totalidad de la producción del arma, fabricada en Lieja por Jean Baptiste Hanquet, iba destinada a los ejércitos ruso y turco que combatían, frente a frente, en la guerra de Crimea.

La insistencia de Benito fue tal que Brown no tuvo más remedio que comprometerse, previo pago, eso sí, a conseguirle uno.

El día que el Toro bajó del barco y le entregó el estuche, se sintió como un niño con zapatos nuevos.

Con suma cautela y aprovechando que su madre repasaba el género recién llegado, Benito se encerró en su cuarto y se apresuró a abrir su nueva adquisición. En el estuche, junto al revólver, venían todos los utensilios necesarios para su correcta carga y cuidado.

Además, Brown le había añadido un par de cajas extra de munición. De cerca, el revólver superaba incluso sus expectativas. En el guardamontes se podían leer las iniciales «D. R.» punzonadas y en la solapa del cañón, «Colt Brevette».

En cualquier caso, lo que más le gusta a Benito es el hermoso grabado del tambor. En él se representa a un cazador abatiendo a un venado con la ayuda de sus perros. La maestría y el detalle alcanzado por los armeros belgas son, a su juicio, extraordinarios.

Sin perder tiempo, se apresuró a cargarla con la intención de probarla ese mismo día en un huerto al que iba de niño, pero entonces su madre llamó a la puerta.

—¿Qué haces, hijo? —le preguntó entre curiosa y enfadada— ¡Venga, abre ya y ven a ayudarme!

Carrasco volvió a colocar, ya cargada, el arma en el maletín y la subió al armario, lejos de la vista de su curiosa progenitora. Desde ese día, cuando no ha sido por una cosa ha sido por otra y el caso es que aún no ha podido probar el revólver.

—Hoy es el día —murmura—. Si se ponen a tiro… esos enanos hijos de puta van a comer plomo.

El policía vuelve a colocar el maletín vacío encima del armario, retira el taburete y sale de la habitación. Antes de volver a la cocina entra en la sala de estar. Observa por un instante a su madre que, medio dormida, sigue balanceándose en la mecedora. Carrasco fija los ojos en la espada y el uniforme del brigadier Chaín que están colgados en la pared del fondo. Se acerca a su madre y le da un beso en la frente. Esta, sin abrir los ojos, le sonríe.

—Con honor y valentía. Hoy estarás orgulloso de mí, padre —murmura mientras se santigua.

Tras este improvisado ritual entra en la cocina y se dirige a Federico, que permanece sentado, en silencio, con el vaso de Cazalla, aún a medias, en la mano.

—¿Nos vamos, Federico?

—Nos vamos, Benito —afirma el doctor apurando el aguardiente antes justo de levantarse.

# 35

## Los lobos

12 de abril (Miércoles Santo)

La cabeza de lobo de plata que adorna el bastón de Mozo golpea la impresionante puerta de madera labrada de la casa de Iribarren. De inmediato, un sirviente abre y con mirada serena aguarda a que el caballero diga su nombre.

—Felipe Mozo Bernal —informa el diplomático.

—Buenas tardes, señor Mozo. Sígame si es tan amable.

Mozo, dos pasos por detrás del otro, sube la imponente escalera central de mármol que preside el fondo de la entrada. Una vez arriba, giran a la derecha y recorren un amplio pasillo hasta llegar a la biblioteca.

—Pase, usted —dice el sirviente—. Los señores toman el aperitivo. La comida se servirá en veinte minutos.

Al cruzar la puerta, un segundo asistente ofrece al diplomático una copa de vino sherry de la bandeja que porta. Mozo acepta el ofrecimiento y entra en la estancia.

En la biblioteca del gobernador civil de Sevilla, un espacio amplio y diáfano, hay dos grupos: uno compuesto solo por hombres y un segundo en el que tres mujeres, dos señoras y una joven, conversan con dos caballeros.

En el primer grupo, Mozo consigue identificar a primera vista al anfitrión, Francisco Iribarren, a los hermanos Romero Balmaseda y a Le Roy. Este último, al verlo llegar le hace una señal con la copa para que se acerque.

—¡Hombre, Mozo! Por la hora que es, creíamos que ya no venías —le

recrimina en tono amable el banquero.

—Disculpe, don Manuel. He querido comprobar, justo antes de venir, que todo está preparado.

—¿Y…?

—Todo en orden.

—Me alegro mucho. Bien, creo que me corresponde a mí hacer las presentaciones oficiales. Su excelencia don Francisco Iribarren Armero, gobernador civil de Sevilla y anfitrión.

—Un placer, su excelencia —afirma Mozo haciendo una reverencia.

—Don Félix Alcalá Galiano, capitán general de Andalucía.

—Mucho gusto, señor.

— Y ya conoces a Pedro y Manuel Romero Balmaseda.

—Señores…

—Me alegro de conocerlo, joven —comenta el militar—. La verdad es que tanto el amigo Le Roy como los hermanos Romero Balmaseda nos han hablado muy bien de usted. Dígame, ¿todo en orden?

—Todo en orden, señor. En perfecto estado de revista, si me permite la expresión —ironiza Mozo.

—Si me disculpan, señores —interviene Le Roy—, quisiera que el resto de los invitados conociesen a don Felipe.

—Por supuesto, faltaría más —le disculpa Iribarren.

En el segundo grupo, más heterogéneo, Mozo ha identificado, no sin sorpresa, que se encuentra la famosísima bailarina Josefa Vargas.

Desde hace años, Felipe admira el arte de la Vargas. Cada vez que la joven gaditana ha actuado en Madrid o en París, ha hecho todo lo posible por acudir al teatro.

—Señoras, caballeros, si me permiten que les presente —solicita Le Roy—. Este es don Felipe Mozo Bernal, el caballero al que estábamos esperando.

Tras una breve y protocolaria pausa, prosigue con las presentaciones:

—Le presento a doña Dolores Fernández de la Somera y Lassaletta, esposa de su excelencia el gobernador civil. Doña Juana María de Sobremonte y Larrazábal, viuda de don José Joaquín Primo de Rivera. La señorita Josefa Vargas. Los caballeros son don Charles Pickman Jones y don Francisco Jorge Rossi Oneto.

Hechas las presentaciones y reverencias que manda el buen gusto, es la viuda quien se dirige a Mozo:

—Es usted más joven de lo que me imaginaba, don Felipe. Espero que su estancia en Sevilla esté siendo agradable.

—Lo es, señora. Muchas gracias por su interés.

El acento de doña Juana María de Sobremonte y Larrazábal, viuda de Primo de Rivera, le es desconocido al diplomático. No en vano, la viuda nació en la ciudad de Córdoba del Tucumán, donde su padre, el marqués de Sobremonte, ejercía, antes de ser nombrado virrey, gobernador y capitán general del Virreinato del Río de la Plata, como gobernador intendente.

Tras los tristes sucesos acaecidos en Montevideo, donde los traidores abandonaron a su padre y a su esposo ante la segunda invasión inglesa, los Sobremonte y los Primo de Rivera hubieron de volver a la Madre Patria con la amargura de la vergüenza. Repuestos de aquellos ominosos episodios, su marido, senador vitalicio, y ella se establecieron en Sevilla. Con el tiempo, se han convertido en terratenientes.

El fallecimiento de su esposo hace algo menos de un año ha obligado a doña Juana a elevar a conocimiento público lo que ya era un secreto a voces en los corrillos y las tertulias. Ella es, y siempre ha sido, la que ha manejado los asuntos pecuniarios de la familia. Gracias a ella, los Primo de Rivera se han situado en la élite de propietarios de la ciudad.

La viuda, que ha permanecido hasta ese momento sentada en un elegante sillón de madera dorada junto a la apagada chimenea, se levanta y, tomando del brazo al joven diplomático, lo aparta del grupo. La bailarina gaditana los acompaña.

—Me asegura Josefa, mi protegida, que su hombre ha tenido ciertos problemas y que es una persona muy inclinada a sufrir ataques de ira. ¿Tenemos algún motivo para preocuparnos?

Mozo Bernal la mira durante un instante y sonríe.

—Por supuesto que no, señora. Entienda que, después de un mes en esa fonda en la que lo han alojado, hasta el mismísimo santo Job tendría un ataque de ira. No debe preocuparse. El motivo de mi retraso no ha sido otro que el de supervisar en persona que todo está en orden —asegura Mozo.

—Me tranquiliza. Ni que decir tiene lo importante que es, en el asunto que nos concierne, dejar atados, y bien atados, los cabos sueltos.

—Quedarán, señora. Le doy mi palabra de que no habrá ningún cabo suelto.

En ese momento, un sirviente se acerca e informa a los tres de que pueden pasar al salón principal. El ágape comenzará en unos minutos.

# 36

## En garde

12 de abril (Miércoles Santo)

El doctor Federico Rubio mira la espesa oscuridad que inunda el interior del cañón del Colt 1851 Navy. Está aterrorizado. Paralizado. De su oído izquierdo comienza a brotar un hilo de sangre. Guarda silencio. No le quedan argumentos. Sabe que, a esa distancia, el impacto es mortal. No hay ninguna posibilidad de salvación. La suerte está echada.

Le sobreviene un pensamiento: está en paz consigo mismo. Ha hecho lo que debía. No le quedaba otra. Solo siente no poder despedirse de su familia. Lamenta no poder volver a abrazar a Maripaz, a sus hermanas, a Pepe, a su tía, a sus padres y a Sol, su pequeña Sol. Lo demás carece de importancia.

Era imposible prever que la deriva de los acontecimientos lo llevara a estar en semejante situación. Le duele también por Benito. No es rencor. ¿Lástima, tal vez? Ahí está, apuntándole a la cara con el percutor del revólver amartillado.

Hace apenas media hora se cruzaron a mitad de la calle Baños con los bandolerillos y nada indicaba que las cosas se torcerían de esta manera. De hecho, todo empezó mejor de lo esperado.

Con el grueso de la banda camino del Santo Ángel, en la Casa del Capellán solo quedaba el pequeño vigía que, sentado en su caja de madera, andaba distraído y confiado tocando las palmas.

Al pasar por su lado, sin previo aviso, Benito realizó un acompasado y único movimiento. Como si se tratase de una coreografía, agarró al crío por el cuello con una mano y con la otra le tapó la boca. En volandas lo introdujo con un giro de noventa grados en el interior de la casa. Él, que se había quedado un par de pasos por detrás, siguió la

trayectoria del policía y también entró. El chaval intentó zafarse sin éxito de su captor pataleando y golpeando con sus pequeñas manos.

—Vamos, Federico, busca algo con lo que podamos amordazarlo y atarlo —le pidió el policía.

Echó un rápido vistazo a la mugrienta estancia y consiguió localizar unos harapos en un rincón. Junto a la puerta observó que también estaba el bastón de Petit.

—¿Valdrán? —preguntó a su compañero mostrándole las raídas telas.

—Sí, eso mismo servirá.

Benito sentó al crío en el mismo rincón que antes ocupaban los harapos, lo ató de pies y manos y lo amordazó. El miedo podía verse reflejado en los ojos del pequeño de manera cristalina. Entonces, el policía se plantó en cuclillas frente a él:

—Vamos a ver, pequeño saco de mierda. Te voy a hacer una pregunta y te la haré una sola vez. ¿Dónde guardáis el botín? Quiero que me señales dónde está. Te advierto que si me engañas volveré y te machacaré la cabeza contra la pared. Te lo juro por la Virgen del Carmen. ¿Has entendido?

Sin más, el pequeño vigía agachó la cabeza. Lo siguiente que ocurrió fue triste para Federico. Benito golpeó al crío en el oído con la palma abierta. Fue tal la violencia del golpe que el chaval cayó de lado al suelo.

—¿Qué haces, Benito? —le recriminó Federico—. ¡Por Dios! ¡Es solo un crío!

—No te metas en esto, Federico. Yo sé lo que me hago. Este pequeño cabrón sabe ahora que voy en serio.

Acto seguido, incorporó al crío e insistió en el interrogatorio:

—Bien, desgraciado —amenazó Benito a la vez que cogía una barra de hierro cercana—. ¿Ves lo que pasa si no contestas? Te lo preguntaré de nuevo y ahora, como puedes ver, si no contestas no será mi mano la que te acaricie la cara. ¿Dónde está el botín?

Ante la falta de respuesta, Benito se levantó y, con la barra asida con las dos manos, se la llevó hacia detrás de la cabeza preparándose para estrellarla en la del pequeño. Justo cuando la balanceaba, el

bandolerillo cedió y señaló con los índices de las manos atadas hacia un hueco al fondo de la habitación. Desolado, comenzó a llorar y agachó la cabeza hasta hundirla en las rodillas. Así, en posición fetal, se quedó en el rincón.

—Muy bien, campeón —dijo entonces Benito—. ¿A qué no era tan difícil?

Paralizado ante tanta crueldad, Federico no daba crédito a lo que acababa de presenciar. El mismo joven charlatán, fiel, ingenuo y a veces inseguro con el que había convivido buena parte de los últimos tres días, parecía haberse transformado en otra persona: un ser capaz de aterrorizar y golpear a un niño pequeño sin el más mínimo atisbo de duda ni arrepentimiento.

—Venga, Federico. No te quedes ahí. Tenemos que buscar los cuadernos y el reloj.

Sin tiempo para pensar, siguió al joven policía hasta la estancia que se hallaba detrás del hueco. Nada más entrar, se sorprendió de lo amplia que era y lo limpia que estaba. Muy al contrario de lo que cabría esperar, las paredes estaban recién encaladas. Una enorme mesa de madera, a la que habían cortado en parte las patas para hacerla más baja, dominaba en el centro. Flanqueada a cada lado por cinco sillas con asiento de enea, la presidía un gran sillón de barbería hecho de caoba.

Al fondo, colocados a modo de pirámide, seis baúles: tres debajo, dos en el primer piso y uno en la cúspide. Sobre la pared de detrás colgaba un tapiz en el que se representaba a una jauría atosigando a un ciervo de siete puntas. De no haber sido la guarida de unos bandolerillos harapientos, podría apostar a que se trataba de una gran sala del trono. Al ver los baúles, Benito no dudó ni un instante:

—¡ Hijos de puta! —exclamó airado—. ¡Mierda veo, mierda quiero!

De inmediato, se lanzaron a abrir y buscar en los baúles. En el primero, el que estaba en la cúspide, lo único que hallaron fue comida. Morcillas, chorizos, tocino, huevos y pan, mucho pan. Una vez hubieron descartado que debajo de las viandas hubiese algo de lo que buscaban, bajaron el baúl al suelo y comenzaron con el segundo nivel. En ese momento, la suerte les sonrió a medias.

Para avanzar más rápido habían decidido que cada uno mirara en uno de los baúles. Tras unos intensos minutos rebuscando, Benito sacó de su baúl, tirando de la cadena, un labrado y brillante reloj de bolsillo.

Ahí estaba. Inconfundible. Con su solitaria manecilla. Era el reloj de monsieur Petit. Una sonrisa asomó a los labios del policía.

—Voilà! —exclamó entusiasmado.

Impactado aún por todo lo que estaba pasando, Federico ni siquiera contestó y siguió buscando. Los cuadernos no podían andar lejos. Otro error, uno más. Por mucho que buscaron en los dos baúles, los cuadernos no aparecieron. Federico mantuvo la esperanza. Aún quedaban los tres de abajo. Sin embargo, al abrirlos, descubrieron que estaban vacíos.

Su desolación no fue secundada por el policía quien, con arrojo, volvió a la primera sala. Acurrucado en el rincón, el pequeño vigía seguía sollozando.

Al verlo venir, el crío intentó hundirse aún más en la oscuridad de aquellas paredes. Benito lo agarró de las piernas y lo arrastró un metro. Luego, lo incorporó.

Mostrándole el reloj, le preguntó:

—¿Dónde están los cuadernos? ¿Dónde?

El pobre chaval se encogía de hombros y negaba con la cabeza. Justo cuando el policía se disponía a propinar un nuevo guantazo al chico, intervino Federico:

—¡Espera, espera! —le pidió—. ¿Tienes ahí tu cuaderno de notas?

Benito se giró y asintió.

—Enséñaselo —le solicitó—. Estoy seguro de que no sabe ni siquiera qué es un cuaderno.

En efecto, cuando Benito sacó su librillo y se lo mostró al chaval, este, sin pensarlo, señaló hacia una estera de esparto que colgaba de la pared.

Al acercarse a ella pudieron apreciar que detrás había otro hueco. En esta tercera estancia se encontraba una especie de aseo rústico en el que, por lo visto, hacían sus necesidades.

Al fondo había un tablón con un agujero colocado de forma estratégica sobre un barreño enterrado en el suelo. Junto a la pared, un montón de papeles, trapos y, «¡Eureka!», un cuaderno de cuero.

Federico lo cogió y lo guardó. Buscó y rebuscó alrededor pero no encontró ninguno más.

—¡Joder! —clamó contrariado—. ¿Y los otros?

—¿Qué? —preguntó Benito.

—¡Los demás cuadernos! ¡Solo hay uno!

—Pues ni idea. Lo habrán utilizado. Yo qué sé…

Miraron dentro del agujero y vieron el barreño lleno.

—¡Argggggg! —zanjó Benito.

Salieron de la habitación con la intención de marcharse lo más pronto posible.

Entonces vieron entrar por la puerta, muy a su pesar, a siete u ocho críos. Un par de ellos se dirigieron a auxiliar al pequeño vigía. Otros dos entraron raudos a la sala del trono. Los cuatro últimos, entre los que se encontraba el «jefe», los miraban amenazantes. Este último había cogido el bastón de Petit. Por su actitud, estaba claro que no iban a permitir que se fuesen de allí de rositas.

El «jefe» liberó con soltura el estoque de la funda de madera del bastón y Benito empezó a bufar.

Con rapidez Federico se hizo una composición de lugar. Calculó que el chico se encontraba a unos cuatro pasos. A pesar de no tener la posibilidad de retroceder, podía desplazarse tanto a izquierda como a derecha. Cogió su bastón como si fuese un florete y se dispuso a afrontar la embestida del chico.

Como experimentado tirador de esgrima, sabía que lo más probable era que el crío blandiese en alto el estoque y lo atacara de frente y con furia. Ante esa posibilidad lo mejor sería adoptar la posición de «en garde», y colocar la empuñadura en cuarta.

El plan era sencillo. Tendría que detener la primera acometida y deshacerse del chaval contraatacando hasta alcanzar la puerta. Una vez en la calle y teniendo en cuenta la proximidad del cuartel, aumentarían sus posibilidades de salir indemnes.

Conforme había previsto, el bandolerillo alzó por encima de su cabeza el estoque con la punta señalando al techo dispuesto a entrar a fondo.

En ese preciso instante fue cuando se torció todo.

Un estridente sonido metálico resonó junto a su oído causándole de inmediato un intenso dolor y obligándole a cerrar los ojos.

Sin tiempo para reaccionar, un segundo estallido le hizo agacharse. Cuando consiguió girarse y mirar, no podía creer lo que estaba viendo. Benito asía con firmeza una humeante arma de fuego. Dos tiros. Dos proyectiles que, como pudo comprobar de inmediato, acababan de impactar en el frágil cuerpo del crío que, un instante antes, se disponía a embestirle.

Su reacción fue inmediata e instintiva. Al ver al chico en el suelo, sangrando y gritando, se lanzó sobre él con la intención de protegerlo.

—¿Qué has hecho, Benito? ¿Qué locura es ésta? ¿No ves que es un niño? —le reprochó mientras protegía con su propio cuerpo al chaval.

Al oír los disparos, los demás chicos corrieron de inmediato hacia afuera y desaparecieron en desbandada. El herido se retorcía de dolor en el suelo y chillaba. Benito, por el contrario, se acercó con la mirada vacía y el rostro inexpresivo.

—Quita de ahí —ordenó a Federico.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¡Por Dios!

—Justicia. Voy a hacer justicia. Por Martín y por Petit.

—¡Esto no es justicia! ¡Esto es venganza! ¡Guarda eso! ¡Los guardias lo habrán oído todo y estarán al llegar! ¡Guarda eso, te lo suplico! —clamó Federico en un último intento de frenar a Benito en su propósito.

—Si no te quitas inmediatamente… —espetó Benito amenazante.

En ese momento, el agente de segunda del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad Benito Carrasco Carrasco dio un paso al frente y le apuntó a la cabeza.

# 37

## Redención

12 de abril (Miércoles Santo)

Federico acaba de darse cuenta de que, a pesar de haber visto, olido y escuchado tantas veces a la muerte, no puede evitar sentir miedo y se sorprende a sí mismo, quizás por última vez en su vida, cerrando los ojos para no ver llegar la suya.

Entonces consigue oír y distinguir, por encima de los gritos del chico, cómo el martillo percutor del Colt Navy vuelve poco a poco a su posición inicial.

Suspira y vuelve a abrir los ojos. Lo que ve ante sí es a un Benito tembloroso, balbuceante, avergonzado y arrepentido. Cuando sus miradas se cruzan, el policía agacha la cabeza.

—¡Vamos, no te quedes ahí! ¡Guarda eso! —exclama Federico—. ¡Haz lo que yo te diga! ¡Rápido, ven!

El joven policía duda en un primer momento, pero, ante la insistencia del doctor, guarda el revólver en el interior de su levita y se sitúa junto a él.

—¡Cógelo! Debemos llevarlo a la consulta. Si llegan los guardias, no digas ni una palabra —ordena Federico—. ¿Entendido?

A la par que Benito consigue coger entre sus brazos al crío, aparecen por la entrada dos jóvenes soldados de infantería. Fusil en mano y nerviosos, apuntan a los dos hombres que encuentran en el interior.

—¿Qué pasa aquí? —inquiere uno de ellos—. ¡Alto o disparo!

—¡Soy médico, soy médico! —grita Federico mientras levanta las manos—. ¡Le han disparado!

Los soldados, desconcertados, se miran el uno al otro sin saber muy bien qué hacer. La escena no cuadra, desde luego, con lo que esperaban encontrar hace un minuto cuando, desde la puerta del cuartel, oyeron dos disparos y vieron a los críos salir de la Casa del Capellán corriendo y dispersarse.

En vez de a unos maleantes, ven a dos hombres bien vestidos y aseados que parecen estar ayudando a uno de los chiquillos que malviven en esta pocilga.

—¿Qué ha pasado? —insiste el soldado.

—¡Le han disparado! —responde con voz firme Federico—. Debemos llevarlo al hospital.

—¿Al hospital? —duda el segundo soldado—. ¿Y por qué no al cuartel?

—¡Al hospital, he dicho! —les reprende con autoridad.

—De acuerdo, doctor —responde uno de ellos—. Tranquilícese, por favor. ¿Cómo lo hacemos?

—¡Salgan ahí fuera y detengan el primer carruaje que pase! ¡Vamos, no se queden ahí como pasmarotes!

Los gritos de dolor del chico y la cara de pánico de Benito refuerzan, ante los soldados, la sensación de urgencia.

Salen a la calle y a punta de fusil detienen un landó tirado por cuatro caballos que gira por la calle Redes.

—¡Deténgase! ¡Alto ahí! —gritan los dos soldados.

—¿Qué ocurre? —acierta a decir el estupefacto cochero.

—¡Una emergencia! —interrumpe Rubio—. ¡Llévenos inmediatamente al Hospital Central!

—Pero… no puedo… Los señores… Tengo que llevarlos…

—¡Bajen ahora mismo! —ordena un soldado mientras apunta al interior del landó.

Dos señores descienden del carruaje desconcertados, espantados y con los brazos en alto.

—¡Venga, suban! ¡Suban ya! —interpela uno de los soldados dirigiéndose a Rubio.

Federico, Benito y el crío se aupan al carruaje. El cochero, tras asegurarse de que ya están dentro, arrea a los caballos y se pone en marcha. A pie de calle, se aleja la imagen de los dos soldados que, por los gestos, intentan explicar a los dos señores lo ocurrido.

Dentro del landó, Rubio ordena a Carrasco que coloque al chico sobre uno de los asientos del coche. Al lógico traqueteo del vehículo se le suma la bravura con la que Miguel se revuelve nada más tocar el asiento. Ese gesto no pasa inadvertido para el doctor. A primera vista, ya había observado cómo uno de los proyectiles había atravesado el brazo derecho del crío. La resistencia del chaval a sentarse le lleva a deducir el lugar aproximado en el que ha impactado el otro. A duras penas consiguen colocar al chico de costado.

—¿Cómo te llamas? —intenta calmarlo Rubio interesándose por él—. Dime, hijo, ¿cómo te llamas?

El crío llora y grita de dolor sin parar. Con la mano izquierda intenta agarrarse la derecha. No para de maldecir. Solloza y vuelve a gritar mientras se retuerce de dolor.

—¡Sujétalo, Benito! ¡Debe permanecer así, de costado!

A Federico acaba de quedarle claro que el segundo proyectil se ha alojado en la parte exterior de la nalga izquierda.

Primera evaluación de daños: el tiro del brazo no le preocupa. A unos diez centímetros de la muñeca, parece limpio. Por la poca sangre que brota supone que no ha tocado ni la arteria radial ni la cubital. En el caso de la nalga, aunque el disparo fue cercano, lo más probable es que el proyectil se haya alojado entre el glúteo mayor y el glúteo medio. Le preocupa el nervio ciático. En cualquier caso, lo primero es taponar la herida de la nalga.

Saca su pañuelo y lo oprime con fuerza justo encima del orificio. Unos segundos más tarde, indica a Benito que lo mantenga comprimido en esa zona.

—¡Te vas a poner bien, ya verás! —insiste Rubio dirigiéndose a Miguel.

—¡Malnacidos! ¡Hijos de puta! —responde este mientras no deja de revolverse e intentar escapar del carruaje—. ¡Asesinos!

Rubio mira por la ventana y se percata de que enfilan Resolana del Barrezuelo. Tiene claro que no pueden llevar al chico al Hospital. Habiendo sido Benito el autor de los disparos, si el crío es intervenido y se recupera, el colega que lo atienda tendrá que hacer un informe.

Además, no se trata de una sino de dos heridas de bala. Sabe que no tardarán mucho en dar con ellos y que el futuro que le espera a su compañero será entonces, al menos, igual de incierto que el suyo.

Para que el cochero no sospeche nada, van a parar y bajar lo más cerca del hospital que puedan. Desde ahí volverán a pie para recorrer el trayecto que resta hasta su consulta.

Unos metros más y listo. Con tres sonoros golpes en el exterior de la portezuela, el doctor avisa al cochero.

—¡Aquí mismo! ¡Déjenos aquí mismo!

El conductor sujeta a los caballos y el landó se detiene. Rubio abre la portezuela y salta al exterior. Pone los brazos en posición para que Carrasco le pase al chico. Una vez abajo, salen corriendo en dirección a la puerta del hospital.

Al comprobar dónde están, Miguel no puede creerlo. No se lo explica. Lo están llevando al hospital. No entiende nada.

Cansado por el esfuerzo, se rinde y se desmaya.

Rubio se detiene de repente ante la puerta del hospital y se dirige a Benito:

—¿Se ha ido? ¿Se ha marchado ya el cochero?

El agente se gira y observa cómo el landó se aleja.

—Sí, ya se ha ido.

—Bien. ¡Sígueme, entonces!

El doctor da media vuelta y, a la carrera, con el chico entre los brazos, parece volver allí donde los dejó el cochero. Carrasco lo sigue. Una vez en el punto de partida, Federico cambia de dirección y atraviesa Resolana del Barrezuelo. Bordean la muralla almohade hasta penetrar en la calle Torreblanca. Acelera el paso y unos segundos más tarde se detiene ante el número ocho. Han llegado a su destino.

Tras esa puerta de madera está su consulta. Cede el flácido cuerpo de

Miguel a Carrasco y busca en el bolsillo de su chaleco la llave. Abre y espera a que el policía entre en la consulta. Antes de pasar él y cerrar la puerta, mira a izquierda y derecha intentando asegurarse de que nadie los ha visto llegar.

La consulta del doctor Federico Rubio es sencilla pero espaciosa. Al fondo, una mesa con tres sillas: una a un lado y dos al otro. A la derecha, otra mesa de madera de unos dos metros de largo. A la izquierda, un armario con vitrina en el que se acumulan tarros y utensilios varios. Una silla sobre la que reposa una palangana y un perchero completan el mobiliario.

El policía, con el chico aún en brazos, espera en el centro de la estancia las instrucciones del doctor.

Federico deja el bastón apoyado contra la pared y se desprende del sombrero y de la ensangrentada chaqueta para colgar ambos en el perchero. Se remanga la camisa y comienza a lavarse desde los antebrazos hasta las manos sobre la palangana con el líquido de una jarra que se encuentra también en la silla, junto a esta. Mientras hace esto, de espaldas, se dirige a Carrasco:

—¡Ahí, Benito, ponlo sobre la mesa de la izquierda! ¡Escúchame con atención! Quiero que lo coloques de costado apoyado en su nalga derecha. Extiéndele los brazos sobre la cabeza y remángale la camisa por encima del codo.

Benito se apresura a seguir, al pie de la letra, las órdenes de Federico.

—Ahora… —prosigue el doctor mientras coge del primer cajón del armario unas pinzas y las sumerge en la palangana, llena de desinfectante—, desátale el pantalón y se lo quitas con mucho cuidado.

Rubio extrae varios paños blancos de un segundo cajón. Rescata del fondo de la palangana las pinzas y las envuelve en ellos.

—¡Federico! —advierte el policía.

Concentrado en los preparativos, Rubio agarra la jarra aún medio llena con la mano izquierda. La falta de respuesta del doctor obliga al agente a insistir:

—¡Federicooo!

—¿Qué quieres, Benito? —contesta fastidiado el doctor a la vez que

gira la cabeza hacia su interlocutor—. ¿Cómo? —exclama sorprendido.

No puede creer lo que está viendo. Benito, con la boca abierta y el calzón del chico todavía entre las manos, tampoco.

—¡Federico! —reitera Carrasco por tercera vez—. ¿Ves lo mismo que yo?

Rubio asiente. En vez de unos genitales masculinos, consigue distinguir un incipiente monte de venus apenas poblado de vello púbico.

—¡Es una niña! —exclama el joven policía—. ¡Dios mío, es una niña!

—Ya lo veo, Benito. Ya lo veo… Pero eso —se apresura a decir— ahora… no cambia nada. Lo que necesito es que vayas a mi casa y le digas a Maripaz que venga urgentemente y que traiga un par de camisones limpios de los que usa mi hermana pequeña.

Benito sigue paralizado mirando el sexo de la chica.

—¡Vamos, hombre! No hay tiempo que perder —le recrimina el doctor —. Por cierto, si Maripaz te pregunta que para qué necesito la ropa, le dices que es para una chica a la que hemos encontrado herida. Por ahora, y por nuestro bien, es mejor que no sepa más.

El tono serio y firme del doctor hace reaccionar al joven policía, que sale corriendo de la consulta y da un portazo tras de sí.

A solas ya con la chica, aún inconsciente, Rubio suspira varias veces mientras dispone todo lo necesario para la intervención.

# 38

## La operación

12 de abril (Miércoles Santo)

Sabe que lo primero que debe hacer es asegurarse de que la impresión que obtuvo en el carruaje es correcta. Inspecciona el antebrazo derecho de la chica y comprueba que tenía razón. La herida presenta orificios de entrada y salida a unos diez centímetros de la muñeca. Limpia con cuidado la zona en ambas caras del miembro. Al haber sido un disparo a corta distancia, el mismo calor del proyectil y la velocidad del impacto han casi cauterizado la herida, con lo que apenas sangra. Ese escaso sangrado ratifica, de paso, su primera apreciación. Las arterias radial y cubital no están dañadas. Luego volverá a limpiarla y la suturará.

—Peccata minuta —murmura.

Con el primer impacto bajo control, su atención se centra ahora en el segundo. Esta vez son dos los paños que necesita para limpiar la sangre y despejar la zona. Aunque no en abundancia, la herida no deja de sangrar. Tras cerciorarse de que no hay orificio de salida, palpa la zona con la esperanza de poder localizar la bala. Su intento resulta infructuoso. La trayectoria del proyectil debe haberla alojado a cierta profundidad. El cuerpo de la chica convulsiona. La compresión y el tacto de sus frías manos han debido causar esta reacción.

Cae en la cuenta de que es muy posible que la cría despierte en medio de la extracción del proyectil. Eso sería muy contraproducente para la propia intervención ya que, si se confirman sus sospechas y la bala está alojada cerca del nervio ciático podría, al revolverse, terminar dañándolo.

Toma una decisión. Se dirige al armario y de entre los botes y frascos coge uno que contiene un líquido incoloro.

De nuevo junto a la mesa, vierte un poco del contenido del frasco en uno de los paños que aún están limpios y tapa con él la boca y la nariz de la chica. Quizás por el olor o quizás por instinto, ella abre los ojos. Rubio mantiene el paño apretado con fuerza sobre las vías respiratorias de la paciente hasta comprobar que ya no opone resistencia y vuelve a quedarse dormida.

El cloroformo, a diferencia del éter, es mucho más fácil de manejar y administrar. Cierto es que, en alguna ocasión, le ha causado no pocas complicaciones. En cualquier caso, no le queda otra. Sin Benito para ayudarle a sujetar a la chica en caso de que vuelva a despertar, el anestésico es su mejor aliado.

Con destreza y determinación introduce las pinzas en la herida y trata de reconocer, en primer lugar, la profundidad a la que está el objeto extraño. Cuando siente que las pinzas chocan con algo, las extrae y calcula, por la superficie que ha quedado manchada de sangre, la profundidad de la herida.

—Entre siete y ocho centímetros —concluye.

Dada la delgada complexión de la chica, el proyectil debe estar a menos de un centímetro del nervio ciático. Teniendo en cuenta este dato, no puede arriesgarse a que, en su intento de enganchar la bala con las pinzas, esta se hunda aún más y termine dañando dicho nervio.

No le queda otra que ensanchar la herida cortando con el bisturí para poder extraer de una forma más cómoda el proyectil.

Cruza una vez más el ancho de la consulta y saca del primer cajón el escalpelo. Repite el mismo procedimiento que ya hiciera con las pinzas y lo sumerge en el licor de Labarraque de la palangana.

Ahora, sí. Todo listo para proceder.

La precisión milimétrica con la que realiza la incisión busca seguir, por contigüidad, hasta alcanzar el músculo, aprovechando así el espacio entre fascículos.

Debe afanarse en limpiar el exceso de sangrado en forma de sábana que provoca la apertura de las nuevas bocas.

Una vez que el corte alcanza los cuatro centímetros de profundidad, se ayuda de la mano izquierda para abrir la herida haciendo pinza con el pulgar y el índice.

—¡Ahí estás, ya te veo, malnacida!

Localizada la bala, solo le queda soltar el bisturí para volver a coger de nuevo las pinzas y extraerla.

Antes de deshacerse de él, Rubio mira el proyectil de cerca.

—Parece mentira que una cosa tan insignificante pueda causar tanto daño.

—¡Federico! —se oye desde la calle a compás con fuertes golpes a la puerta—. ¡Abre! ¡Soy yo, Maripaz!

—¡Voy, voy! —anuncia el doctor.

Cuando abre, ante él aparece su esposa. Está sudando y jadea. De su antebrazo cuelga un cesto de mimbre en el que debe haber traído las mudas para la chica. Sin duda, ha venido corriendo desde su casa ante la insistencia de Benito de que era muy urgente. Carrasco, detrás de ella, resopla.

—¿Qué ha pasado? Benito no ha sabido explicarse muy bien. ¿Es ella? —indaga mientras señala la mesa de operaciones.

—Sí. Tiene dos impactos de bala. Ha tenido mucha suerte. Uno limpio en el antebrazo derecho —relata el doctor mientras se acercan a la paciente—, y otro en la parte media externa del glúteo izquierdo. Acabo de sacar el proyectil y la herida está limpia.

—Por lo que veo, aún no has cauterizado los capilares ni suturado la herida —advierte Maripaz a la vez que suelta la cesta de mimbre—. ¿Quieres que me encargue?

—Claro… por qué no. Ya sabes dónde están las barras de nitrato, las agujas y el hilo.

—Claro que lo sé. En el primer cajón. ¿Acaso no soy yo la que siempre tiene que ordenarlo todo?

Rubio sonríe y asiente. Su mujer tiene razón. Siempre la tiene.

La tranquilidad con la que la esposa del doctor ha tratado la situación no deja de sorprender a Benito que, detrás de la pareja, escucha boquiabierto la conversación.

Lo que desconoce el agente de policía es que ella está acostumbrada a ver heridas como esas e incluso peores.

Nadie mejor que Maripaz conoce esta consulta. Es ella quien asiste a su marido tanto en la parte administrativa, cogiendo las citas, cobrando las minutas, reponiendo y limpiando el material, como en la parte clínica, en la que acumula más conocimientos, teóricos y prácticos, que el mejor de los ministrantes varones.

Aunque no ha podido estudiar Medicina, dada su condición de mujer, siente desde niña una pasión por la cirugía igual o mayor que la de Federico. Tal es esa pasión que no duda en acudir a la consulta cada mañana, con Sol, a pesar de la corta edad de la niña. De hecho, su hija nació en la misma consulta.

Se remanga con resolución y se lava las manos a conciencia a la vez que desinfecta aguja e hilo. De pie junto a la paciente limpia, cauteriza y sutura los capilares con destreza.

Sus pequeñas y delicadas manos vendan el antebrazo con un paño de seda empapado en desinfectante. En el caso del glúteo, además de un paño de seda doblado hasta dos veces, envuelve con firmeza una larga tira de lino alrededor del cuerpo, atando los extremos.

—¿Cloroformo? —conjetura mientras olisquea el ambiente.

—Sí, lo he tenido que utilizar. Aunque llegó desmayada no me fiaba de que despertase en medio de la intervención.

—Tendremos que quedarnos a vigilarla toda la noche no vaya a ser que vomite y se atragante. Por cierto, ¿dónde dormirá hoy? Porque este no es sitio y no creo que me equivoque si apuesto a que no tenéis ni idea de donde vive, ¿verdad?

Los dos hombres se miran y niegan con la cabeza.

—Podríamos llevarla a casa. De todas formas, donde se cuida a cuatro enfermos se puede cuidar de cinco. Será lo mejor. Dormirá en la cama de Amalia. Tu hermana, tu tía y yo nos turnaremos en la vigilia. ¿Te parece bien, Federico?

El doctor se encoge de hombros. Sabe que la decisión está tomada y que la pregunta, aunque no lo parezca, es retórica.

—Me parece bien —afirma—. Entonces, tendremos que pedir un coche de punto para poder llevarla.

—A no ser que uno de los dos quiera ir cargando con ella hasta casa… habrá que pedirlo, sí. ¡Ea! Pues esto está listo —exclama la joven—.

Vamos a limpiarte un poco y a vestirte, preciosa —susurra a la chica.

La asea con una esponja y agua limpia. A renglón seguido la incorpora y con sumo cuidado le pone uno de los camisones que ha traído.

—Le viene un poco grande, ¿no? —interviene Benito.

Maripaz sonríe.

—Digo yo —advierte avergonzado—. No es que entienda mucho de esas cosas…

—La verdad es que, aunque deben tener la misma edad, Paz es mucho más ancha que ella —puntualiza Federico.

—¡Vaya dos! —observa Maripaz—. ¿Y el simón? ¿Es que se va a pedir solo?

—Ya voy, ya voy —contesta Federico.

—Déjalo, voy yo mejor —replica Benito.

Cuando el agente sale de la consulta en busca del coche, Maripaz, que ha estado aguardando ese momento, se dirige a Federico con tono serio:

—¿Me vas a contar lo que ha pasado?

—Es muy largo de contar. Esta noche tendremos tiempo… —se excusa el doctor.

—De acuerdo —afirma ella después de unos segundos—, pues entonces… Voy a recoger todo esto y nos vamos a casa.

—Gracias.

La sonrisa de su joven esposa tranquiliza a Federico.

# 39

## Una misión

12 de abril (Miércoles Santo)

Tumbado en la cama, Malvar mira al techo de la habitación con las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas. Lleva así desde que subió tras una aburrida sobremesa con Eugenio, el ganadero. De eso hace ya más de una hora y, en ese tiempo, una sola cosa le ha estado rondando la cabeza. No deja de darle vueltas a la visita de Mozo. «¿Por qué ha venido hasta Sevilla? Antes de salir de Madrid me comentó que para salvaguardar la misión lo mejor sería que no nos volviésemos a ver hasta mi regreso. ¿Qué ha pasado para que, sin avisar, haya cambiado el plan inicial?».

Desde que se hiciera estas preguntas han pasado por su cabeza varias teorías. «A lo mejor ha reconsiderado sus miedos y, por una vez, ha dejado de ser un maniático obsesionado con la seguridad», pensó en un primer momento. «Pero entonces —de inmediato se rebatió a sí mismo— ¿para qué me iba a enviar un mensaje con tanto misterio hace tan poco tiempo? ¿Dudará de mi capacidad para hacer lo que he venido a hacer?». Esa posibilidad le molestó bastante, la verdad, aunque de inmediato se consoló al pensar que si había sido por ese motivo «Ahora estará arrepentido de haber dudado. Después de ver lo bien que lo tengo todo previsto, estará arrepentido. En el fondo es normal —lo excusa—. Él también se juega mucho».

«¿Y si no fuese esa la razón de sus dudas? ¿Y si ha sido la puta de la Vargas la que lo ha engatusado con algún cuento? Está claro que esa zorra no soporta la idea de que hayan confiado en mí para llevar a cabo la misión y no en ella —acaba de concluir—. Ya le ajustaré las cuentas a esa malnacida».

«¿Qué se puede esperar de una artista, una vulgar bailarina? ¿Tan tonta es para creer que gente de la importancia del conde de San Luis o el marqués de Salamanca iban a dejar que una chiquilla al mando de

unos maleantes se encargase de esto? Pobre ilusa».

Además, el frío día de enero en el que Mozo lo citó en el parque del Buen Retiro para hablarle por primera vez de la misión, su amigo fue claro y tajante:

—Ha llegado el momento que llevamos esperando los dos últimos años. Nos jugamos mucho en esto, Carlos —le advirtió—. Sabes de mi amistad con el conde de San Luis —insistió— y quiero que sepas que le he hablado de ti y de tu situación. Me ha prometido que, si todo sale como esperan, tu contribución será recompensada.

Cuando el diplomático le habló de atentar contra una infanta de España él se horrorizó. Pensó que se habían vuelto todos locos.

—No tiene sentido, Felipe. Nuestra misión es defender a la monarquía ¿Cómo vamos a hacerlo matando a una infanta? —le dijo.

Fue entonces cuando Mozo le explicó que, al igual que los caminos del señor son inescrutables, también lo son los de la política.

Le recordó la difícil situación que está atravesando la monarquía y el gobierno de Sartorius, acosados por la chusma liberal, los masones, la prensa y esa camarilla de generales traidores que conspiran noche y día en los cuarteles.

Esa gentuza ha obligado al conde de San Luis a restringir, por el bien de España, el libertinaje de los mal llamados periodistas y a controlar a los buitres que, desde el Congreso de los Diputados primero y desde el Senado después, han antepuesto sus intereses personales y partidistas al bien de la patria.

Según su amigo, ante esta delicada situación, y tras barajar múltiples opciones, las mejores cabezas pensantes del país, con el conde de San Luis y el marqués de Salamanca al frente, han tenido que tomar esta dolorosa decisión.

—¿Qué es la muerte de una niña comparada con la salvación de la monarquía y de España? —sentenció su amigo.

Malvar, a pesar de esforzarse en comprenderlo, seguía teniendo dudas al respecto.

—¿Cómo? ¿De qué manera puede contribuir la muerte de la infanta al bienestar de España?

Con una paciencia infinita, que ahora agradece, Mozo le desveló aquello que él no alcanzaba a comprender.

—Te lo explicaré de una forma que puedas entender —le dijo—. Si mañana hubiese un atentado contra su majestad la reina, Dios no lo permita, ¿de quién sospecharías?

—De los liberales, de quién si no —contestó él con prontitud.

—Pues esa es la clave, querido amigo —repuso Mozo—. La muerte de la infanta creará tal revuelo que, de una vez por todas, todo el mundo justificará e incluso pedirá la ejecución o el destierro de toda esa camarilla de traidores. Así, nosotros, tú y yo, nos convertiremos en los responsables, los artífices de un reforzamiento del papel de la monarquía en nuestra querida patria.

Un crimen tan atroz serviría para que el pueblo se volcase con cariño y devoción hacia la monarca. Esa fue la explicación.

Las palabras de Mozo tenían sentido. Además, «¿qué sabe él de política y de políticos? Si personalidades como don Luis José Sartorius y don José Salamanca Mayol han llegado a esa conclusión será porque es lo mejor para España», se consoló.

El argumento definitivo lo aportó Mozo cuando juró que había visto un escrito firmado por doña María Cristina de Borbón-Dos Sicilias en la que daba su beneplácito a la misión.

—¿Habrá un acto más patriótico que este? ¿Quiénes somos nosotros para dudar cuando la reina madre, la abuela de la infanta, está dispuesta a sacrificar a su propia familia para preservar el futuro de la monarquía? —sentencio Felipe.

Aun a riesgo de condenar su alma, Carlos ha terminado por considerar que su obligación, como buen español, es aceptar y llevar a cabo esta sagrada misión.

¿Su alma? ¿Qué es su alma comparada con el alma de España?

Sin embargo, no puede evitar llorar con amargura y lamentar que su destino y el de España hayan tenido que cruzarse de una forma tan cruel.

# 40

## ¡Niña guapa!

12 de abril (Miércoles Santo)

Desde que Maripaz abrió la puerta y Federico la cruzó con la chica en brazos, en la casa de los Rubio Chacón parece que han llegado, antes de tiempo, los Reyes Magos.

Una vez acomodada en la cama de Amalia, las mujeres de la casa se han afanado en brindarle atenciones o interesarse por ella.

Victoriana ha aplaudido y saltado nada más verla:

—¡Niña guapa, niña guapa! —ha repetido unas cien veces y ha insistido en despertarla otras tantas.

La tía Dolores y Amalia la han peinado, le han vuelto a lavar la cara y le han cambiado el camisón. A su juicio, y no sin previa discusión, la prenda no era adecuada por venirle grande. Han abierto baúles en casi todas las habitaciones buscando el camisón adecuado. Al final, el criterio de Amalia se ha impuesto y la chica luce ahora uno fino, de lino, que ella misma bordó el año pasado para su hermana pequeña.

Maripaz, por su parte, ha revisado hasta en tres ocasiones los vendajes sustituyendo en un par de ellas el del glúteo. También le ha tomado el pulso y la temperatura.

Doña Trinidad, con gran dificultad y a pesar de la recriminación de Federico, se ha levantado de la cama, ha cruzado el pasillo y ha entrado en la habitación. Ha insistido en sentarse junto a la cabecera de la cama y ha rezado el rosario pidiéndole a la Virgen del Carmen por la pronta recuperación de la niña.

Incluso don José se ha acercado hasta la habitación. Después de reclamar con insistencia la merienda y no obtener respuesta, se ha

levantado y se ha mostrado sorprendido por la presencia de la nueva inquilina. Tras un breve interrogatorio sobre la identidad de la ocupante de la cama de Amalia, ha vuelto a la suya no sin antes pedir, de nuevo, que le llevasen la merienda.

Hasta Sol, con menos de un año, le ha dedicado una sonrisa y unos sonoros «gggaaa» y un «gggguuu» que han hecho sonreír a todas. Bueno, a todas, no. Paz, la hermana pequeña, ha llegado a la habitación y ha mirado, displicente, a la chica. Después, ha retornado a su cuarto no sin antes avisar a todo el mundo de que le duele la cabeza y que no armen tanto escándalo.

Mientras tanto, Federico ha aprovechado para despedirse de Benito e indicarle que mañana será él quien lo recoja a las nueve para ir a San Telmo.

El joven policía ha intentado disculparse, cabizbajo, por lo ocurrido en la Casa del Capellán. Rubio ni siquiera ha dejado que acabe y le ha emplazado al día siguiente. Será entonces cuando ambos vuelvan a hablar sobre el tema.

Una palmada en el hombro acompañada de una media sonrisa ha bastado para calmar, al menos por un instante, el sentimiento de culpa que arrastra Carrasco desde hace horas.

Cuando Benito ha desaparecido calle abajo, Federico ha cerrado la puerta y ha subido a su habitación para asearse y cambiarse de ropa. Justo al bajar, ha sonado el aldabón.

«Debe de ser Pepe. Este crío me va a oír», se ha jurado.

En efecto, al abrir, encuentra a su hermano menor apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Ya está bien, Pepe! Esta actitud tuya pasa ya de castaño oscuro —le reprende con firmeza.

Pepe se acaba de dar cuenta de sopetón, por el tono de voz de su hermano mayor, que esta vez se ha pasado de la raya. Agacha la cabeza y entra en silencio. Ni siquiera se da cuenta de lo que está ocurriendo en la habitación de Amalia. Murmura un «lo siento, no volverá a ocurrir» y se encierra en la biblioteca.

—¿Podemos hablar, Federico?

—Claro que sí, mi amor. ¿Y Sol?

—Está con Amalia. ¿Subimos?

—Por supuesto.

Ambos ascienden en silencio hasta llegar a su habitación. Una vez dentro, Maripaz cierra la puerta y sin más preámbulos le recuerda a Federico que le debe una explicación.

—Vamos a ver por dónde empiezo…

Federico comienza, como no podía ser de otra forma, por el principio.

Le habla a su mujer del cadáver de Petit, del envenenamiento, del encargo de San Telmo, del informe sobre su familia, de los diez duros diarios y del Candiles. No olvida mencionar todo lo relacionado con la corrupción policial, los bandolerillos y la Torre del Oro. No se entretiene mucho en describir las lenguas y las orejas cortadas y los ojos mutilados. Le cuenta sobre el Besugo y sobre doña Fernanda y su trastienda.

Hasta ahí, intenta ser lo más fiel posible a los hechos. Su mujer escucha con atención, sin interrumpirlo. La cosa cambia cuando tiene que contarle a Maripaz lo ocurrido en la Casa del Capellán. Sobre ese capítulo omite un par de hechos relevantes y altera lo ocurrido en otro más.

Uno. Decide no contarle el maltrato infligido por Benito al pequeño vigía. Dos. Tampoco le cuenta que su compañero le ha apuntado con un Colt Navy y que ha sentido que era el final. Tres. Justifica los disparos del joven agente como la única forma posible de defenderse del ataque lanzado por el chico, ahora chica, que duerme en la cama de Amalia.

—El resto ya lo conoces, cariño.

Cuando Amalia termina de rumiar en silencio todo lo que su marido acaba de contarle, le advierte: —¡Ni se te ocurra perdonarle el dinero al duque!

Federico abraza a su mujer, que lo besa en la mejilla y susurra: —Eres un buen hombre, un buen padre, un buen marido… y un buen amigo.

Federico sonríe mientras se reconforta con el grato olor del pelo de su esposa.

—Bajemos, amor —murmura ella—. Queda mucha noche por delante.

# 41

## El Carnicero de Pondra

13 de abril (Jueves Santo)

Cuando Rodríguez de Tejada entra en su despacho no puede menos que sorprenderse al ver que tres desconocidos esperan dentro. Uno de ellos está sentado en su sillón mientras los otros dos aguardan de pie junto a la puerta.

—Perdonen, pero… ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hace sentado ahí? ¿Quién les ha dado permiso para entrar?

—Buenos días. ¿Don Francisco Rodríguez de Tejada? —inquiere Fermín.

—¿Quién lo pregunta?

—Eso no importa. Lo que importa es si usted es Rodríguez de Tejada, inspector en jefe del Cuerpo de Vigilancia de Sevilla.

La cara del inspector empieza a dejar a las claras su irritación ante la insolencia del mameluco que está sentado en su sillón, detrás de su mesa, ojeando los informes que dejó sobre ella ayer cuando se marchó.

—¡Levántate ahora mismo, imbécil! —le ordena.

Fermín, lejos de obedecer, apoya los codos sobre el escritorio y sonríe.

—Cálmese, don Francisco, por favor. Y, ya que está tan interesado en mi identidad, sepa que mi nombre es Fermín de Aulaga y Cifuentes.

Un sudor frío recorre, de repente, la frente del inspector. Conoce bien ese nombre y las historias que se cuentan sobre su propietario. Fermín Aulaga y Cifuentes: el Carnicero de Pondra.

Los hechos que le valieron el apodo ocurrieron hace unos quince años, el diecinueve de mayo del treinta y nueve, tras la toma del fuerte de Guardamino por parte del ejército de Espartero.

El caso es que, cuatro días después de la toma, un pequeño grupo de soldados carlistas consiguió escapar de sus captores y huir por el monte.

Enterado de la fuga, el coronel de las milicias de Oviedo, Pedro Alejandro de la Barcena Ponte, encargó al joven sargento Aulaga y Cifuentes que seleccionase a diez hombres y saliese en su búsqueda.

Aulaga peinó durante tres días la zona sin éxito hasta que, en la mañana del domingo diecinueve, uno de sus subordinados advirtió que, tirada en el suelo junto al puente que cruza el río Carranza a la entrada de Pondra, había una boina roja.

El sargento dedujo, de inmediato, que en aquel pequeño barrio de Gibaja, compuesto por dos caseríos y tres casas, daban cobijo a los fugados.

Tras registrar las viviendas y no encontrar a los apostólicos, no vaciló en reunir a todos los vecinos, unos treinta en total, frente a la puerta de uno de los caseríos.

Una vez congregados, les preguntó sobre los soldados carlistas. Nadie abrió la boca.

Por segunda vez, se dirigió a los presentes para pedirles que entregaran a los fugados. En esta ocasión, mientras preguntaba, jugaba a girar en su mano izquierda la boina roja. Además, les advirtió que de no cooperar habría consecuencias.

Ante el abrumador silencio, el sargento ordenó a sus hombres que dividiesen a los allí congregados en tres grupos: por un lado los hombres, por otro las mujeres y un tercero compuesto por los niños, que colocó en fila frente a él.

Al separarlos, las madres comenzaron a gritar, lo que provocó el llanto de los chiquillos. Fermín se dirigió entonces hacia el último grupo y sin mediar palabra apuntó y disparó en la cabeza a una niña.

El pequeño cuerpo salió disparado hacia atrás y sus sesos se esparcieron por el barro. De repente, los llantos y los gritos cesaron. Sin dar tiempo a que nadie reaccionara, arrebató a uno de sus hombres el fusil y realizó un segundo disparo, también en la cabeza, a

un crío de unos cinco años. Ahora sí, se detuvo y miró a las madres. Dos de ellas gritaban histéricas. Del resto, cuatro o cinco señalaban con el índice hacia un caserío vecino a unos veinte metros.

Con un gesto, les invitó a que se acercasen. Para llegar, las mujeres tuvieron que bordear los dos cuerpos que yacían en el barro y reprimir sus deseos de abrazar a sus hijos e hijas, que las llamaban llorando.

—¿Dónde están? —les preguntó el sargento.

—Ahí, escondidos en el entresuelo —contestó una de ellas.

Junto a seis de sus soldados fue hasta el caserío. Una vez rodeado, Fermín se dirigió a los carlistas escondidos.

—¡Señores! ¡Soy el sargento Fermín Aulaga y Cifuentes! ¡Sean cabales y salgan o la población civil sufrirá las consecuencias de su obstinación!

Al ver que no obtenía la respuesta que esperaba, insistió:

—¡Sepan que vamos a incendiar el caserío y después mataremos a todos los vecinos si no salen de inmediato!

En menos de un minuto, cinco soldados carlistas salieron del caserío con los brazos en alto.

—¿Estáis todos? —les preguntó.

—¡Sí, sargento! —contestaron dos de ellos.

—¿Están todos? —volvió a preguntar, en esta ocasión, a las mujeres.

Estas se apresuraron a ratificar que así era.

—¡Perfecto pues! ¡Olavide! ¡Sánchez! ¡Marchena! Prendan y aseguren a los prisioneros. El resto, que conduzca a toda esa gente adentro del caserío. ¡Vamos, señores, que no tenemos todo el día!

Una vez que sus subordinados cumplieron su cometido, el sargento dio una última orden. Una por la que su nombre jamás será olvidado en toda la ribera del Asón.

—¡Préndanle fuego a ese nido de víboras!

Mientras se alejaban, según cuentan, se podían oír con nitidez los gritos de desesperación que salían del caserío.

No fue hasta una semana más tarde cuando, enterado De la Bárcena y Ponte de los hechos, y corroborados por un par de los soldados que intervinieron, mandó fusilar al sargento.

Instantes antes de que el pelotón disparase sobre su cuerpo, atado a un poste con los ojos vendados, un correo a caballo enviado por Espartero detuvo la ejecución.

Según decía la misiva que portaba el mensajero, escrita del puño y letra del propio general, «aunque los hechos son del todo merecedores de la pena que se le ha impuesto, no podemos, en estos duros momentos de la contienda, fusilar al sargento Fermín Aulaga y Cifuentes, natural de la villa de Pipaón. Su ejecución podría provocar que cunda el desánimo en la tropa. En su lugar, degrádesele y, junto a todos los participantes en dichos ignominiosos acontecimientos, líbrese orden de licencia con deshonor».

Es posible que en la decisión de Espartero pesase también el hecho de saber que tanto el padre como un hermano del sargento habían formado parte, cinco años antes, de los ciento dieciocho fusilados en Heredia por orden de Zumalacarregui.

Desposeído de la posibilidad de volver al ejército, su vocación, Fermín Aulaga, junto a un grupo de seis leales, se dedicó en los años siguientes a servir como mercenario en cualquier lugar y bando en el que se le pagase de forma adecuada.

Italia, Grecia, Egipto y Francia han sido algunos de los destinos en los que el grupo del Carnicero de Pondra ha actuado. A pesar de las atrocidades cometidas, jamás ha sido juzgado ni encarcelado.

—Disculpe, señor Aulaga —balbucea Rodríguez de Tejada—. No tenía el gusto de conocerlo. ¿Qué es lo que desea de mí? Desconocía que usted y sus hombres se encontrasen en Sevilla. ¿En qué puedo ayudarle?

—Querido don Francisco —contesta condescendiente Fermín—, he venido a pedirle un sencillo favor.

—Si está en mi mano… —se apresura a asegurar el inspector.

—Lo está. Es tan simple como olvidar. Si olvidamos, todo irá bien.

Rodríguez de Tejada no entiende qué es lo que está queriendo decirle el mercenario.

—¿Disculpe?

—Pues eso, se trata de olvidar. Usted olvida todo lo relacionado con el trabajo que está desarrollando el agente Benito Carrasco y a cambio nosotros olvidamos a Francisco y Estrella Benavides.

Un escalofrío recorre todo el cuerpo del inspector al oír esos nombres en los labios del Carnicero de Pondra. Son sus nietos. Sus queridos nietos.

—¡Perfecto pues! —exclama Fermín a la vez que se levanta del sillón —. Por su silencio entiendo que este asunto está aclarado tanto en lo referente a la parte como al todo… ¡Que tenga un buen día!

Los tres mercenarios salen del despacho de Rodríguez de Tejada. El inspector permanece de pie, paralizado, varios minutos, hasta que Ascarza desde la puerta llama su atención.

—¿Da su permiso, señor?

—¡No! —le grita—. ¡Vete a tomar por el culo por ahí, imbécil!

# 42

## Alea iacta est

13 de abril (Jueves Santo)

La noche ha sido muy agitada para el doctor Rubio. Con su esposa sin querer separarse de la paciente, ha sido él quién se ha encargado de calmar los continuos desvelos de Sol. Sin duda, la llegada de la chica y el consiguiente revuelo han alterado su rutina y, por ende, el profundo y reparador sueño que la ha caracterizado desde su primera noche de vida.

Maripaz subió a las siete a darle la primera toma. Federico aprovechó para asearse y vestirse. Cuando volvió a la habitación, ambas se habían quedado dormidas, una junto a la otra. Con esa imagen en la retina bajó y echó un vistazo al cuarto de Amalia.

Al entrar, su tía Dolores daba una cabezada sentada en una silla junto a la cabecera de la cama. Al sentirlo llegar, dio un respingo. Federico se disculpó por haberla despertado, aunque ella insistió en que no estaba dormida.

—¿Yo? ¡Qué va, hombre! —aseguró enfática—. Anda, ve a la cocina y dile a tu hermana que me traiga un café.

En efecto, Amalia estaba en la cocina y había preparado café y chocolate y enmelado unos pestiños. Al ver entrar a su hermano mayor, consciente de que Sol había estado toda la noche cantando, la joven no pudo resistir la tentación de hurgar en la herida:

—¡Buenos días, Federico! ¿Has dormido bien?

El doctor la miró de reojo y le contestó con un breve y musitado «¡Um!». Llenó una taza de café corto de leche, puso dos pestiños en un plato y salió de la estancia.

Al poco, regresó con uno en el plato y otro en la boca.

—¿Pestiños? ¡Pero si no son ni las ocho, hijo! —le había recriminado su tía.

El segundo le sirvió para endulzar el café. Al apurar el último sorbo, le sobrevino un pensamiento: «¡El cuaderno!».

Desde que los bandolerillos regresaron por sorpresa a la Casa del Capellán, Rubio no había vuelto a pensar en él.

«¡La chaqueta!».

De un salto se levantó de la silla, subió las escaleras, entró en la habitación donde seguían durmiendo su hija y su esposa, localizó la prenda, colgada del perchero, y buscó en el bolsillo interior.

—¡Aquí estás! —murmuró.

—¿Qué buscas? —preguntó Maripaz con los ojos aún cerrados.

—Nada, cariño. Descansa.

Rubio esperó hasta asegurarse de que su fiel compañera se había vuelto a dormir y salió de la habitación.

De nuevo en la cocina, se sirvió otro café y abrió el cuaderno. En su cara apareció un gesto de disgusto, debido en parte al mal olor que desprendía y en parte al comprobar que muchas de las páginas habían sido arrancadas de forma parcial o total.

La segunda decepción le sobrevino al comenzar a leer. A su deficiente dominio del francés se le unieron unas oscuras manchas que ocultaban, al azar, palabras o frases completas. Frustrado, dejó el cuaderno encima de la mesa.

Al hacerlo, provoca sin saberlo una reacción de desagrado en Amalia:

—Pero ¿qué es eso que huele tan mal? ¡Por Dios, Federico! ¡Quita esa porquería de la mesa!

—Ya, ya… Ya lo quito.

El doctor envuelve ahora el cuaderno en una servilleta de tela y, a pesar de la desafiante mirada de su hermana, se lo guarda en el bolsillo interior de la chaqueta y se dispone a salir.

Al pasar por la puerta de la habitación, observa un instante en silencio, mira su reloj y calcula. El efecto del cloroformo debió pasar hace varias horas. Sin embargo, la chica sigue dormida.

Antes de salir de casa, a Federico no se le ocurre otra cosa mejor que sugerir que la despierten. Su proposición, rechazada de inmediato, es tachada de salvaje e inhumana, según su tía Dolores; y propia de una persona carente de sentimientos, según su hermana.

Sin ganas de discutir, decide asumir las críticas y centrarse en lo que promete ser un día entretenido.

De camino a la casa de Benito, repasa la estrategia que ha preparado. Esta debe servir, por un lado, para satisfacer los intereses de San Telmo y, por otro, para resolver las cuentas pendientes de Benito con los guardias municipales y las suyas con la memoria de monsieur Petit.

Evalúa los riesgos y se percata de que hay un porcentaje demasiado alto, para su gusto, de que se les vuelva en contra.

«¿Merece la pena arriesgarse? Si el secretario del duque llegase a descubrir la estratagema… ¿Qué consecuencias tendría mi familia? ¿Y para Benito y su madre? ¿Qué será de los guardias?».

La incertidumbre de no poder controlar lo que ocurrirá le oprime el pecho.

«¿Es justo que el sacrificio de las vidas de monsieur Petit y del Candiles no haya servido de nada?».

Si algo tiene claro es que, si dentro de media hora entrega al secretario del duque el cuaderno, la resolución de las muertes del maestro de esgrima y el sereno carecerá de importancia para San Telmo.

«Tienes que decidirte, Federico, y tienes que hacerlo ya», se dice a sí mismo ante la puerta de la frutería de doña Fernanda Carrasco.

Toma una decisión, suspira y entra.

—Buenos días, doña Fernanda.

—¡Hombre! Buenos días, doctor. Viene usted a buscar a mi Benetín, supongo.

—Así es. ¿Sería usted tan amable de avisarle de que he llegado?

—Por supuesto, ahora mismo. ¡Benetíííííínnn! ¡Benetíííííínnn, hijo, está aquí don Federico!

La forma tan expeditiva de anunciar su presencia hace sonreír al joven doctor.

—Perdone que le pregunte, doctor, pero veo a mi hijo muy raro desde que llegó ayer a casa —inquiere doña Fernanda—. Ha estado llorando toda la noche —le susurra—. ¿Sabe usted qué le ha podido pasar? Es que a mí no me ha dicho ni mú por más que le he insistido y, la verdad, mi Benetín no es muy de llorar. Me tiene preocupada…

Rubio, consciente de que no puede contarle a la madre de su compañero lo ocurrido, se limita a encogerse de hombros.

—No sé, señora. Puede que sea por la tensión del caso en el que estamos trabajando… No se preocupe. Es lógico.

—Si usted lo dice, doctor, me quedo más tranquila.

En ese instante, aparece Benito. Da un beso en la mejilla a su madre y saluda al doctor:

—¿Nos vamos, Federico?

—Sería lo mejor —ratifica el doctor—. Muchas gracias, doña Fernanda. Tenga usted un buen día.

—Tened cuidado.

Carrasco sale y Rubio lo sigue. Cuando se han alejado lo suficiente, el joven policía se detiene y se dirige al doctor apesadumbrado:

—Federico… yo… ayer…

—Benito, no tienes que decir nada. Ya está todo olvidado, al menos en lo que me concierne. No le des más vueltas. Estoy bien y la chica se recupera en casa al cuidado de mi familia. La tensión, la furia y el arrebato forman parte del ser humano. De ti y de todos. Lo importante es que reaccionaste a tiempo y fuiste capaz de escuchar y rectificar. La mayoría de los hombres que conozco no hubiesen tenido la valentía de recapacitar en una circunstancia como la que vivimos en la Casa del Capellán. Olvídalo, por favor, pero…

El joven policía, que ha escuchado avergonzado, en silencio y

cabizbajo al doctor, espera unos instantes a que Federico termine la frase. En vista de que no lo hace, termina preguntándole en un tono lastimero:

—Pero… ¿qué?

—Pero ¡ni se te ocurra volver a apuntarme con un arma o te juro que te la tragas!

Tras la sorpresa y el desconcierto iniciales, Benito mira a los ojos a su compañero y empieza a reír. Rubio hace lo mismo.

—Bueno… Basta ya —dice entrecortado por la risa Federico—. Venga… Ya está todo aclarado. Ahora, centrémonos en lo que nos queda, que no es poco. ¿Tienes el reloj de monsieur Petit?

—Sí, sí, aquí lo tengo. Lo llevo para entregárselo al secretario del duque.

—Perfecto, Benito. Pues ahora te voy a pedir que te concentres en lo que te voy a decir.

Rubio echa a andar y Carrasco lo sigue. Mientras caminan, el doctor le explica con detalle el plan que ha concebido. El joven policía escucha con atención y sin interrumpir, hasta que Federico concluye.

—Y ahora, amigo… Tú dirás… ¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer, Federico? —responde Benito—. Lo que debemos. Ni más, ni menos.

A la entrada del Palacio de San Telmo, los dos hombres se miran y asienten. Alea iacta est.

# 43

## Argucia

13 de abril (Jueves Santo)

No sin antes firmar el recibo correspondiente, Federico ha aceptado de Haro dos billetes del Banco de San Fernando, uno de cien y otro de quinientos reales de vellón, como pago por los tres días de servicio cumplido al duque.

«Lo primero es lo primero», ha pensado Rubio, recordando el mandato de Maripaz.

Por la fecha de emisión, uno de abril del cuarenta y ocho, no sería extraño que los billetes formasen parte de los treinta y dos millones de reales entregados en el cuarenta y nueve como parte de la herencia que Fernando VII dejó a la duquesa.

Benito no ha podido reprimirse y, nada más salir del despacho de administración, le ha dejado claro al doctor: —¡Quinientos reales son quinientos reales y eso no es más que papel!

Ya podría haberte soltado cinco doblones de oro… Eso sí que es dinero de verdad y no lo que te ha dado el enclenque ese.

Puestos a buen recaudo los billetes, Federico y Benito siguen al guardia que los acompaña hasta la puerta del despacho del secretario. Al igual que en los dos días anteriores, el uniformado cumple con el protocolo. Hoy, a diferencia de ayer, el montañés los hace pasar de forma inmediata.

—Buenos días, señores —saluda De las Cagigas—. Siéntense, por favor. Espero que no les importe que nos acompañe Fermín. Discúlpenme, pero estamos con los preparativos… Ya saben… mañana…

Sin esperar respuesta, el secretario, junto al cual permanece de pie el guardia del duque, los interroga: —Y bien, ¿alguna novedad? Espero que hoy tengamos buenas noticias…

—Que sean buenas o no depende de cómo se miren —responde Rubio —, pero sí, hoy podemos decir que traemos noticias.

—Ustedes dirán.

—El caso es que la comprobación de la hora no nos condujo tampoco a nada. Nos encontrábamos en un punto muerto cuando el agente Carrasco propuso enfocar el asunto desde otro punto de vista: ¿Por qué no seguíamos la pista del reloj? Evidentemente, aunque no murió por la puñalada. Todo indicaba que había sido asaltado y, en consecuencia, los autores tendrían el singular reloj de bolsillo de la víctima y, muy probablemente, también los cuadernos. Tras barajar varias posibilidades pensamos que lo mejor sería ir a ver a varios estraperlistas de la ciudad. Tal y como usted mismo predijo, la experiencia del agente Carrasco como policía volvió a ser útil en este caso. Procedimos a interrogar a cinco de ellos y, curiosamente, el último nos facilitó, previo pago de cinco duros, una pista que podría ser sólida.

Federico calla en ese momento y espera la reacción del secretario.

—¿Y? —cuestiona impaciente De las Cagigas.

—¡Ah! Sí, sí… Por lo que nos comentó el estraperlista, la zona en la que fue asaltado está controlada por dos guardias municipales corruptos que, a cambio de comisiones y objetos robados, hacen la vista gorda.

Ya sabe lo que le digo…

—¿Y sabemos cómo se llaman esos guardias?

—Sí, lo sabemos —contesta Rubio—. El agente Carrasco anotó sus nombres.

—Gómez y López, señor —dice Benito—. Mateo López y Luis Gómez —concreta tras consultar su cuaderno.

—¡Excelente! —exclama del secretario.

—Eso mismo hemos pensado nosotros —interviene Rubio—. El caso es que hoy tenemos previsto localizar a ambos e intentar sonsacarles la

ubicación del reloj y los cuadernos.

—¿Y cómo piensan hacer eso?

—Con una argucia —interpela Benito.

—¿Una argucia? —repite el secretario, sorprendido por el término que ha utilizado el joven policía.

—Sí, una argucia que ha ideado el doctor Rubio —explica—. Don Federico se hará pasar por un comprador interesado en un reloj de bolsillo y, si la información que nos dio el estraperlista es buena, esperemos que le intenten vender el de monsieur Petit. Si es así, los tendremos.

—Muy buena idea —ironiza el secretario—. Me parece una excelente idea. Pues nada, esperemos que todo salga bien y que mañana puedan ustedes finalmente confirmar la ubicación de los cuadernos. Buen trabajo, señores. ¿Algo más?

—De momento, no. Eso es todo —responde Federico.

—Genial. Pues pónganse manos a la obra… y si me disculpan…

—Por supuesto, por supuesto —contestan los dos al unísono.

—Por cierto —añade Federico—, los cinco duros del estraperlista… Es que los tuvo que poner de su bolsillo el agente Carrasco.

—Sí, sí… Digan a Haro que se los abone.

—¿Y qué concepto le digo que ponga en el recibo? —se interesa el doctor.

—¡Ummm! Gastos de representación… Díganle eso.

—De acuerdo, muchas gracias. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí. A la misma hora.

Federico y Benito se despiden y salen del despacho. De las Cagigas mira a Fermín.

—Menuda pareja —susurra burlón el secretario—. No hace falta que te diga que si tenemos que esperar a que esos guardias les den a estos dos el reloj y los cuadernos vamos apañados.

Fermín sonríe.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —concluye el secretario—. No me importan los métodos que utilices, siempre y cuando recuperemos esos malditos cuadernos.

—Así se hará, señor.

# 44

## El Porvenir

13 de abril (Jueves Santo)

La precaución y los nervios han llevado a Rubio y a Carrasco a no decir nada hasta que se han alejado lo suficiente de San Telmo. El miedo a ser escuchados ha sido acicate suficiente para que no crucen palabra alguna hasta que han pasado por la catedral. Ahí, aún con miedo y mirando varias veces atrás, Benito no ha podido resistirse y ha estallado de júbilo.

—¡Malditos engreídos! ¡Se lo han tragado, Federico! ¡Se lo han tragado!

—No cantes victoria, Benito. El montañés es muy listo. Debemos andarnos con siete ojos.

—¿Y la jugada de los cinco duros? No me habías comentado nada.

—Se me ha ocurrido sobre la marcha. Deja que paguen. Te lo mereces.

—Gracias, amigo. ¿Dónde dijiste que estaba Guichot?

—Espero que esté en la redacción de El Porvenir. Nos vendría muy bien que nos ayudase a traducir este maloliente cuaderno.

—¿La redacción de El Porvenir no está en Cerrajerías?

—Estaba, Benito, estaba. Aunque te parezca increíble cambió hace una semana a Sierpes… De un modo u otro, todo lo concerniente con este asunto parece empezar y terminar en la confluencia de esas dos calles.

—Vaya cirio que están montando para el Santo Entierro Grande —comenta jocoso Benito cuando pasan por la puerta de la catedral.

—Pues, sí. Tanto trabajo para tan poco. Y solo para que se puedan

lucir los de siempre.

—¿No te gusta la Semana Santa? —se interesa el policía.

—Ni me gusta ni me disgusta. Entiendo que es un fenómeno religioso y artístico que atrae la atención y los corazones de gran parte del pueblo. Otra cosa es el hecho de que todas las hermandades tengan que procesionar mañana delante de ese palco. A mi entender, eso nada tiene que ver con la religiosidad sino con un símbolo del poder.

—No te entiendo, Federico.

—Pues lo de siempre, Benito. Los poderosos juegan con los sentimientos del pueblo con el único objetivo de beneficiarse ellos mismos y hacerles ver, de paso, quién manda.

Benito se queda unos minutos pensativo, intentando racionalizar, a su manera, el argumento del doctor.

—Pero tú crees en Dios, ¿no?

—Claro que creo. Lo que no tengo tan claro es que los que van a ocupar ese palco mañana, tanto civiles como eclesiásticos, estén ahí por mandato divino o sean sus representantes.

—Por cierto. —Benito vuelve a cambiar de tema—. ¿Cómo está ella?

—¿Ella? ¡Ah, ella! Imagino que bien. Está al cuidado de Maripaz, Amalia y la tía Dolores. La dejé dormida cuando salí esta mañana.

—¡Soy un salvaje! ¡Cuánto lo siento!

—No te tortures, amigo. Por fortuna no ha pasado nada que unos días en reposo y cuidados no puedan cicatrizar.

La casualidad quiere que, nada más enfilar la calle Sierpes, Federico vea a Guichot. El periodista, enfadado, parece discutir con otro caballero. Se acercan con prudencia y, cuando están a unos cinco pasos, Rubio consigue identificar a Ramón Piñal como el blanco de las iras de Joaquín.

Su amigo le ha hablado mucho y mal del propietario de El Porvenir.

Según el periodista, Piñal no es más que un advenedizo con dinero que busca medrar en el ayuntamiento y en la diputación a costa de emborronar el prestigio del periódico. Guichot es de los que creen que un periódico debe servir para despertar conciencias e ilustrar al

pueblo y no para mercadear con él.

Rubio le hace notar su presencia alzando el bastón. Guichot lo saluda y sigue discutiendo un par de minutos más con Piñal hasta que un «¡Pues te puedes meter tu periódico por donde te quepa!» del periodista zanja la conversación. Guichot, maldiciendo en castellano y en francés, se acerca a Benito y Federico.

—¡Maldito imbécil! —es lo primero que oyen con nitidez de su boca —. ¿Qué tal, Federico? ¿Cómo estás? Perdona… —dice mirando a Carrasco—, ¿no eres tú el policía que nos avisó de lo de la redada? ¿Benito…?

—Benito Carrasco —apostilla Federico.

—Eso es, Carrasco. ¿Qué tal? Perdona lo del otro día. Fui muy maleducado, lo reconozco. No tiene perdón que no te agradeciese lo que estabas haciendo por Federico y por mí.

—No hace falta —contesta Benito.

—Perdonad, pero estoy indignado. ¿Cómo se atreve ese mequetrefe? ¿Te lo puedes creer, Federico? No es más que el hijo de un tendero que se ha venido arriba especulando con tierras y propiedades desamortizadas. Ahora va de editor y tiene la desfachatez de criticar mis caricaturas. Según él, «en las presentes circunstancias no resulta oportuno ni conveniente mofarse del conde de San Luis, señor Guichot». ¡Menudo mindundi! ¡Que le den a Sartorius! Otro advenedizo… Si es que dios los cría… Me he despedido de forma irrevocable. ¿Quién se creerá que es? Bueno… y vosotros… ¿Qué hacéis por aquí?

—Veníamos a verte —le informa Federico.

—¿A mí? Pues vaya casualidad. Vosotros diréis.

—Es que necesitamos que nos traduzcas un cuaderno.

—Está en francés —especifica Benito.

—Me lo supongo, porque como os lo tenga que traducir del chino… estamos apañados —ironiza Guichot—. ¿De qué se trata?

—¿Podríamos ir a algún sitio para que lo puedas ver con tranquilidad? —sugiere Rubio.

—Sí, claro. Entremos en la redacción. A esta hora está tranquila.

—¿Pero tú no te acabas de despedir?

—Sí, ¿y?

—No, nada. Tú sabrás.

Rubio y Carrasco siguen al periodista hasta la redacción de El Porvenir, situada en el ciento dieciséis de esa misma calle.

Debido a que hace justo una semana se mudaron al nuevo edificio, la redacción del «diario político de Sevilla» es aún más caótica de lo habitual. Sillas apiladas en la entrada, montones de ejemplares antiguos por todas partes, mesas atestadas de papel, tinteros y plumines.

Joaquín coge una de las sillas e invita a sus dos acompañantes a hacer lo mismo. El periodista la arrastra por toda la sala. Su intención no es otra que la de hacer ver a Piñal que ha regresado. El propietario y editor lo mira indignado y niega varias veces con la cabeza antes de volver a revisar los datos de la bolsa que se publicarán en la siguiente edición. Una vez sentados, Guichot se frota las manos y da un par de palmadas.

—¡Venga, a ver qué dice ese misterioso cuaderno!

—Joaquín, una cosa sí que quiero que me prometas —le pide Federico.

—¿Qué?

—Leas lo que leas en este cuaderno debe quedar entre nosotros. No puede salir de aquí, ¿de acuerdo?

El periodista lo mira intrigado y tras unos segundos asiente.

—Quiero que lo digas —insiste Federico.

—Que sí… Lo prometo —termina cediendo.

Federico saca del bolsillo de su chaqueta algo envuelto en una servilleta de tela. Un olor extraño se extiende por el ambiente al depositarlo encima de la mesa.

—¿Qué es eso? ¡Cómo huele…! —advierte Guichot con asco.

El doctor abre la servilleta y muestra el cuaderno. El periodista lo toma entre las manos y con ciertos remilgos lo abre.

—¡Por dios, Federico! Pero ¿qué han hecho con este cuaderno? ¿Limpiarse el culo? —pregunta con disgusto Guichot.

Sus dos acompañantes asienten a la vez. Joaquín respira hondo y lo abre. Empieza a hojear las páginas saltando de una a otra y soltando un sonoro «¡Qué asco!» de vez en cuando. Al cabo de un rato, decepcionado, vuelve a dejar el cuaderno en la mesa.

—¿Y para qué queréis que os traduzca esto?

—Eso no importa ahora, Joaquín. Simplemente dinos qué es lo que hay escrito —le reclama el doctor.

—Pues poca cosa, a mi juicio. Hay muchas páginas que están medio rotas. En otras, hay restos… Bueno, creo que sabéis de qué…

—¡Ya, Joaquín! Eso lo sabemos, pero ¿qué pone?

—Pues tiene toda la pinta de ser un libro de viaje y de contabilidad.

—¿De contabilidad? —se extraña Benito.

—Sí, mirad —vuelve a coger el cuaderno—. Aquí, por ejemplo, en las primeras páginas, que son las menos dañadas… «5 de abril - Fonda Peninsulares - Alojamiento y comida - cinco días - no sé cuántos reales»

—¿No sé cuántos reales? —Benito no entiende nada.

—Sí, no sé cuántos porque justo encima hay una manchita marrón y no pretenderéis que rasque para saber cuántos fueron ¿no?

—¿Algo más? —insiste Federico.

—A ver… Aquí hay otra anotación «7 de abril - Billete a Sevilla - Diligencias Postas Peninsulares - 350 reales de vellón».

—¿Alguna anotación del ocho o del nueve? —demanda el doctor.

—Espera que lo compruebe… Sí, aquí está. «8 de abril - Fonda del Ciervo - Alojamiento y comida - dos días - 40 reales de vellón».

—¡Eso es! —exclama Federico para sorpresa de Joaquín y Benito.

—¿Eso es? —pregunta el periodista.

—Ahí es dónde estuvo monsieur Petit el día de su muerte.

—¿De su muerte? ¿Petit? ¿De qué estás hablando, Federico?

La intriga motiva a Guichot.

—Tranquilo, Joaquín. Ya te explicaré con más tiempo. Es un asunto que estamos investigando Benito y yo.

—¿Investigando? ¿Los dos?

—Sí, bueno… Es muy largo de explicar, pero te prometo que te pondré al corriente cuando todo esto acabe. ¿Eso es todo? Me refiero, ¿no hay otro tipo de anotaciones?

—Sí, las hay. Son como pequeños comentarios. Datos que parecen inconexos.

—¿Puedes leer algunos que se refieran a esos días?

—Vamos a ver… por ejemplo, este del seis de abril: «Mozo entrega a mensajero una carta. Seguir al chico». Mirad, otro más, del día siete «Chico compra billete a Sevilla. Salida hoy. Confirma taquillero. Soborno. Un duro».

—Joaquín, una cosa más. Por favor, mira si hay algún comentario del día ocho o nueve…

Guichot pasa las páginas y se detiene en la última que no ha sido arrancada del todo, aunque queda poco menos de la mitad.

—Aquí, tal vez… No lo tengo claro porque falta buena parte de la página, pero pone algo así como: «es de complexión… unos treinta…». A renglón seguido se pierde, aunque más abajo se puede leer «pistola» y… no sé… poco más… lo siento.

—¿Sentir? Ni mucho menos, Joaquín. Muchísimas gracias. Nos has sido de gran ayuda. Benito —dice Federico mientras envuelve de nuevo el cuaderno y lo guarda en la chaqueta—, debemos irnos. Gracias, de verdad, Joaquín…

Ambos se levantan y se encaminan a toda prisa hacia la puerta.

—¡Eh, Federico! —advierte Joaquín al doctor, haciendo que se detenga en la misma puerta—. Recuerda que me has prometido que

me contarás de qué va todo esto.

—No te preocupes, te lo contaré, confía en mí. ¡Gracias de nuevo!

# 45

## Penitencia

13 de abril (Jueves Santo)

Gómez y López hacen su habitual ronda matinal. Se trata de un recorrido monótono. Calle a calle, plaza a plaza, revisan que todos los comercios paguen con puntualidad. Su método, perfeccionado a lo largo de los años, sigue un patrón bien definido. Del uno al siete de cada mes es el turno de tenderos, fruteros y pescaderos. Del ocho al quince visitan a cambistas, artesanos y cocheros. La tercera semana acuden a todos los burdeles y tabernas. Para la última, a fin de mes, recaudan su comisión a mendigos y ladrones. Un trabajo arduo y concienzudo que llevan a cabo con esmero.

En honor a la verdad, también ellos deben rendir cuentas. Una parte para sus superiores, otra para los políticos y una tercera para la iglesia.

Devotos fieles de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, acuden a la Capilla de San Lorenzo cada domingo, a rezarle y pedirle por sus vidas y las de los suyos. Ante él, y solo ante él, confiesan sus pecados. En agradecimiento por su divina misericordia y protección, realizan cada semana una generosa donación a la hermandad que nunca es inferior a una décima parte de lo recaudado.

Hoy es Jueves Santo y eso significa, para un hermano de la Santísima Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso, la antesala de su estación de penitencia. La próxima madrugada, a las dos en punto, deberían iniciar su anual expiación, a salvo de miradas recriminatorias, detrás de un antifaz. Pero este año, al igual que hace cuatro, el Santo Entierro Grande les impedirá cumplir con Dios. Su penitencia consistirá en ver la procesión desde fuera, como agentes uniformados situados en la esquina de la calle Alemanes.

Al salir de un corralón de artistas ubicado en el trece de la calle Castellar, los guardias municipales reciben, sin esperarlo, un fuerte golpe en la cabeza que los deja inconscientes.

Al cabo de un tiempo indeterminado, Gómez es el primero en despertar. Sentado y maniatado, aturdido y amordazado, consigue distinguir a unos pasos a tres hombres, aún borrosos, que conversan. A su derecha, López permanece inconsciente, roncando como un bendito. Nota un hilo de su propia sangre bajando por el cuello hasta colarse por la espalda y recorrerle la espina dorsal. No sabe dónde está. A primera vista, parece una bodega. Los altos techos abovedados, la humedad y la temperatura así se lo indican. «¿Qué cojones está pasando? ¿Quiénes son esos tres hijos de puta? ¿Dónde estoy?», se pregunta.

Abre los ojos todo lo que puede y agita la cabeza con la intención de desafiar a los que, supone, son sus captores.

—¡Anda! —exclama Fermín al percatarse de los gestos del guardia municipal—. Ya ha despertado uno. Menos mal, creí que íbamos a estar toda la mañana con esto.

Un segundo guardia del duque se acerca a Gómez y le quita la mordaza de la boca.

—¿Quién cojones sois vosotros? —espeta airado el municipal al verse liberado del trapo que lo amordazaba—. ¿Sabéis quién soy, hijoputas? ¡Yo mecagoentó…!

El mercenario vuelve a taparle la boca a Gómez con el trapo y le propina un puñetazo en plena nariz. El golpe lo hace caer con la silla hacia atrás. Su cabeza impacta en el suelo. El guardia municipal se queja y retuerce de dolor a la vez que empieza a atragantarse con la sangre que le corre desde el apéndice nasal hasta el interior de la garganta.

Los dos acompañantes de Fermín levantan a Gómez del suelo y, una vez incorporado, vuelven a quitarle la mordaza. El municipal tose con dificultad. Consigue escupir la sangre que empezaba a entrarle en los pulmones. Aterrorizado, dolorido y desconcertado, no se atreve ni a mirar al frente.

—¿Estás más tranquilo? —se interesa irónico el Carnicero de Pondra.

Gómez empieza a llorar como un niño pequeño. Al verlo, los tres guardias del duque comienzan a reír.

—¡Míralo! —exclama Fermín—. ¿Qué le ha pasado a esa mirada desafiante de antes?

Las risas, entremezcladas con el llanto de su compañero, espabilan a López. Entra en pánico al ver a Gómez ensangrentado y llorando, y arranca también a llorar.

—¡Vaya dos! —se mofa Fermín—. ¡Por Dios! ¡Qué espectáculo más bochornoso!

El guardia que golpeó a Gómez se acerca de nuevo. El municipal se encoge como si intentara desaparecer al verlo venir, pero aquel se desvía hacia su compañero y le quita la mordaza. López, al contrario que su amigo, no articula palabra. Su respiración, rápida y entrecortada, lo lleva al borde de la hiperventilación. Antes de desmayarse consigue oír a uno de los tres hombres dirigirse a él: —Vamos a ver. ¡Tú! Ya me estoy empezando a cansar. Escúchame bien.

López se desmaya, lo que provoca la ira de Fermín.

—¡Malditos gilipollas! ¿Y estos dos imbéciles dirigen una trama de corrupción en la policía municipal? ¡No me lo puedo creer!

Enfadado, el Carnicero de Pondra señala amenazante con el dedo al otro municipal.

—A ver… tú debes de ser Gómez, ¿verdad?

Este asiente sin dejar de mirar al suelo.

—Bien. Vamos avanzando. Escúchame con atención: no quiero más llantos ni desmayos. Si me dices lo que quiero saber, podréis volver hoy mismo a desvalijar a toda esa chusma, ¿entendido?

—Entendido —susurra el municipal.

—¿Dónde están los cuadernos y el reloj?

Gómez no entiende nada.

—¿Cuadernos? No sé de qué me está hablando… ¡Lo juro por…!

No le da tiempo a terminar. Un guantazo a mano abierta le revienta el oído izquierdo.

Fermín espera a que el municipal se rehaga y sigue con el interrogatorio: —A lo mejor tenías cerumen en los oídos. A ver si así

te enteras mejor. Te lo repetiré una vez más. ¿Dónde están los cuadernos y el reloj del manco que matasteis en Sierpes?

—¿Manco? —Gómez frunce el ceño desconcertado—. ¡No, por favor! Espera, espera… —suplica al ver que uno de sus captores se acerca de nuevo con la mano abierta—. ¿Dónde dice que murió?

—En la esquina de Cerrajerías con Sierpes, el pasado domingo.

—¡Dios mío! —exclama.

—Veo que ya te vuelve la memoria. ¿Otro guantazo? Así puede que lo recuerdes mejor.

—¡No, no, no! Por favor, por favor… Nosotros no hemos sido, se lo juro por…

Esta vez, el puño del mercenario vuelve a impactar de lleno en la nariz del municipal que, aunque se tambalea, no termina de caer…

—¡Aaaaaah! —se duele Gómez—. ¡Los críos! ¡Los putos críos!

Al oír esto, Fermín consigue que la mano del mercenario, abierta y por encima de la cabeza, detenga la parábola prevista con destino, de nuevo, a la cara del municipal.

—¡Quieto! —le ordena a su subordinado—. ¿Críos? —pregunta a Gómez—. ¿De qué coño estás hablando?

—Los críos del Santo Ángel… Ellos… ellos fueron.

—¿El Santo Ángel? ¿Qué cojones es eso? No estarás intentando engañarme…

—¡No, no, no! ¡Se lo juro por el Cristo del Gran Poder! Fueron ellos, los críos.

—Y… dónde… ¿Dónde puedo encontrar a esos críos?

—En la parroquia del Santo Ángel. Suelen estar todas las tardes. Miguel… Miguel es el cabecilla.

—Pero allí no creo que tengan lo que busco. La verdad es que no me estás sirviendo de mucho.

—En la Casa del Capellán. Allí. Es allí donde lo guardan todo, se lo juro por mis hijos.

—¿Santo Ángel? ¿Capellán? Pero ¿qué mierda os pasa en Sevilla? ¿No podéis dejar a Dios en paz de una vez por todas? ¿Dónde cojones está esa Casa del Capellán?

—En la calle Baños, junto al cuartel de infantería.

Gómez escupe sangre de nuevo.

—Haber empezado por ahí, mameluco, y te hubieses ahorrado mucho dolor.

El Carnicero de Pondra procesa durante unos instantes la información que le ha dado el municipal.

—Bien, bien… Una cuestión más y acabamos —afirma en tono afable —. ¿Son muchos esos críos?

—No sé. Unos ocho o nueve, creo.

—¿Quién los comanda?

—Uno de ellos. Miguel se llama.

—¿Un crío? ¿Y cómo es ese Miguel?

—No sé. Andrajoso, delgado… Lo reconocerá porque lleva un puto bastón. Desde hace unos días no se separa de él.

—¡Perfecto! Pues entonces, ya casi que nos podemos ir. Muchas gracias por su colaboración, caballero.

Gómez suspira aliviado, pensando que su suplicio ha tocado a su fin. Ya tendrá tiempo de ajustarle las cuentas a sus captores, piensa: «¡Hijoputas, malnacidos! Me las vais a pagar. ¡Juro por Dios que me las pagaréis!», se promete a sí mismo.

Para su desolación, oye con nitidez la orden que Fermín da a sus hombres: —Bueno, chicos, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los ojos de Gómez se abren de espanto. Sabe lo que significa esa frase. Él mismo la ha pronunciado en numerosas ocasiones. Intenta suplicar, pero ya no le da tiempo porque una soga le envuelve el cuello a la vez que una rodilla presiona el respaldo de madera de la silla.

# 46

## Matarratas

13 de abril (Jueves Santo)

Federico no puede evitar volver a mirar en cada rincón, en cada esquina por la que pasan, intentando localizar los restos de los vómitos de monsieur Petit antes de morir. Desde que han salido de la redacción de El Porvenir le ha invadido un doble sentimiento de emoción y tristeza. La emoción de tener una pista sólida sobre el último paradero del francés y la tristeza de saber que, si hubiesen insistido en la primera investigación, siguiendo esos restos, se podrían haber evitado tanto la muerte del Candiles como el episodio de la Casa del Capellán.

«¡Maldita sea! —se lamenta—. Estuvimos tan cerca…».

Ahora, sabiendo adónde ir, no le es difícil reconocer el último trayecto del pequeño maestro de esgrima. Incluso la secuencia y las paradas cobran sentido. Le consuela comprobar que desde la puerta de la antigua iglesia del Santo Ángel hasta la de la Fonda del Ciervo, en la que ahora lo espera Carrasco, no ha encontrado ningún rastro de vómito.

Benito, por su parte, ha avanzado a paso ligero, sin desviar la mirada ni detenerse. Obcecado como un toro que sigue el trapo rojo en la Plaza de la Real Maestranza de Caballería, aguarda impaciente a que el doctor termine de inspeccionar cada rincón de cada pared de cada casa. Resopla impaciente.

—¡Vamos, Federico! Eso que estás haciendo ya no tiene sentido. Ya has escuchado a Guichot. Petit estaba alojado aquí, en la Fonda del Ciervo.

Rubio sigue a lo suyo para desesperación del joven policía. Cuando el doctor llega a la altura de la fonda, entran.

—Buenos días, doña María —saluda Benito.

—¡Anda! ¡Qué alegría de verte, Benetín! ¿Qué tal estás, hijo? ¿Y tu madre?

—Muy bien, gracias. Necesitamos su ayuda con urgencia.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Nada, doña María, le explico. Mi compañero el doctor Rubio y yo queríamos hacerle unas preguntas sobre un huésped.

—¿Unas preguntas? No entiendo nada. ¿Qué ha ocurrido?

—No se preocupe por ahora. Díganos, ¿ha estado aquí alojado un tal Petit?

—¿Petit? ¿El manco?

—Sí, sí, ese.

—Pues sí que ha estado, pero hace unos días que se marchó. Bueno, se marchó o desapareció sin decir ni adiós.

—¿Y cuándo fue eso? —interviene Rubio.

—¿Cuándo llegó o cuándo se marchó inesperadamente?

—Ambas cosas —contesta el doctor.

—Pues, espere que le digo.

La viuda de Ruiz echa mano de su libro de huéspedes y pasa hacia atrás las páginas hasta llegar al ocho de abril.

—¡Aquí está! Llegó el Sábado de Pasión. Lo recuerdo. Fue por la tarde, antes de la cena. La primera impresión que me dio fue que era una persona poco habladora y algo desagradable. Reservó dos días con pensión completa. Le advertí que me tenía que avisar si quería quedarse más. Ya saben que en estos días las habitaciones están muy solicitadas. El caso es que me extrañó que no saliese para nada. El Domingo de Ramos estuvo todo el día ahí, sentado, comiendo y bebiendo vino. De hecho, bebió más que comió, mucho más. Con esto de que en la pensión completa el vino va incluido, algunas veces pasan estas cosas. Yo lo intento evitar, pero no siempre lo consigo, la verdad. No me gusta que los borrachos se aprovechen, pero, en este caso, es que no aparentaba ser un borracho. Desagradable,

impertinente y descortés, sí, pero no un borracho.

—¿Dice usted que estuvo bebiendo mucho vino? —se interesa Rubio.

—Mucho, pero mucho. Además, por la tarde hizo una cosa muy rara.

—¿Rara? —interviene Benito.

—Sí, rara. El caso es que… ¿Dónde vas, Sebastiana?

La viuda de Ruiz interrumpe su narración para dirigirse a la Chana que, con un cesto de mimbre en la mano, pasa por detrás de Rubio y Carrasco.

—Al mercado por coliflores, que se han acabado.

—¿No había ido esta mañana tu tío por ellas?

—Se le habrán olvidado —sugiere mientras sale por la puerta con prisas.

—¡Dios mío! ¡Qué calvario! Tiene que estar una encima de todo… Bueno, ¿qué estaba diciendo yo?

—Que ocurrió algo muy raro —le recuerda Rubio.

—¡Ah, sí! Lo del vino. El caso es que pidió que se lo rebajásemos con agua y que le echásemos canela y anís. ¡Canela! Ni que fuera barata la canela… Cuando vi a Sebastiana echarle una rama de canela al vino, casi me da algo. Le dije que de eso nada, que, a todo lo más, le echase anís estrellado, pero de canela, nada de nada.

—¿La Chana? —se extraña Benito—. ¿La sobrina del Negro?

—Sí, la misma. Fue ella la que estuvo todo el día sirviendo al manco. Insistió en ello. Yo lo achaqué a que querría sacarle algo. Ya saben… estas chicas… Ven a un cliente así, solo, e intentan camelárselo para conseguir un dinerillo extra. Yo, por supuesto, no apruebo esas cosas, pero no soy tonta. Una tiene ya unos años y ha corrido mundo… ¡Ah! Se me olvidaba… El manco no paraba de ir al retrete. Iba, venía, iba, venía… Yo no sé las veces que fue. ¡En mi vida he visto a alguien ir tanto al baño! Me recordó a mi difunto esposo, en gloria esté, cuando le entraron las diarreas de la muerte. Pues eso, así estuvo hasta después de la cena. Recuerdo que lo vi salir, tambaleándose, y pensé: «Ni con el agua y el anís. ¡Vaya tajá que lleva!». Y eso es todo. A la mañana siguiente no volvió. Cuando no bajó a desayunar me extrañó

y, teniendo en cuenta que tenía que dejar la habitación esa mañana, subí a llamarlo. Como no contestaba nadie, abrí y encontré la habitación vacía.

—¿Dice que la chica fue la única que le sirvió durante todo el día? —inquiere Rubio.

—Sí, solo ella. Ya le he dicho que insistió.

—¡Benito! —exclama el doctor—. ¡La chica!

El joven policía lo mira desconcertado, aunque reacciona de inmediato y sale corriendo de la fonda.

—¿Qué pasa? —pregunta sorprendida María—. ¿Me puede explicar qué pasa?

—¿Usa usted matarratas?

—¿Qué?

—¡Que si usa usted matarratas! —insiste, enfático, Federico.

—Pues claro que lo uso. Esta es una casa decente.

—¿Podría verlo? ¿Dónde lo tiene?

—En la alacena. ¿Dónde va a estar si no?

—Permítame que insista. ¿Podría verlo?

—Claro, claro. Venga conmigo.

Federico y María pasan a la cocina. La propietaria de la Fonda del Ciervo se dirige a la alacena y extrae de ella una caja de lata en cuya tapa, bajo el dibujo de un roedor, se puede leer:

No más ratas ni rateras. Los célebres doctores Esculapio, Homero, Pitágoras, Hipócrates y otros hombres célebres lo recomiendan.

En su interior, casi vacío, restos de un polvo blanco que Federico no tarda en identificar.

—Esto es arsénico, señora.

—¿Arsénico? ¿Qué significa eso?

—Es un potente veneno. No solo mata a las ratas. Si se ingiere, es capaz de matar a una persona.

—¡Por Dios! ¿A quién se le va a ocurrir comerse eso?

—Supongo que a nadie, a no ser que te lo den diluido en el vino.

—¿En el vino? ¿Qué quiere decir?

—Lo que está escuchando. Estoy casi seguro de que esto es lo que mató a monsieur Petit.

—¿Que lo mató? —pregunta la oronda propietaria mientras se lleva las manos a la cabeza, asustada—. ¿Cómo que lo mató?

—Monsieur Petit murió por una intoxicación grave con arsénico, doña María. ¿Está usted segura de que la chica fue la única que sirvió vino a Petit?

—¡Segurísima! ¡Por Dios! ¡Desgraciada! ¿Qué ha hecho esa desgraciada?

—Tranquilícese, por favor. Necesito que atienda a lo que le digo. ¿Sabe si algún otro cliente ha sufrido fuertes dolores estomacales o vómitos desde entonces?

—¡Qué va! Ninguno, que yo sepa. ¡Ay, dios mío! —responde la viuda de Ruiz, afectada.

—Entonces solo queda pensar que fue premeditado. No fue al azar. La chica… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Chana. Perdón, Sebastiana.

—Está claro que fue ella la que envenenó a Petit. ¿Por qué querría envenenar a ese hombre?

—¿Me lo pregunta a mí? —Los ojos de María casi se le salen de las órbitas.

—Sí, a usted. ¿Sabe si tenía algún motivo para asesinarlo?

—¡No, no, no! Por supuesto que no. ¡Esto será mi ruina! ¡Ay,

virgencita del Carmen! ¿Qué es lo que ha hecho esa malnacida? ¡Desgraciada!

Benito entra por la puerta de la cocina, sudando y respirando de forma entrecortada. Se detiene para coger aliento.

—¿Qué ha pasado? ¿Has encontrado algo? —consulta el policía.

Federico le muestra la lata.

—¿Qué es eso? —Carrasco entrecierra los ojos intentando reconocer el recipiente.

—Arsénico, Benito. Arsénico puro.

—¡Hijaputa! —exclama de pronto mirando hacia María—. ¿Ha sido ella?

La cara de la viuda de Ruiz es ahora de espanto.

—¿Doña María? No lo creo —sentencia Federico intentando sacar a su compañero del error.

Un suspiro de alivio sale de la boca de la propietaria.

—¿La chica, entonces?

—Todo indica que sí —afirma Federico—. No sé aún por qué, pero todo indica que fue ella. ¿La has encontrado?

—Ni rastro —contesta Benito negando a la vez con la cabeza—. No tengo ni idea de cómo ha podido huir tan rápido. He llegado hasta el mercado y nada. Es como si se hubiese esfumado.

—Lástima… pero… Bueno, luego nos ocuparemos de ella.

Federico se dirige a la viuda de Ruiz:

—¿Y las pertenencias de monsieur Petit?

—¿Cómo? —responde desconcertada María.

—Sus cosas, sus pertenencias…

—¡Eeeeh! ¡Aaaah! ¡Ahí! —Señala a la alacena—. En una bolsa. Es la que traía. Parece una bolsa de esas de los soldados.

—¿Un petate? —sugiere Benito.

—¡Eso, eso! Un petaque de esos.

María se precipita a sacar la bolsa de tela de la alacena y la arroja a los pies de los dos hombres.

—¡Esta es! ¡Y juro por dios que está todo!

Benito lo levanta y lo coloca encima de la mesa de la cocina. Desata el cordón que le sirve de cierre y vuelca su contenido.

—¡Los cuadernos! —exclama Carrasco.

—¡Los cuadernos! —repite Federico—. ¡Los malditos cuadernos!

Ante sus ojos, esparcidos por la mesa, aparecen esas pequeñas colecciones de papel por las que tanto suspiran en San Telmo. Tras reunir los seis que han caído y comprobar que no queda nada en la bolsa, se dan cuenta de que el petate de Petit también contiene una muda limpia, un pasaporte y una bolsa de cuero con dinero.

El policía toma el documento para viajes entre sus manos, lo despliega y lo lee en voz alta: —«Legación de las Españas en Lisboa. Don Manuel María de Aguilar. Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel La Católica, de número de la Real y Distinguida Española de Carlos III, de la Real y Militar de San Hermenegildo. Comendador de la de San Fernando y del Mérito de las Dos Sicilias. Condecorado con la Cruz de Juntas Provinciales como Secretario de Estado que fue en mil ochocientos ocho de la de Sevilla, del Consejo de S. M., su Secretario con ejercicio de decretos, Coronel de Caballería retirado y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su Majestad la Reina de España cerca de su Majestad la Reina de Portugal y de Los Algarbes. Concedo libre y seguro Pasaporte a Lambert Petit, francés, natural de Marsella, a moverse con libertad por el territorio de las Españas. Por tanto, pido y encargo a todas las autoridades, civiles y militares, así españolas como extranjeras de los Pueblos por donde transitare, no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien le faciliten los auxilios necesarios; a cuyo efecto doy el presente firmado por mí y refrendado por el Secretario de esta Legación. Dado en Lisboa a ocho de mayo de 1848». ¡Lambert! Federico, se llamaba Lambert… Espera, hay más… «Señas. Edad: 38 años; Estatura: 58 pulgadas; Pelo: Negro; Ojos: Castaños; Nariz y Boca: Regular; Barba: No tiene; Color: Moreno». ¡Mira, mira lo que pone! Sin duda era él. «Señas particulares: Manco de la mano derecha».

—Lambert. Petit se llamaba Lambert —murmura Federico.

# 47

## Cal viva

13 de abril (Jueves Santo)

Con lo sencillo que es matar a una persona y lo tedioso que resulta tener que ocultar su cuerpo. Por suerte, en su larga trayectoria como mercenario, Fermín ha perfeccionado el procedimiento.

Se necesitan, según él, al menos dos hombres para poder cavar un hoyo con la profundidad justa para que ninguna alimaña lo olfatee y lo desentierre. Una vara y dos palmos es la profundidad idónea. Así, de paso, si el enterramiento se hace en terreno de labranza se podrá estar seguro de que ningún arado topará con el cuerpo.

Por otro lado, está la cuestión de la ropa. Hay que desnudar por completo al sujeto en cuestión y enterrarlo tal y como vino al mundo. Al Carnicero de Pondra le gusta recordar a sus hombres las palabras de Job cuando dice: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá. El Señor dio, y el Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito».

Las ropas y pertenencias deben ser quemadas lo más lejos del enterramiento que sea posible, asegurándose de que todo queda reducido a ceniza.

Al final, antes de tapar el cadáver es muy beneficioso cubrirlo con una espesa capa de cal viva. La cal acelera el proceso de descomposición deshaciendo músculos, nervios y tendones en un tiempo bastante aceptable. Además, tiene la ventaja de evitar que el olor de la putrefacción avise de que en ese lugar hay un cadáver.

Si todo se hace con el orden y el escrúpulo adecuados, dos hombres pueden llevar a cabo el trabajo de forma más que efectiva en unas dos horas o dos horas y media, dependiendo de la dureza del terreno, claro está.

Aunque él no suele participar de forma activa, en esta ocasión ha ayudado a sus subordinados a enterrar a los dos guardias municipales. Su recia complexión y su meticulosidad han acelerado el proceso hasta dejarlo en un tiempo récord de hora y media, si bien es verdad que no es lo mismo cavar dos fosas que una, aunque esta deba ser más ancha.

Durante el trayecto de vuelta hasta la ciudad, Fermín no ha dejado de pensar en cómo afrontará el asalto a la Casa del Capellán. Demasiados críos y demasiados soldados cerca. Tendrá que hacerlo de forma rápida y contundente. No puede arriesgarse a que uno de los mocosos escape y dé la voz de alarma en el cuartel.

Está claro que necesita refuerzos. No es seguro que entre los tres puedan contener a esos escurridizos malnacidos. Además, no les vendría mal asearse un poco y cambiarse de ropa. Las salpicaduras de sangre son algo escandalosas en la camisa de uno y ha apreciado, en los pantalones de otro, unas sospechosas manchas que a buen seguro se habrán producido durante el transporte de los cuerpos.

Para cuando la berlina entra en el patio del Palacio de San Telmo, el Carnicero de Pondra tiene planificada la acción de la Casa del Capellán. Los tres hombres bajan del carruaje.

—Id a asearos y cambiaos de ropa. Quiero salir lo antes posible.

—Sí, señor —contestan sus dos subordinados.

—Llamad a cuatro hombres. Los quiero listos en un cuarto de hora. Advertidles que no quiero uniformes ni nada que nos pueda identificar, ¿entendido?

—Sí, señor —responden de nuevo.

—Usted —dice al cochero—, limpie bien el interior de la berlina y asegúrese de que no quede ni rastro. En el camino de vuelta he visto que hay restos de sangre en los asientos.

—De acuerdo, señor.

Satisfecho por el desarrollo de la mañana, el guardia del duque mira al sol, que está ya en todo lo alto, y suspira.

—¡Por fin un poco de acción!

# 48

## Despertar

13 de abril (Jueves Santo)

Hace bastante rato que Miguel se despertó. Una fuerte punzada en la nalga izquierda le hizo abrir de golpe los ojos. Lo primero que vio fue una pared blanca frente a él. Un desagradable sabor metálico le inundaba la boca, seca y pastosa. Le costó tragar saliva, pero, al final, lo consiguió. Al contemplarse el antebrazo derecho extendido se dio cuenta de que en el centro tenía atado un paño de seda. Bajo él sentía palpitar la carne. La zona le quemaba un poco, aunque el dolor era soportable.

Desde muy pequeño, antes de escapar del burdel, se había acostumbrado a soportar el dolor. Cuando su madre lo echaba de la habitación y se quedaba sentado en la escalera, recibía cachetes, pellizcos, puntapiés e incluso alguna quemadura de cigarro. En aquella escalera aprendió a no llorar. Esos duros escalones y aquellos sucios hombres le enseñaron a ser fuerte y a no hacer ruido.

Nunca tuvo muy claro qué era. Su madre siempre lo vistió como un niño.

—Carmen, cariño —le decía todas las mañanas—, no te vayas a olvidar de que para todos los demás eres un niño. Si alguno de esos desgraciados te pregunta tu nombre, dile que te llamas Miguel. Es más seguro así. Hazme caso, mi vida. Con el tiempo lo comprenderás.

Un día, hace cinco años, decidió levantarse, bajar la escalera y salir a la puerta. Nadie lo siguió. Nadie lo buscó cuando cruzó la calle ni cuando corrió por la plaza. Ni siquiera cuando se alejó del pueblo cruzando el ancho río en la barca. En varias ocasiones miró hacia la orilla que dejaba atrás con la esperanza de ver aparecer a su madre.

El campanario de la iglesia de Santa María de la Estrella se fue

empequeñeciendo cada vez más sin que ella apareciese.

Una vez en la otra orilla, consiguió salir adelante mendigando y robando. Poco a poco aprendió que ser un chico era menos doloroso que ser una chica. Aprendió a ocultarse a la hora de orinar. Aprendió a tratar a las niñas como a seres débiles e inferiores. Aprendió a sobrevivir en un mundo de hombres como un hombre. Por eso, ahora que se ve vestido con un camisón, no se reconoce.

Guarda silencio y cierra los ojos de nuevo. Detrás oye voces de mujer. Son tres. Una de ellas, a la que las otras llaman Maripaz, se ha acercado y le ha tocado la nalga izquierda. Sabe que, justo ahí, tiene otra herida. Se muerde el labio con fuerza cuando la tal Maripaz se la limpia con lo que debe ser aguardiente. Aún no sabe dónde está y no quiere arriesgarse.

—Amalia, creo que ya es hora de que le dé el aire —le ha oído decir.

Una segunda mujer, que debe ser la tal Amalia, le ha respondido con voz dulce: —Pobrecita, menos mal… ¿A qué clase de salvaje se le ocurre dispararle a una chiquilla?

«¿Disparos? ¡Joder! Los señoritingos. La pistola. Él, el del bastón. ¿Por qué me protegió del otro? ¿Por qué le impidió que me rematara? Los soldados, el hospital…». Las imágenes se amontonan, desordenadas, en su cabeza.

Recuerda que volvieron a buscar su bastón de mando. El que conquistó en la esquina de Cerrajerías. Entraron y vieron a Curro atado y llorando en una esquina. Dos hombres salieron del retrete. Supo que habían venido a robarles, a usurpar lo que es suyo.

Empieza a recordar y con los recuerdos le invade el sueño. Al rato, la potente voz de la tercera mujer, a la que llaman tía Dolores, resuena desde otra estancia.

—¡El desayuno está listo! —ha dicho.

Desayunar, comer algo. Su estómago está vacío. Tiene hambre.

«¿Qué hora será? ¿Cuánto tiempo habré estado dormido? ¿Cómo es que no estoy en el hospital?».

Necesita salir de aquí. Necesita volver a la Casa del Capellán, a su castillo, con sus soldados; su familia. Debe buscar el momento oportuno.

Le llega el olor del café recién hecho. Quizás, solo quizás, lo mejor sea disimular, hacerles creer que es Carmen hasta que pueda escapar de esta mullida almohada y de estas sábanas limpias. Quizás, solo quizás, lo mejor sea desayunar y coger fuerzas para poder huir. Así lo hará, está decidido.

Esperará a que vuelva la tal Maripaz a curarle las heridas y entonces pondrá en marcha su plan de fuga. Mientras tanto, lo mejor será dormir un poco más en este confortable colchón que la atrapa.

Al abrir los ojos de nuevo, unas pequeñas y delicadas manos desatan, con sumo cuidado, el nudo del paño de seda que tiene sobre la herida del antebrazo. Gira la cabeza y mira hacia arriba. No puede evitar sonreír al ver el rostro de Maripaz. Por un instante, le ha parecido ver a su madre reflejada en sus ojos.

—¡Buenos días, preciosa!

«Esta debe ser Maripaz —piensa—. Sin duda, es su voz».

—Tranquila. No te esfuerces. Procura no moverte mucho —le indica —. ¿Cómo te llamas?

Duda sobre la respuesta que debe dar, aunque, al final, decide seguir con el plan.

—Carmen —consigue decir con un hilo de voz.

—Hola, Carmen. Yo soy Maripaz. ¿Te duele mucho?

—No, no mucho.

—Muy bien. Me alegro.

—¡Anda! ¿Ya se ha despertado? —escucha a su espalda.

—Está despertándose, Amalia. Es normal que esté algo amodorrada. Es el cloroformo.

El rostro de Amalia se asoma por detrás del de Maripaz. Su sonrisa y sus ojos verdes le transmiten una inesperada y agradable sensación de seguridad.

—¿Ya ha dicho cómo se llama? —susurra Amalia a su cuñada.

—Sí. Se llama Carmen.

—¡Qué nombre más bonito! ¡Tan bonito como ella! ¡Voy a decirle a la tía que ha despertado!

—¡Amalia, espera! ¿Por qué no le traes a Carmen un café y unos dulces? Seguro que tendrá hambre.

—Eso está hecho. Ahora los traigo.

Amalia se marcha. Maripaz termina de cambiarle el vendaje por uno limpio.

—Va muy bien. Eres una chica fuerte. En unos días estarás recuperada —le informa.

—¿Unos días? ¿Cuántos? ¿Qué día es hoy? —se interesa mientras intenta incorporarse—. ¡Aaaaah!

—Espera, espera. Tranquilízate. Tienes una herida en el culete. Debes tener cuidado de no apoyarte ahí. Lo mejor es que sigas así, de costado.

—No puedo esperar… Tengo que irme…

—¿Irte? ¿Adónde tienes que ir?

—Tengo que irme, con mi familia.

—¿Con tu familia? —se interesa Maripaz.

—Sí, mi familia.

—¿Dónde está tu familia? ¿Dónde están tus padres?

Miguel acaba de darse cuenta de que no puede darle una respuesta a Maripaz. En ese momento, Amalia irrumpe de nuevo en la habitación. El olor que trae consigo embriaga el ambiente y los sentidos de la paciente. «¡Uuuummm, café!», se deleita.

—Carmen, cariño. Voy a ponerte aquí la bandeja con los pestiños. Luego te ayudaremos a incorporarte, ¿de acuerdo?

La chica asiente. Maripaz la incorpora en la cama intentando que la nueva postura presione lo menos posible la herida del glúteo. Al ver el café humeante y los pestiños, la chica se lanza a por ellos con las dos manos.

—¡Calma, calma! No te vayas a atragantar. Nadie te los va a quitar.

Come tranquila.

A pesar de la advertencia, la cría devora ávida el desayuno. Cuando se siente satisfecha, se limpia los restos de miel en la manga del camisón ante la circunspecta mirada de Amalia.

—Carmen, preciosa, dime dónde vive tu familia e iremos a buscarlos —comenta entonces Maripaz—. Seguramente estarán preocupados por ti.

La chica agacha la cabeza y, sin responder, vuelve a recostarse y cierra los ojos. Su actitud recuerda a Maripaz lo que Federico le contó anoche. Cae en la cuenta y se hace cargo de la situación de Carmen. Con delicadeza, pasa la mano por el pelo que Amalia ha cepillado y limpiado con esmero durante horas.

—Tranquila, Carmen. Tranquila, hija. Descansa un poco más.

El suave tacto de la mano de Maripaz sobre su pelo, su dulce voz y el agradable olor que desprende actúan en Carmen como un somnífero. Suspira un par de veces antes de rendirse.

# 49

## Un baño

13 de abril (Jueves Santo)

Al ver entrar a su prima por la puerta de la Fonda de Madrid, Josefa comprende que algo no va bien. Esta impresión no se debe solo a que se lo note en la cara, que también, sino porque Sebastiana sabe que, excepto en casos excepcionales o situaciones muy graves, los mensajes que quiera hacerle llegar debe dárselos a través del Negro. Eso no quita que, en alguna ocasión, tras una noche de juerga, ambas hayan dormido en la misma habitación y en la misma cama, pero nunca en la Fonda de Madrid.

Que un Jueves Santo, a plena luz del día, Sebastiana entre a la carrera en la Fonda de Madrid no es una buena noticia.

Con la agilidad mental que la caracteriza, ha hecho un gesto suave con la cabeza a su prima para que, lo más discreta que pueda, suba las escaleras y la espere en la puerta de su habitación.

Se excusa ante los dos caballeros con los que comparte un aperitivo en el patio:

—Disculpen, señores. Debo ir un momento a mi habitación. Ya saben, cosas de mujeres —les indica, coqueta.

De inmediato, tanto don Antonio Sánchez Torres, propietario del establecimiento, como monsieur Labiche se levantan de sus sillas y la excusan cediéndole el paso con gesto cortés.

La Vargas sube las escaleras sin prisa y con elegancia. Al llegar a la puerta de su habitación, donde espera la Chana, extrae de una limosnera bordada una llave y abre. Discreta, indica a su prima que pase. A continuación, entra ella, no sin antes asegurarse de que nadie las ha visto pasar a la habitación.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca o qué? —le recrimina la Vargas irritada.

—La policía, prima. La policía.

—¿La policía? ¿De qué estás hablando?

—En la fonda.

—¿Aquí? ¿Qué dices?

—No, aquí no, en la del Ciervo. Ha llegado la policía preguntando por el manco.

—¿El manco?

—Sí, el manco al que me dijiste que envenenara.

—¡Calla, desgraciada, que te pueden oír! —le reprende agitando la mano ante su cara—. Vamos a ver… Explícate mejor, pero tranquila.

—Pues eso, prima. Yo estaba en la cocina pelando papas y entonces escucho que llega alguien y le pregunta a la viuda sobre el manco. Cuando pongo atención me doy cuenta de que conozco la voz del que estaba preguntando por el muerto. «¡Ese es Benetín!», me dije.

—¿Benetín? —interrumpe Josefa, extrañada.

—Sí, Benetín, el hijo de la Fernanda. Lo conozco desde que era niña, de la corrala del Baúles. El caso es que hace poco lo vi por la calle. Iba muy arreglado, así que le pregunté a la Charo que cómo es que Benetín iba tan maqueado y me dijo que se había metido a policía. Ya ves, prima, menudo disgusto. Con lo buen mozo que es y con el negocio que lleva la madre, y va y se mete a policía. Una lástima.

—¡Ve al grano, niña! —le apremia la bailaora.

—¡Ojú, prima, los nervios! Bueno. —Toma aire—. Pues eso, que Benetín y otro al que no conozco andaban preguntando por el manco. Me asusté y, antes de que viniesen a por mí, cogí el cesto de mimbre y salí de allí. Le dije a María que tenía que ir a comprar coliflores al mercado. Estoy segura de que no me han visto porque pasé por detrás de ellos mientras hablaban con la viuda.

—¿Y has tenido que venir aquí?

—¡Bueno, prima! ¿Qué querías que hiciera? Esto está cerca y pensé

que aquí no me iban a buscar nunca.

La Vargas mira a su prima y suspira a la vez que asiente con la cabeza. Pronto se hace con las riendas de la situación y traza un plan.

—Bien, bueno… Has hecho bien. No te preocupes. Conmigo estarás a salvo. Mañana salgo para París. Lo mejor será que te vengas. Ya volverás dentro de unos meses, o no. Bueno, ya veremos hasta dónde llega esto. ¿Te parece?

—¿A París? ¿Contigo? ¿Qué me va a parecer, prima? ¡Fantástico! Gracias, prima. Muchas gracias.

La Chana da palmadas de alegría y se abraza a la bailaora.

—¡No hables tan alto, chiquilla! Venga, tranquilízate. Ahora tengo que volver a bajar. Estoy cerrando con monsieur Labiche los detalles del contrato de París. Tardaré un buen rato. ¿Por qué no te lavas un poco y me esperas en la cama?

—¿Lavarme? Si ya me he lavado esta mañana con la palangana.

—¡Jajaja! A partir de ahora te lavarás a diario.

La Vargas lleva a su prima hasta una estancia aparte en la habitación. En el centro, la Chana ve, por primera vez en su vida, una bañera.

—Mira, esto es una bañera.

—¡Qué grande! ¡Cuánta agua, Dios mío!

—Es que me he bañado justo antes de bajar. Seguro que aún está calentita el agua, así que aprovecha.

—¿Calentita?

—Sí, calentita. Ahí tienes el jabón perfumado y una toalla para que, cuando termines, te puedas secar. ¿Te ha quedado claro?

La Chana mete la mano en el agua y sonríe de satisfacción al comprobar la temperatura del agua.

—¡Qué maravilla, prima! ¡Qué maravilla! —exclama mientras abraza a su prima y la besa en la mejilla.

—Venga, báñate y relájate. En un rato subiré.

—Te esperaré impaciente, prima —le responde Sebastiana con cara de niña traviesa.

La Vargas mira a la Chana mientras esta se desnuda. «¡Tanta belleza para tan poco seso! ¡Qué pena!», se dice a sí misma.

La bailaora baja las escaleras que conducen al patio con tranquilidad. Antes de volver junto a los dos caballeros, hace una parada en una esquina donde se encuentran dos de sus hombres fumando y tomando una caña en silencio.

—Fernando —susurra a uno de ellos a la vez que le da la llave de la habitación—, arriba tengo un problema que he de solucionar de forma definitiva. El problema está en el cuarto de baño. Espera un poco y sube. Ya sabes lo que tienes que hacer.

El hombre toma la llave y se la mete en la faja. Aguarda a que su jefa se vuelva a sentar con los dos caballeros en el patio, se termina el vino sin prisas y se levanta.

Sube con parsimonia los escalones, uno a uno, y se dirige a la habitación. Abre la puerta con sigilo, entra y vuelve a cerrarla sin hacer ruido. Una vez dentro, escucha a Sebastiana canturrear. La voz proviene del cuarto de baño. Junto a la cama, poco a poco, se desviste por completo. Los pies desnudos pisan con suavidad la alfombra roja con motivos florales que cubre la amplia habitación. Se encamina al cuarto de baño. Desde la puerta, entreabierta, observa y aguarda el momento idóneo para actuar.

No es la primera vez que la Vargas le encarga deshacerse de una amante. A veces se vuelven codiciosas, otras lenguaraces, aunque, en este caso, hasta él mismo se ha estremecido al comprobar que se trata de su propia prima.

El numerito de la ropa, además de, por qué no decirlo, ser excitante, tiene un motivo mucho más prosaico. No estaría bien bajar luego con la camisa y los pantalones salpicados de agua, o de quién sabe qué.

Espera su momento hasta que, pasados unos minutos, observa que la chica sumerge la cabeza en el agua. Entonces, con tres amplías zancadas, logra situarse junto a la bañera.

Al ver la imagen del torso desnudo de Fernando bamboleante por el efecto del agua, la Chana no puede reprimir abrir la boca, sorprendida. En vano intenta incorporarse. El guardaespaldas de su prima la agarra con fuerza de los hombros y le estampa la espalda

contra el suelo de la bañera. El agua empieza a entrar sin freno por la boca y la nariz de la Chana, que se remueve y se agita intentando escapar y salir a tomar aire. En apenas dos minutos, cesan los movimientos espasmódicos de la joven.

Fernando suelta los hombros de la muchacha y observa durante un buen rato su cuerpo desnudo en el fondo de la bañera.

«¡Qué pena! ¡Qué desperdicio de hembra!», piensa.

Coge la toalla y se seca. Vuelve a la habitación para buscar unas sábanas limpias. Tras vaciar la bañera y secar el cuerpo inerte de la Chana, lo saca y lo envuelve con sumo cuidado en las telas.

Acto seguido, se vuelve a vestir y sale de la habitación. Una vez abajo, se acerca a Curro, su compañero, y le susurra algo. Este lo mira en silencio, suspira resignado y se levanta. Ambos salen de la Fonda de Madrid ante la atenta mirada de la Vargas.

—¿Está usted conforme, mademoiselle? —consulta Eugène Labiche.

—Completamente, monsieur. Solo una última cuestión. Sepa usted que nunca comparto camerino con ninguna otra artista.

—Bien Sûr, mademoiselle! No tenga la menor duda de que con Espagnolas et Boyardinos, triunfará usted en París.

—No lo dudo, monsieur. Créame que estoy segura de que así será.

Durante media hora, Josefa mantiene animada la conversación con los caballeros hasta asegurarse de que Fernando y Curro bajan de la habitación con el mismo baúl con el que hace un cuarto de hora regresaron a la Fonda de Madrid.

# 50

## Gatos y ratones

13 de abril (Jueves Santo)

—Benito, creo que lo mejor será que llevemos los cuadernos a Guichot. Es muy probable que en ellos esté la clave. ¿Por qué esa chiquilla envenenó a Petit? ¿Por qué motivo se alojó aquí Lambert?

—Si quieres que te sea sincero, Federico, ahora mismo no estoy ni para intrigas políticas ni cuadernos. ¿Te importaría ir tú solo?

—¿Cómo? ¿No vienes?

—No. Prefiero quedarme. Aunque no es muy probable que la Chana vuelva, el Negro aparecerá tarde o temprano.

—¿El Negro? ¿El mismo que vimos entrando en la Casa del Capellán?

—Sí, ese mismo. Es tío de la Chana. Seguro que sabe dónde puede estar.

—¿Y te lo va a decir así como así?

—Seguramente, no. Por eso mismo es mejor que vayas tú a ver al periodista y yo me quede.

Federico comprende lo que Benito intenta decirle. Lo mira con ojos tristes y se marcha a toda prisa.

—¡María, María! —Carrasco llama con insistencia a la viuda de Ruiz.

—¡Sí, sí, dime, dime, hijo!

—¿Qué tienes hoy de comer? Creo que me quedaré a almorzar.

—Tenía previsto hacer coliflor esparragada pero ahora… no sé… algo

se me ocurrirá. ¡Qué desastre, Dios mío! ¡La desgraciada de la Chana! Si la veo, te juro que la mato.

—¿Torrijas? —consulta Benito.

—¿Qué?

Dada la situación, el interés del agente por la comida sorprende a María.

—Que si de postre tienes esas torrijas tan ricas que haces.

—¡Ah, no, hijo, no! Hoy tenemos huesos de santo.

—Lástima… Tráeme cuando puedas una jarra de vino y un vaso, anda.

—Claro que sí, Benetín. Lo que tú quieras.

Carrasco busca acomodo en la mesa que está junto a la puerta de la cocina.

«Desde aquí no se me escapará nada», piensa.

Fuera de allí, el doctor Rubio anda a paso ligero por la calle Rioja. Espera que Joaquín se encuentre aún en la redacción de El Porvenir.

Con el petate al hombro, no son pocos los que se le quedan mirando al cruzarse. La indumentaria y las formas no cuadran en absoluto con llevar ese saco a la espalda.

De repente, ve aparecer a Guichot por la esquina. Viene a su encuentro, malencarado.

—¡Joaquín, Joaquín! Iba a buscarte a la redacción. ¿Adónde vas?

—Me he despedido. Es intolerable. Ese mequetrefe de Piñal no tiene arreglo —contesta el periodista—. ¿Dónde vas con ese petate? ¿Te vas a enrolar en la Legión Extranjera?

—Nada de eso. Dentro está el resto de los cuadernos de Petit.

—¿Y a Petit? ¿Has encontrado ya al viajero?

—El viajero, como tú lo llamas, murió el pasado domingo.

El semblante serio de Joaquín Guichot refleja una mezcla de preocupación y curiosidad.

«¿Qué hace Federico buscando e investigando los cuadernos de un muerto? ¿Qué está pasando?», se pregunta.

—No digas nada. Ya sé lo que estás pensando —afirma Rubio—. Luego te explico. Te lo he prometido, pero ahora necesito que traduzcas estos cuadernos. ¿Dónde podemos ir?

—¿Adónde vamos a ir? A la redacción, dónde si no.

Federico no puede evitar sonreír. Guichot lo mira de reojo y suelta una carcajada a la vez que se da media vuelta y comienza a caminar de nuevo hacia Sierpes.

Justo cuando van a entrar en la redacción, Ramón Piñal se dispone a salir.

—¡Pero, bueno! —exclama el editor—. ¿En qué quedamos, don Joaquín?

Guichot ni siquiera se toma la molestia de contestar. Entra y toma asiento en la misma silla en la que lo dejó Rubio la última vez. El doctor se sienta junto a él y saca del petate los seis cuadernos.

—Aquí los tienes —le indica a Guichot.

El periodista toma uno al azar y lo abre.

—Vamos a ver… «28 de septiembre - Seguimiento a Romo - El arzobispo se entrevista con José del Castillo y Ayensa - El Senador sale de Palacio a las siete y media». Federico… —se detiene por un momento—. ¿Quién es este Petit? Y no me digas que luego me lo cuentas.

—Creo que ya te lo puedes imaginar.

—Lo que yo pueda o no imaginar es cosa mía, Federico. Ahora me gustaría saber quién es —dice a la vez que cierra el cuaderno y mira a los ojos a su amigo.

—Pues, en realidad, no lo sé… Cuando lo conocí no era más que un maestro de esgrima que venía de Lisboa y se dirigía a Marsella. Al menos eso me dijo. Ahora no sé… ¿Un sicario? ¿Un espía? La verdad es que no lo sé, Joaquín.

—¿Un sicario? ¿Un espía? ¿De quién?

—De Montpensier.

—¿Del duque? ¿El duque de Montpensier? ¿El duque de Montpensier de San Telmo?

—Sí, sí, de ese duque de Montpensier. ¿Acaso conoces a otro?

—¡Madre mía, Federico! ¿Y qué haces tú metido en todo este lío?

—Déjalo por ahora. Es muy largo de contar y tengo mucha prisa. Si de verdad me aprecias como amigo, te ruego que te ciñas a traducir los cuadernos. Cuando todo esto pase, hablaremos largo y tendido sobre el asunto. Te lo prometo.

Joaquín Guichot mantiene la mirada fija en los ojos de Rubio durante unos segundos más. Como periodista, sabe que ahí, sobre la mesa, podría tener la historia de su vida. Unos documentos que certificarían que el cuñado de Isabel II es un conspirador.

Mientras tamborilea con los dedos sobre el cuaderno cerrado toma una decisión que es muy posible que cambie la Historia de España.

—De acuerdo. Te lo debo. De no ser por ti estaría ahora en la cárcel o, peor aún, en la cama, molido a palos como Cala.

—¿Cala? ¿Ramón Cala?

—Ese mismo. ¿Acaso conoces a otro Cala? —ironiza el periodista.

—¿Qué le ha pasado a Ramón? —se interesa con cierta inquietud Federico.

—¿De verdad que no te has enterado de nada?

—De nada, Joaquín. Te lo juro por mi hija.

—Le dieron una paliza de muerte. Con lo endeblito que es… Fue uno de los que cogieron en la redada del otro día en casa de Osorio. Al parecer lo llevaron a la diputación y el hijo de puta de Rodríguez de Tejada, el mismísimo inspector jefe, se cebó con él. Está destrozado, Federico. Ahora que había retomado otra vez los estudios… Pobre chico.

—¿Y dónde está? ¿En el hospital?

—¡Qué va! ¿Todavía no lo conoces? Ahí está, en la Fonda del Ciervo, en su habitación. Tirado en la cama, solo. Ayer fui a verlo. Lo han dejado hecho un eccehomo.

—¡Malditos bastardos! —exclama Rubio—. Luego me pasaré a verlo, dalo por hecho.

—Te lo agradecerá, sin duda. Sabes que te aprecia mucho. En fin —suspira—, vamos a ver lo que cuentan estos cuadernos.

—Joaquín —lo interpela Federico—, mira a ver si hay alguno reciente. Del último mes o de los dos últimos meses. Ahora mismo es lo único que me interesa.

—De acuerdo.

Ante la impaciente mirada de Rubio, el periodista hojea los cuadernos. De vez en cuando se detiene un poco y lee. De su boca salen varios «¡Madre mía!» y un par de «¡Por Dios santo!» seguidos de sonoros aspavientos hasta que da con el cuaderno en cuestión.

—Aquí está. Este es el que buscas. Mira, pone «26 de marzo. Llegada a Madrid. Coche de caballos y vermut en el Café Esmeralda mientras espero al enviado de Mata. Gastos varios. Cuatro reales de vellón».

—¿Eso qué tiene que ver con la muerte de Petit?

—Mucho. Calla y escucha: «Dos caballeros en la mesa de al lado. Uno joven y otro que parece mayor, muy elegante. No consigo verle la cara. Hablan del duque. El joven le indica al mayor que un tal Carlos, la persona encargada de la misión, está en Sevilla. El mayor le responde que no puede cometerse ningún error. El joven le asegura que puede confiar en que todo saldrá bien. El otro le indica que recibirá instrucciones precisas sobre el momento y el lugar en el que se debe llevar a cabo la misión en unos días. Llega Ordóñez. Le doy el pagaré de cien mil reales. Me extiende el correspondiente recibo y se marcha. El caballero también se ha marchado. Sigo al joven».

—¡Descubrió una conspiración contra el duque!

—Eso parece. Espera, que continúa: «Tras veinte minutos, el joven se detiene y da limosna a un chico. Entra en un edificio. Me acerco al chico y le pregunto si sabe quién es ese hombre. Don Felipe Mozo, me contesta. Le pregunto si vive en el edificio y me explica que no, pero que viene a ver a la viuda de Malvar y a su hija casi todas las tardes. Gratificación informante. Un real de vellón. Una hora más tarde sale

de la casa y se dirige a la Embajada de Francia en Madrid. Los guardias lo saludan de forma amistosa. Dos horas más tarde sale de la embajada. Se traslada hasta la calle del Pósito. Entra en un edificio de dos plantas. Noche cerrada. No sale. Debe ser su domicilio».

—¿Hay algo más concreto sobre el atentado? —insiste Rubio.

—Espera… A ver… —Joaquín murmura en francés mientras pasa las páginas hasta que se vuelve a detener en una—. Poco más. Mucha relación de idas y venidas del tal Mozo y mucho detalle de gastos.

Conociendo la meticulosidad administrativa y contable de San Telmo, a Federico no le sorprende el detalle con el que Lambert anotaba cada cuarto que gastaba. Puede que Haro, o cualquier otro, le pidiera a su vuelta la lista completa y la justificación de los gastos.

—Bueno, creo que por ahora… es posible que sea suficiente.

Rubio coge los cuadernos y los vuelve a meter en el petate.

—¿Estás seguro de que no quieres que se publiquen? Con esos cuadernos se podría hacer una lista de los cincuenta personajes más conocidos de Sevilla y parte de España. El tal Petit habla del alcalde, del gobernador civil, del capitán general, hasta del mismísimo Sartorius… Hay anotaciones sobre todos ellos de los últimos dos años. Reuniones… viajes… incluso preferencias sexuales. ¿Sigo? —insinúa Guichot, intentando tentar a Rubio.

—No hace falta.

—¿Seguro?

—Segurísimo, Joaquín. Sé que, como periodista, morirías por poder publicar toda esta información, pero una vez que estuviese negro sobre blanco no tendríamos nada con lo que protegernos de San Telmo.

—Pero esa información los haría caer. ¿Qué podrían hacernos entonces?

—¿Caer? Esta gente no termina de caer nunca, amigo. Son gatos con siete vidas y nosotros somos ratones. Mejor haremos guardándolos a buen recaudo. Algún día podríamos necesitarlos como moneda de cambio o salvoconducto.

—¿Seguro? —insiste una vez más el periodista.

Rubio asiente con la cabeza y Guichot se da por vencido.

—Una lástima… Una verdadera lástima —se lamenta el periodista—. Tengo claro que… hoy no es mi día.

# 51

## El galgo

13 de abril (Jueves Santo)

En el centro de la calle Redes, a unos veinte pasos de su intersección con la calle Baños, un grupo de seis hombres intenta prestar atención a otro que, dirigiéndose a ellos con autoridad, les da instrucciones. Las chicas, desde los balcones, les lanzan besos y se insinúan.

—¡Ya está bien! ¡Oídme! —ordena Fermín al resto de los guardias del duque—. A partir de ahora se acabaron las risas y las tonterías. Olvidaos ya de las putas y centraos en lo que hemos venido a hacer. Si todo sale bien, os prometo que esta noche vendremos de nuevo y podréis desfogaros a gusto. Esta noche, si todo sale bien, el vino y las furcias correrán de mi cuenta.

La promesa del botín carnal parece surtir el efecto deseado y todos prestan atención.

—No quiero, repito, no quiero que menospreciéis a los que están ahí dentro porque sean unos críos. Os aseguro que, si os confiáis lo más mínimo, aprovecharán para jodernos bien. ¿Entendido?

Los mercenarios asienten.

—Una cosa más. ¿Sabéis lo que hay al lado de esa Casa del Capellán? —Fermín mira a sus hombres—. ¿Lo sabéis? ¿No? Pues yo os lo diré: un cuartel. Un cuartel de infantería, señores. Así que, bajo ningún concepto usaremos armas de fuego. No me apetece que esa ratonera se llene de soldaditos con ganas de disparar. Ténganlo en cuenta. Si fuese necesario, y solo si lo fuese, utilicen los cuchillos. ¿Entendido?

Los subordinados del Carnicero de Pondra echan mano de forma instintiva a los que llevan enfundados en el cinto y asienten.

—¿Los garrotes?

—¡Aquí están, señor! —afirma seco uno de los mercenarios.

—Coged uno.

Cuando Fermín se asegura de que cada subordinado tiene un palo, toma el suyo, se da media vuelta y con la cabeza del garrote señala el final de la calle.

—Vamos allá, caballeros.

Cuando el pequeño vigía de la Casa del Capellán ve venir a los hombres calle abajo se levanta de un salto de la caja de madera y entra corriendo para dar la voz de alarma.

—¡Nos atacan, nos atacan! —se oye gritar desde dentro.

Los mercenarios, tres a cada lado de la puerta, entran en la casa y toman posiciones. El último en cruzar el umbral es Fermín. Lo que el Carnicero de Pondra ve al entrar le hace esbozar una media sonrisa.

Un grupo de siete u ocho chicos, desarrapados y harapientos, portan palos, navajas y cuchillos mientras rugen, desafiantes, a los intrusos. En el centro del grupo, un pelón canijo y nervioso blande un estoque con la mano derecha mientras conserva en la izquierda su funda de madera.

—Estamos en el sitio correcto, señores —comenta Fermín al reconocer el rústico bastón de Petit—. Buenas tardes, caballeros. Mi nombre es Fermín Aulaga Cifuentes y estoy al mando de estos hombres que ven. Al contrario de lo que pudiera parecer, no deseo tener que hacer uso de la fuerza. Simplemente, si son tan amables, devuélvannos los cuadernos que se quedaron como parte del botín del manco al que asaltaron en Sierpes el pasado domingo. Si hacen lo que les digo todos podremos seguir con nuestros quehaceres. ¿Entendido?

Los críos, que no han comprendido ni una sola palabra de lo que ha dicho Fermín, permanecen en guardia, rugiendo y agitando los palos.

—Yo el Galgo —contesta el crío del centro con una voz grave e impostada—, y quiero que sepa usted que es un… ¡Comemierdas!

—¡Comemierdas! ¡Comemierdas! —replica el resto.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Fermín—. Sí que tenéis los cojones bien puestos.

El mercenario tranquiliza con un gesto a sus hombres e intenta reconducir la situación.

—Os voy a dar una segunda oportunidad para que me deis esos putos cuadernos, pero, os lo advierto, si no es así, no mostraré clemencia.

—¡Calla ya, comemierdas, y ven a coger los duernos esos si te atreves! —responde el Galgo a la vez que corta un par de veces el aire con el estoque.

—Vosotros lo habéis querido. Una lástima. Si no queda más remedio.

Al oír esto, los seis mercenarios avanzan en formación. La escabechina es inmediata. Nada han podido hacer los críos. En apenas unos segundos, cuatro de ellos yacen en un gran charco de sangre con los cráneos rotos. Otros dos, con las mandíbulas partidas, gatean a ciegas dando vueltas en círculo y gritando de dolor. Al ver avanzar a los mercenarios, Juan el Galgo se lanzó hacia adelante blandiendo el estoque en alto. Ahora, de rodillas frente a Fermín, con la mano derecha y el hombro izquierdo rotos, gimotea.

—¿Ves lo que has provocado? De todas formas, querido Miguel, quiero que sepas que te admiro. Has intentado defender lo tuyo hasta el final y has permanecido al frente de tus hombres sin vacilar. ¡Enhorabuena, sargento Galgo!

El crío levanta la cabeza, conmocionado. Escupe una mezcla de sangre, saliva y dientes a los pies de Fermín y sonríe. El Carnicero, estoque en mano, le atraviesa la garganta.

—¡Rematad a esos dos! —ordena el guardia del duque antes incluso de que el cuerpo sin vida del Galgo caiga al suelo.

—¡Señor, señor! ¡Venga a ver esto! —comenta uno de los mercenarios saliendo del hueco del fondo.

Al entrar a la sala, Fermín ve a dos de sus hombres sacando viandas de uno de los baúles.

—¡Este está lleno de comida, señor!

—¿Y los otros?

—Relojes, bolsas con dinero, anillos… Un poco de todo, señor.

—¿Y los cuadernos?

—No aparecen, señor. Aún no los hemos encontrado, pero hay muchas cosas. Con un poco de tiempo…

—No tenemos tiempo. ¡A ver! Traed los cuerpos. Colocadlos encima de la mesa. Cerrad los baúles y cargadlos. Los revisaremos en San Telmo. ¡Dense prisa, señores! ¿Es que quieren llegar tarde al almuerzo?

Con el bastón estoque de Petit enfundado de nuevo, Fermín marca el ritmo a sus hombres por medio de acompasados golpes en el suelo.

«Una lástima —piensa—. Hubieran sido unos soldados excelentes. Una auténtica lástima. ¡Um! Buen bastón. Muy buen bastón».

# 52

## Heterocromía

13 de abril (Jueves Santo)

Poco a poco, el comedor de la Fonda del Ciervo se ha ido llenando de gente. La mayoría parece venir de las habitaciones de arriba, aunque hay algunos que llegan de la calle en grupos de tres o cuatro. Benito, que ya va por la segunda jarra de vino, observa a la clientela con atención. De momento, como era de esperar, de la Chana ni rastro. Justo cuando se está sirviendo un vaso más, aparece por la puerta el Negro.

Fulgencio otea sobre el mar de mesas y cabezas buscando acomodo en una de ellas. Al final consigue sentarse junto a otros dos hombres. Estos, al verlo llegar, lo saludan. La viuda de Ruiz corre como pollo sin cabeza de un lado a otro. Dada la eventualidad de verse sin el apoyo de la moza, más que servir, arroja sobre las mesas platos de coliflores esparragadas.

—¿No dijiste que no había? —le recrimina Benito cuando llega el suyo.

—¡Anda ya! Al final estaban las coliflores, menos mal —responde María mientras salta a la siguiente mesa en la que deja dos humeantes platos más—. ¡Maldita sea la estampa de esa desgraciada mentirosa!

Benito huele la comida y se recrea.

«¡Ummm! ¡Cómo huele esto, mare mía! Y con dos huevos fritos —piensa—. Me lo acabo y voy a ver al Negro que esto, frío, no hay quien se lo coma. De todas formas, no creo que se vaya a mover de ahí y si lo hace, lo tengo controlado».

Corta el trozo de pan que le ha tocado en suerte y, a sopones, empieza a dar cuenta del guiso. Para limpiar su sensación de culpa por

priorizar las coliflores sobre el interrogatorio, no deja de observar la mesa en la que se ha sentado Fulgencio. Ninguno de los dos comensales del Negro le es conocido. Uno de ellos, el gordo del ridículo sombrero, come a dos carrillos mientras habla con la boca llena. Es al único de la mesa al que se le escucha.

Benito le oye comentar a Fulgencio y al otro comensal lo complicado que se está poniendo venir a la Feria con el ganado.

Que si hay que pagar demasiado, teniendo en cuenta los sobornos a los funcionarios para tener un buen sitio; que si cada vez se le da más importancia a los puestos y a las casetas y menos a lo que de verdad importa… Por las pintas, Benito deduce que el gordo es ganadero.

Del otro no ha oído palabra. De espaldas, destaca un mechón de pelo blanco en su morena cabellera y una complexión robusta y de anchos hombros.

El policía apura los últimos restos de huevo frito que se han quedado pegados al plato, da un último trago al vino y se levanta en busca del Negro.

Este, que lo ve venir, se queda mirándolo.

—Buenas, señores. Que aproveche —saluda Benito.

—Muchas gracias, caballero —responde el ganadero.

—Gracias —contesta el otro a la vez que gira la cabeza y mira hacia arriba a Benito.

El joven policía no puede evitar soltar un «¡coño!» al ver la extraña configuración ocular del comensal. El Negro, que ni siquiera ha contestado al saludo de Carrasco, sigue mirándolo.

—Hola, Fulgencio.

—Hola, Benetín.

—Quiero hablar contigo.

—¿Ahora? Estoy comiendo, ¿no lo ves?

—Sí, sí que lo veo. A la que no veo es a tu sobrina. Ando buscándola.

Fulgencio deja en la mesa el cabero de pan que tiene en la mano y se levanta. Ambos se apartan unos pasos hasta la entrada de la Fonda.

—¿A qué sobrina andas buscando?

El tono del viejo es desafiante.

—A la Chana.

—¿Y para qué, si puede saberse?

—Para detenerla.

—¿Y qué ha hecho, según tú, para que la detengas?

—Envenenar a un hombre.

A pesar de la dura acusación, el Negro ni se inmuta.

—¿Qué andáis tramando? —inquiere el policía—. Dímelo, cabrón, o te lo saco a golpes ahora mismo…

Carrasco busca en la expresión del rostro o en los ojos del viejo un atisbo de duda, de preocupación, pero no encuentra nada.

—Pues no tengo ni idea de dónde está. Ya es mayorcita —responde el Negro—. Ella sabrá lo que hace.

—¿No estará con la Vargas? He oído que estos días anda por Sevilla la invertida de tu sobrina.

Carrasco sabe que al jugar la baza de la Vargas puede que Fulgencio le lleve hasta la Chana. A lo mejor consigue que el Negro se ponga nervioso y vaya a ver a su sobrina. Bastaría entonces con dejarlo que salga por la puerta y seguir su rastro. Muy al contrario, la única respuesta que recibe es una media sonrisa de desprecio.

—¡Las voy a encontrar! Y cuando lo haga, esas rameras van a terminar colgando del extremo de una soga.

El Negro se muerde la lengua y frunce el ceño amenazante. El joven policía no se amilana.

—Pues nada, cuando las encuentres dales recuerdos míos y de paso a tu madre —responde el viejo.

Benito agarra a Fulgencio del cuello y lo estampa contra la pared.

—¡A mi madre ni la mientes, cabrón! Un día de estos voy a terminar el trabajo que te dejaron a medias en el cuello. Ya verás.

El Negro no aparta la mirada a un palmo de los ojos de Carrasco.

—¡Eres un mierda! —insulta el policía antes de soltarlo y volver a su mesa.

Fulgencio espera unos segundos antes de regresar y sentarse. En silencio, coge de nuevo el pan y sigue comiendo.

El ganadero y Malvar, que han contemplado atónitos la escena, guardan silencio. Eugenio retoma la comida mientras Malvar se levanta y, tras echar un vistazo al joven que está en la mesa junto a la cocina, sube las escaleras.

Benito termina la jarra de vino y llama a María para que le sirva otra más.

—¡Voy, voy! ¡Que no tengo cuatro manos! —contesta enojada la propietaria.

Una vez en la habitación, Carlos Malvar se mueve rápido. Recoge y mete en su bolsa el estuche con la pistola, el cuaderno, el mapa y el par de mudas limpias que le quedan. Echa un último vistazo alrededor y sale.

Al pasar por la recepción de la fonda se gira y deja la llave en el cestito de mimbre que la viuda de Ruiz tiene habilitado a tal efecto. No dice adiós. Sin mirar atrás, sale por la puerta y tuerce a la derecha.

—¡Uy, disculpe!

—No, por favor, perdone usted —responde Rubio que, acelerado, se topeta con el joven.

El doctor no puede evitar pararse y volverse a mirar al caballero con el que ha tenido el encontronazo. Esos ojos. Recuerda haber leído sobre esa peculiar y rara característica: «Heterocromía. Eso es, heterocromía, del griego Heterós, que significa distinto y Cromía, que significa color».

# 53

## La sopa

13 de abril (Jueves Santo)

Cuando Carmen vuelve a abrir los ojos, Victoriana estalla de alegría.

—¡Niña guapa, niña guapa! ¡Despierta! ¡Niña guapa!

—Venga, Victoriana, déjala tranquila. No la agobies, por favor —le insiste con ternura Amalia.

—¡Jugar! ¡Jugar, niña guapa!

—Luego, luego jugaréis. Anda, corre a ver cómo está mamá.

Victoriana sale de la habitación.

—¡Hola! ¿Has descansado? Parece que el desayuno te sentó fenomenal.

Los verdes ojos de Amalia y su ternura al hablar reconfortan a Carmen.

—Sí, muchas gracias.

—Me alegro. ¿Necesitas algo?

—Pues sí. Necesito mear.

—¡Qué graciosa! Claro que sí, cielo. Maripaz está dándole de mamar a Sol así que, si no te importa, te acompañaré yo.

Con sumo cuidado, la joven consigue levantar a la cría y la ayuda a llegar al baño. Al entrar, lo primero que le sorprende a Carmen es el olor a limpio que tiene el cuarto. A continuación, se fija en el retrete.

Desde que abandonó el burdel no había visto uno. Más le sorprende comprobar que no solo hay uno, sino dos.

«¿Dos retretes? ¿Uno al lado del otro?».

Amalia la ayuda a remangarse el camisón y la acomoda, con mucho cuidado, sobre la taza del excusado.

Cuando ha terminado, la invita a sentarse en el de al lado.

—Ya he terminado —informa la cría.

—Sí, ya lo sé, pero ahora tienes que lavarte.

—¿Lavarme? ¿Por qué?

—Porque es lo mejor para evitar infecciones.

La chica mira extrañada a Amalia. De repente, se le viene a la cabeza la imagen de su madre a horcajadas en la palangana. Cada vez que uno de aquellos hombres abandonaba la habitación, ella regresaba de la escalera y se la encontraba así.

—¿Y la palangana?

—¿Palangana? No necesitamos palangana, cariño. Tenemos bidé. —¿Bidé?

—Sí, este es el bidé. Ven, siéntate. Y ahora, te das con agua y te limpias tus partes.

Con la mano izquierda, la chica se echa agua en la entrepierna imitando el gesto que frente a ella hace Amalia. El agua fría le hace dar un respingo. Amalia ríe y le ofrece un paño limpio.

—Bueno, está bien. Ya te irás acostumbrando.

«¿Acostumbrando? Ni en sueños, ojos bonitos», piensa Carmen.

Lo que no sabe Amalia es que ella ha aprovechado el viaje al baño para ubicarse dentro de la casa y comprobar su propio estado físico.

Durante el trayecto ha podido observar que dejaban a su espalda la cocina y que la puerta principal está al fondo del pasillo. De vuelta a la habitación, no puede evitar percibir el delicioso olor que sale de la cocina. Amalia se da cuenta de la cara de satisfacción que Carmen ha puesto al oler la comida.

—¿Tienes hambre?

—Sí —contesta escueta la cría.

—En cinco minutos estará listo el almuerzo. Te llevo a la cama y enseguida te traigo un plato de sopa recién hecha.

Esas palabras son música para los oídos de Carmen. Sopa. Recién hecha.

—¿Puedes traerme también pan y un poco de vino? —se atreve a pedir.

—¿Vino? ¿No prefieres agua fresca?

—No, pero… si no hay vino…

—Veré lo que puedo hacer —comenta en tono jocoso Amalia.

De vuelta a la cama, cara a la pared, Carmen escucha a la joven de los ojos verdes salir de la habitación. Jamás habría imaginado que se podría vivir de esta manera. De todas formas, tiene claro que no puede fallarle a los suyos. Estarán preocupados por lo ocurrido. Es muy probable que hayan ido al hospital a buscarla y al no encontrarla se habrán temido lo peor. No puede fallarles, sobre todo teniendo en cuenta el encargo de la Vargas: montar un alboroto en el Santo Entierro Grande. Sabe que no puede fallarle a la Vargas.

Por otro lado, el pasillo que tiene que salvar es demasiado largo. Ha comprobado, para su desesperación, las pocas fuerzas que ahora mismo tiene. Además, a plena luz del día, aunque fuese capaz de alcanzar la puerta, resultaría casi imposible escapar con toda esta gente alrededor. Lo mejor será esperar a la noche, a que todos duerman. Ese será el momento idóneo para, con el máximo sigilo posible, poder huir. El olor le indica que Amalia acaba de entrar en la habitación.

—Aquí tienes, un poco de vino, pan y la sopa —le informa la joven—. Ten cuidado con la sopa, no te vayas a quemar. Ni se te ocurra decirle a Maripaz que te he dado vino. Será nuestro pequeño secreto.

# 54

## ¡Será mañana!

13 de abril (Jueves Santo)

Federico vuelve a centrarse en su objetivo y entra en la fonda.

«Ahí está Benito».

Se dirige a la mesa en la que bebe el joven policía y se sienta.

—¡Benito, está aquí!

—¿Quién?

—El que va a atentar contra Montpensier.

—¿Cómo?

—Al parecer Petit averiguó que se estaba preparando un atentado contra el duque y su investigación lo trajo aquí. ¡Aquí está el encargado de atentar contra Montpensier!

Benito se levanta y mira hacia todas las mesas como si por ciencia infusa pudiese averiguar, sin ningún dato más, de quién se trata.

—¡Siéntate, Benito! —le ordena contundente Federico—. ¿No te das cuenta de que con esa actitud podrías asustarlo?

—¿Y qué hacemos entonces? —susurra el policía.

—Tenemos que hablar con la dueña de la fonda. Tengo una intuición.

—¿Tú? ¿Una intuición?

—Sí, una intuición… ¿Cuánto has bebido, Benito?

—¿Eh? Venga, vamos a hablar con María.

Se levantan y se dirigen a la cocina, donde la viuda de Ruiz se afana en preparar los huesos de santo para servirlos en las mesas.

—¿Qué hacéis? ¿Qué pasa ahora?

La propietaria está abrumada.

—Necesitamos que se centre un instante. Escúcheme con atención, señora. ¿Tiene algún cliente llamado Carlos?

—¿Carlos? Sí, claro que lo tengo.

Federico y Benito se le quedan mirando, esperando que continúe hablando. Ella los mira.

—Don Carlos.

—¿Don Carlos? —preguntan los dos hombres al unísono.

—Sí, don Carlos Malvar. Es uno de nuestros huéspedes.

—¡Eureka! —exclama Rubio.

—¿Eu qué? —formula María desconcertada.

—¿Qué ocurre, Federico?

—El tal Carlos Malvar, Benito. Él es el encargado de atentar contra Montpensier.

—¿Cómo sabes eso?

—Por los cuadernos. Por lo visto, Petit oyó hablar de un tal Carlos y más adelante anotó que uno de los conspiradores, un tal Mozo, fue a ver a la viuda de Malvar. ¿No lo ves? ¡Carlos Malvar!

—¡Por Dios santo! —exclama Benito.

—¿Sabe usted si se encuentra aquí? —se interesa Federico dirigiéndose a María.

—Sí, claro. Está comiendo.

—¿Comiendo? ¿Dónde? —pregunta Carrasco.

—Dónde va a ser, hijo. En el comedor.

—¿Dónde está? ¿En qué mesa?

—¡Ummm! Con Fulgencio y con Prieto, el ganadero.

Benito sale disparado de la cocina.

«El del mechón blanco y los ojos raros», resuelve.

Para su desesperación observa que el hombre al que busca ya no está en la mesa. En su lugar, Fulgencio fuma tranquilo un cigarro, lo mira y sonríe irónico.

—¡Puto viejo! —murmura—. ¡Ya te daré lo tuyo!

De inmediato, vuelve a la cocina.

—¡No está, no está! —informa a Federico.

—¿En qué habitación se hospeda? —le demanda el doctor a María. —En la dos. Subiendo la escalera la primera a la izquierda.

Rubio y Carrasco suben a la primera planta. Benito se precipita y llama con la palma de la mano como si pretendiese derribar la puerta. Ante la falta de respuesta, insiste.

—¡María, María! —llama a voces a la propietaria.

La viuda sube, asfixiada. No puede más.

—¡Ya está bien, coño! ¡Me vais a matar de un disgusto!

—Perdone, señora. —Federico intenta poner un poco de cordura—. ¿Sería tan amable de abrir la puerta?

—¿Abrir la puerta? No puedo abrir la puerta. Eso no está bien.

—¿Cómo que no está bien? ¡Ya estás abriendo o te vienes ahora mismo para la diputación acusada de envenenar a un cliente! —amenaza Benito—. ¡Tú sabrás!

La viuda mira con resentimiento al joven policía. Eso no lo esperaba. Está harta de que la traten como si fuese un pelele.

—¿No te da vergüenza? —le recrimina al policía.

—¡No, ninguna! ¡Abre ya, cojones!

Federico intenta mediar. Aunque a estas alturas poco hay que hacer. La propietaria saca de su mandil un manojo de llaves. Encuentra la de

la habitación y abre.

—¡Ea! ¡Ya la tienes abierta! ¿Algo más, señor agente?

Benito le dedica una mirada de odio que no escapa a los ojos de Federico y entra.

—¡No está! ¡Mecagoensuputamadre! ¡Otro que se nos escapa! —exclama indignado Carrasco.

—Por favor, Benito, cálmate. Busquemos en la habitación a ver si podemos averiguar algo sobre el tal Malvar.

Al inspeccionar la habitación se dan cuenta de que el huésped ha salido a toda prisa y que se ha llevado todo lo que ha podido, a excepción de una camisa sucia que cuelga del respaldo de la silla.

En una segunda inspección, Federico se percata de que hay una serie de periódicos, doblados en el suelo, en un rincón de la habitación.

—Mira eso, Benito.

Señala los ejemplares.

—¿Periódicos? ¿Y?

—No son solo periódicos. Fíjate bien. ¿Quién leería todos estos? El Porvenir, El Regenerador, La Ley…

—Pues no sé, ¿alguien muy aburrido? —replica Benito.

—No creo. Lo que pienso es que estaba buscando información sobre algo. Quería tener el máximo conocimiento posible sobre algo y por eso se ha documentado por la prensa.

—¿Y qué es ese algo?

—No sé. Miremos a ver.

Federico recoge los ejemplares del suelo y empieza a hojear las páginas. Algo capta su atención. Se detiene en una y deja el periódico abierto por ella encima de la cama. Toma otro y repite el mismo proceso. Uno a uno va dejando los ejemplares abiertos sobre la cama, cada uno, por una página específica.

—¿No ves nada raro, Benito?

El policía, que no ha prestado mucha atención hasta ahora a lo que hacía el doctor, se planta frente a la cama y observa con detenimiento.

—¡El Santo Entierro Grande! —exclama.

—Eso es, amigo. En todos los periódicos hay párrafos subrayados de los artículos que se refieren al Santo Entierro Grande. Aunque no lo he comprobado en su totalidad creo que el patrón es evidente.

—¡Mañana! ¡Será mañana! —afirma Carrasco.

—En efecto. Creo que no podemos esperar a mañana para ir a San Telmo. En cualquier caso, antes debemos ver a Ramón. Se lo debo —concluye Rubio.

# 55

## Ramón Cala

13 de abril (Jueves Santo)

A pesar de los intentos de Ramón por quitarle hierro al asunto, la imagen del joven estudiante de Derecho postrado en la cama y con la cara muy inflamada causa en Federico un profundo sentimiento de culpa.

No puede evitar pensar que, si Benito no lo hubiese avisado cuando estaba a punto de llegar a la casa de Osorio, él mismo estaría ahora soportando el calvario del jerezano. Quizás, sabiendo que era el encargado de transmitir el mensaje de Pi y Margall a los congregados, Rodríguez de Tejada lo hubiese elegido a él y no a Cala para desahogarse.

—Lo siento mucho, Ramón —acierta a decir con los ojos vidriosos al descubrir que son cuatro las costillas que le han roto.

—Tú no tienes la culpa de nada, Federico —responde el estudiante con un visible gesto de dolor en el rostro—. Esos hijoputas del Cuerpo de Vigilancia llegaron como perros rabiosos. Entraron a saco y no esperaron ni tan siquiera a que estuviésemos en diputación para empezar a darnos palos a diestro y siniestro. Luego nos llevaron a la calle Zaragoza y nos metieron a todos en una celda. Más tarde, nos fueron sacando uno a uno.

Ramón intenta coger aire.

—El primero fue Orozco —prosigue a duras penas—. Cuando volvió a la media hora o así, traía toda la cara ensangrentada. Esperaron un rato. Imagino que lo hicieron para que el resto nos hiciésemos a la idea. El siguiente fue Castro.

—¿Castro? ¿Federico Castro?

—Sí, el mismo.

—¿Y qué hacía Castro en la reunión?

—Culpa mía, Federico.

—¿Culpa tuya?

—Pues sí. El sábado pasado volvió de Madrid para estar con su tía y sus primos en Semana Santa. Vino a verme y fuimos a tomarnos unas cañas. Entre manzanilla y manzanilla le hablé de la reunión… ¡Maldita sea la hora! Ya lo conoces… Me dijo que no le interesaba mucho, que a él el tema político ni le va ni le viene, pero yo insistí, insistí e insistí hasta que accedió a venir y ahora, fíjate… El pobre está en casa de su tía, con un brazo roto y un ojo a la virulé.

Carrasco, un paso por detrás de Federico, escucha con atención el relato de Cala. Los nervios y la vergüenza le corroen y no puede dejar de morderse el labio.

—Cuando vinieron a por mí… —Ramón suspira antes de seguir con la narración—. Cuando vinieron, me llevaron a una habitación, me sentaron en una silla y sin decir nada me dieron de hostias. Un tal Ascarza, menudo cabrón, empezó a cebarse conmigo. Yo no entendía nada… Pero si ni siquiera me interrogaron.

Cierra los ojos y niega, varias veces, con la cabeza.

—Aquello era golpear por golpear —continúa—. Se notaba que el hijoputa disfrutaba con aquello. Cuando se cansó, Rodríguez de Tejada se acercó a mí y me dijo que no iba a salir vivo a no ser que le dijese dónde estaba Pi y Margall. Los cabrones me aseguraron que sabían que Francisco estaba en Sevilla y decían que no iban a parar hasta que les dijésemos dónde se alojaba y quién o quiénes le estaban dando cobijo. Al oír aquello, supe que nada de lo que dijera podría hacerlos detener en su tortura, así que me resigné y aguanté la paliza como pude. Luego, por fortuna, me desmayé y ya no recuerdo más. Cuando un guardia me despertó y me avisó de que venían a buscarme me di cuenta de que estaba solo en la celda…

—¿Quién fue a buscarte? —le interrumpe Rubio.

—Paco Peña y Joaquín Guichot. En cuanto se enteraron, vinieron a por mí a la diputación y me trajeron. Joaquín me contó lo que os había pasado. Me alegré mucho, la verdad. Al menos vosotros os librasteis de todo esto. Peña insistió en que me quedara en su casa,

pero yo me negué. No quiero que esos cabrones sepan dónde vive mi prima Jimena. Ella no tiene nada que ver con la política. Ya sabes que la odia. Ni siquiera consiente que se hable de política delante de ella. Desde que fusilaron a su padre, juró que en su casa no se volvería a hablar de ese tema.

—Era un buen hombre Valdés. Mi padre lo admiraba mucho —comenta melancólico Federico.

—Sí que era un buen hombre. Y el tuyo también lo es y mira lo que ha hecho España con ellos. Uno muerto y el otro… Bueno, tú lo sabes mejor que nadie.

—La verdad es que Peña ha hecho un buen trabajo. Te aseguro que te pondrás bien, amigo. En diez o quince días podrás viajar a Jerez. Yo mismo me encargaré de todo.

—No hace falta, de verdad, Federico.

—Calla y déjame a mí.

Rubio saca el billete de cien reales que guarda con celo en el interior de la chaqueta desde que lo recibió de manos de Haro y se lo da a Cala.

—¿Qué es esto? —inquiere extrañado Ramón.

—Esto es para que pagues la fonda hasta que te recuperes.

—No puedo aceptar ese dinero, Federico. Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo. Es mucho dinero y tú tienes una familia muy grande que mantener.

—Espera, espera a que te explique, Ramón. Este dinero no es mío. Estos reales forman parte del fondo común para la causa. Está ahí para estas ocasiones.

Ramón mira al doctor, incrédulo, con el ojo izquierdo, el único que sigue entreabierto.

Benito, que permanece desde que entraron un paso por detrás de Federico, abre los suyos lo máximo que dan.

—Nunca había escuchado hablar de ese fondo ni de nada parecido —replica desconfiado el estudiante.

—Pues ahora lo sabes. Anda, cógelo.

El jerezano toma el billete y sonríe. Es la primera vez en su vida que ve uno.

—Ramón —dice Rubio—, he de pedirte un favor.

—¿Un favor? —se interesa Cala—. Pues espero que no tenga que ir a por nada.

Al intentar reír, un dolor agudo le invade el pecho. Se hace insoportable cuando empieza a toser.

—¡Ramón, Ramón! Déjate de cachondeo. Intenta no reírte —le recrimina Rubio—, por favor.

Cala asiente con la cabeza mientras respira a duras penas.

—¿Tienes con qué escribir una carta? —le demanda a la vez que echa un vistazo a la habitación.

—Sí, ahí. En la bolsa. —Señala con el dedo.

Rubio se dirige a la pequeña mesa situada junto a la ventana, saca de la bolsa el tintero y el plumín, coge papel de un portafolios y comienza a escribir:

Querida Concha,

Por la presente te pido, en honor al aprecio mutuo que nos profesamos, tengas a bien guardar el contenido del paquete que mi buen amigo don Ramón de Cala y Barea te hace entrega en mi nombre. Su contenido es de gran importancia tanto para mí como para mi familia, por lo que ruego lo pongas a buen recaudo hasta el momento en el que personalmente vaya a recogerlo.

Esperando que goces de buena salud, recibe un afectuosísimo abrazo.

Federico Rubio y Galí.

Terminada la carta, el doctor saca del petate una camisa blanca y la extiende sobre la mesa. En el centro, deposita los cuadernos del petate y el que lleva en el interior de su levita y los envuelve en la prenda haciendo con ella un hatillo. Tras asegurarse de que la tinta se ha secado, pliega la misiva y la coloca sobre el hatillo. Entonces, se gira hacia el jerezano.

—Ramón, necesito que, cuando estés recuperado, lleves a Jerez este paquete y se lo des a mi tía Concha. Sabes dónde vive, ¿verdad?

Cala asiente.

—También te rogaría que le leyeses la carta que lo acompaña, pues mi pobre tía no sabe leer. ¿Podrías hacer esto por mí?

Cala mira el hatillo y a continuación a Rubio.

—Dalo por hecho, amigo. Además, así aprovecharé para ver a tu tía. —La tos lo obliga a interrumpir su respuesta—. Si tengo suerte saldré de allí con un buen puchero en el estómago.

—Muchas gracias, amigo. Pronto vendré a visitarte. Hasta entonces, descansa y procura moverte lo menos posible.

# 56

## La Perla

13 de abril (Jueves Santo)

Malvar no deja de darle vueltas a lo que acaba de ocurrir en la Fonda del Ciervo. Por lo que ha podido entender, el joven que ha acorralado a Fulgencio es policía. Al no llevar uniforme, lo más probable es que pertenezca al Cuerpo de Vigilancia.

Luego está la cuestión del hombre al que, al parecer, ha envenenado la Chana y el hecho de que el policía haya nombrado a la Vargas. Siempre ha sido consciente de que Fulgencio también trabaja para la Vargas, aunque lo que no sabía, hasta ahora, es que los tres eran parientes.

Lo que menos necesita en estos momentos, a menos de veinticuatro horas para llevar a cabo su misión, es que ese antro que es la fonda se llene de policías buscando a la moza y haciendo preguntas.

No puede permitir que los sucios negocios y tejemanejes de esa pandilla de indeseables arruinen su plan. Cuando todo acabe, hablará con Mozo y le contará lo ocurrido, pero, ahora, lo prioritario es alejarse y descansar.

El problema que no esperaba encontrar Malvar al salir a toda prisa de la Fonda del Ciervo es que, en Jueves Santo, y a la hora que es, encontrar alojamiento en Sevilla es más difícil que encontrar una aguja en un pajar.

Son ya cuatro los establecimientos que ha visitado y en todos ha recibido la misma o parecida respuesta. Lo más que le han ofrecido, en una posada de mala muerte en la calle de la Universidad, es dormir junto a los caballos en las cuadras. Carlos está cansado, hastiado e indignado con esta maldita ciudad. Espera no tener que volver jamás.

Caminando con la bolsa al hombro, el sol de justicia que cae sobre Sevilla empieza a hacer mella en Malvar. El joven decide descansar un momento y tomar un refrigerio en El Rinconcillo. Mientras disfruta de un delicioso vaso de agua de cebada aromatizada con limón y canela, le viene a la mente una posible solución a su actual problema. Aunque la desecha en un primer momento, tras un cuarto de hora intentando buscar alternativas, vuelve a considerar la idea.

El hecho es que cerca se encuentra un establecimiento que ha visitado en un par de ocasiones desde que llegó hace un mes. No está orgulloso de haber ido, pero no puede recriminarse por haberlo hecho. Él es un hombre, y «los hombres necesitan desfogarse para poder pensar con claridad», se justifica a sí mismo.

La primera vez que llegó al burdel de la Perla fue por casualidad. Daba un paseo por la plaza del Duque de Arcos cuando se le acercó una joven y le ofreció sus servicios. Era la criatura más bonita que jamás había visto. Aquella joven de trece años despertó en Carlos el deseo de poseerla. La siguió hasta el establecimiento en el que ejercía su profesión. El trato que le dispensaron en el burdel fue, a su juicio, excelente.

Doña Petra, la matrona, le dio, cortés, la bienvenida y lo agasajó con un vaso de buen vino tinto de Valdepeñas, tan escaso por estos lares, mientras negociaban el precio del servicio de forma seria y nada chabacana. La habitación era limpia y confortable, mucho más que la que él tenía en la Fonda del Ciervo, y Rocío, la joven, fue dulce y comprensiva ante sus demandas.

La segunda y última vez que visitó el burdel no pudo volver a disfrutar de los encantos de Rocío. Al parecer, según le explicó doña Petra, la chiquilla acababa de hacerse mujer el día anterior a su visita y no se encontraba disponible. Tras comprobar el género, acabó con una señorita que, si bien era un poco mayor que Rocío, mantenía, a sus quince, todo el encanto y la frescura que Malvar buscaba. En honor a la verdad, la candidez de Anita consiguió que se olvidase de Rocío en un suspiro.

El único inconveniente del alojamiento es el precio. Malvar revisa su bolsa y recuenta los reales que le quedan. Aunque no está seguro del todo de tener suficiente, confía en que podrá llegar a un acuerdo con doña Petra. Decidido, se pone en marcha y recorre los cinco minutos que separan El Rinconcillo del burdel, situado en el centro de la calle Azafrán.

A diferencia de otros prostíbulos en los que ha estado, el de la Perla tiene estancias y habitaciones separadas y no solo cortinas. Al entrar, doña Petra, que conversa con un par de sirvientes, le abre los brazos y su mejor sonrisa en señal de bienvenida.

—¡Querido don Carlos! ¡Cómo me alegra verlo de nuevo en mi humilde establecimiento!

—¡Buenas tardes, doña Petra! ¡Está usted hoy más guapa que nunca! —la piropea Malvar.

Doña Petra, la Perla, debe tener unos treinta, a juicio de Malvar. A pesar de su edad, según él, conserva cierto encanto. Morena, delgada, tez clara. Sus caderas delatan que ha parido, aunque no se le conozcan hijos. Elegante en el vestir, nunca enseña, aunque insinúa, que debajo del apretado corsé de satén que luce hay dos pequeños pechos que, debido a la edad, han perdido su original firmeza.

—Disculpe usted —informa la matrona—, pero las niñas están terminando de comer y no comenzarán a trabajar hasta las cinco.

—Comprendo, pero es otra mi intención al venir.

—¿Otra? —contesta extrañada la Perla—. ¿Cuál podría ser?

—Querría alojarme esta noche.

—¿Alojarse? Discúlpeme, don Carlos, pero creo que debería saber que esto no es ninguna fonda o posada.

—Lo sé, doña Petra. Pero necesito un lugar en el que dormir esta noche y le aseguro que pagaré muy bien por ello.

—Comprenda que lo que me está pidiendo no es, ni mucho menos, habitual.

—Lo comprendo y por eso le ruego que ponga usted el precio que estime conveniente.

La Perla mira a los ojos a Malvar. No se trata de curiosidad ante la particularidad ocular de Carlos sino, más bien, de escudriñar si esta inusual petición le traerá o no problemas. Resignada, suspira y calcula la tarifa.

—¿A qué hora abandonaría la habitación? —pregunta a Malvar.

—Sobre las diez.

—¿Requerirá usted servicio completo?

Tras pensarlo durante un instante, Carlos le contesta:

—¿Está disponible Rocío?

—Lo siento —lamenta la Perla—. Ha ido al pueblo a ver a sus padres.

—Entonces no, no será necesario.

—¡Ummm! No sé… no sé… Bueno, sepa que me sabe mal pero no puedo cobrarle menos de veinte duros. Comprenda que ocupar una habitación durante toda la noche me supondrá la pérdida completa de la recaudación.

«¿Veinte duros?», piensa Malvar.

Es un auténtico disparate, pero no le queda alternativa. Sabe que tiene ciento veintidós reales. Los ha contado en El Rinconcillo. Esa cantidad está muy alejada del precio estipulado por doña Petra.

«¡Un momento! —Una luz se enciende en su sesera—. ¡El fondo para el billete! Con eso sería suficiente. Mañana, cuando todo salga bien, hablaré con Mozo y se lo explicaré. Seguro que no tendrá reparos en pagar el billete de vuelta».

—¿Veinte duros? Y si lo dejamos en quince…

—Perdóneme, don Carlos. No quisiera ofenderle, pero… Entienda mi posición… Esto es un negocio… Por menos de veinte estaría perdiendo mucho más.

Malvar sabe que la matrona podría llegar, sin problema, a los quince, pero ni tiene tiempo ni ganas de discutir.

—De acuerdo —claudica ante la Perla—. Trato hecho.

# 57

## Nada

13 de abril (Jueves Santo)

A Rubio le gusta pensar que las principales virtudes que debe poseer un cirujano no son ni la pericia con el bisturí ni el hecho de que posea unos conocimientos enciclopédicos sobre anatomía, ni siquiera la meticulosidad con la que realice una técnica concreta. Está claro que sin tener una buena dosis de todas esas virtudes un cirujano nunca pasaría de vulgar matasanos, pero si hay algo que distingue a un gran cirujano de uno mediocre es la capacidad de adaptarse al caso concreto que está tratando.

La técnica y los conocimientos pierden parte de su valor si la fisonomía del paciente, o las circunstancias concretas en las que llega a la intervención, no permiten aplicar tal o cual procedimiento escolástico. Por tanto, la capacidad de adaptación y la resolución con la que se afronta una intervención son, según su experiencia, los factores clave de la profesión quirúrgica.

Por eso, al oír al secretario del duque preguntarle por los cuadernos, a pesar de que él ha insistido en el asunto de la conspiración contra Montpensier, debe hilar fino y ser resolutivo en su respuesta. Este es el momento justo y preciso en el que, dependiendo de lo que diga, los pacientes Rubio y Carrasco pueden tener posibilidades de salir de esta intervención quirúrgica con éxito o, de lo contrario, lo más probable es que salgan con los pies por delante.

—Los cuadernos están fuera de Sevilla —dice con tono sereno.

—¿Qué? —reprocha áspero el secretario.

—Que los cuadernos no están ya en la ciudad. Están camino de un lugar seguro.

—¿Seguro? ¿Seguro, para quién?

—Para el señor Carrasco y para mí.

Isidro de las Cagigas y Argos no está acostumbrado a que nadie tenga los arrestos suficientes para hablarle de ese modo. Aprieta los dientes mientras evalúa los riesgos.

—¿Los ha leído?

—Por supuesto —contesta Federico.

—¿Y qué es lo que quiere? —interpela al cabo de un rato.

—Nada.

—¿Nada?

—Eso es, nada. Lo único que quiero es que, cuando termine todo esto, nos dejen en paz a mi familia y a mí. Nada de informes, nada de coacciones, nada de amenazas. Lo dicho, nada.

—¿Y si no acepto su propuesta?

—Usted sabrá.

Federico sostiene la mirada al secretario. Ambos se quedan así un largo rato hasta que la insegura voz de Benito corta la tensa conexión visual.

—Yo… yo sí quiero algo más.

—¿Usted? —el desprecio del secretario es evidente en su voz.

—Sí, yo —de forma inesperada para los tres, esas dos simples palabras han sonado firmes y tajantes en la boca de Carrasco.

—Dígame, pues.

—Quiero lo mismo que Federico y treinta duros.

—¿Treinta duros?

La inusual y mínima exigencia del policía sorprende a De las Cagigas.

—Sí, treinta, ni uno más ni uno menos. Los quiero en plata o en oro. Contantes y sonantes. Nada de papelitos. Mi contribución, en el caso

que nos ocupa, ha sido equivalente a la del doctor —explica Carrasco como si recitara la respuesta de memoria—. Así que: a igual trabajo, idéntica retribución.

—Treinta duros, treinta duros… De acuerdo. —El secretario asiente con desgana y Benito sonríe satisfecho—. Y ahora —prosigue el montañés—, cuéntenme qué es eso de que existe una conspiración contra su alteza real.

Federico le habla entonces de la Chana, del Café Esmeralda, del matarratas, de la transacción de Petit y Ordóñez, de Mozo, de Malvar y de párrafos subrayados en periódicos.

—Y ese Malvar… ¿Dice usted que ha huido?

—Así es.

—¿Qué sabemos de él? ¿Cómo es?

—Unos treinta años, quizá algo más. Estatura media-alta, yo diría que seis pies largos. Heterocromía ocular.

—Lo del mechón. Lo del mechón… —le susurra Benito a Federico.

—¡Ah, sí! Poliosis singular en la parte posterior del hemisferio derecho.

—¿Hetero qué? ¿Poli qué? —inquiere confuso el secretario.

—Que tiene un ojo de cada color y un mechón de canas en la parte de atrás de la cabeza —explica con satisfacción Benito, al darse cuenta de que, por primera vez, puede sentirse superior al secretario en algo, aunque ese algo sea entender la jerga de Federico.

—¿Has tomado nota, Fermín? —comenta el secretario al guardia que hasta ahora ha permanecido en silencio, de pie, tras Benito y Federico.

—Sí, señor.

—¿Algo más? —se dirige de nuevo a la pareja.

—¿Algo más, dice? —responde Federico enfadado—. ¿Es que solo le interesa atrapar a Malvar?

—¿Qué quiere decir? —inquiere curioso el secretario.

—Lo que quiero decir es que no le ha importado lo más mínimo que

hayamos resuelto el asesinato de Petit. Ni siquiera se ha molestado en preguntar dónde puede estar su asesina —le reprocha Federico—. Los de su clase usan a la gente a su conveniencia y luego, cuando ya no pueden utilizarlos más, se olvidan de ellos.

—Disculpe, señor Rubio —se apresura a comentar el secretario—. Creo que lo que ha dicho está fuera de lugar. Claro que nos ocuparemos también de encontrar a esa tal…

—Chana —interviene Benito.

—Eso, eso… Chana. ¿Lo has anotado, Fermín?

—Sí, señor —asiente indiferente el guardia.

—¿Ve, don Federico? Fermín se encargará también de ese asunto. ¿Algo más?

—No —responde seco Federico—. Nada más, por ahora.

El doctor y el secretario se sostienen la mirada durante unos instantes que a Benito le parecen interminables hasta que, para su alivio, el servidor del duque rompe el silencio.

—¿Y el reloj?

—¿Qué? —contestan al unísono Federico y Benito.

—¡El reloj de Petit! —insiste don Isidro.

Federico y Benito se miran y se encogen de hombros. El secretario da por sentado que no lo van a devolver.

—Una pena. Un Le Roy. Una auténtica joya… Bien. Pues si no tienen nada más que decir, preferiría que ahora nos dejasen. Mañana, a las nueve en punto, nos veremos de nuevo para zanjar los estipendios de nuestro trato. ¿De acuerdo?

Federico y Benito asienten. De las Cagigas se centra contrariado en los documentos que hay encima de su mesa. El doctor es el primero en levantarse. El policía lo sigue. Esquivan al mercenario, que los mira desafiante, y salen del despacho.

—¡Interesante! ¡Muy interesante! —exclama una voz aguda.

El duque de Montpensier sale de detrás del biombo con el bastón estoque de Petit en la mano derecha. Isidro se levanta y Fermín se

cuadra ante él.

Justo antes de que Rubio y Carrasco irrumpieran por sorpresa en San Telmo con la excusa de revelar una información vital para el futuro del duque, el mercenario estaba dando el informe del día al secretario y a don Antonio.

Fermín les había informado de lo ocurrido con los guardias municipales y relatado el episodio de la Casa del Capellán. De las Cagigas le preguntó sobre los cuadernos y el reloj. El Carnicero de Pondra confirmó que la única pertenencia de Petit que tenían los bandolerillos era el bastón estoque.

Justo antes de recibir al doctor y al policía, el duque decidió seguir la conversación de una forma discreta.

—Señor, si me lo permite, le aconsejaría que suspendiera su presencia mañana en el Santo Entierro Grande.

—¿Suspender mi presencia? ¿Te has vuelto loco, Isidro? —le reprocha el duque.

El secretario agacha la cabeza, consciente de su metedura de pata.

—Eso jamás. No podemos permitir que los conspiradores consigan algo así. ¿Qué pensarán todos de nosotros si ante la insinuación de una amenaza nos escondemos atemorizados? No, querido Isidro. Esa no es la solución. Fermín…

—Sí, señor.

—¿Crees que sería posible neutralizar esa amenaza antes de que ocurra? —pregunta el Borbón—. Y con neutralizarla me refiero a que lo apreséis y lo traigáis vivito y coleando. Me interesa mucho lo que nos pueda contar, ¿entiendes?

El Carnicero de Pondra sopesa su respuesta.

—Con la descripción que nos han dado y teniendo en cuenta el tiempo que falta… necesitaría a todos los hombres disponibles, pero… me atrevería a asegurarle que podríamos hacerlo, señor.

—Bien. Entonces, ponte manos a la obra. Dependiendo de cómo se desarrollen los acontecimientos, mañana por la mañana evaluaremos la situación.

—Perfecto, señor. Si me permiten… —solicita Fermín.

—Por supuesto, por supuesto —contesta el duque.

Fermín da un taconazo en el suelo, inclina la cabeza y se retira.

—Si me permite, señor… ¿Qué ocurre con los cuadernos? ¿No deberíamos presionar al doctor y al policía para recuperarlos? Es evidente que nos han mentido con respecto al reloj. No sé yo si serán muy de fiar y cumplirán su palabra con respecto a los cuadernos.

—No, Isidro.

—Pero, señor, en esos cuadernos hay información muy sensible que nos podría poner en una situación delicada.

—¡No, Isidro! Creo que te he dejado claro que no. Estoy completamente seguro de que, si cumplimos nuestra parte del trato, esos cuadernos estarán más a salvo con Rubio que en palacio.

—Si usted lo considera así…

—Lo considero. Te diré más. Ese joven cirujano llegará lejos. ¡Lástima que políticamente sea tan radical y honesto! Nos vendría muy bien contar con gente tan inteligente en nuestras filas…

El duque queda pensativo intentando girar el bastón estoque. Se le resiste.

—Bueno —comenta al cabo de un rato—, ahora iré a descansar y te sugiero que hagas lo mismo. Fermín se encargará de este asunto. Comprobaremos si sus servicios valen lo que estamos pagando por ellos.

Isidro de las Cagigas le abre la puerta a don Antonio de Orleans, que sale del despacho con las manos atrás, firme y tranquilo.

En la calle, Federico y Benito caminan. La jugada del doctor ha sido arriesgada y lo saben.

—Ahora, lo mejor será que cada uno vaya a casa. Creo que nos lo hemos ganado a pulso, Benito. Mañana a las ocho y media pasaré a recogerte.

—¿Crees que cumplirán con su parte del trato, Federico?

—No sé. Espero, por nuestro bien, que así sea.

—¿Todo?

—A qué te refieres.

—A los treinta duros. ¿A qué me voy a referir…?

—¡Ja, ja, ja! Benito, Benito… No dejas de sorprenderme.

—¡Ah, sí! Pues gracias… Por cierto, ¿has oído lo del reloj? Según el secretario, el reloj de Petit vale una fortuna.

—Eso parece.

—¿Y entonces? ¿Qué debemos hacer con él?

—¿Debemos? No, Benito. El reloj es tuyo ahora. Te lo has ganado a pulso. Haz con él lo que te parezca bien.

—¿Mío? Será de los dos, en cualquier caso. Si quieres puedo hacer que lo tasen y venderlo. Luego nos repartiremos, a medias, las ganancias.

—No es necesario, amigo. Yo tengo los cuadernos y tú el reloj. Insisto, te lo has ganado a pulso.

Benito saca el reloj del bolsillo y lo mira curioso.

—Qué cosas… Un reloj manco que vale una fortuna… Por cierto, lo siento, pero no he podido evitar oír cómo te sonaban las tripas y viendo la hora que es… ¿Has comido algo?

—¡Eh! Pues ahora que lo dices… Creo que no.

—Federico, Federico… No dejas de sorprenderme.

Los dos jóvenes ríen.

Antes de separarse, se estrechan la mano. Pensativos, cada uno toma el camino hacia su casa.

# 58

## Dolor

13 de abril (Jueves Santo)

A pesar del cansancio y del hambre, el doctor Federico Rubio visita, como de costumbre, a cada uno de los pacientes que alberga su domicilio. Al llegar a la habitación de Amalia y la tía Dolores encuentra a su hermana conversando con la chica.

—Buenas tardes —saluda al entrar.

—Buenas tardes, Federico. Aquí estamos hablando Carmen y yo.

—¿Carmen? Que nombre más bonito.

La chica, de espaldas al doctor, no contesta.

—Bien, veamos…

Federico inspecciona en primer lugar el estado de la herida del glúteo y a continuación la del brazo. En ese momento, sus ojos se cruzan con los de Carmen. Ella gira la mirada mientras Federico continúa evaluando a la paciente sin darle, en apariencia, importancia al gesto de la cría.

—¡Perfecto! —exclama, dirigiéndose a Amalia—. Habéis hecho un buen trabajo. Si todo sigue como hasta ahora, en unos días podrá caminar con normalidad.

El persistente silencio de la chica provoca que Rubio decida no agobiarla más. Sale de la habitación y se dirige a la cocina donde se encuentra a Maripaz con Sol en brazos. Su pequeña está dormida. Se acerca a ellas y las besa en la frente.

—¡Chusssss! Ten cuidado, que la vas a despertar —le advierte en voz baja su esposa—. ¿Has comido?

—No, ahora comeré algo.

—Siempre igual, Federico. Debes abandonar ese hábito y lo sabes.

—Ya, ya… —responde Rubio resignado.

Sabe que Maripaz tiene razón.

Mira en la encimera y localiza la olla de la sopa. Se sirve un plato y se sienta a comer.

—¿Fría?

—¿Qué?

—¿Fría te vas a comer la sopa?

—No pasa nada, cariño. El alimento nada tiene que ver con la temperatura.

—El alimento nada tiene que ver con la temperatura… —lo imita con tono irónico—. Con el alimento no sé, pero con el sabor, seguro.

Rubio la mira, sonríe y, aun así, sigue comiendo.

Justo cuando está recogiendo la mesa, escucha cómo abren la puerta de la calle. Un instante después aparece por la cocina la tía Dolores.

—¡Qué disparate! —dice nada más entrar—. ¡Qué locura!

—¿Qué te pasa? —se interesa Maripaz—. Traes la cara descompuesta.

—¿Qué me va a pasar, hija? Que el mundo se está volviendo loco.

—¿A qué te refieres, explícate? —insiste Maripaz.

—Siete niños, ¡por Dios! Siete niños…

—¿Qué dices, Dolores?

—Siete niños muertos… Los han encontrado en la Casa del Capellán de la iglesia del Carmen. ¡Una tragedia! ¡Qué lástima, Dios mío!

Rubio deja a medio fregar el plato y se gira.

—¿Siete críos? ¿En la Casa del Capellán? ¿Estás segura de eso?

—Completamente. No se habla de otra cosa en la calle. Por lo visto,

un mendigo entró en la casa y descubrió los cadáveres. Dicen que estaban todos en fila sobre una gran mesa. ¡Pobrecitos! ¿Quién puede haber hecho esa salvajada? Pero, si eran niños…

—¿Un mendigo? —cuestiona Maripaz.

—Sí. Al parecer, los conocía. Los chicos, huérfanos y pobres, pedían en la puerta de la iglesia del Ángel. Por lo que cuentan, el mendigo dio la voz de alarma a los dos guardias que estaban en la puerta del cuartel. Me han asegurado que los pobres soldados no pudieron evitar vomitar ante la presencia de los cuerpos de los críos.

—¿Se sabe quién ha podido ser? —pregunta nervioso Rubio.

—Hay varias versiones. Unos dicen que entraron a robar… ¿A robar qué? Otros, que son dos guardias municipales, un tal Gómez y otro, los que pueden estar detrás de todo. Sobre esto último, la señora Felisa asegura que los guardias son dos buenos pájaros. Por lo visto, explotaban y extorsionaban a los críos.

—¿Han localizado ya a los guardias? —se interesa Federico.

—¿A los guardias? ¡Qué va! Eso es lo curioso. Los guardias no aparecen por el mundo de Dios. Al parecer, salieron esta mañana a hacer su ronda habitual y han desaparecido. La señora Felisa está convencida de que han salido por patas de Sevilla al darse cuenta de lo que habían hecho, pero, quién sabe. ¡Ojalá los pillen y los ahorquen!

Sol comienza a llorar. Se ha despertado. Maripaz se afana en calmarla. La mece entre sus brazos. Amalia entra a la cocina con la cara desencajada.

—¡Federico! ¡Maripaz! ¡Carmen!

—¿Qué pasa, Amalia?

—Carmen ha empezado a llorar… Le he preguntado qué le ocurre, pero no me contesta. Le he insistido en que si le dolía algo, pero ni mú. No para de llorar y gemir. No sé qué le pasa.

Maripaz le da a la tía Dolores a Sol y va a la habitación. Amalia y Federico la siguen.

—¡Cálmate, cielo! ¡Ya está, ya está! —intenta consolarla.

Federico y Amalia oyen desde la puerta la desesperación y el llanto inconsolable de la chica.

—¿Qué le pasa, Maripaz? ¿Qué le duele? —interpela confundida y preocupada Amalia.

El doctor Federico Rubio coge de la mano a su hermana y la lleva hasta el pasillo.

—¿Qué ocurre, Federico? ¿Qué le pasa a Carmen? ¿Qué le duele? —insiste angustiada la joven.

—El alma, Amalia. Le duele el alma.

Al oír el llanto desconsolado de Carmen, Federico se da cuenta de que es probable que él tenga parte de culpa en lo ocurrido en la Casa del Capellán.

Sabe que al poner en marcha su plan es muy probable que haya desatado una tormenta de acontecimientos y decisiones con consecuencias letales. Al poner el foco de atención sobre Gómez y López, quizá ha prendido la mecha que ha derivado en esa abominable masacre. Tal vez, especula, San Telmo haya tenido algo que ver. De ser así, ¿cómo podrá soportar el peso de esas muertes en su conciencia? ¿Cómo podrá mirar a la cara a Carmen, a Maripaz, a Sol, a Amalia, sin sentirse avergonzado? «Toda acción conlleva una reacción —reflexiona—, al igual que toda causa tiene su consecuencia».

# 59

## Un favor

14 de abril (Viernes Santo)

La frustración es evidente en la cara de Fermín. Tras casi dieciocho horas de búsqueda, le ha sido imposible conseguir su objetivo. Treinta y seis hombres han peinado la ciudad visitando fondas, posadas, albergues, cafés, puentes, rincones, los burdeles de la calle Redes… Sí, la calle Redes… Eso ha sido lo más duro de digerir para sus hombres, sobre todo para los que participaron ayer en la acción de la Casa del Capellán.

Por primera vez desde que están a su mando, ha tenido que incumplir una promesa. Aunque les ha asegurado que cuando todo esto acabe cumplirá lo prometido, sabe que sus hombres están hartos de promesas pospuestas e incumplidas. Todos han sido soldados. Le preocupa que su autoridad se vea menoscabada.

Antes de entrar en el despacho del duque, respira hondo y se recompone la vestimenta. Toca tres veces la puerta con los nudillos y espera paciente una indicación desde el interior.

—¿Sí? —escucha la voz del secretario.

—¡Soy Fermín, señor!

—¡Pase!

En el interior, dos sirvientes ayudan a su alteza real el duque de Montpensier a vestirse con el uniforme de gala. Junto a ellos, portando una voluminosa carpeta con documentos, De las Cagigas contempla la escena. Al entrar, tanto el duque como el secretario se vuelven para mirarlo.

—¡Con su permiso!

—¡Buenos días, Fermín! —saluda el duque.

—Buenos días, su alteza.

—¿Qué te parece el uniforme nuevo? Tú has sido soldado, así que tu opinión, en esta ocasión, me es más útil que la de los demás.

—Elegante, señor. Transmite autoridad, señor.

—¡Excelente! Sabía que la elección era la idónea… Bueno, ¿qué tal? ¿Has dado con el conspirador?

—Lo siento, señor. Aún no nos ha sido posible. Mis hombres continúan con la búsqueda y no pararán hasta encontrarlo.

—En fin, eso espero, por mi bien.

—Discúlpeme, señor —interviene el secretario—. Es mi obligación recomendarle que suspenda su presencia en el Santo Entierro Grande.

—Isidro, Isidro… Otra vez con la misma cantinela…

—Pero, señor, es por su…

—Por mi seguridad —interrumpe el duque—, ya lo sé. Pero lo que tú pareces no querer entender, cosa que dada tu capacidad empieza a irritarme, es que mi seguridad, la de ahora y la futura, peligrarían más si ante esta amenaza huyo como un cobarde y me refugio en Palacio. ¿Con qué autoridad moral podría entonces pedirles el día de mañana a mis súbditos que se sacrificasen por mí? ¿En qué posición quedaría ante el resto de las autoridades si no acudo hoy a ese dichoso desfile? Fermín, anda, díselo tú… ¿Qué es lo que distingue a buen General de otro que no lo es? ¿Qué es lo que hace que los soldados estén dispuestos a morir por él en el campo de batalla?

—El valor, señor. El valor.

—¡Pues eso! ¿Ves, Isidro? Hasta Fermín lo sabe.

—Lo que usted ordene, señor —desiste resignado el secretario.

—Bueno, señores… que cada uno haga hoy su trabajo lo mejor que sepa, ¿entendido?

—¡Sí, señor! ¡Entendido! —responden a la par el secretario y el guardia.

—Retírense pues. Muchas gracias a ambos.

Isidro y Fermín hacen una reverencia y obedecen. El secretario camina por el amplio pasillo a grandes zancadas hacia su despacho. El guardia lo sigue. En la puerta, se gira y clava la mirada en los ojos de Aulaga.

—¡Encuéntralo, Fermín! ¡Encuéntralo o será lo último que hagas en tu vida!

—Sí, señor, lo haré. Confíe en mí.

De las Cagigas se da media vuelta y entra en su despacho. Cierra la puerta de un violento portazo, haciendo retumbar las gruesas hojas de madera maciza. Desde fuera, Fermín tiene aún tiempo de oír blasfemar al secretario.

Al cruzar el estrecho pasillo que lleva a la entrada de carruajes, el Carnicero de Pondra se encuentra con Rubio y Carrasco. Al verlos venir se interpone en su camino con cara de pocos amigos.

—¡Sé lo que hicisteis ayer! Si no fuese por el duque, estaríais bajo tierra al igual que los mierdas de los municipales —amenaza— o acompañando a esos mocosos en la Casa del Capellán.

Benito se muerde la lengua y se echa la mano al bolsillo en el que guarda la navaja.

«Torres más altas han caído», piensa el policía.

Federico se interpone entre ambos y se encara con el mercenario.

—Así que fuisteis vosotros, ¿eh, hijoputa? Más vale que te andes con cuidado, malnacido —amenaza.

Fermín evalúa la situación. La estrechez del pasillo, la inferioridad numérica, pero, sobre todo, la mirada del doctor. Conoce esa mirada. Se parece demasiado a la suya propia.

«Si los ojos son un espejo del alma…».

Al final, se hace a un lado y deja pasar a la pareja.

—Ya ajustaremos cuentas —masculla el carnicero.

—Eso espero —responde Rubio.

El corazón de Rubio retumba como un tambor. Jadea. Las piernas le

tiemblan mientras avanza. Benito, detrás, no deja de mirar al mercenario hasta que salen del pasillo y entran en la gran sala. En el centro de esta, el doctor se detiene. Benito lo observa.

—¡Dios santo! ¿Qué ha sido eso, Federico? —pregunta exaltado.

—¡Uffffff! —acierta a decir el doctor.

—¡Será cabrón! Ya le ajustaremos las cuentas a ese hijoputa mataniños.

—Vamos, Benito. Acabemos con esto de una vez.

Frente a la puerta del despacho del secretario, Federico toma aire antes de golpearla con los nudillos.

—¿Sí?

—¡Buenos días! ¿Se puede?

—¡Pasen, pasen, por favor!

Al entrar, Federico y Benito se sorprenden al contemplar una imagen desconocida para ellos hasta el momento. Derrumbado en su sillón, con un codo en el reposabrazos y la mano apoyada en la mejilla, el secretario del duque los mira con cara de espanto y desconcierto.

—¡Buenos días! —saludan, de nuevo, al unísono.

—¡Buenos días! Disculpen un momento.

El secretario se recompone en el sillón e intenta impostar firmeza.

—¿Ya han visitado a Haro?

—Aún no. Ahora pasaremos —informa Rubio.

—¡Maldita sea!

—¿Cómo dice? —pregunta sorprendido Federico.

—¡Va a asistir! —exclama De las Cagigas—. ¡No atiende a razones! ¿Honor? ¡Y una mierda! ¡Locura es lo que es! ¡Una locura!

Benito y Federico no entienden nada. Se miran y se encogen de hombros. Un incómodo silencio se hace entonces. De repente, el secretario del duque alza la cabeza y fija la vista en los dos hombres.

—¿Estarían dispuestos a colaborar un día más?

—¿Colaborar? —pregunta Rubio intrigado—. ¿A qué se refiere?

—El duque va a presidir el palco. De nada han servido mis intentos de disuadirlo. El bruto de Fermín no ha conseguido dar con el conspirador…

—¿Y? —pregunta Federico.

—El caso es que ustedes son las únicas personas que han visto cara a cara al sicario… ¿Estarían dispuestos a ayudarme a encontrarlo?

—¿Nosotros? —se extraña Benito.

—Sí. A pesar de todo… me fío mucho más de ustedes que de esos descerebrados de los guardias. ¿Me harían el favor? Prometo recompensarlos con creces.

Federico y Benito se miran.

—¿Lo hacemos? —susurra Carrasco.

—¿Qué? ¿Cómo? —replica Rubio.

—Sí, cuente con nosotros —afirma Benito.

—Gracias, muchas gracias. Espero que tengan suerte. Por el bien de todos.

«¿Por el bien de todos? —piensa Federico—. Seguro…».

—¡Vamos, Federico! —lo anima Benito—. ¡Venga, vamos!

# 60

## Capirotes

14 de abril (Viernes Santo)

Lo que en la tarde de ayer pareció una buena idea se ha convertido en una auténtica tortura para Malvar.

«¿Cómo es posible que un Jueves Santo acuda tanta gente a un burdel?», se ha estado preguntando durante toda la noche.

Las risas, los gritos de las putas, los exabruptos de los clientes y el incesante sonido del cabecero de la habitación de al lado han conseguido que Carlos baje las escaleras sin dormir, irritado y de mal humor.

«¡Bendito silencio!», piensa.

Bajo la cama ha dejado una bolsa con ropa sucia, un mapa y un estuche labrado. Este último objeto es lo único que siente dejar atrás. Sin embargo, es consciente de que debe hacerlo. No puede cargar con él.

«Él lo habría entendido», se consuela a sí mismo.

No sin ciertos reparos, se ha aseado en la palangana y ha comprobado, una última vez, que la pistola que le regaló su padre poco antes de morir está cargada y en perfecto estado. Se ha santiguado antes de salir de la habitación y ha cerrado con cuidado la puerta para no hacer ruido.

—¿Ya se va, don Carlos? —escucha a doña Petra a su espalda.

—Buenos días, señora. Así es. —Se gira—. Debo partir ya.

—Espero que su estancia haya sido satisfactoria. Si regresa, sepa que tiene un servicio gratis… con Rocío. Correrá de mi cuenta.

—Se lo agradezco, doña Petra, aunque mucho me temo que tardaré en regresar a Sevilla. Que tenga usted un buen día.

—Igualmente, don Carlos —responde la Perla—. Cierre usted la puerta al salir, si es tan amable.

—Descuide. Adiós, señora.

La luz del sol se intuye en la parte alta de los edificios y las casas de la calle Azafrán. Malvar intenta evitar que el barro y los charcos que se acumulan alrededor de la puerta del burdel le ensucien las botas. Por el olor, sabe de sobra cuál es su composición, ya que llover, lo que es llover, no ha llovido.

Salvados los húmedos y malolientes obstáculos, mira el reloj y calcula.

«En veinte minutos estaré allí», se anima a la vez que acelera el paso.

Es consciente de que hasta la iglesia de San Francisco de Paula hay un trecho y que, a pesar de que es temprano, las calles estarán abarrotadas con motivo del Santo Entierro Grande.

Por precaución, decide abandonar el recorrido más corto, el que discurre por la calle Almirante Valdés. Al llegar a la plaza de la Alhóndiga gira a la derecha y atraviesa la trasera de la iglesia de Santa Catalina para discurrir por la más discreta calle Gerona.

Delante distingue a tres nazarenos con antifaz y túnica de cola de un blanco impoluto. Caminan descalzos y en silencio.

Entre estos altos muros, Carlos fantasea con poder vestir como ellos.

«Sin duda sería mucho más sencillo llegar al objetivo, aunque es cierto que la huida se complicaría en extremo. Sería como llevar una diana en la espalda. ¡Una lástima!», reflexiona.

En la calle Viejos se incorporan a su espalda dos nazarenos más. En este caso, sus túnicas moradas contrastan con el antifaz y la capa de color negro. En sus caderas, unos cíngulos amarillos bambolean al son de los pasos de los penitentes. Así escoltado, llega hasta la calle de la Correduría. En este punto, la concentración de nazarenos y público en general se incrementa sobremanera. Malvar se cala el sombrero y hunde el mentón en el pecho.

Su plan es sencillo. Esperará a que salga del templo el paso del Sagrado Decreto y junto a él caminará hasta la catedral. El gentío que

se acumula a ambos lados de las calles que componen el recorrido lo protegerá hasta llegar a su destino. Una vez frente al palco, aguardará a que los esbirros de la Vargas monten el alboroto y aprovechará el desconcierto para acercarse a la infanta y abatirla.

Está más tranquilo de lo que pensaba. Ha repetido tantas veces en su cabeza el plan que, a falta de tan poco para culminarlo, le parece sencillo.

Mira de nuevo el reloj. Ya falta poco. Unos empujones más y se sitúa en el lugar que tenía previsto. El gentío vocifera y aplaude a la llegada de las bandas de música. El sol está en todo lo alto cuando se abren las puertas de la iglesia de San Francisco de Paula.

La muchedumbre vitorea a cada estandarte, hacha, cura, monaguillo, insignia, libro o trompeta que sale por esas puertas. Malvar no entiende nada. Al ver la imagen del Sagrado Decreto atravesar el dintel, Carlos se maravilla.

Hasta ahora no ha sido capaz de comprender por qué los sevillanos veneran las imágenes con tanto fervor. Sobre el trono se representa una alegoría del momento en el que Dios Padre anuncia su decisión de enviar a su Hijo a la tierra para redimir a los hombres.

Boquiabierto y paralizado por el impacto que causan en él la combinación de incienso, música e imágenes, Malvar no puede evitar dejar que pase ante sí. Al cabo, reacciona y se pone en marcha.

Paso a paso, chicotá a chicotá, el sicario sigue, medio hipnotizado, el recorrido hacia la catedral. Al alcanzar la plaza de la Constitución, el joven absolutista despierta de su ensoñamiento místico. La multitud, con sus sombreros y sus bombines, se asemeja, a sus extraños ojos, a un campo de girasoles que se orientan hacia el sol al paso de las imágenes.

A partir de ahí, avanzar un paso supone un suplicio. Carlos piensa que, tal vez, haya errado al pretender seguir el paso, pero «¿quién podía imaginar que se congregaría una cantidad tal de personas para ver esto?», se justifica.

A duras penas, y ayudado, por qué no decirlo, del impacto que causa su mirada entre los parroquianos, alcanza la calle Génova. Debe respirar hondo. Coge aire y recupera el espacio perdido cruzándose de acera a acera, ante la indignación y los improperios de los presentes.

En unos minutos que le han parecido horas, consigue ver el palco.

«Ahí está. ¡Gracias a Dios!».

El momento que más temía se aproxima. Frente a él, un grupo de diez guardias municipales distribuidos en hilera y separados entre sí a tres pasos de distancia. Mira hacia atrás y se da cuenta de que ya es tarde para optar por otra ruta. A lo lejos, logra distinguir un segundo paso: la Sagrada Cena.

Arrastrado como un tronco por la corriente del río, aprieta los dientes y sigue adelante.

# 61

## El balcón

14 de abril (Viernes Santo)

El joven diplomático Felipe Mozo, engalanado con su mejor frac, se pavonea a lo largo de un extenso y elegante salón situado en la segunda planta de la propiedad de los Romero Balmaseda. Frente a la Puerta de la Asunción, los locales comerciales de los anfitriones se encuentran entre los más visitados y rentables de la capital andaluza. Su privilegiada situación ha sido, qué duda cabe, uno de los mejores avales que los comerciantes han hecho valer desde hace dos décadas a la hora de afrontar cualquier inversión en tierras o inmuebles.

Desde temprano, lo más granado de la sociedad sevillana se ha congregado en el edificio, invitados por los Romero Balmaseda, para disfrutar desde cualquiera de sus seis balcones la llegada de los pasos del Santo Entierro Grande al palco de autoridades.

Mozo deambula extasiado de corrillo a corrillo saludando y sonriendo. A los Le Roy, Pickman, Rossi o Alcalá Galiano, ha sumado entre sus contactos otros nombres insignes de la banca y los negocios hispalenses como el marqués de Castilleja del Campo o don Ignacio Vázquez Gutiérrez.

Aunque son muchos los presentes, pocos tienen conocimiento de lo que está a punto de ocurrir. El propio marqués de Salamanca, consciente de la bravuconería típica de los dos hermanos, se lo advirtió en su día a los Romero Balmaseda: «El éxito de la misión depende de lo discretos que seamos en su ejecución».

Entre aperitivo y aperitivo, Mozo ha tenido tiempo incluso de salir un momento al balcón. La verdad es que lo que lo ha motivado a asomarse no ha sido ni el aspecto religioso ni el artístico del Santo Entierro. Lo que lo ha llevado a hacerlo ha sido el distinguir entre los presentes a la viuda de don José Joaquín Primo de Rivera. Para ser

honestos, doña Juana se la trae al pairo, pero la joven que la acompaña, la bailaora Josefa Vargas, merece un descanso en su labor promocional.

—Buenas tardes, señora —saluda dirigiéndose a la viuda—. Buenas tardes, señorita —continúa con la bailaora.

—¡Hombre, don Felipe! —exclama doña Juana—. Lo he visto muy desenvuelto desde que llegó…

—Muchas gracias, señora. Discúlpeme. No lo creerá, pero de haberlas visto antes, no dude de que hubiese venido de inmediato a presentarles mis respetos.

—¡Ya, ya! —exclama la viuda con ironía mientras observa a Mozo comerse con los ojos a su protegida.

—Eh… ilústrenme, se lo ruego —solicita Mozo—. ¿Cómo va la procesión?

—¡Va! —responde escueta doña Juana—. Demasiado tranquila para mi gusto…

—¿Y eso?

—Usted sabrá. Acaba de pasar La Sentencia y, por lo que he podido ver, parece que tendremos que esperar a La Flagelación o incluso al Cristo de la Humildad y Paciencia…

—Paciencia, señora. Ha dado usted con la clave. Paciencia. Y ahora —Mozo se excusa con una reverencia—, si me disculpan…

El joven diplomático regresa a su gira de promoción mientras las dos mujeres vuelven a centrarse en la procesión.

—Míralo, ahí está —susurra doña Juana a Josefa, a la vez que señala con el abanico a Montpensier—. Más henchido que un pavo. Con su bigotito y su uniforme limpio. Si supiera lo que le viene encima… Maldito gabacho…

—Sí, señora —acierta a decir, despistada, la Vargas.

Hace un buen rato que la bailaora dejó de estar pendiente del palco y de los pasos procesionales. Su vista y su oído están centrados en la esquina de la calle Alemanes.

«¿Dónde se habrán metido esos putos críos? —piensa—. ¿A qué están

esperando?».

—Me aburro —avisa la viuda—. Vayamos dentro, querida.

—Por supuesto. Como usted desee.

—Por cierto, doy por hecho que tienes claro lo que debes hacer cuando todo esto acabe.

—Como el agua, doña Juana.

—No esperaba menos de ti, querida.

# 62

## Santo Entierro Grande

14 de abril (Viernes Santo)

Fermín divisa la Cruz de Guía del Santo Entierro a unos cincuenta pasos. El tiempo para encontrar al sicario se agota. Ha dispuesto a sus hombres a lo largo de todo el recorrido por orden de experiencia y fidelidad. Al pequeño grupo de guardias advenedizos que ha ido contratando el secretario del duque a fin de comprar voluntades los ha situado en la iglesia de San Francisco de Paula, al mando de Bernat. Más adelante, Gonzalo comanda un grupo de diez guardias con la misma experiencia que barriga. Ya estaban al servicio de Montpensier cuando el duque se estableció en Sevilla. Sin duda, en su día fueron fieros, pero hoy en día no serían capaces de atrapar a un cojo en un llano. En el inicio y en el final de la plaza de la Constitución, seis hombres más. Estos, dirigidos por Lucas, son mercenarios curtidos. De hecho, han entrado al servicio de San Telmo gracias a su recomendación. Para la calle Génova ha preferido rodearse de Pablo, Juan y Pedro, sus hombres de confianza. A Pablo García, un robusto andaluz oriundo de Marchena que lleva junto a él desde Pondra, le confiaría su vida y por eso lo mantiene a su derecha. En última instancia, el sicario tendrá que acercarse a unos pasos para poder atentar contra Montpensier. Si eso llega a ocurrir, tanto Pablo como él no dudarán en echarse encima del asesino y neutralizarlo.

En el centro de la calle, haciendo oídos sordos a los improperios que les lanzan espectadores y nazarenos, Fermín y Pablo analizan cada rostro y gesto de los congregados. Frente al palco, veinte alabarderos del duque montan guardia a caballo. Aunque el dispositivo dispuesto por el Ayuntamiento y por el gobernador civil es amplio, el mercenario sabe que ante un lobo solitario poco se puede hacer para evitar que cometa el atentado. Una vez que el sicario dispare, a buen seguro que, de los más de cien efectivos presentes, entre guardias municipales y agentes del Cuerpo de Vigilancia, unos veinte acudirán

con cierta rapidez al lugar de los hechos, mientras que el resto se refugiará entre la multitud.

En cualquier caso, ya no servirá para nada. El atentado se habrá llevado a cabo y el hecho de que detengan a su autor y que luego lo ejecuten no habrá evitado el daño.

En su retina aún permanece la estampa del cura Merino cuando, hace dos años, atentó contra la Reina. Un simple estilete necesitó Merino para acuchillar a Isabel II. Para cuando la Guardia Real reaccionó, la hija de Fernando VII yacía malherida en el suelo.

El tiempo pasa más deprisa de lo que Fermín desearía. Un Cristo portando la cruz al hombro acaba de superar su posición y, a sus espaldas, se detiene ante el palco en señal de respeto a las autoridades. Según sus cálculos, el cortejo ha debido de concluir su salida de la iglesia de San Francisco de Paula. Si Bernat hubiese dado con el conspirador habría mandado ya a uno de los críos que tiene al mando para avisarlo.

El sol aprieta y el olor a incienso, sumado a la estridencia de la música cofrade, empieza a desesperar al mercenario del duque. Desvía un poco la mirada hacia la izquierda y detecta algo extraño.

Un grupo de espectadores, a unos veinte pasos, levantan las manos y protestan. Baraja en un primer momento la posibilidad de que sea un raterillo, aunque la desecha al observar que una señora de mediana edad se desmaya. Al caer, la mujer ha dejado un instante a su vista dos rostros conocidos.

«Ese maldito doctor —reconoce a Rubio— y el pardillo del policía».

Parecen perseguir a alguien que empuja a los espectadores unos cuatro o cinco pasos por delante. El mercenario calcula la trayectoria que siguen y avisa a su subordinado:

—¡Pablo, Pablo! ¡Mira! ¡Ahí están!

—¿Dónde? —pregunta su hombre de confianza.

—¡Ahí! ¡Van hacia la calle Bayona!

Los dos mercenarios se lanzan a la persecución llevándose por delante a nazarenos, espectadores y hasta a un guardia municipal que ha intentado pararlos.

En la trasera del colegio de San Miguel consiguen dar alcance a Rubio y Carrasco, que miran incrédulos cómo Fermín y Pablo los rebasan por la derecha.

Malvar, unos seis o siete pasos por delante, corre desesperado pistola en mano. Perdido el sombrero, el mechón blanco aparece y desaparece cada vez que gira la cabeza. De repente, se detiene, amartilla, apunta y dispara.

El disparo alcanza a Fermín. El guardia del duque cae al suelo. Al ver lo ocurrido, su compañero Pablo se detiene a auxiliarlo. Rubio y Carrasco pasan veloces a su lado.

—¿Qué haces? —pregunta Fermín a Pablo—. ¡Vamos, síguelos!

Pablo, de rodillas junto a su jefe, ve alejarse a los tres.

A pesar de la orden que le ha dado, su instinto le hace incorporar a Fermín y quitarle la chaqueta y el chaleco. El Carnicero de Pondra respira con dificultad. Se ahoga. Los peores temores de Pablo se confirman al romper la camisa y descubrir que el proyectil ha perforado el pecho de su jefe. Intenta presionar la herida con fuerza, pero de inmediato se da cuenta de que algo no va bien. Del orificio sale aire.

—¡Coño, Pablo! —logra decir con dificultad Fermín entre tos y tos—. ¡Coño, que se esca…!

—¡Chussss! Tranquilo, señor, tranquilo. Más tarde lo cogeremos, se lo juro por Dios.

El proyectil se ha alojado en el pulmón derecho. Pablo sabe, porque lo ha visto en demasiadas ocasiones, que un tiro así es mortal de necesidad. También sabe que, por mucho que presione la herida, la hemorragia interna hará que se le encharque el pulmón y que, en un par de minutos, tres, a lo sumo cinco, morirá ahogado en su propia sangre.

—¿Estoy jodido?

—Bien jodido, señor. Lo siento.

—¡Aaaarrggg! ¡Mecagoendios y en todos los santos del cielo! ¡Quemaaaa, Pablo! ¡Que…!

El lugarteniente tapa la boca y la nariz de su jefe con fuerza. El

Carnicero de Pondra hace un intento por resistirse hasta que se da cuenta de que lo mejor será dejar de respirar.

La sangre, que en un principio lo salpicaba todo debido a la propulsión que le brindaba el aire, emana ahora tranquila.

Pablo toma la cabeza de Fermín por detrás y la lleva, suavemente, hasta el empedrado. De rodillas, mira el cuerpo inerte de su superior.

—Descanse, señor. Descanse.

Al levantar la mirada se da cuenta de que Rubio está junto a ellos, observándolos.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está? —irrumpe este último jadeando.

La razón de que el doctor haya abandonado la persecución y regresado con tanta celeridad es que, al pasar junto a ellos hace unos segundos, se ha percatado de que el guardia del duque requería atención médica. El juramento al que se debe, muy a su pesar en esta ocasión, le obliga a auxiliar al herido.

—El pulmón —responde Pablo.

Rubio aparta al guardia del duque e inspecciona la herida. Lo primero que observa es que la sangre no brota. Siguiendo el procedimiento estándar, toma el pulso al mercenario. Nada. Ausculta la herida y confirma el fatal desenlace.

El proyectil ha entrado por el espacio intercostal que hay entre la cuarta y la quinta costilla de la parte derecha del pecho.

—¡Te lo merecías, cabrón! —murmura.

Levanta la mirada hacia el otro guardia, que sigue de pie junto a él y niega, serio, con la cabeza.

Benito regresa jadeando. Asfixiado, intenta recuperar el resuello. De su labio brota sangre. Federico se preocupa por su compañero.

—¿Qué te ha pasado? ¡Estás sangrando! —se interesa.

—No es nada.

—¿Seguro? —insiste el doctor.

—Sí. No es nada. Ese hijoputa me ha tirado la pistola y me ha dado en

toda la boca. Creo que me ha partido un diente —maldice mientras, con el dedo de la mano izquierda, se inspecciona el interior de la boca y muestra en la derecha la pistola del sicario.

—¿Y Malvar? —pregunta Rubio.

—Ha conseguido huir.

—¿Huir?

—Sí, huir, joder.

—¿Cómo ha sido eso?

—¿Cómo? —responde Benito malhumorado—. Pues muy sencillo, Federico. Si sumas el pistolazo que me he llevado al hecho de que un coche de punto lo estaba esperando —jadea—… en la plaza del Aceite, ahí tienes la respuesta.

—¿Un coche?

—Eso es. Al incorporarme he visto que subía. Me ha parecido ver que el que llevaba las riendas era el Negro. No estoy seguro… Es muy raro, lo sé, pero apostaría los treinta duros del duque a que era ese viejo cabrón.

# 63

## El duelo

14 de abril (Viernes Santo)

La tarde cae sobre Sevilla mientras la imagen de María Santísima de Villaviciosa, acompañada en su duelo por San Juan, los Santos Varones y las Marías, realiza su levantá en honor a las autoridades y avanza a paso aliviado por Génova buscando el camino de vuelta hacia su templo.

La multitud comienza a dispersarse. Sin poder creer lo que ha ocurrido, o mejor dicho no ha ocurrido, Felipe Mozo contempla en soledad, desde el engalanado balcón de los Romero Balmaseda, a don Antonio de Orleans.

El duque, saltándose el protocolo y las buenas formas, abraza, para sorpresa de esta, a su esposa, la infanta doña Luisa Fernanda de Borbón y Borbón, y a sus tres hijas.

Al regresar al interior, Mozo intenta sin éxito acoplarse y participar en los corrillos que comentan el Santo Entierro. Allá donde acude, le dan la espalda y lo ignoran.

Solo y derrotado, se dirige a la salida. Solicita al sirviente del guardarropa que le entregue su sombrero de copa y su bastón y se dispone a marcharse con el rabo entre las piernas.

A unos pasos de las escaleras que conducen al primer piso, escucha una suave voz de mujer.

—¡Don Felipe! ¡Espere!

El joven diplomático se gira y ve aproximarse a Josefa Vargas. Cariacontecido, la saluda: —¿Sí? ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Se marcha ya?

—Efectivamente, esa es mi intención.

—No, por favor, espere un momento. Doña Juana quiere hablar con usted. A solas.

—¿Doña Juana?

—Sí. Por favor, confíe en mí. Creo que le interesará lo que tiene que decirle.

Tras dos horas de caída ininterrumpida en el desánimo, la bella muchacha parece alumbrarle un atisbo de redención con el que escapar de este brete en el que «el malnacido de Malvar» lo ha puesto. Hace una nueva reverencia a la bailaora y se presta a seguirla. Josefa lo conduce hasta una habitación contigua al salón principal. Sentada junto a un ventanal que da al patio interior del edificio está la viuda de Primo de Rivera. Al verlo llegar, lo anima con gestos a que se acerque y se siente junto a ella.

—¡Siéntese, don Felipe! Venga aquí, a mi lado.

—Hola de nuevo, señora —saluda Mozo con tono apesadumbrado a la vez que se destoca del sombrero.

—Por lo que veo está usted desanimado.

—Ciertamente, no le falta razón, señora. Pero es que…

—¡Chussss! Calla, hijo. Tranquilízate y escucha lo que te voy a decir —le comenta con un tono casi maternal.

Mozo se sienta, resignado, a oír lo que la viuda tiene que decirle.

—No vamos a negar que ha supuesto una decepción lo ocurrido esta tarde —dice doña Juana—, pero… lo que no podemos hacer es desechar una buena idea porque no salga a la primera.

Felipe levanta la cabeza, curioso.

—Lo que quiero decir es que, si no ha podido ser hoy, ¿qué impide que pueda ser otro día? Sin ir más lejos, la próxima semana se celebra la Feria de Abril. En ella habrá, a buen seguro, más de una ocasión para intentar cumplir con el plan que tan hábilmente has diseñado. Quizás, la feria te brinde una segunda oportunidad.

—¿Lo cree, usted? No sé… Ellos…

—¡Ellos! ¿Quiénes? ¿Esos hombres que te acaban de dar la espalda? No te preocupes por ellos. Son hombres. Deberías saber que tus congéneres no conocen la paciencia. Esa virtud, nosotras, las mujeres, la hemos adquirido y perfeccionado a lo largo de los siglos, gracias, en parte, a tener que convivir con los hombres.

Mozo no puede evitar sonreír ante el argumento de la viuda.

—Por ellos, te insisto, no debes preocuparte. Son como niños. Entiende que les prometiste una rica y dulce garrapiñada y, justo cuando estaban a punto de darle el primer bocado, se han quedado con la miel en los labios. Ya se les pasará.

—¿Se les pasará?

—¡Seguro! Como madre de tres varones te aseguro que se les pasará. Eso sí, para que eso ocurra debes prometerme dos cosas.

—Las que usted quiera —replica el diplomático.

—Muy bien, así me gusta, hijo. Lo primero, debes prometerme que prolongarás tu estancia en nuestra ciudad una semana más y que, con la ayuda de Josefa, reconducirás tu misión y la llevarás a cabo.

»Lo segundo, imagino que ya lo sabrás. Recordarás que te comprometiste con mis paisanos a dejar bien atados los cabos sueltos una vez que concluyese la misión en Sevilla.

—Claro que sí, señora. A pesar de las circunstancias, jamás incumpliría mi palabra.

—No sabes cuánta satisfacción me causa oírte decir eso. Si te parece bien, seguiremos el plan inicial hasta que esos cabos sueltos queden atados y bien atados y, ya mañana, te pones de acuerdo con Josefa para concluir la misión en la feria. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente, señora. No sé de qué manera agradecerle la confianza que está depositando en mí. Le juro por mi vida que no la defraudaré.

—Eso espero. Ahora ve con Josefa. Yo iré a ver a esos hombres e intentaré convencerlos de tu valía y de que tu plan tiene aún viabilidad.

—Si me permite, señora…

Mozo se levanta y, tomando la mano de la viuda, realiza una genuflexión.

Josefa se adelanta y le indica la salida al diplomático.

—¡Vamos, Felipe! Una berlina nos espera.

La intimidad con la que lo ha llamado Josefa borra de un plumazo de la cabeza de Mozo el particular calvario por el que ha pasado en las dos últimas horas.

# 64

## La recompensa

14 de abril (Viernes Santo)

Por expreso deseo de don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, el cuerpo del guardia Fermín Aulaga Cifuentes ha sido trasladado a palacio. Del mismo modo, el duque ha pedido al doctor Rubio que se haga cargo de certificar su muerte y realizar la correspondiente autopsia.

El informe de Federico ha sido, al contario de lo que es costumbre, escueto:

«Viernes, 14 de abril de 1854. Siete y cuarto de la tarde. Varón de treinta y cinco años. Causa de la muerte: paro cardiaco como consecuencia de hemorragia masiva iniciada en el pulmón derecho a causa de perforación por proyectil».

Nada dice el sobrio informe sobre la distribución anormal del rastro de sangre seca presente en el contorno de la boca y la nariz del fallecido.

Nada de que la asfixia se podría haber producido antes de que el pulmón estuviese encharcado. Ni siquiera menciona la piel alojada debajo de las uñas y su posible procedencia, a tenor de los rasguños que el guardia Pablo García presenta en ambos antebrazos.

Nada de eso se menciona en el informe. Tampoco menciona que se lo tenía merecido y que, de haber podido, él mismo lo hubiese asfixiado.

—¿Eso es todo? —pregunta extrañado el secretario del duque.

—Eso es todo —asevera Rubio.

—Bien… bien… Me parece bien. Bueno… La verdad es que ha sido una semana muy intensa… Me gustaría transmitirles, en nombre de su

alteza real y del mío propio, nuestro agradecimiento por el trabajo que han realizado. A partir de ahora, será Pablo quien continúe con la investigación. Tiene usted mi palabra, don Federico, de que daremos también con el paradero de la Chana. La memoria de Petit y sus leales servicios no merecen menos… Por otra parte, y aunque sea consciente de que no es el momento más oportuno, me gustaría que considerasen la posibilidad de entrar a formar parte del servicio de sus altezas reales los duques de Montpensier.

—¿Entrar a su servicio? —se extraña Benito.

—Efectivamente, tanto don Antonio como yo pensamos que sería de gran utilidad y provecho para sus altezas reales que trabajasen en San Telmo.

—¿Trabajar? ¿De qué? —vuelve a preguntar Benito mientras Federico, a su lado, guarda silencio.

—En su caso, señor Carrasco, no hace falta que le recuerde que las recientes muertes de Petit y de Fermín han dejado dos puestos vacantes en el servicio de seguridad del duque. Por supuesto, dejaría a su elección cuál de los dos ocupar. En cuanto al sueldo, sepa que, a pesar de la fama que tiene su alteza, don Antonio sabe recompensar la lealtad y el trabajo bien hecho.

—¿Tendría que contestar ahora o puedo pensarlo? —se cuestiona el joven policía.

El secretario del duque sonríe.

—Por supuesto que puede pensarlo, señor Carrasco. Lo que sí le pido es que no dilate mucho en el tiempo su elección. ¿Mañana? ¿El lunes, tal vez? Piénselo y ya me confirma.

De pie junto a la puerta del gran salón de recepciones del Palacio de San Telmo los tres guardan silencio por un instante. En vista de la falta de interés del doctor en la propuesta de trabajo, Isidro de las Cagigas se traga, una vez más, su orgullo y se dirige a Federico:

—En su caso, señor Rubio…

—No me interesa —interrumpe brusco Federico.

—¿Eh? —exclama sorprendido el secretario—. Le ruego que escuche al menos la proposición que tengo que hacerle. Su alteza real ha insistido mucho. Estoy en la obligación de hacerle llegar el mensaje.

Le pido comprensión.

Federico guarda silencio. El secretario interpreta esto como un sí.

—Como le decía, el duque estaría muy complacido si aceptase ocupar el cargo de Médico de Cámara.

—¿Y don Antonio Serrano Palao? —indaga Rubio.

—No se preocupe usted. Serrano Palao no pondrá objeción alguna a dimitir si el duque se lo solicita.

—No me interesa —responde una vez más.

—Bien… Bueno… Había que intentarlo. Disculpen la indiscreción, pero ¿han cobrado ya lo que se les adeuda?

—Sí —afirman al unísono Rubio y Carrasco.

—Perfecto. Me alegro. Pues… lo dicho. Ahora, si me disculpan, tengo que entrar. Ya saben, la recepción a las autoridades y los prohombres de la ciudad. El protocolo… —suspira condescendiente antes de darse media vuelta y entrar.

Al salir de San Telmo, los dos jóvenes descubren que la noche ha caído ya sobre la ciudad.

—Federico.

—¿Qué?

—¿Me acompañarías a un sitio?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Rubio mira a Carrasco y no necesita preguntar más. ¿Cómo podría decirle que no?

—Venga, vamos.

# 65

## El Molino del Cura

14 de abril (Viernes Santo)

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Mecagoenlaputa! —farfulla entre dientes—. ¡Maldita sea la madre que parió al imbécil de Eugenio! ¡Un malnacido es lo que es! ¡Un bocazas y un malnacido! ¡Maldita sea mi estampa! Estaba tan cerca…

Carlos Malvar lamenta, desesperado y a oscuras, su falta de suerte. No acierta a entender, a no ser que el mismo demonio tenga que ver con su desgraciada existencia, cómo se ha podido torcer todo. Calcula que lleva unas tres horas encerrado.

Lejos queda ya en su cabeza el momento en el que, a mediodía, consiguió superar la hilera de guardias municipales. Incluso logró pasar desapercibido para un grupo de tres policías de paisano a los que había descubierto gracias a una actitud relajada, fumando y charlando entre ellos sin prestar atención a lo que ocurría alrededor.

Pudo, a duras penas, llegar al lugar en el que tenía previsto esperar a que se produjese el alboroto y se refugió junto al escaparate de una conocida tienda de ultramarinos. La ubicación era idónea, a unos quince o veinte pasos del palco en línea recta.

Frunció el ceño al comprobar que, a su derecha, una veintena de alabarderos a caballo montaban guardia. Este imprevisto no le preocupó en demasía. Resolvió incluir en su maniobra de distracción un elemento más a fin de salvar el inconveniente: al desconcierto provocado por el alboroto de la calle Alemanes tendría ahora que unir el estruendo de las cornetas y los tambores de una de las bandas de música.

Su intención era cruzar la calle al paso de los músicos por el palco. Confundido por unos instantes con los miembros de la banda, tendría

que sacar la pistola del bolsillo con disimulo, amartillarla y disparar manteniéndola pegada a la cadera.

El riesgo de sufrir una quemadura por la chispa del fulminante se le antojó un precio nimio a pagar, en comparación con el beneficio que obtendría en lo referente a discreción y puntería.

La desbandada lógica de los músicos y la confusión inicial de los alabarderos le bastarían para recorrer los treinta o cuarenta pasos que separan esa ubicación de la calle Almirantazgo. Desde ahí, apenas necesitaría unos segundos para llegar a la plaza del Aceite, el lugar concertado en el que tendría que recogerlo el coche de la Vargas.

Todo parecía estar previsto hasta que, de repente, un ridículo fieltro se alzó sobre el resto de las cabezas a cuatro o cinco pasos y una voz ronca y gruesa se impuso por encima del bullicio general.

—¡Malvaaaar! ¡Malvaaaaar! ¡Don Carlos!

Eugenio Prieto agitaba su sombrero y lo llamaba a voces.

—¡Aquí, aquí! ¡Don Carlooooos! —insistió el ganadero.

—¡Maldito gordo cabrón! —murmuró—. ¡Cállate ya, zampabollos!

Se giró, con la esperanza de que desistiera, pero eso provocó todo lo contrario. El corpulento ganadero comenzó a manotear y a apartar a la gente avanzando hacia él.

—¡Malvaaaaar! ¡No te muevas de ahí! ¡Ya voy yo! —gritó de nuevo.

Tanto grito y tanto llamamiento terminaron por provocar lo que tanto temía: la voz de Prieto había alertado a los policías y, para su desgracia, el agente que había visto en la Fonda del Ciervo zarandeando a Fulgencio avanzaba ahora hacia él.

Además, dedujo que el hombre que seguía al policía debía ser un segundo agente. Justo detrás del primero, pudo reconocerlo como el caballero de inglesas maneras con el que había tropezado en la puerta de la fonda.

En un último intento por cumplir con su misión, sacó la pistola y apuntó hacia el palco. Al hacerlo, una señora oronda e histérica gritó y se desmayó. No pudo evitar distraerse. Cuando volvió a alzar la mirada para localizar a su objetivo, descubrió que ya era tarde.

Una imagen que representaba a Jesucristo portando la cruz al hombro se había detenido frente al palco. El armazón de madera sobre el que lo llevaban se interponía ahora en la línea de fuego entre él y la joven infanta María Luisa. Presa del pánico, decidió que era hora de escapar.

Descartada la huida por la calle del Almirantazgo alcanzó, como pudo, la calle Bayona, apartando a empujones a los estupefactos espectadores.

Su obsesión diaria con el mapa de Sevilla y las rutas de escape había sido tal que podría recorrer la distancia que separa dos puntos cualesquiera de esa manzana con los ojos cerrados.

Salvadas las cuatro o cinco filas de espectadores de la bocacalle, echó a correr por Bayona con la intención de bordear el Colegio de San Felipe.

Para su sorpresa, al mirar atrás descubrió que no eran dos sino cuatro los hombres que ahora le perseguían.

«¿De dónde cojones han salido esos dos?», se preguntó entonces.

Aunque había logrado mantener la distancia que le separaba de los dos primeros, en el caso de los nuevos perseguidores su ventaja menguaba por momentos. Decidió, casi sin pensar, detenerse en seco, amartillar y disparar, con la esperanza de alcanzar al primero y así obligar al resto a atenderlo.

Por fortuna para él, acertó el tiro y el agente cayó herido al suelo. Tal como había previsto, su compañero se detuvo de inmediato y se arrodilló para auxiliarlo.

Sin embargo, los de la Fonda del Ciervo no hicieron lo mismo y siguieron corriendo tras él, con el agravante de que ahora estaban mucho más cerca.

Unos metros más adelante volvió a girar la cabeza. Para su sorpresa, solo quedaba uno de los agentes. El policía en cuestión era el que había oído discutir con el Negro.

«¿Adónde ha ido el otro?», se preguntó.

A grandes zancadas, el joven amenazaba con darle alcance. Ahora no tenía la posibilidad de disparar. No podía cargar la pistola a la carrera. Su única alternativa era arrojársela. De su mano salió el arma girando sobre sí misma hasta impactar en el rostro del policía. Esta última

acción le bastó para llegar al coche.

Aprovechando que la portezuela estaba abierta, subió de un salto a la estribera y de ahí al interior. La ronca voz de Fulgencio arreó a los caballos desde el pescante y el agudo silbido del látigo precedió el inicio, a la carrera, de la marcha.

Aún tuvo tiempo, antes de relajarse, de mirar hacia atrás y ver alejarse la imagen del agente, jadeando como un galgo que no ha podido apresar a la liebre, echado hacia adelante con las manos apoyadas en las rodillas.

Más tarde, a la salida de la carretera de Carmona, ocurrió un hecho que desconcertó a Malvar.

Fuera justo de los límites de la ciudad, el Negro detuvo el coche y le pidió que bajase. Ante su cara de extrañeza el viejo le explicó que no podían continuar en el coche, que era muy arriesgado.

—¿Cómo pretendes que vaya hasta la casa de postas? ¿Andando? —repuso enfadado Carlos.

—Un carro vendrá a buscarte.

—¿Un carro?

—Sí. Espera. No debe tardar.

Dicho esto, el Negro volvió a subir al pescante y con paciencia y destreza volvió a los caballos y se alejó, de vuelta a la ciudad, sin decir nada más.

Casi una hora más tarde, cuando Malvar empezaba a perder la esperanza de que lo recogiesen, apareció un carro tirado por dos mulas. Al llegar a su altura, el paisano que lo conducía se detuvo.

—¿Marvá?

—¿Qué?

—¿Qué zi é uzté Carlo Marvá?

—Malvar, sí. Soy yo.

Con una parsimonia que irritaría al mismísimo santo Job, el carretero bajó y se dirigió a la parte trasera donde transportaba dos baúles idénticos. Durante unos instantes los miro dubitativo mientras se

rascaba la barbilla. A continuación, susurró algo ininteligible, se encogió de hombros y se acercó a uno de ellos. Tras zarandearlo para comprobar que estaba vacío, lo abrió.

—Pa dentro —ordenó escueto.

—¿Cómo?

—Que te metas ahí —insistió.

—No pienso meterme dentro del baúl.

—Pué entonce, ahí te quea.

Malvar evaluó su situación y no tuvo más remedio que morderse la lengua.

—¿Me llevará a la casa de postas de Carmona?

—Sí.

—De acuerdo —cedió a regañadientes.

Subió al carro y se metió en el baúl. El carretero cerró el bulto empaquetándolo dentro. Para su desesperación, aún tuvo que soportar, antes de iniciar la marcha, que el paisano se tomase su tiempo para hacerse un cigarro y encenderlo con un mechero de yesca.

En estas tres horas no ha parado de darle vueltas al mismo asunto. En el fondo, siente un profundo alivio:

«Ha sido la Providencia Divina —se consuela—. Si Dios hubiese querido que esa pobre niña inocente muriese no se habría interpuesto, cruz al hombro, en la trayectoria del disparo».

Abrumado por las circunstancias, es incapaz de encontrar una solución viable para volver, cuanto antes, junto a su madre y su hermana.

No puede evitar pensar en las posibles consecuencias del transcurrir de los hechos. Mozo estará decepcionado. Por otro lado, el dinero que tenía guardado para el billete a Madrid lo gastó anoche en el burdel. Si no encuentra otra alternativa está dispuesto a volver andando hasta Madrid.

«Debería hacerlo —se fustiga— como penitencia por haberme dejado arrastrar por Felipe a participar en esta endemoniada conjura».

Justo está pensando esto cuando oye al carretero mandando parar a las mulas. El carro se detiene y desde dentro del baúl escucha las voces de otros dos hombres.

Hablan con el carretero con un acento tan cerrado que a sus oídos todo se vuelve una amalgama de «jís», «aros», «engas» y «eas».

Por fin, se desatan los correajes del baúl y se abre la tapa. Entrecierra por instinto los ojos ante la posibilidad de que la luz exterior lo deslumbre. Por el contrario, lo que aparece ante sí es el estrellado manto del cielo. Con cierta dificultad consigue incorporarse. Dos hombres que le resultan familiares lo ayudan a salir.

—Buenas noches. ¿Está usted bien? —se interesa uno de ellos.

—¿Cómo? —responde Malvar, aún desorientado.

—Que si está bien… Disculpe las formas, pero entenderá que, dadas las circunstancias, el transporte, aunque lento e incómodo, era el más seguro —se explica—. Mi nombre es Fernando.

De repente cae en la cuenta. La cara del hombre…

«Es uno de los esbirros de la Vargas. Uno de los que estaban en el Cabeza de Turco aquella noche».

—Sí, sí, estoy bien… —afirma al cabo de un instante—. Y… ¿dónde estamos exactamente?

El sitio nada tiene que ver con una casa de postas ni nada que se le parezca. En medio del campo, un edificio que identifica con un molino de aceite es la única construcción humana que existe hasta donde alcanza la vista.

—En el Molino del Cura, señor Malvar —le informa Fernando, que parece llevar la voz cantante.

—Disculpe, pero ¿no deberían haberme llevado a la Casa de Postas de Carmona?

—Sí, señor. Más tarde. Ahora debe esperar. Doña Josefa y su amigo vienen para acá.

«¡Por fin, una buena noticia! ¡Gracias a Dios!», piensa.

—¿Está seguro? —pregunta con la intención de cerciorarse de que ha oído bien—. ¿Y viene Mozo con ella?

—Sí, señor. Eso tengo entendido. ¿Desea esperar dentro? Estará mucho más cómodo y, como puede comprobar, a la hora que es empieza a refrescar.

—Sí, sí, será lo mejor. Muy amable.

En los aledaños al edificio, Malvar identifica, desmontada, una prensa de viga. Al verla recuerda la manera en la que, siendo niño, los hermanos de su madre, oriunda de Córdoba, recogían en el mes de diciembre, desde el despuntar del alba hasta la puesta de sol, el fruto de las cuatro fanegas de tierra de olivar que desde tiempos inmemoriales arrendaba la familia.

Le encantaba montarse en una de las mulas de la reata en la que transportaban las olivas hasta el molino.

«Ha sido lo más parecido a montar en un caballo blanco que he vivido nunca», recuerda con cariño.

Ya en el molino, Sebastián, el molinero, le daba un cabero de pan y le dejaba mojar en las escurriduras de la prensa. El olor y el sabor del aceite recién prensado inunda aún su memoria olfativa causándole un placer indescriptible.

Una vez dentro, no puede menos que fijarse en la gran prensa que preside el centro del molino. Jamás había visto una cosa parecida.

—¿Qué clase de prensa es esa? —pregunta.

—Ni idea —contesta Fernando con desgana.

—Hidráulica —interviene Curro, el otro guardaespaldas de la Vargas.

—¿Cómo dice? —se interesa Malvar.

—Es hidráulica. Son mejores y más rápidas. En un día puede prensar unas ciento cincuenta fanegas.

—¿Ciento cincuenta fanegas? —repite Carlos sorprendido—. ¿En un día? Pero si con las de viga, en un día, como mucho te da tiempo a unas cuarenta. ¡Asombroso!

Fernando mira atónico a Curro y, sin articular palabra, con el simple gesto de encoger los hombros y ladear la cabeza, pregunta a su compañero:

«¿Cómo cojones sabes todo eso sobre los molinos, prensas y esas

mierdas?».

Curro encoge los hombros y pone las manos en una posición petitoria. Su respuesta es clara y diáfana:

«¿Qué quieres que te diga? Lo sé y punto».

Al cabo de un rato, mientras Malvar sigue investigando el mecanismo de la prensa, se oye llegar un coche de caballos. Fernando sale. Curro se queda junto a Malvar. Advertido de la llegada, el joven absolutista, más relajado, aguarda con las manos a la espalda y las piernas abiertas en un ángulo de treinta grados a que su amigo Felipe aparezca por la puerta.

—¡Hola, Felipe! —lo saluda nada más verlo entrar junto a la Vargas.

—¿Hola? ¿Hola me vas a decir? —responde enfadado—. ¿Me quieres explicar qué cojones ha pasado?

—El alboroto —acierta a decir Malvar.

—¿Alboroto? ¿De qué estás hablando? —replica el diplomático.

—El alboroto en la calle Alemanes. Esperé y esperé, pero nunca hubo —se excusa.

—No sé de qué mierdas estás hablando —replica Mozo, que acaba de olvidar, de repente, todo lo aprendido sobre diplomacia.

—¡Pregúntaselo a ella! —vocea Carlos a la vez que señala a la bailaora.

Mozo mira a Josefa.

—¿Qué está diciendo? —le pregunta.

—Ni idea. Él sabrá —comenta la Vargas con tranquilidad—. Excusas. Venga, Felipe… tengo un poco de prisa. Terminemos con esto ya…

Mozo mira a uno y a otra sin entender nada. Al final, se decide.

«¡Qué más da! —piensa—. De todas formas, he de hacerlo».

Mientras avanza hacia Malvar, saca de su levita un pequeño avispero inglés de percusión. Al ver los seis cañones apuntando a su cara, el joven absolutista se queda paralizado.

El primer disparo penetra en su hombro derecho. El segundo le pasa cerca de la oreja e impacta en la prensa. Mozo aún tiene tiempo de disparar un tercero. Este perfora el estómago de Malvar.

Aunque el dolor le hace caer de rodillas consigue alzar la vista. El clic del tambor al girar es lo último que escucha. El proyectil le atraviesa el ojo de color verde.

Un quinto disparo a bocajarro hace saltar por los aires parte del cerebro de Mozo. El diplomático no lo ha visto venir y cae, muerto, sobre su antiguo amigo.

—¡Uuuuffff! ¡Qué olor! No aguanto el olor a pólvora —comenta la Vargas.

Fernando permanece de pie junto a los dos cadáveres. El fusil que tiene en las manos apunta aún al frente.

—¡Curro! ¡Curro! Espabila —ordena la Vargas dando rítmicas palmadas.

—¿Sí, señora?

—¡Venga! Ve a buscar al Talega…

—Sí, sí. Ahora mismo, señora.

El guardaespaldas sale y silba al carretero que, de forma plácida, dormita en el carro.

Al cabo de un minuto, el Talega aparece por la puerta.

—¿Sí? —pregunta desganado al entrar.

—Granados, encárgate de eso. Nosotros tenemos prisa —le informa la bailaora.

—Sí, señora.

La joven, sin mirar atrás, sale del molino y ayudada por Curro monta en la berlina.

—Dejad que Frasco se encargue de todo. No quiero que os entretengáis, ¿entendido?

—Entendido, señora.

—Mañana temprano saldremos para Madrid y al día siguiente para París. Coged los caballos y directos a dormir. Hoy no hay juerga, ¿entendido?

—Sí, señora.

El guardaespaldas cierra la portezuela y la Vargas desaparece dentro. Curro da un manotazo a la grupa de uno de los dos caballos del enganche. El gesto basta para que el cochero, con la cara casi oculta por un pañuelo, arree a los animales y se aleje dejando tras de sí una nube de polvo.

—¡Fernando! ¡Fernando! —grita Curro—. ¡Vámonos! ¡Frasco se encargará de todo!

Fernando, que aún permanece inmóvil junto a los cadáveres, se gira y sale en silencio. Ambos desatan sus cabalgaduras y salen al galope de la finca.

En el interior del Molino, Frasco Granados, el Talega, se acerca a los cuerpos. Con la palma de la mano hace girar la rueda hasta que la chispa prende sobre la mecha. Sopla con paciencia hasta que consigue la suficiente lumbre. Enciende de nuevo el cigarro y da una gran bocanada.

—¡ Po, ná!—susurra mientras el humo lo inunda todo a su alrededor —. ¡Ya verás qué bien vais a estar los dos juntitos!

En el exterior, dos baúles aguardan en la oscuridad. Uno de ellos, abierto y vacío; el otro, cerrado.

# 66

## Luna llena

14 de abril (Viernes Santo)

—Me parece admirable lo que has hecho, Benito.

—¿En serio? No sé…

—Sí. Sin lugar a dudas, admirable, y no me refiero a que, sabiendo de su valor, te hayas desprendido del reloj de Petit y se lo hayas dado a la viuda del Candiles.

—¿No? ¿Entonces?

—Me refiero a lo que le has dicho. A la forma de consolarla. Sin duda, la has reconfortado en su dolor. Ella necesitaba oír que su marido no había sido ningún chivato. Necesitaba saber que su querido esposo, su amigo, su confidente fue un valiente que murió por oponerse a un sistema injusto y corrupto que le había llevado a hacer todo lo que hizo. Ella, querido amigo, necesitaba encontrar una justificación noble a la muerte de la única persona que la había querido tanto como para fiar su honradez y su alma.

Benito, con la mirada perdida en el horizonte, suspira:

—Si tú lo dices… no veo yo a la Candela pensando esas cosas, pero, si lo dices, será así. De todas formas, prométeme que jamás, jamás, le dirás a mi madre que le he dado un reloj manco que vale una fortuna a la viuda de Martín. No sé lo que me haría si se entera. Tú no la conoces.

Rubio sonríe.

—Te lo prometo.

—Bueno… espero que Candela me haga caso y busque un buen

estraperlista, honrado y cabal que le tase y le pague lo justo por ese reloj.

—Esperemos que encuentre a una estraperlista buena, honrada y cabal que tase y pague lo justo por ese reloj —ratifica Rubio—, aunque, por el bien de Candela, esperemos también que la estraperlista no le proponga, como parte del pago, un plato de matelote de anguila.

Ambos ríen ante la ocurrencia de Federico. Al cabo de un rato, el doctor se dirige a su compañero:

—¿Qué harás ahora, Benito?

—¿Ahora? No sé, creo que voy a ir a comer algo… Estoy hambriento.

—No me refería a eso. Lo que me gustaría saber es si aceptarás el trabajo en San Telmo.

Benito sopesa la respuesta.

—No sé, la verdad. Está claro que es una gran oferta y que me resolvería el futuro, aunque, por otro lado, teniendo en cuenta de la guisa de la que han acabado los antecesores en el cargo… no sé yo. También está el tema del Cuerpo de Vigilancia. Parece que hay posibilidades de ascender y si Rodríguez de Tejada no me mata, a lo mejor puedo hacer carrera como policía. Y luego, pues, ¿qué quieres que te diga?… También me he planteado hacerme cargo de la frutería. Mi madre me necesita. No sé… la verdad… Ahora mismo no tengo ni idea.

El silencio se hace de nuevo entre los dos amigos. Al cabo de un rato, Benito, que lleva mucho tiempo pensándolo, se decide:

—Federico.

—¿Sí?

—¿Me darías permiso para ver a tu hermana?

Un gesto de sorpresa se dibuja en la cara del doctor.

—¿A mi hermana?

—Sí, a tu hermana.

—¿A Victoriana?

—¿Victoriana? ¿Quién es Victoriana? ¡No, no, no! —responde Benito —. A Amalia, a Amalia. Yo me refiero a Amalia.

—¡Ja, ja, ja, ja! Yo no puedo darte permiso para eso.

—¿No? ¿Por qué? ¿Acaso crees que no sería un buen marido para ella?

—No es eso, Benito…

—¡Aaaaah! Claro, es verdad. Debo preguntárselo a tu padre…

—No te lo aconsejaría… y más si se entera de que eres policía…

—¿Entonces? ¡No te entiendo!

—Pídeselo a ella.

—¿A ella?

—¿A quién si no? Mira, Benito, mi hermana Amalia no es un objeto que se pueda comprar o vender. Si quieres verla o quedar con ella, debes pedírselo a ella, sin intermediarios. De todas maneras, si me permites un consejo de amigo… Piénsatelo bien… Detrás de esos ojos bonitos hay una mujer de armas tomar.

—Eso espero… —afirma Carrasco.

De nuevo el silencio lo impregna todo durante unos minutos. Federico, con los ojos vidriosos, casi sin poder contener las lágrimas, al fin, se desahoga.

—¿Crees que somos culpables de las muertes de esos críos?

Benito observa impotente cómo la culpa ha calado en el corazón de su amigo. Lamenta no tener palabras para consolarlo.

Sobre el puente de Isabel II, dos hombres contemplan en silencio la luna llena. Las aguas del Guadalquivir parecen susurrar bajo sus pies. Una suave brisa trae olor a azahar. Ya huele a Feria.

# Epílogo

El inesperado silencio con el que se encuentra el joven cirujano Federico Rubio y Galí al llegar a casa le anuncia, a gritos, que aún le queda algo por hacer. Ese algo es, quizás, lo más duro y difícil que haya tenido que hacer en su vida. Mucho más sacrificado que sacar adelante a su familia. Mucho más complicado que convertirse, a pesar de las adversidades, en la persona que es.

Cuando, tras echar el cerrojo, se gira y ve a Maripaz al fondo del pasillo, un escalofrío le recorre el cuerpo. Avanza hasta ella con la mirada baja. Al llegar hasta su mujer, observa la tenue luz que sale de la habitación de Amalia. Suspira hondo y acierta a murmurar:

—¿Está despierta?

—Sí.

—¿Crees qué…?

—Sabes que debes hacerlo. Además, no ha comido en todo el día. Casi no ha articulado palabra. Está ahí, quieta, mirando a la pared desde que se despertó. Ha preguntado varias veces por ti.

Federico vuelve a suspirar. Maripaz posa con delicadeza la mano en el pecho de su marido. Este asiente y entra.

—Hola, Carmen. ¿Cómo estás?

Tras unos segundos que a Federico le han parecido horas, la voz de la cría corta el aire como una navaja:

—¿Habéis sido vosotros?

La pregunta sorprende a Federico.

—¡Contéstame! —insiste Carmen sin dejar de mirar a la pared—. ¿Habéis sido?

—No —niega Rubio.

—¿Ha sido solo él, entonces?

—¿Él?

—El que me disparó.

—Tampoco.

—¿Seguro?

—Seguro. El que lo hizo está muerto.

Al oír esto, Carmen gira la cabeza y mira de forma directa a los ojos a Federico.

—¿Muerto?

—Sí. Murió delante de mí. De no haber sido así, yo mismo lo hubiese matado.

Carmen observa con detenimiento a Rubio en silencio. Federico la mira y espera, paciente, como si fuese un reo que aguarda el veredicto.

—¿Me puedo quedar? —pregunta Carmen.

—Claro.

La muchacha gira la cabeza y suspira. Al cerrar los ojos, se deleita con el agradable olor a sopa que inunda la habitación.

# Nota del autor

*1854. El método Marsh es una historia de ficción que transcurre en escenarios reales y en la que participan una serie de personajes históricos y otros ficticios.*

Por otro lado, al margen de la trama conspirativa ficticia, la historia está trufada de hechos, establecimientos, lugares y situaciones reales que se vivieron tanto en Sevilla como en Madrid en el mes de abril de 1854.

Así, con respecto a la pareja formada por el doctor Federico Rubio Galí y el policía Benito Carrasco Carrasco, me gustaría informar a los lectores y lectoras de que, si bien tanto la descripción como el entorno laboral y familiar del cirujano gaditano intentan ajustarse con precisión a su biografía, los del agente de la autoridad representan el entorno y la psicología que podría tener cualquiera de los jóvenes de clase trabajadora que vivieron de forma convulsa los frenéticos vaivenes a los que se vio sometida la sociedad española y sevillana del momento.

Con respecto a Federico Rubio Galí (El Puerto de Santa María, 1827 - Madrid, 1902) debo confesar mi deuda con varias obras, tanto suyas como estudios sobre él, de las que he intentado extraer la esencia del personaje. En primer lugar, y por encima de todas las demás, es necesario mencionar la autobiografía que escribiese el propio Rubio y que se publicó una década después de su muerte titulada Mis maestros y mi educación. Memorias de niñez y juventud. La lectura de esta obra, auténtica mina del rey Salomón para nuestra historia, fue el detonante, la causa que originó el surgimiento de la idea para la trama principal. Varios personajes, entre ellos monsieur Petit, al que Rubio dedica un capítulo completo o el brigadier Chaín y Trinidad Malvar, padres en la ficción de Benito y Carlos, tienen su origen en el relato del propio Rubio. En este sentido, y para conocer con más profundidad la figura de Federico, recomiendo la lectura del artículo de Francisco Herrera Rodríguez titulado Un acercamiento a la obra de Federico Rubio y Galí (1827-1902) publicado en la Revista de Historia de El Puerto, n.° 29 (2002) y el discurso de apertura del curso académico 1977-78 que Pedro Laín Entralgo realizó bajo el título de Medicina y sociedad en la obra de Federico Rubio. Instituto de España, Madrid, 1978. De igual modo son útiles los prólogos a la

autobiografía escritos por el mencionado Pedro Laín Entralgo (Editorial Tebas, 1977) y por Manuela Carmena (Editorial Renacimiento, 2019).

Para conocer el pensamiento filosófico y social de Federico Rubio no se pueden obviar sus obras El libro chico (1863), El Ferrando (1864) y La felicidad: primeros ensayos de patología y de terapéutica social (1894).

Es obligado mencionar por mi parte varias monografías y tesis doctorales que me han ilustrado a la hora de situar, en su justo contexto histórico, tanto la política en general como la de las fuerzas del orden público o la medicina en particular. Así, el excelente trabajo de Antonio Ramos Carrillo, La Sanidad Sevillana en el siglo xix: Evolución de la Farmacia del Hospital de las Cinco Llagas (Sevilla, 2000) o la bien documentada Tesis Doctoral de Antonio Vigil-Escalera Pacheco, Historia de la Policía Local de Sevilla (siglo xix) dirigida por la Dra. María del Carmen Fernández Albéndiz (Sevilla, 2018) han aportado datos clave para el desarrollo de esta obra. Del mismo modo, he contraído una deuda impagable con dos autores y obras singulares para entender la economía de la época. De un lado, con María Parias Sainz de Rozas, ya que gracias a su artículo Aproximación a la tipología del propietario agrícola andaluz en el siglo XIX. Ocho casos de inversión sevillana publicado en la Revista de Estudios Andaluces n.° 10 (1988) pude extraer tramas y personajes tan interesantes como son los hermanos Romero Balmaseda o la viuda de José Primo de Rivera, doña Juana Sobremonte. De otro, con Manuel Titos Martínez y su obra El sistema financiero en Andalucía. Tres siglos de historia (1740-2000) publicado por el Instituto de Estadística de Andalucía (2003).

En referencia a los duques de Montpensier no puedo más que recomendar la lectura de la conferencia pronunciada por Pedro Sánchez Núñez en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, el 2 de junio de 2014, titulada El duque de Montpensier, entre la historia y la leyenda, así como el artículo del catedrático de Historia del Arte, Vicente Lleó Cañal sobre El Palacio de San Telmo en el siglo XIX publicado en la revista PH que edita el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico (IAPH). Estas dos referencias me han aportado una valiosísima información sobre la vida y los protagonistas de la corte sevillana de los Montpensier, así como del estado de remodelación del Palacio de San Telmo en el momento en el que se incardina la novela.

Apuntar, para finalizar, que los recorridos que los personajes realizan

por Sevilla no serían fieles de no haber contado con el apoyo documental que me ha brindado el Diccionario Histórico de las calles de Sevilla, publicado por la Consejería de Obras Públicas y Transportes y el Ayuntamiento de Sevilla en el año 1993 (Joaquín Cortés José et alii).

# Agradecimientos

A Bely, mi Sweetheart, por soportar de forma estoica mis rarezas y quererme de manera incondicional. A mis tres hijas: Laura, Blanca y Jimena, por darme fuerzas para seguir día a día. A mi hijo Antonio, a mis padres y mis hermanos.

Antonio González «Kato» por su fiel amistad. A José Muñoz Sánchez «Joselín», in memoriam, Rafael Tous y José María Herrera por su paciencia y sabios consejos.

A Lucas Castro, Paco Ganfornina, Rafa Bellido y Jesús Navarro por revisar el texto cuando no era más que un simple manuscrito y alentar la idea de que esta historia era publicable. Sin vuestra inestimable ayuda, esta novela no hubiese sido posible.